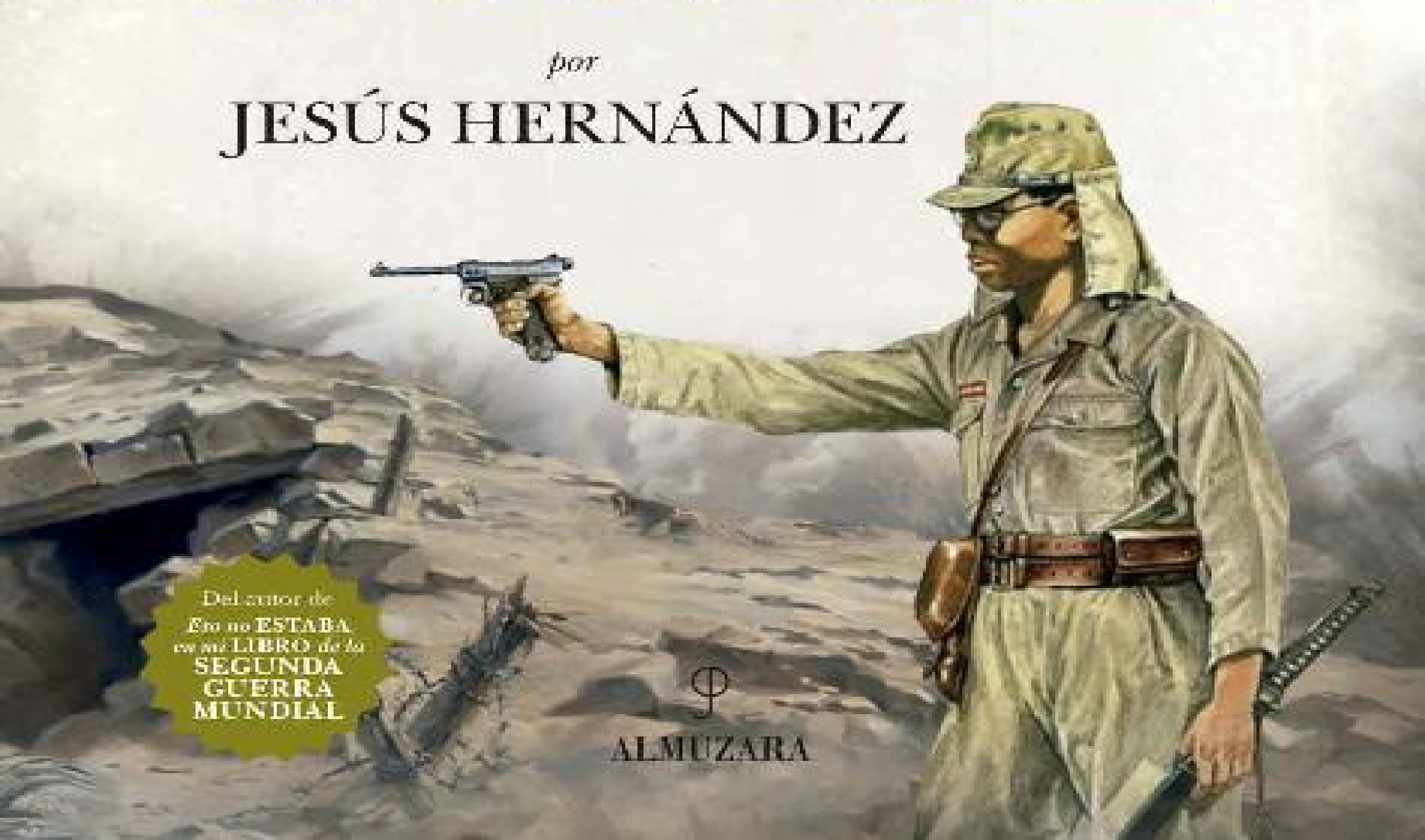
MATANZAS, ASESINATOS MASIVOS Y CRÍMENES DE GUERRA DEL EJE Y LOS ALIADOS

GRANDES ATROCIDADES de la SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

por

JESÚS HERNÁNDEZ



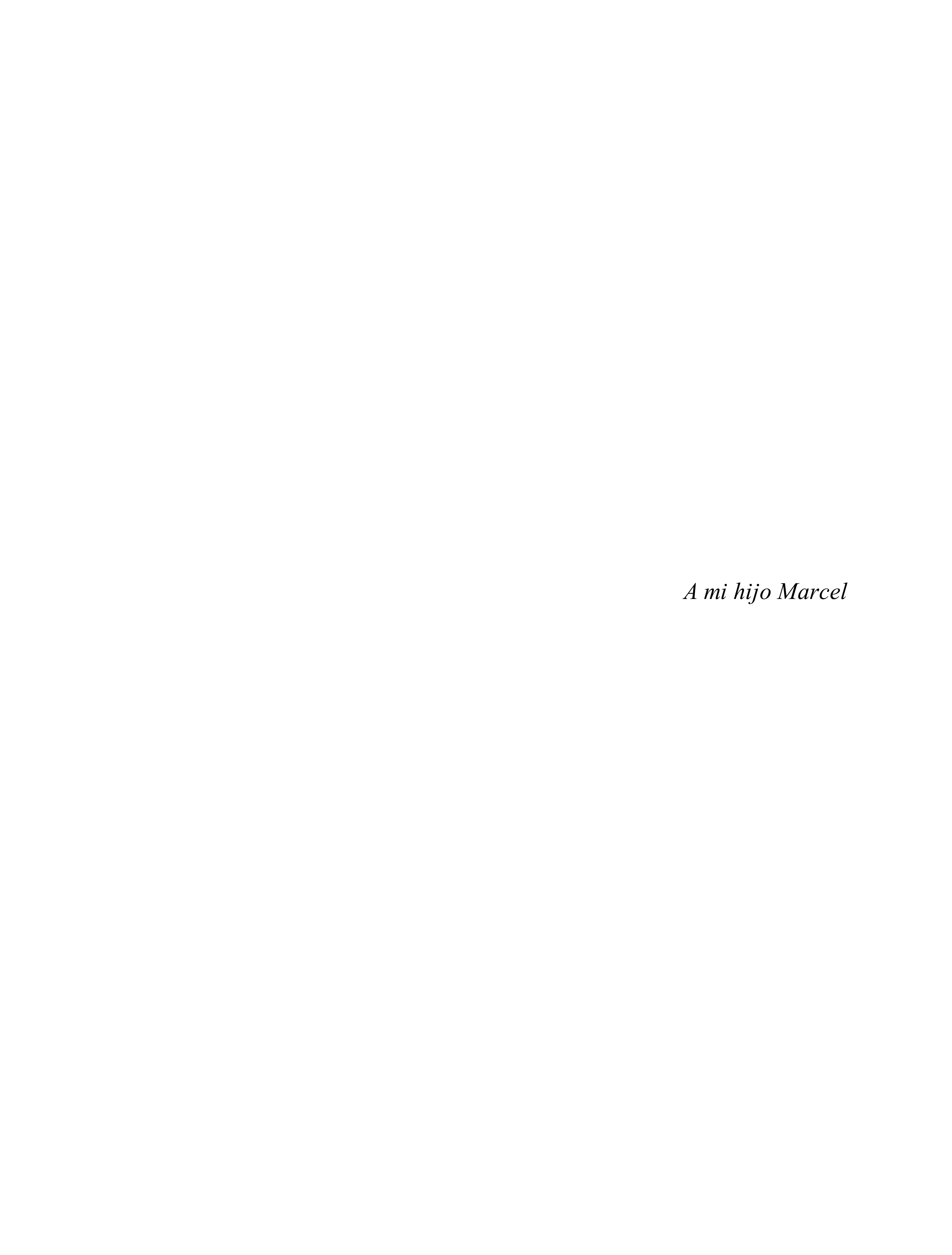
Jesús Hernández

Grandes atrocidades de la Segunda Guerra Mundial

Matanzas, asesinatos masivos y crímenes de guerra del Eje y los Aliados

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN HISTORIA
Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
Editora: ÁNGELES LÓPEZ
Diseño y maquetación: JOAQUÍN TREVIÑO
Ebook: REBECA RUEDA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17418-23-6



A mi hijo Marcel

Introducción

El célebre dramaturgo, poeta e historiador alemán Friedrich Schiller observó que «es un fenómeno general en nuestra naturaleza humana que lo que es triste, terrible e incluso horrible, nos atrae con una fascinación irresistible». Aunque pocos se atrevan a reconocer ese hecho, la verdad es que esos hechos espantosos pueden provocar una irremediable atracción.

De esa debilidad humana son conscientes quienes aprovechan esa capacidad sugestiva en su propio beneficio; es ampliamente conocida la explotación que llevan a cabo los medios de comunicación de los hechos más truculentos, en pos de la audiencia. Aunque esas estrategias están desacreditadas y son duramente criticadas, la realidad demuestra que una parte no desdeñable del gran público obtiene algún tipo de gratificación conociendo, por ejemplo, los detalles más escalofriantes de algún crimen especialmente destacado o de la personalidad de algún asesino en serie.

Ante el título que el lector tiene entre manos, se puede pensar que esta obra pretende explotar esa insana e inevitable atracción por los hechos terribles. Sin embargo, no es esa la intención de este autor. Aunque el libro contiene descripciones que son difícilmente soportables, que considero imprescindibles para calibrar en todo su horror los extremos a los que llegaron las atrocidades en cuestión, el objetivo de este trabajo no es dar satisfacción a esa atracción morbosa por el sufrimiento ajeno. Lo que se explica en estas páginas pretende ser simplemente un relato de lo ocurrido, lo más fidedigno posible, para que el lector disponga de los elementos de juicio que le permitan forjarse una opinión sobre unos hechos que, por su naturaleza, siempre van acompañados de controversia.

Los episodios aquí relatados provocarán, sin duda, sentimientos de aflicción por las víctimas, turbación al conocer a dónde puede llegar la maldad humana, irritación por los intentos para ocultar la verdad e inquietud ante la posibilidad de que hechos así pudieran volver a suceder. Pero es una realidad a la que no puede ser ajeno el que trata de conocer y entender el conflicto de 1939-1945. Para alcanzar ese objetivo, no basta con conocer las campañas militares y el armamento, la vida de sus protagonistas o los aspectos sociales y económicos. En esos trágicos hechos se encuentra también la esencia de un conflicto a escala global que supuso un estallido de odio generalizado sin precedentes en la historia. El

que esas atrocidades se produjesen prácticamente a la vez y en puntos del planeta tan distantes indica la existencia de un substrato común que quizás no ha sido estudiado como merece o desde el enfoque adecuado.

A la hora de escribir estas páginas, la mayor dificultad con la que me he encontrado ha sido llevar a cabo la selección de los hechos que iba a referir. Asumo de entrada que ningún lector estará conforme con la que he realizado, y hablo por experiencia. En 2009 publiqué *Las 50 grandes masacres de la historia*; a pesar de contar con ese amplio margen de medio centenar de episodios para cubrir todas las apuestas, todavía hoy me llegan mensajes de lectores que consideran imperdonable que haya dejado de incluir tal o cual masacre, o discuten el derecho de alguna de ellas a figurar en esa selección. Espero que el lector entienda las limitaciones de espacio de este volumen, lo que obliga a que el número de hechos seleccionados no pueda ser muy amplio. En el caso que nos ocupa, en el que he preferido centrarme en solo doce de esos hechos para poder tratarlos con cierta profundidad, será inevitable que alguien eche en falta determinado suceso que, según su criterio, no puede faltar en un trabajo que pretenda recoger las grandes atrocidades del conflicto, o estime que alguno no cumple las condiciones para ser merecedor de uno de estos capítulos.

Para confeccionar mi obra, he optado por referir una serie de hechos que considero que pueden resultar de interés al lector al no haber sido tratados por los historiadores con el interés que creo que merecen, lo que da lugar a una serie de necesarias advertencias. En primer lugar, de todos son bien conocidos los crímenes de la Alemania nazi, por lo que en esta selección están sobrerrepresentados los cometidos por el bando aliado, dando lugar a una primera distorsión que espero que sea entendida por el lector. Igualmente, dentro de las fechorías cometidas por el Eje, los japoneses solo aparecen en el primer capítulo, en unos hechos sucedidos antes de que comenzara oficialmente la Segunda Guerra Mundial, obviando las que perpetrarían durante el conflicto, cuya extensión y gravedad merecerían solo ellas un volumen. Esa escasa presencia de las atrocidades niponas también provoca una distorsión en la visión general de las cometidas por los contendientes.

Del mismo modo, poner en pie de igualdad masacres fríamente planificadas y consumadas por los soviéticos con miles de víctimas como la de Katyn con, por ejemplo, unas matanzas de decenas de prisioneros

fruto de la tensión del momento como las cometidas por los norteamericanos en Sicilia deforma igualmente la realidad. También puede sorprender que sea calificada de atrocidad la reclusión de miles de ciudadanos nipo-norteamericanos en campos de internamiento, cuando no se produjeron muertes ni maltratos generalizados; en este caso ha primado para su selección el desconocimiento existente sobre ese deshonroso capítulo de la historia de Estados Unidos —y, como se verá, de otros países del continente americano— por encima de su gravedad intrínseca. Igualmente, no me ha parecido necesario incluir un capítulo dedicado a los campos de concentración y exterminio nazis debido a que es un tema ampliamente conocido y tratado, por lo que he preferido dedicar ese espacio a otros hechos que no han merecido esa atención por parte de los historiadores, lo que creo que redundará en un mayor interés de la obra.

Por todo ello, pido al lector que no trate de establecer paralelismos y comparaciones o deduzca alguna intención al escoger unos hechos en detrimento de otros. A pesar de estas advertencias y de que confío en la madurez del lector que se acerca a estas páginas, tengo que admitir que doy esa batalla por perdida de antemano, por lo que sé que habrá quienes no estén de acuerdo con el criterio de selección y así me lo expresen. No obstante, se agradecerá cualquier observación en este sentido, con vistas a algún futuro proyecto en el que se puedan incluir esas sugerencias.

Así pues, si el lector es indulgente con esas inevitables distorsiones, podrá disfrutar —si es que ese verbo es aquí pertinente— de una lectura que le llevará al lado más oscuro de la naturaleza humana, ese que nos parece tan lejos de nosotros mismos y que, seguramente, les parecía también igual de lejano a los protagonistas de estas historias antes de verse fatalmente arrojados a las turbulencias de aquel conflicto que cambió para siempre sus vidas.

Capítulo 1:
La violación de Nanking

En la Segunda Guerra Mundial, la humanidad asistiría a una hecatombe como nunca se había dado en la historia. Durante esos seis años de hierro y fuego morirían millones de personas y se producirían matanzas y atrocidades de un salvajismo sin precedentes. Asesinatos masivos, bombardeo sistemático de ciudades, ataques a población civil indefensa, genocidio industrializado… cualquier horror imaginable tendría su espantosa plasmación en ese conflicto.

Semejante catálogo de iniquidad, cuyas terribles páginas conformarán el presente libro, tuvo un prólogo a su medida. Antes de que las tropas de Hitler atacasen Polonia en la madrugada del 1 de septiembre de 1939, dando comienzo así la contienda que se prolongaría hasta 1945, ya habían tenido lugar sangrientos episodios que avanzaban lo que estaba por llegar.

Uno de los escenarios en los que tuvieron lugar esas escenas que se repetirían posteriormente sería la guerra civil española, entre 1936 y 1939. Durante este conflicto fratricida se desataron en ambos bandos violentas represiones contra la población civil, incluyendo ejecuciones masivas similares a las que en 1940 perpetrarían los soviéticos con oficiales polacos en Katyn. En la contienda española también tuvo lugar el bombardeo experimental de Guernica, el 26 de abril de 1937, cuando la aviación germana ensayó las tácticas de bombardeo que luego emplearía con éxito en Varsovia, Rotterdam, Londres o Coventry. Pero, a su vez, esos ataques aéreos serían el anticipo de la más devastadora táctica de los Aliados, que lograría reducir a escombros la mayoría de ciudades germanas.

Si el conflicto que enfrentó a los españoles fue un anticipo de la conflagración que estaba a punto de estallar, hubo otra guerra, esta en Asia, en la que se alcanzaron unas cotas de horror que igualarían e incluso superarían a las de la Segunda Guerra Mundial. Esta contienda era la que enfrentaba a Japón y China desde 1937 y que acabaría enlazando, en 1941, con el ataque nipón a norteamericanos y británicos, con el conflicto mundial que hasta ese momento estaba teniendo lugar en Europa.

La guerra que enfrentó a japoneses y chinos, poco conocida en Occidente, ofreció un aperitivo de la brutalidad con la que se emplearían las tropas niponas en los países que cayeron bajo el dominio del Imperio del Sol Naciente. Los japoneses, convencidos de su superioridad sobre todos los demás pueblos de Asia, no dudaron en emplear los métodos más salvajes para subyugar a las poblaciones sometidas. Los alemanes, por su parte, también adquirieron ese convencimiento de que su superioridad racial les permitía disponer a voluntad de la vida de los seres humanos considerados por ellos inferiores, lo que les llevaba a deportarlos, esclavizarlos o, directamente, exterminarlos.

Sin embargo, a pesar de los toques de atención de aquellos que presenciaron los execrables abusos cometidos por los japoneses en China, ese conflicto quedaba demasiado lejos de la atención y la comprensión occidental, por lo que no fue tenido en cuenta para prever lo que podía ocurrir en el resto de Asia unos pocos años después. Los gritos de auxilio más desesperados llegarían de una ciudad china que padecería uno de los más espantosos martirios a los que una población se haya visto sometida jamás, y cuyo nombre evocará para siempre el terror que sufrió a manos de las tropas niponas: Nanking[1].

Primero Corea, después Manchuria

Los japoneses, confinados en su pequeño territorio insular, históricamente han contemplado a los chinos con un ambivalente complejo de superioridad e inferioridad. Mientras que Japón había abandonado en la segunda mitad del siglo XIX su estructura feudal y se estaba convirtiendo en una potencia industrial, el Imperio chino seguía anclado en su milenario pasado. Los japoneses, convencidos de que eran superiores, contemplaban a la vez con envidia y desprecio cómo los atrasados chinos poseían esos grandes territorios continentales, con sus inmensas fuentes de recursos.

Con la vista puesta en el territorio chino, los japoneses contemplaron Corea, que entonces era un reino vasallo del chino, como la cabeza de puente por la que podrían penetrar en él. Con la excusa de querer proteger a la colonia de inmigrantes nipones, que había sido atacada en unos disturbios, en 1882 los japoneses enviaron buques de guerra y tropas. China se vio impotente para rechazar a las fuerzas niponas y acabó

firmando un acuerdo que les permitía establecer una guarnición de forma permanente. Los japoneses habían conseguido su primer objetivo; el siguiente paso sería convertir Corea en un protectorado nipón. Corea se convirtió así en un territorio en continua disputa, con sucesivas provocaciones niponas y respuestas militares chinas, hasta que los japoneses lograron hacerse con el completo control del país, tras un breve conflicto militar conocido como la primera guerra chino-japonesa, que se dirimió entre el 1 de agosto de 1894 y el 13 de febrero de 1895.

Tras esa victoria en Corea, Japón puso su mirada en Manchuria. Aunque esa región pertenecía nominalmente al decadente Imperio chino, tras la guerra ruso-japonesa los nipones sustituirían a los rusos en la influencia que mantenían sobre ella. En 1906, los japoneses construyeron allí una línea de ferrocarril y el Gobierno de Pekín permitió que trasladaran tropas para protegerla. Con el fin del Imperio chino en 1912, los japoneses quedaron con las manos libres en Manchuria.

En los años veinte, la tensión entre chinos y nipones aumentaría, debido al ascenso del partido nacionalista chino, el Kuomintang. Este poderoso movimiento había establecido en 1918 un Gobierno revolucionario opositor en Cantón y alcanzaría definitivamente el poder en 1928, con la conquista de Pekín y el traslado de la capital a Nanking. El inevitable choque de Japón con el pujante nacionalismo chino llegaría en 1931, cuando los chinos optaron por decretar un boicot a los productos japoneses. Los militares nipones ya solo esperaban una última provocación para actuar.



El que había sido último emperador de China, Puyi, fue escogido por los japoneses para ser puesto al frente de un gobierno títere en Manchuria. En su descendente trayectoria vital acabaría siendo jardinero en un parque público bajo la China comunista de Mao. *Wikimedia commons*.

El 18 de septiembre de 1931 se produjo el llamado incidente de Mukden, cuando estallaron explosivos en una sección del ferrocarril japonés que atravesaba Manchuria. El ataque fue un montaje organizado por el propio Ejército japonés, que le serviría de pretexto para ocupar todo el país. Entonces se puso en marcha un plan para que Manchuria se independizase de China, con un régimen favorable a Japón al frente, lo que en la práctica la convertiría en otro protectorado como Corea.

El 18 de febrero de 1932, Manchuria se declaró independiente de China. Los japoneses situaron al último emperador de China, Puyi, al frente de un gobierno títere y en 1934 fue proclamado emperador de Manchuria, que a partir de entonces sería el Gran Imperio Manchukuo. El Gobierno chino elevó sus quejas a la Sociedad de Naciones, el organismo internacional antecesor de la ONU, que declaró que Manchuria seguía siendo parte de China. Japón mostró su desacuerdo retirándose de una Sociedad de Naciones que se mostraría patéticamente inoperante para frenar ansias expansionistas.

Otro punto de tensión era Shanghái, en donde el Ejército japonés disponía de una guarnición, al igual que en Pekín. Allí se había producido ya en 1932 el violento episodio que los japoneses llamarían el Primer Incidente de Shanghái. Unos monjes nipones fueron agredidos por civiles

chinos, lo que acabó degenerando en disturbios callejeros. El Ejército japonés reforzó notablemente su presencia para proteger a sus compatriotas, lo que provocó una reacción militar del Gobierno chino. Los japoneses llegarían a bombardear la ciudad. En mayo de 1932 se alcanzó un acuerdo que en la práctica entregaba a los japoneses el control de la ciudad. Con Corea, Manchuria y Shanghái en su poder, Japón disponía de las deseadas vías de penetración en China. Ya solo era cuestión de tiempo que las emplease para su objetivo último.

Estalla la guerra

Las crisis de Manchuria y Shanghái se habían saldado de manera favorable a los intereses japoneses. Pero estaba claro que esas victorias niponas no iban a suponer la llegada de un largo período de paz. Un envalentonado Japón aspiraba a extender su dominio, de un modo u otro, al resto de China, mientras que el Gobierno nacionalista del Kuomintang, liderado por el autoritario y corrupto Chiang Kai-shek, estaba decidido a recuperar Manchuria y acabar con las intromisiones niponas en su país.

Los japoneses eran conscientes de que, tarde o temprano, los chinos tratarían de atacarles en Manchuria, por lo que trataron de crear un cordón sanitario, extendiendo su influencia a las zonas limítrofes, aislándolas así del Gobierno de Nanking. El éxito de esa campaña encendió los ánimos de los nacionalistas del Kuomintang, que rechazaron la oferta procedente de Tokio para firmar un acuerdo que garantizase la presencia nipona en la parte septentrional de China. Ambos gobiernos acabaron rompiendo relaciones el 8 de enero de 1936.

Aunque el sector más duro de los militares nipones seguía aspirando al sometimiento de China, el Gobierno de Tokio prefería centrar sus esfuerzos en el desarrollo económico de Manchukuo. Igualmente, este era partidario de evitar un enfrentamiento abierto con los chinos, prefiriendo recurrir a la presión política y militar para conseguir sus objetivos. Así, en julio de 1937, el Gobierno nipón anunció su plan para unir económicamente a Manchukuo, Corea y el norte de China con Japón. Como era de esperar, el Gobierno de Nanking mostró su oposición, pero los japoneses habían logrado aislar diplomáticamente al Kuomintang, por lo que sus quejas no tuvieron eco.

En ese ambiente de tensión máxima, la noche del 7 de julio de 1937 se produjo el llamado incidente del puente de Marco Polo. Los japoneses estaban realizando unas maniobras a las afueras de Pekín, permitidas en los acuerdos de 1901 que siguieron a la Rebelión de los Bóxers, y que establecían en esa y en otras zonas estratégicas, como Shanghái, el estacionamiento de tropas de las principales potencias, entre las que se encontraba Japón. Entonces tuvo lugar un confuso episodio que elevaría unos cuantos grados más la caldera del conflicto chino-japonés.

Cerca del referido puente de Marco Polo, situado a 12 kilómetros de Pekín, comenzó un tiroteo de origen indeterminado con tropas chinas, tras el que los japoneses constataron que faltaba uno de sus hombres. El soldado apareció apenas veinte minutos más tarde, reconociendo que se había perdido. En medio de la confusión reinante, la noticia del regreso del soldado extraviado no llegó al coronel que estaba al mando de las tropas niponas, quien ya había solicitado al alcalde de Pekín permiso para buscar al soldado en la guarnición china de la ciudad de Wanping, a donde se creía que había sido conducido tras ser presuntamente capturado.

Pero poco importaba ya el destino de aquel soldado desorientado. La tensión amenazaba con estallar en cualquier momento. El coronel japonés aceptó la propuesta del alcalde de que se investigase el origen del tiroteo y un acuerdo de alto el fuego con la intención de evitar más incidentes, pero varias unidades niponas trataron igualmente de entrar por la fuerza en Wanping, siendo rechazadas por las tropas chinas. El Gobierno de Nanking reaccionó enviando tropas al norte, lo que provocó que Tokio preparase la orden de movilización general.

Ante tales despropósitos, se impuso momentáneamente la cordura. El 11 de julio, los mandos locales, reunidos en Pekín, acordaron dar por zanjado el incidente. Los japoneses quedaron satisfechos con los términos del acuerdo, que incluían las disculpas chinas y el relevo de las tropas de la zona, y dieron marcha atrás en sus planes de movilización. Pero el Gobierno de Nanking desconfió de esos acuerdos y prosiguió con el despliegue de sus tropas como si nada hubiera sucedido. Esa decisión dividió al Ejército japonés entre los que creían que había llegado el momento del enfrentamiento abierto con los nacionalistas chinos, y entre los que consideraban que era mejor rebajar la tensión y regresar a la situación anterior al incidente del puente de Marco Polo. Los estratos más

bajos del Ejército eran los más favorables a ir a la guerra y ajustar las cuentas a los chinos de una vez por todas.

El acuerdo parecía imposible. Mientras los japoneses exigían a Nanking que aceptase el acuerdo firmado en Pekín y pusiera fin a las provocaciones, el Gobierno del Kuomintang afirmaba que se trataba de un asunto de soberanía nacional, y no estaba dispuesto a aceptar las imposiciones niponas. Así, Chiang Kai-shek ordenó al ejército seguir avanzando en el norte. El choque ya era inevitable; el 9 de agosto, las tropas japonesas recibieron la orden de atacarlas, entablándose los primeros combates.

Al igual que había sucedido en la primera guerra chino-japonesa, las tropas locales, aun siendo mucho más numerosas, se mostraron inferiores en el campo de batalla. Los japoneses pudieron rechazar fácilmente las tropas que avanzaban hacia Manchuria y comenzaron a progresar hacia Pekín. Al mismo tiempo, otras fuerzas japonesas habían atacado cerca de Taiyuan, a unos 500 kilómetros al sudoeste de Pekín, derrotando a los defensores chinos tras feroces combates, causándoles más de 200.000 muertos, aunque los japoneses perdieron unos 20.000 hombres. A partir de entonces, la resistencia china en el norte quedó disgregada, viéndose reducida a una guerra de guerrillas.

Mientras tanto, al sudeste, Shanghái se preparaba para jugar el papel decisivo que se presumía en cuanto se desatasen las hostilidades. El 6 de agosto, los japoneses tomaron las primeras medidas para proteger a la colonia nipona. En virtud de los acuerdos de 1932, las tropas chinas no podían acercarse al área de Shanghái, pero un ejército de 120.000 soldados chinos iba tomando posiciones alrededor de la ciudad. El 12 de agosto, los japoneses exigieron su retirada. Al día siguiente, las fuerzas policiales chinas en el interior de la ciudad comenzaron a efectuar los primeros disparos contra los japoneses. Estaba a punto de comenzar una de las batallas más feroces de todo el siglo XX.

La batalla de Shanghái

El enfrentamiento armado que había tenido lugar en Shanghái en 1932 sería solo un pequeño aperitivo de lo que estaba por venir. La ciudad, cinco años después de padecer aquel primer «incidente», se iba a convertir en el

escenario de brutales combates, que adelantarían a su vez las terribles batallas que tendrían lugar durante el conflicto mundial.

Una vez desatadas las hostilidades entre japoneses y chinos, los primeros tenían previsto hacerse con el control de Shanghái y su área circundante en una semana. No esperaban que el Ejército chino pudiera ofrecer allí resistencia, puesto que las tropas niponas iban a poder recibir por mar todo tipo de refuerzos, por lo que era más lógico que los chinos estableciesen su línea de defensa en el interior.

Sin embargo, Chiang Kai-shek, en una decisión controvertida, envió a sus mejores tropas a luchar en Shanghái. Al parecer, la intención del líder chino era conseguir que los japoneses permaneciesen empantanados en la ciudad mientras se llevaba a cabo la evacuación de los territorios que tarde o temprano iban a caer, lo que incluía a Nanking, en una táctica consistente en cambiar espacio por tiempo. Igualmente, ganando tiempo de este modo, se esperaba obtener el apoyo internacional que hiciera posible una resolución favorable del conflicto.



Barricada formada por soldados japoneses en una calle de Shanghái.

Los combates en Shanghái comenzaron en la mañana del 13 de agosto de 1937, cuando la policía china comenzó a disparar a las tropas niponas acantonadas en la ciudad. Como respuesta a los ataques de la policía china, la flota japonesa comenzó a bombardear las posiciones que ocupaba el Ejército chino. En la mañana del día siguiente, la aviación china lanzó una serie de ataques contra las posiciones niponas y los buques de guerra fondeados en el puerto. A las tres de la tarde, las tropas chinas iniciaron la ofensiva sobre la ciudad. La respuesta de la aviación japonesa llegaría el día 15 de agosto, bombardeando Shanghái y Nanking.

Para dirigir la toma completa de la disputada Shanghái, el emperador Hirohito eligió al general Iwane Matsui. El veterano militar, de 59 años, se había retirado dos años antes, pero no pudo negarse a la petición expresa

del emperador para que se pusiera al frente de la fuerza expedicionaria que debía tomar la ciudad. Hirohito confiaba en muy pocos militares, debido a las tendencias levantiscas de muchos de ellos, y Matsui era uno de los que consideraba leales. El futuro demostraría que, para Matsui, aceptar la petición del emperador sería el mayor error de su vida.

Los chinos, confiados en su mayor número y con el factor sorpresa a su favor, lanzaron un ataque masivo con el que esperaban apoderarse de la ciudad en menos de una semana. No obstante, ese formidable ataque chocó con las fortificaciones niponas, lo que obligó a los chinos a rodearlas. El 18 de agosto, las fuerzas niponas lograron romper esos cercos con la ayuda de los tanques. El avance del Ejército del Kuomintang, una vez perdido el factor sorpresa, se había detenido.



Soldados de las Fuerzas Navales Especiales japonesas, pertrechados de máscaras antigás. Estas aguerridas tropas de élite serían las responsables de la masacre de Manila en febrero de 1945.

Por su parte, los japoneses lograron el 23 de agosto desembarcar a 50 kilómetros hacia el norte. La operación fue llevada a cabo por unidades de las Fuerzas Navales Especiales, la infantería de marina de la Armada Imperial nipona. Este cuerpo estaba considerado de élite, con tropas bien entrenadas, de buena calidad y moral alta; cuando se quedaban sin municiones solían utilizar sus espadas o sus propios puños, y destacaban por su espíritu incansable de lucha y su terquedad en resistirse a la rendición. La peligrosidad de la fuerza desembarcada forzaría a los chinos a emplear muchos recursos para atender ese nuevo y amenazador flanco.

Esa dispersión de los esfuerzos por ambas partes hizo que los avances en el centro de la ciudad se detuviesen; durante los siguientes tres meses, ninguno de los dos bandos conseguiría ganar allí terreno, por lo que apenas se movería la línea del frente en ese sector central.

La actividad se trasladó entonces al sector norte de la ciudad, hacia donde avanzaban las Fuerzas Navales Especiales desembarcadas. Aunque la resistencia china fue encarnizada, los *marines* japoneses continuaron con su avance. El riesgo que corrían los chinos era inmenso, ya que sus tropas podían quedar atrapadas entre dos fuegos. Pero, en lugar de pensar en una prudente retirada, Chiang Kai-shek siguió empleando sus mejores recursos en una batalla que estaba perdida de antemano. Entre esos recursos preciosos se incluía la escasa aviación con que contaba, así como los 80.000 soldados de élite con los que contaba el Ejército chino, que habían sido entrenados por asesores militares alemanes, y que sufrirían un 60 % de bajas.

A pesar de que sus generales insistían en que lo mejor era entregar Shanghái definitivamente a los japoneses y retroceder para formar una línea de defensa en torno a Nanking, Chiang Kai-shek seguía empecinado en resistir en la ciudad costera. Su esperanza era recibir el apoyo de las grandes potencias, cuyos representantes se encontraban reunidos en Bruselas desde el 3 de noviembre para mediar en el conflicto. Allí se habían dado cita todas las potencias firmantes del tratado de las Nueve Potencias, celebrado en Washington de 1922, que garantizaba la integridad territorial de China. El objetivo de aquel acuerdo era mantener la llamada *política de puertas abiertas* para evitar la hegemonía de alguna potencia, cuando todas rivalizaban por hacerse con las concesiones de ferrocarriles, minas o puertos. En realidad, esos temores se referían sobre todo a Japón, por lo que el tratado debía ser una herramienta para frenar las apetencias niponas. Los propios japoneses se avinieron a firmar el acuerdo, junto a Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia, Bélgica, Holanda, Portugal y la propia China. Sin embargo, el tratado de las Nueve Potencias no disponía de un mecanismo de aplicación en caso de infracción de sus términos, lo que se evidenció en 1931 con la referida invasión de Manchuria por parte de los japoneses y la consiguiente fundación de Manchukuo. La quiebra del compromiso apenas se saldó con las protestas norteamericanas y la imposición de algunas sanciones económicas que se demostrarían inútiles para preservar la integridad china. Con ese desalentador precedente, Chiang Kai-shek debía haber concluido que era mejor no hacerse ilusiones sobre la capacidad de las potencias occidentales para socorrerle ante la agresión nipona.

El líder chino quería conservar parte de Shanghái para emprender desde allí una contraofensiva con esa ayuda internacional que él, en su ingenuidad, creía inminente, así como demostrar con su heroica resistencia que los chinos podían acabar venciendo a los japoneses si obtenían ese apoyo. Desde el 5 de noviembre, la situación se había tornado desesperada cuando los japoneses llevaron a cabo un nuevo desembarco, en este caso a 40 kilómetros al sur de Shanghái, y se lanzaron varios ataques en toda la línea del frente.

Pero, como era de prever, las potencias en las que tanto confiaba el líder chino no estaban dispuestas a mover un dedo por China. En Estados Unidos dominaban las tesis aislacionistas, y tanto británicos como franceses tenían ya bastante preocupación con la amenaza que representaba Hitler. La Unión Soviética, que pese a no haber firmado el tratado de 1922 había sido invitada a la capital belga, tampoco tenía ningún interés en enarbolar la bandera de la intervención. Además, se había extendido el convencimiento de que la causa china estaba perdida y, en todo caso, el escenario de la disputa era tan remoto que no se alcanzaban a ver las ventajas de esa posible intervención. Aunque a lo largo de las sesiones se pronunciaron discursos más o menos tonantes, el 24 de noviembre concluyó la conferencia de Bruselas sin que se acordase ninguna iniciativa de apoyo a China, lo que en la práctica daba luz verde a la agresión nipona. Con esa decepcionante conclusión se esfumaban las últimas esperanzas de Chiang Kai-shek de recibir el ansiado auxilio internacional.

Finalmente, el 11 de noviembre, el líder nacionalista chino no tuvo otro remedio que ordenar la retirada para salvar a su ejército de ser aniquilado. Los soldados chinos, exhaustos y faltos de armas y municiones, emprendieron la retirada hacia Nanking, estableciendo una nueva línea de defensa para protegerla del avance nipón. La tenaz resistencia china, que se había prolongado desde mediados de agosto, estaba a punto de escribir su último capítulo en esa parte del país.

El 1 de diciembre de 1937, el Alto Mando japonés autorizó el ataque a la capital nacionalista china. El asalto debía ser dirigido por el citado general Matsui, quien el 7 de noviembre había recibido el mando de todas las fuerzas niponas en el área de Shanghái, que pasarían a llamarse Ejército de China Central. Sin embargo, el veterano Matsui cayó enfermo, víctima de una tuberculosis crónica. Para dirigir el ataque a Nanking, fue

sustituido el 8 de diciembre por el general Yasuhiko Asaka, aunque Matsui seguiría conservando su responsabilidad al frente de la fuerza expedicionaria.

Asaka, de 50 años, tenía el título de príncipe al pertenecer a la Familia Imperial; era tío de la futura emperatriz Kojun, consorte del emperador Hirohito. Sufría cojera desde que en 1923 fuera víctima de un grave accidente de tráfico en París, cuando estudiaba allí estrategia militar. Pese a los lazos familiares, Hirohito veía a Asaka como un elemento perturbador, ya que el príncipe simpatizaba con la facción revolucionaria del Ejército, que pretendía imponer su voluntad al emperador. Eso motivó que Hirohito lo destinase a la guerra de China, para alejarlo así de los centros de poder. Gracias a ese *exilio*, Asaka tendría ahora el honor de capturar la capital nacionalista china, aunque luego su nombre quedara manchado por los abominables hechos que iban a tener allí lugar.

Asalto a Nanking

La pérdida de Shanghái supuso un duro revés para la China nacionalista. Chiang Kai-shek había confiado hasta el último momento en que iba a recibir apoyo internacional y que iba a poder iniciar desde Shanghái la expulsión de los invasores nipones. Pero la defensa a ultranza de sus posiciones en esa ciudad no había servido de nada, únicamente para perder buena parte de sus tropas de élite y de su mejor armamento en una batalla que tenía perdida de antemano.

Los nacionalistas chinos se vieron abocados entonces a la única estrategia posible: una retirada hacia el interior del país, en una política de tierra quemada similar a la que seguirían los soviéticos tras la invasión alemana de 1941. Los chinos tenían a su favor la inmensidad de su territorio, con la posibilidad de reorganizarse en la retaguardia a la espera de tiempos mejores. No obstante, para permitir esa retirada ordenada hacia el interior, era necesario entretener a los japoneses con el fin de ganar tiempo. Así, Chiang Kai-shek decidió que Nanking resistiese todo lo posible el avance de las tropas niponas. Esa misión recaería en el general Tang Shengzhi.

Tang, delgado, con gafas y luciendo un fino bigotito, había sido uno de los señores de la guerra que Chiang Kai-shek había tratado de ganarse para

extender el dominio del Gobierno nacionalista a todo el país. Tang supo ver a tiempo el poder creciente del líder nacionalista y pronto se situó como aliado suyo, convirtiéndose en uno de sus hombres de confianza. Ante la difícil papeleta de defender Nanking, Chiang Kai-shek pensó en él para dirigir la resistencia. Al respecto existen dos versiones, la que asegura que Tang solo aceptó después de que el líder chino le rogase una y otra vez que se encargase de esa misión condenada al fracaso y, por el contrario, la que afirma que fue el propio Tang el que se ofreció voluntario para comandar la resistencia de la capital, comprometiéndose a dejarse la vida en el empeño.

Sea como fuere, el general Tang se hizo cargo de la defensa de Nanking, a orillas del río Yangtsé, un reto para el que contaba con unos 100.000 soldados. Esa numerosa fuerza, no obstante, estaba integrada en su mayor parte por tropas con escasa instrucción y pobremente armadas. Aunque contaba también con algunas unidades bien equipadas y con experiencia en combate, estas se encontraban desmoralizadas tras la derrota sufrida en Shanghái. Mientras tanto, las tropas más valiosas emprendían la retirada hacia el interior, para disponer de ellas en las batallas venideras, por lo que el ejército encargado de defender Nanking era considerado apenas carne de cañón. Pero Tang estaba dispuesto a hacer un papel heroico al mando de esas tropas tan poco apreciadas. En una comparecencia ante la prensa internacional reiteró su decisión de defender la ciudad hasta la muerte, si era necesario.



El líder militar chino, Chiang Kai-shek, ordenó a sus tropas una defensa a ultranza de Nanking, sabiendo que no tenía ninguna posibilidad de resistir. El objetivo era ganar tiempo para retirar sus

mejores tropas hacia el interior del país. *Wikimedia commons*.

En una decisión que recuerda a la que tomaría cinco años después Stalin respecto a Stalingrado, Chiang Kai-shek ordenó impedir la evacuación de la población civil, una decisión que, a la luz de los acontecimientos posteriores, se demostraría un terrible error. Para ello, Tang llegó a disponer dos divisiones en el puerto fluvial con la única misión de evitar la huida de los civiles, e incluso procedió a hundir hasta el último bote para evitar tentaciones a los que pretendían escapar de la ciudad. De este modo, el río se convertía en una barrera infranqueable, ya que, al ser tan ancho a su paso por la ciudad, ningún puente lo atravesaba. Además, todos los caminos que salían de la ciudad fueron también bloqueados. Los habitantes de Nanking quedaron así atrapados en una ratonera. La ciudad estaba a punto de convertirse en un campo de batalla y ellos iban a tener que permanecer en el escenario de los combates, lo que solo podía acabar trágicamente.

Pero las semejanzas con la defensa de Stalingrado no terminaban ahí. Al igual que el Ejército Rojo en la ciudad soviética, los chinos iban a tener que combatir en la ciudad con el río, en este caso el Yangtsé, a sus espaldas. Sin embargo, habría una diferencia decisiva. Mientras los soviéticos lograrían resistir en Stalingrado gracias al aporte continuo de hombres y material que llegaban desde la orilla oriental del Volga, las fuerzas chinas encargadas de defender Nanking iban a contemplar cómo el resto del ejército se retiraba hacia el interior. Por otro lado, las históricas murallas que rodeaban todo el perímetro de la ciudad no suponían una defensa eficaz en un conflicto del siglo XX. Para cualquier observador, Nanking estaba condenada a perecer sin remisión. Además, con el recuerdo bien fresco de lo que acababa de ocurrir en Shanghái, en donde se habían producido muchas bajas civiles, pocas dudas sobre el duro castigo que iba a sufrir Nanking bajo las armas niponas, aunque pocos hubieran podido imaginar en ese momento a qué dramáticos extremos llegaría.

El 1 de diciembre de 1937, coincidiendo con la decisión del Alto Mando japonés de iniciar el asalto a Nanking, el Gobierno nacionalista emprendió la retirada de la capital. Chiang Kai-shek permanecería en la ciudad seis días más para insuflar ánimos a los resistentes, antes de seguir a su gobierno hacia el interior hasta la ciudad de Wuhan, en el curso medio del río Yangtsé, poniéndose a salvo y abandonando a la ciudad a su suerte.

Al día siguiente, el príncipe Asaka ordenó el avance sobre la capital. El plan ideado por el general Tang para impedir el asalto se vino abajo desde el mismo momento en que los japoneses atacaron. El pánico se extendió entre los soldados chinos que combatían en los alrededores de la ciudad; los hombres huían atropelladamente para ponerse a salvo. Cuando tropas procedentes de la guarnición de Nanking trataban de forzarles a regresar al frente, los soldados que huían les disparaban para abrirse paso. Con el fin de acabar con esos graves casos de indisciplina, Chiang Kai-shek autorizó al general Tang a ejecutar en el momento a los que desobedeciesen las órdenes, pero esa disposición era de imposible cumplimiento, puesto que eran miles los soldados que abandonaban la lucha, y Tang hubiera tenido que emplear sus tropas leales en matar compatriotas en lugar de japoneses.



Tanquetas japonesas atacando la Puerta de China el 12 de diciembre de 1937.

Aunque la caída de Nanking era inevitable, al igual que había sucedido en Shanghái, Chiang Kai-shek decidió prolongar inútilmente los combates. En este caso no era para dar tiempo a que llegase una hipotética ayuda internacional que ya estaba descartada, sino para dar un ejemplo de resistencia al resto del pueblo chino, evitando dar la impresión de que la capital caía sin lucha. No obstante, el líder nacionalista dispensó al general Tang de su promesa de defender la ciudad hasta la muerte, como agradecimiento por la amarga tarea que había asumido. Igualmente, se relajó la disposición que obligaba a la población a permanecer en la ciudad; de todos modos, solo pudieron huir los que tenían suficiente dinero para proveerse de un medio para escapar. A la gran mayoría no le quedó otra alternativa que tratar de sobrevivir en esa ciudad condenada.

Una semana después de ordenado el ataque, el ejército japonés ya tenía rodeada la ciudad, y conminó a los defensores a rendirse. El general Tang hizo honor a su palabra y rechazó la rendición, una decisión que también se demostraría desacertada, ya que no haría más que exacerbar los ánimos de los japoneses, bastante encendidos por la inesperada resistencia china en Shanghái.

A pesar de ese loable espíritu de resistencia, la caída de Nanking, sin la más mínima esperanza de recibir algún auxilio, era solo cuestión de tiempo. El 9 de diciembre de 1937, Asaka ordenó el asalto final. Los desmoralizados soldados chinos fueron retrocediendo cada vez más ante el empuje japonés. Las órdenes de los oficiales chinos eran confusas y contradictorias, lo que hizo que la defensa fuera descoordinada. Mientras, los aviones nipones, además de bombas, arrojaban octavillas sobre la ciudad en la que exigían su capitulación. El general Tang, por su parte, aunque públicamente animaba a seguir combatiendo por la defensa de la ciudad, entabló contactos secretos con los japoneses para acordar un alto el fuego y entregarla, aunque las conversaciones no llegaron a prosperar.

Finalmente, el 12 de diciembre, el general Tang ordenó la retirada general de sus tropas. Esa decisión había sido postergada lo máximo posible. Para no cargar con esa deshonra en su currículum, Tang había ido reuniendo a sus altos oficiales para que la petición de retirada, dirigida a Chiang Kai-shek, estuviera firmada por todos ellos, diluyendo así su responsabilidad en la derrota. Una vez dada la orden de retirada, las tropas chinas abandonarían la ciudad escapando por las rutas que aún permaneciesen abiertas o cruzando a la otra orilla del Yangtsé en cualquier medio flotante, pero ya era tarde para intentar una retirada organizada, como sí hubiera sido posible de haberse decidido unos días antes. Esa noche, el general Tang, quien poco antes se mostraba decidido a luchar por Nanking hasta la última gota de su sangre, huyó de la ciudad de forma no demasiado heroica, por la única puerta de la muralla que permitía escapar del asedio japonés. Tang dejó Nanking como el capitán que abandona su barco mientras la tripulación y los pasajeros tratan de achicar agua para evitar el inminente naufragio.



Entrada triunfal de las tropas niponas en Nanking.

Al amanecer del día 13 de diciembre, la situación para los defensores ya era desesperada. La artillería nipona comenzó a demoler las murallas, que se fueron desmoronando entre la euforia de los soldados. Las cámaras japonesas inmortalizaron el momento en el que los soldados se encaramaban a las ruinas de las murallas ondeando sus banderas y lanzando sus gritos de júbilo por una victoria que ya estaba al alcance de la mano. Tras la destrucción de las murallas, dos divisiones japonesas penetraron hacia el centro de la ciudad y dos más avanzaron hacia otros puntos. Además, los japoneses habían logrado remontar el Yangtsé y desembarcar tropas en las dos orillas.

La huida del general Tang, así como de otros muchos oficiales, dejó a las tropas chinas descabezadas e inmersas en el caos más absoluto. Tan solo dos regimientos lograron retirarse según los planes previstos, pero el resto, unos 90.000 hombres, se rigieron por el principio del sálvese quien pueda. Así, fueron numerosos los soldados que abandonaron sus armas y uniformes en plena calle y trataron de confundirse entre la población civil. Para ello, trataban de encontrar ropa o, incluso, obligaban a los civiles a entregarles la suya. Otros soldados se dedicaron al saqueo de tiendas y negocios. Las calles aparecían cubiertas de fusiles, granadas, cascos, uniformes o botas; eran los restos de un ejército derrotado y en desbandada.

Pero también hubo soldados chinos que siguieron combatiendo con una tenacidad encomiable. Al contrario que sus compañeros, no confiaban en poder evitar las represalias de los vencedores; si iban a morir de todos modos, antes se llevarían por delante a algunos japoneses, y eso fue lo que hicieron. Pero esa resistencia desesperada no supuso un contratiempo serio para los invasores, quienes siguieron avanzando por las calles de la ciudad,

amparados en la protección y en la potencia de fuego de sus tanques. Cuando cayó la noche de ese 13 de diciembre de 1937, Nanking había sido definitivamente tomada.

«Maten a todos los prisioneros»

Los soldados chinos que prefirieron morir combatiendo a esperar clemencia de los japoneses victoriosos no erraron en sus aciagos pronósticos. Aquellos que acabaron siendo capturados serían ejecutados. Los que se podían considerar más afortunados serían los que cayeron sin más dilación bajo las balas niponas, porque muchos otros morirían de una forma lenta, cruel o ambas cosas a la vez.

El asesinato masivo de los soldados chinos no respondió a ninguna improvisación, sino que era un plan premeditado. El 6 de agosto de 1937, cuando estaba a punto de estallar el conflicto armado con China, el emperador Hirohito aceptó formalmente la proposición de sus militares para que los soldados chinos capturados en la inminente campaña no fueran considerados prisioneros de guerra, despojándoles así de la protección que les confería la Tercera Convención de Ginebra, adoptada en 1929. Ese acuerdo internacional establecía los derechos que les asistían a los militares capturados en un conflicto, como el alojamiento, comida, ropa o asistencia médica. No obstante, para que no se plantease su aplicación en el caso de la guerra con China, en la disposición refrendada por el emperador se insistía en que ni tan siquiera se utilizase para ellos el término «prisionero de guerra».

Pero la orden de acabar con la vida de todos los soldados chinos capturados fue emitida el 8 de diciembre, en cuanto el príncipe Asaka se hizo cargo de las fuerzas que debían tomar Nanking. Ese día, los oficiales recibieron una serie de órdenes confidenciales con el sello personal de Asaka y marcadas como «Secreto, destrúyase», entre las que destacaba una: «Maten a todos los prisioneros». A pesar de que en la orden figuraba el sello de Asaka, existe controversia sobre si fue el propio príncipe el que la emitió. Posteriormente, uno de los miembros del cuartel general de Asaka, el oficial de inteligencia Taisa Isamo, reconocería haber emitido la orden, justificándola por el hecho de que había miles de soldados chinos cercados en Nanking, a los que iba a resultar imposible alimentar y

controlar una vez cautivos. Sea como fuere, la responsabilidad de Asaka quedaba fuera de toda duda, ya que, llegado el momento, no consta que moviese un dedo por frenar la masacre.

Así pues, en cuanto las tropas niponas tomaron Nanking, la prioridad fue eliminar físicamente a todos los soldados chinos. El mismo día 13 de diciembre, todas las unidades recibieron una orden tajante, consecuencia de aquella otra orden secreta emitida cinco días antes: «Todos los *prisioneros de guerra* deben ser ejecutados». Como podemos comprobar, en el comunicado se utilizaba por error el definitorio término para referirse a los soldados chinos capturados que se habían tratado infructuosamente de eliminar. En esa orden inequívoca se establecía que los soldados chinos fueran sacados en grupos de cincuenta individuos de los lugares en donde se hallasen concentrados. También se delimitaban los lugares en los que cada unidad debía llevar a cabo las ejecuciones, así como el horario; estas debían comenzar a las cinco de la madrugada y debían acabar antes de las siete de la mañana.

Aunque la victoria japonesa había sido completa y los chinos habían bajado definitivamente los brazos, llevar a cabo la consigna de ejecutar a todos los prisioneros era una tarea que se presentaba menos sencilla de lo que pudiera parecer. Dentro de la ciudad, los soldados nipones debían hacerse cargo de esos 90.000 efectivos chinos, mientras que ellos eran apenas 50.000. La tensión entre los japoneses sería máxima, ya que existía el riesgo de que se produjese un levantamiento de esa masa de prisioneros. Otra de las dificultades era el hecho de que parte de los soldados chinos habían abandonado sus uniformes para confundirse entre la población civil, por lo que los japoneses se vieron empujados a capturar a todos los hombres en edad militar, hubieran combatido o no, y tratarlos a todos por igual.

Tal como había quedado establecido en la orden remitida a todas las unidades, los prisioneros iban siendo reunidos en distintos puntos, a veces en plena calle, a la espera de que les llegase el turno de ser ejecutados. Para evitar ese temido levantamiento, los japoneses fueron formando grupos manejables de entre 100 y 200 prisioneros, que debían permanecer con las manos atadas a la espalda. De este modo se dificultaban los actos de resistencia, que de hecho no llegaron a darse prácticamente en ningún momento. La resignación de los soldados chinos puede entenderse tanto por el convencimiento de que su muerte era inevitable, un destino que

aceptaban llevados por el fatalismo oriental, o por la remota esperanza de que su comportamiento dócil pudiera merecer clemencia del endurecido corazón de sus captores.

Una de las matanzas de prisioneros chinos más importantes fue la que se produjo junto al monte Mufu, al norte de Nanking, en la orilla sur del río Yangtsé. El 16 de diciembre fueron capturados unos 50.000 soldados chinos que habían resistido en una línea fortificada dotada con artillería. Los prisioneros fueron desarmados y conducidos a un pueblo cercano, quedando confinados en establos y graneros. Al día siguiente, sus captores recibieron la orden de matarlos. Los japoneses dijeron a los chinos que iban a trasladarlos a la pequeña isla de Baguazhou, que se encuentra en mitad del río Yangtsé. Como precaución para el traslado, los japoneses les dijeron que tenían que atarles las manos detrás la espalda. Así lo hicieron; la tarea les llevó toda la mañana. Alrededor de las cuatro de la tarde, los japoneses dividieron a los prisioneros en cuatro columnas e iniciaron la marcha hacia el oeste, deteniéndose en la orilla del río.



Prisioneros de guerra chinos siendo enterrados vivos por los japoneses.

Según las anotaciones de un cabo nipón, Kurihara Riichi, «después de tres o cuatro horas esperando, los chinos no veían ningún preparativo para cruzar el río, pero no podían imaginar lo que iba a suceder. Cuando ya era oscuro, comenzaron a montarse ametralladoras en la orilla, formando un semicírculo alrededor de los prisioneros». La matanza estaba a punto de comenzar. Según el testimonio de Kurihara, «de repente, comenzaron a disparar ametralladoras y todo tipo de armas. El ruido de esas armas de fuego disparando se entremezclaba con los gritos desesperados de los prisioneros». La masacre se prolongó durante una hora, hasta que todo el

grupo fue aniquilado. Kurihara afirmó que, durante toda la noche, los soldados japoneses fueron clavando a los chinos sus bayonetas para asegurarse de que ninguno había quedado con vida.

Una vez cumplida la orden de ejecutar a todos los prisioneros, surgió el problema de qué hacer con los cadáveres. Se comenzaron a cavar fosas, pero pronto se vio que un enterramiento masivo iba a requerir mucho tiempo y esfuerzo. También se intentaron quemar los cuerpos, pero los japoneses no contaban con gasolina suficiente para emplearla en esa tarea. Al final, la mayoría de cadáveres fueron simplemente arrojados al Yangtsé.

Los asesinatos masivos tenían lugar alrededor de la muralla que rodeaba la ciudad. Ante la puerta Taiping, los japoneses reunieron unos 1300 soldados chinos y los mataron arrojándoles granadas de mano. Los supervivientes fueron rociados con gasolina y quemados. A los que todavía conservaban un hálito de vida se les remató con las bayonetas.

También hubo asesinatos en la parte superior de un sector de muralla que había sobrevivido al bombardeo. Según declararía años después un reportero japonés, «los soldados alinearon a los prisioneros chinos en lo alto de la muralla, cerca de la puerta Chungshan, y cargaron contra ellos con sus bayonetas. Uno a uno, los prisioneros fueron cayendo abajo. Todo se llenó de sangre». El periodista reconoció que «la escena me puso los pelos de punta, estaba temblando sin saber qué hacer».

Los puntos en los que se produjeron masacres serían incontables. Por ejemplo, miles de prisioneros fueron ejecutados en una excavación conocida como el «Reguero de los diez mil cadáveres», una fosa de 300 metros de largo por 5 de ancho. El nombre no constituía una exageración, ya que se considera que en esa larga fosa fueron enterradas unas 12.000 víctimas.

Según dos corresponsales norteamericanos que fueron testigos de esos terribles acontecimientos, en la puerta de Yijiang los cadáveres de soldados chinos formaban montañas de hasta 6 metros de altura. Los actos de sádica crueldad llegarían a extremos espantosos, como el que contempló horrorizado un misionero también norteamericano, cuando unos soldados japoneses destriparon a un soldado chino, le arrancaron el hígado y el corazón y, después de asarlos, se los comieron.

Un oficial de la marina nipona que acababa de llegar a Nanking, Masatake Okumiya, presenció una de esas ejecuciones masivas, en la que

varios centenares de soldados chinos fueron masacrados: «No hicieron ningún ruido, estaban muy callados. Tenían las manos atadas a la espalda. Los habían hecho formar en la orilla del río y los mataron con bayonetas y espadas.
Luego los lanzaron al río». Okumiya experimentó la misma transformación que sufrieron muchos otros soldados, pasando de la sorpresa inicial ante esa muestra de brutalidad extrema a la aceptación e incluso la apatía: «Al principio me quedé atónito, sorprendido. Pero, a causa del ambiente que se respiraba, gradualmente me fui acostumbrando. Al final, ni siquiera pensaba en ello. No sentía nada. Me limitaba a mirar aquel espectáculo. Y, comoquiera que yo también era un oficial de la marina, no estaba autorizado a inmiscuirme en un asunto militar».

Un factor que, sin duda, influyó en el trato cruel que los japoneses infligieron a los soldados chinos fue el desprecio que sentían ante el hecho de que hubieran preferido caer prisioneros a luchar hasta la muerte. En la mentalidad nipona, el caer prisionero era algo inconcebible y vergonzoso, un concepto que explicaría también el maltrato que sufrirían los soldados británicos y norteamericanos capturados durante la Segunda Guerra Mundial.

El testimonio de un soldado japonés, Azuma Shiro, muestra hasta qué punto llegaba el desprecio que sentían por sus enemigos. Shiro se encontraba en Nanking cuando su unidad recibió la orden de dirigirse a un lugar, distante unos 15 kilómetros de la ciudad, para hacerse cargo de un grupo de soldados chinos que había decidido rendirse. Cuando Shiro llegó allí, ya de noche, contempló la escena; unos 7000 soldados chinos agrupados en torno a una bandera blanca esperando pacientemente la llegada de sus captores.

La facilidad con la que los chinos se habían entregado sorprendió mucho a Azuma y sus compañeros. Los oficiales chinos habían huido, abandonado a sus hombres, pero aun así Azuma no podía entender que no hubieran luchado hasta el final en lugar de entregarse. Los japoneses les hicieron formar en cuatro columnas con la bandera blanca al frente para iniciar la marcha, y los chinos obedecieron mansamente, a pesar de que, según el testimonio de Azuma, les superaban claramente en número; aunque estaban desarmados, hubieran podido revolverse contra sus captores con éxito.

Por un lado, el soldado Azuma reconocía sentir algo de pena por aquellos prisioneros, que continuamente pedían agua y trataban de asegurarse de que no iban a ser ejecutados. Pero, por el otro, el japonés sintió un intenso desdén por ellos, comparándolos con «hormigas arrastrándose por el suelo» o «un rebaño de ovejas». Azuma se sintió avergonzado por haber sentido durante los combates anteriores miedo de los soldados chinos, a los que calificaba de «esclavos ignorantes», señalando además que algunos de ellos apenas tenían 12 o 13 años.

Los japoneses llevaron a los prisioneros chinos a una aldea vecina. Azuma relata que cuando ordenaron a un grupo de chinos que entrasen en una casa, estos dudaron porque veían la casa «como si fuera un matadero». Pero finalmente entraron y se acomodaron como pudieron, aunque protestaron cuando algunos soldados japoneses trataron de arrebatarles sus mantas. Los chinos pasaron allí la noche y a la mañana siguiente Azuma y sus hombres recibieron la orden de dirigirse a otro lugar. Días después, Azuma supo que los prisioneros habían sido divididos en grupos de doscientos o trescientos hombres y ejecutados.

Ese profundo menosprecio también se desprende de las palabras de otro soldado nipón: «Nosotros usábamos alambre de espino para atar a los chinos capturados dentro de fardos de diez y tenerlos agrupados. Luego les echábamos gasolina y los quemábamos vivos. Me sentía como si estuviera matando cerdos».

Estas reacciones no eran sorprendentes, ya que el proceso de instrucción de los soldados japoneses en China incluía esa desconsideración por la vida de sus enemigos. Así, un soldado nipón llamado Tajima recordaba una de esas sesiones de adoctrinamiento, en las que no solo eran aleccionados en ese desprecio, sino que debían actuar en consecuencia. Antes de que Tajima hubiera entrado en batalla, un teniente le reunió junto a sus compañeros para inculcarles que no debían considerar a los chinos como seres humanos, sino como algo que tenía incluso menos valor que un gato o un perro. Después, como los soldados todavía no habían matado ningún enemigo, el teniente pidió voluntarios para participar en una práctica en la que podrían hacerlo por primera vez. Ningún soldado salió de la fila, lo que encendió las iras del teniente, quien dijo que no eran dignos de enfundarse el uniforme japonés. Les espetó que eran unos cobardes y comenzó a nombrar a varios de los soldados. Uno de esos nombres era el de Tajima, quien a pesar de contemplar con horror la idea

de tener que matar un hombre a sangre fría, no tuvo otra opción que obedecer. Así, Tajima tomó su fusil con bayoneta y comenzó a caminar hacia una fosa, en cuyo borde permanecía un grupo de aterrorizados prisioneros chinos, quienes la habían cavado poco antes. Según el soldado, al llegar el momento de clavar su bayoneta a uno de los prisioneros, lo hizo cerrando los ojos y pidiéndole perdón, mientras escuchaba los gritos del teniente apresurándole para que lo hiciera de una vez. Cuando los volvió a abrir, el chino había caído ya en la fosa, mientras él se decía a sí mismo: «¡Asesino, criminal!».

Un macabro concurso

En la masacre de Nanking destaca un episodio controvertido, pero que es revelador del ánimo con el que los japoneses emprendieron la campaña. El 30 de noviembre de 1937, dos semanas antes de la toma de Nanking, apareció en la prensa nipona el primero de varios artículos sucesivos referidos a una particular competición entre dos oficiales japoneses, Toshiaki Mukai y Tsuyoshi Noda. El objetivo de ese macabro concurso era ver quién era el primero en decapitar a cien soldados enemigos con sus respectivas katanas.

El duelo entre ambos oficiales fue seguido como si de una competición deportiva se tratase. Así, en su edición del 7 de diciembre, uno de los diarios que cubría el concurso informaba que el *marcador* a fecha 5 de diciembre era de Mukai 89, Noda 78.

Según las crónicas, al llegar a la montaña Zijin, durante el avance hacia Nanking, se produjo una batalla en la que ambos contendientes consiguieron sobrepasar esa cifra, pero no fue posible saber quién la había conseguido antes. Noda había matado a 105 soldados chinos, mientras que Mukai había acabado con 106. La prensa celebraría esa doble marca el 13 de diciembre titulando «Increíble récord» y colocando en la portada una gran foto de ambos oficiales luciendo con orgullo sus katanas. Para decidir el vencedor, se optó por continuar con la competición, pero situando la nueva y definitiva meta en las 150 muertes.

Como información adicional, la prensa explicaba que la katana de Mukai se encontraba ligeramente dañada; según declaraciones de Mukai, se debía a que había cortado la cabeza de un soldado chino de arriba abajo,

incluyendo el casco. Mukai aseguró también a la prensa que el concurso le parecía «divertido».



百人斬り'超記録'
向井106−105野田
兩少尉さらに延長戰
'百人斬り競爭'の兩將校

Un diario japonés lleva a su portada el macabro concurso de cabezas cortadas que llevaron a cabo dos soldados nipones.

Aunque, según la prensa, esas decapitaciones se producían en el fragor de la batalla, por lo que eran calificadas como «heroicas», en realidad los dos oficiales incrementaban sus números recurriendo a la decapitación de prisioneros. Así lo confirmaría Tsuyoshi Noda al regresar a casa, quien admitió que:

> En realidad, solo maté a cuatro o cinco soldados en el campo de batalla. Cuando capturábamos una trinchera china, ordenábamos a los prisioneros que vinieran hacia nosotros, y ellos eran tan estúpidos que venían corriendo enseguida. Entonces los alineábamos y les íbamos cortando la cabeza, desde el primero al último de la fila. Se dijo que yo había matado a un centenar de soldados, pero la mayoría fue de este modo.

Al parecer, esa competición no resultó tan gratificante para sus autores como se desprendía del emocionante seguimiento de la prensa: «Sí, hicimos ese concurso, pero después se me ha preguntado si fue para mí una gran cosa, y no, no lo fue».

Tras la guerra, ambos protagonistas fueron juzgados por el Tribunal Internacional Militar para el Lejano Oriente. Los dos oficiales fueron extraditados a China, y juzgados por el Tribunal para los Crímenes de Guerra de Nanking. Mukai y Noda fueron declarados culpables, condenados a muerte y ejecutados el 28 de enero de 1948.

Asesinato de civiles

Después de que los soldados chinos se rindieran en masa, no quedaba nadie para proteger a los civiles de Nanking, excepto los extranjeros residentes en la ciudad que habían decidido permanecer allí corriendo un gran riesgo, con el empresario alemán John Rabe a la cabeza, cuyo destacado papel será descrito más adelante.

Esos extranjeros se encontraban allí por motivos comerciales, o estaban al frente de misiones religiosas. Tan solo eran veintidós, ya que el resto se había marchado cuando las tropas niponas se acercaban a la ciudad. Gracias al impulso de John Rabe, se formó el llamado Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking, siguiendo el modelo que se había puesto en práctica en Shanghái para proteger a la población civil. La zona segura de Nanking se estableció en la parte oeste de la ciudad y se logró el compromiso del Ejército japonés de mantenerse fuera de sus límites.

En el resto de la ciudad, los invasores cometerían todo tipo de atrocidades, no solo contra los prisioneros de guerra, como hemos podido comprobar, sino contra los civiles, que nada habían tenido que ver con los combates. Desde el primer momento, los soldados extendieron el terror por las calles, disparando a los civiles sin ningún motivo, a la mayoría de ellos por la espalda cuando trataban de huir. Usando ametralladoras, pistolas y rifles, los japoneses disparaban sin miramientos a ancianos, niños o soldados chinos heridos. Las calles estaban sembradas de cadáveres. No solo los habitantes de Nanking fueron objeto de la insaciable sed de sangre de los soldados nipones. En los pueblos situados en los alrededores de la ciudad también se produjo esa ola de asesinatos indiscriminados.

Pero los soldados nipones también irrumpían en comercios y casas particulares, buscando soldados chinos ocultos. Estos registros solían acabar con el asesinato de los que en ese momento se encontraban allí y el robo de las pertenencias más valiosas. Todas las tiendas fueron sistemáticamente saqueadas. Los japoneses también quemaban todo lo que no pensaban utilizar. Como se ha apuntado, los hombres en edad militar, aunque fueran civiles, eran ejecutados al ser sospechosos de ser soldados. Pero cualquiera podía caer bajo las balas o las bayonetas niponas, por ejemplo por no obedecer una orden en japonés, aunque no se comprendiera ese idioma. Los japoneses utilizaban incluso un toque de corneta que significaba «matar a todos los chinos que huyen».

Los japoneses pusieron en práctica con los civiles un método de tortura que acababa siempre con la muerte de la víctima: el enterramiento en vida, aunque dejando la cabeza fuera. El desdichado, además de sufrir hambre y sed, podía ser atormentado de muchas maneras. Los japoneses lo hacían servir de blanco utilizando sus fusiles con bayonetas como jabalinas. También podían ser pisoteados por caballos o aplastados por las orugas de los tanques.

Los cadáveres iban siendo apilados fuera de las murallas de la ciudad, a lo largo de la orilla del río. El modo más habitual de deshacerse de los cuerpos era, tal como se ha apuntado, simplemente lanzándolos al Yangtsé, que en algunos puntos se tornaría literalmente rojo por la sangre derramada. Un corresponsal japonés, Imai Masatake, fue testigo de lo que allí sucedía: «En el muelle había la negra silueta de una montaña de cuerpos. Entre cincuenta y cien hombres estaban allí sacando cuerpos de esa montaña y arrojándolos al Yangtsé. Los cuerpos derramaban sangre, y algunos no estaban todavía muertos; se les oía gritar y aún se movían. Los encargados de ese trabajo lo hacían en completo silencio».

El periodista nipón recordaba que «estaba muy oscuro, apenas se distinguía la otra orilla del río». Pero lo que más le impresionó fue que el muelle «estaba cubierto de una especie de lodo que brillaba bajo la luz de la luz de la luna… ¡era sangre!». A Masatake le quedaba por ver lo peor: «Después de un rato, los chinos a los que se les había obligado a hacer ese trabajo fueron alineados a lo largo del muelle. Se escuchó el disparo de una ametralladora. Los chinos cayeron hacia atrás, precipitándose al río, siendo engullidos por la corriente». Según el corresponsal, «un oficial japonés que se encontraba allí calculó que unas 20.000 personas habían sido ejecutadas».

Un fotógrafo de prensa japonés, Kawano Hiroki, recordaría escenas similares, preguntándose si aquellos incontables cadáveres que eran arrojados al Yangtsé eran de personas «que habían muerto en la batalla o si habían sido ejecutados después de haber sido hechos prisioneros, o si eran civiles masacrados». Hiroki, como buen fotógrafo, no pudo pasar por alto el aspecto estético de aquellas escenas, por terribles que pudieran ser en realidad; así, se acordaba especialmente de que «había un estanque en los alrededores de Nanking que parecía un mar de sangre, mostrando espléndidos colores. Si hubiera tenido película de color… ¡qué impactante foto hubiera conseguido!».

Sobre la espantosa imagen de los cadáveres amontonados a lo largo del río, otro reportero nipón, Sasaki Motomasa, se mostraría también muy impresionado: «Vi montañas de cuerpos apilados tras el gran terremoto de Tokio —ocurrido en 1923—, pero nada podía compararse a esto».

Otro fotógrafo japonés, en este caso del Ejército, Hiroki Kawano, aseguraría haber visto «toda clase de escenas espantosas, como cuerpos decapitados de niños tendidos en el suelo». El fotógrafo explicó que «los soldados obligaban a los prisioneros a cavar una fosa y arrodillarse antes de ser decapitados». Según Kawano, los verdugos habían logrado una macabra perfección de su cometido: «Algunos soldados japoneses eran muy hábiles en su trabajo y tenían el cuidado de cercenar la cabeza completamente, pero dejando una pequeña tira de piel entre la cabeza y el cuerpo, de modo que, al desplomarse, la cabeza tirase del cuerpo hacia la fosa».

Otras descripciones espeluznantes llegarían de los residentes extranjeros en la ciudad. Un médico norteamericano, Robert Wilson, relataba a su familia en una carta que «los soldados japoneses clavaron sus bayonetas a un niño, matándolo. Esta mañana pasé una hora y media intentando curar a otro niño de 8 años que tenía cinco heridas de bayoneta, una de ellas en el estómago». El doctor Wilson aseguraba en otra misiva que «la masacre de la población civil es terrible. Podría seguir narrando páginas de los casos de violación y brutalidad casi más allá de lo creíble». El médico estadounidense refirió también con una mezcla de estupor y horror los asesinatos arbitrarios que llevaban a cabo los japoneses en las calles: «Vi a siete chinos que estaban limpiando de escombros una calle, llegaron unos soldados japoneses y, sin previo aviso, mataron a cinco de ellos. También mataron a dos heridos que iban camino del hospital».

Otro de los extranjeros que más se destacó en su ayuda a las víctimas de Nanking fue el misionero norteamericano John Magee. En una carta a su esposa, el religioso aseguraba que «los japoneses no solo mataron a todos los prisioneros que podían encontrar, sino también un gran número de civiles de todas las edades».

Salvado de milagro

Si hasta ahora hemos contado con el testimonio de aquellos que presenciaron la carnicería que tuvo lugar en Nanking, tiene un especial valor el relato de los hechos que puede referir una de las víctimas. En 1995, la autora del libro *The Rape of Nanking*, la historiadora Iris Chang, entrevistó a uno de los supervivientes, Tang Sushan, entonces un joven aprendiz de zapatero.

Poco antes de que las tropas niponas entraran a sangre y fuego en la ciudad, Tang y otros dos aprendices decidieron esconderse en la casa en la que se alojaban, sacando la puerta y tapiando la entrada con unos ladrillos. Desde allí podían escuchar los gritos de sus compatriotas, cayendo bajo las balas y las espadas de los japoneses. Según relataría Tang a su entrevistadora, estando allí oculto sintió una gran curiosidad por ver a los soldados japoneses, puesto que había oído que se parecían físicamente a los chinos, pero al no haber visto nunca a ningún japonés no sabía si eso era verdad.

Tang, empujado por la inconsciencia de la juventud propia de sus 25 años, convenció a sus amigos para que retirasen algunos ladrillos de la puerta y poder así salir a la calle. Sus compañeros de escondite trataron de disuadirle, advirtiéndole del enorme peligro que iba a correr solo para satisfacer su curiosidad. Sin embargo, Tang estaba firmemente decidido a llevar a cabo su arriesgada excursión, por lo que finalmente sus amigos se rindieron y le permitieron salir, retirando los ladrillos.

Ya en la calle, Tang no tardó nada en arrepentirse de haber abandonado el refugio. Se veían cadáveres por todas partes, tanto de hombres como de mujeres, de niños pequeños como de ancianos, con signos de haber caído bajo las bayonetas japonesas. Según Tang, «estaba lleno de sangre por todas partes, como si del cielo hubiera estado lloviendo sangre». Tang se encontraba en ese momento junto a otro chino, cuando de pronto vio cómo se acercaba un grupo de ocho o nueve japoneses. Instintivamente, aquel chino se metió en un cubo de basura para esconderse, y Tang hizo lo mismo. Ambos apilaron algunos desperdicios por encima de sus cabezas para permanecer ocultos. De repente, Tang sintió como alguien apartaba de un golpe aquellos desperdicios; era un soldado japonés. Habían sido descubiertos. El soldado les ordenó que salieran del cubo, y antes de que Tang pudiera reaccionar, vio como el japonés cortaba limpiamente la cabeza a su compañero con una espada, la recogía y la mostraba orgulloso como trofeo.

Tang se quedó paralizado; «estaba tan aterrorizado que no podía mover un dedo, lo único en lo que podía pensar era en que, si moría ahí, mi familia nunca sabría lo que había ocurrido». Entonces escuchó la voz de un chino que colaboraba con los invasores, ordenándole que saliera de una vez. El aprendiz de zapatero salió a rastras del cubo. Pensó en escapar, pero el terror le impedía incluso mover las piernas. En ese momento pasaba por la calle un grupo de japoneses acarreando varios centenares de resignados civiles que habían sido detenidos y a Tang se le ordenó unirse a ellos.

La marcha se detuvo al cabo de un rato cerca de un estanque y una fosa rectangular que acababa de ser cavada. En ella reposaban los cuerpos de unos sesenta chinos. Tang comprendió que ese era el destino que le esperaba a él y al resto del infortunado grupo. La única duda era saber si iban a ser ejecutados al momento o se les iba a enterrar vivos, como acostumbraban a hacer los japoneses. A Tang se le ocurrió la idea de aprovechar algún descuido de sus captores para deslizarse dentro de la fosa y permanecer entre los cadáveres a la espera de una oportunidad para escapar. Pero cuando vio que dos perros lobo del Ejército nipón se estaban comiendo los cuerpos, cambió de idea.

Los japoneses ordenaron a Tang y los otros prisioneros que se alineasen en varias filas junto a la fosa. Tang se quedó en la que estaba más cerca del borde. Desde allí pudo por fin satisfacer su primera curiosidad, contemplando los rostros de los japoneses y llegando a la conclusión de que, en efecto, se parecían a ellos, los chinos. Pero estando tan cerca de la muerte, poco le importaban ya esas observaciones. Para horror suyo y de todos los prisioneros, los japoneses dieron comienzo a un concurso similar al que habían protagonizado aquellos dos oficiales, en el que se debía dirimir quién era capaz de cortar cabezas más rápidamente. Los ocho soldados que iban a participar fueron divididos en cuatro equipos de dos miembros; uno se encargaría de cortar las cabezas con su espada y el otro de recogerlas y apilarlas. Mientras, otro soldado había emplazado una ametralladora frente al grupo para evitar que nadie pudiera escapar.

Tang recordaba la espantosa velocidad a la que las cabezas iban siendo cortadas. Durante la carnicería, los japoneses no paraban de reír e incluso uno tomaba fotografías. Según Tang, los verdugos «no mostraban ni rastro de remordimiento». No era posible huir, y Tang asumió con tristeza que estaba a punto de morir decapitado. El resto de prisioneros también se

mostraba resignado a su suerte. Pero, de repente, un suceso conmocionó al grupo; una mujer embarazada, que se encontraba dos filas detrás de Tang, se revolvió contra los japoneses cuando estos trataban de llevársela a rastras, seguramente para violarla. Aunque nadie se decidió a auxiliarla, la mujer no cedía en su desesperada resistencia. Finalmente, viendo que iban a tener más dificultades de las previstas para abusar de ella, un soldado rajó su vientre con la bayoneta y le sacó no solo el bebé que llevaba, sino sus intestinos. Ese hubiera sido el momento para los prisioneros, según Tang, de rebelarse e intentar acabar con la vida de los japoneses, aunque lo más probable es que hubieran perecido en el intento. Los chinos superaban ampliamente en número a sus captores, pero nadie hizo nada. Cada uno siguió dócilmente en su sitio. Tan solo aquella mujer embarazada mostró coraje en esos dramáticos momentos.

La muerte ya se acercaba a Tang. El prisionero que estaba justo detrás de él fue decapitado. Pero entonces sucedió una especie de milagro; el cuerpo de aquel hombre cayó hacia delante pero inclinado a un costado, empujando a Tang también a la fosa. En medio del ritmo frenético de las decapitaciones y el carácter lúdico que había adquirido aquella ejecución masiva, ningún soldado se dio cuenta de lo que había ocurrido, por insólito que pueda parecer. Ya en la fosa, Tang trató de ocultar su cabeza entre la ropa del hombre que acababa de ser decapitado. El truco podía no haberle dado resultado si los japoneses hubieran seguido con su macabra competición, ya que en algún momento se hubieran dado cuenta de que ese cuerpo había conservado su cabeza, pero poco después los soldados se cansaron del concurso y decidieron limitarse a cortar las gargantas. De este modo, con la llegada de esos cuerpos, Tang pudo seguir haciéndose pasar por muerto en el interior de la fosa.

Al cabo de una hora, todos los demás prisioneros habían sido ya asesinados. Los soldados abandonaron el lugar, excepto uno que se dedicó a clavar su bayoneta en los cuerpos para asegurarse de que no había supervivientes. El propio Tang recibió cinco bayonetazos, pero tuvo suerte de que no le alcanzaron en ningún órgano vital y logró reprimir los gritos de dolor. Tras esa última prueba, perdió el conocimiento.

Sobre las cinco de la tarde aparecieron los dos amigos de Tang, esperando recuperar su cuerpo sin vida para que, al menos, no reposase en el anonimato de una fosa común. Por un agujero del muro de ladrillos habían visto como se lo habían llevado y después no les había resultado

difícil saber a dónde lo habían conducido. La sorpresa de los dos aprendices fue mayúscula cuando advirtieron que su amigo todavía estaba con vida. Lo sacaron de la fosa y lo llevaron de regreso a la casa. Tang había sido el único superviviente.

Torturas salvajes

El catálogo de horrores en que se convirtió la ocupación de Nanking por las tropas japonesas tuvo su expresión máxima en las espantosas torturas a las que la población civil y los soldados chinos fueron sometidos. Es difícil creer que esos tormentos, propios de las épocas más oscuras de la Edad Media, pudieran tener lugar durante el siglo XX y llevados a cabo por los soldados de un país desarrollado, pero así sucedió.

El enterramiento en vida, ya referido, alcanzó un gran predicamento entre las tropas niponas, quienes llegaron a sistematizarlo de un modo terriblemente eficaz. Así, obligaban a un grupo de prisioneros a cavar una fosa; otro grupo de prisioneros se encargaba de enterrarlos y, después, de cavar una nueva fosa; posteriormente, un tercer grupo de prisioneros enterraba a ese segundo y así sucesivamente.

Los soldados japoneses eran también muy aficionados a las mutilaciones de todo tipo; las decapitaciones eran habituales, tal como hemos visto, así como los desmembramientos. En ocasiones, los prisioneros eran atados y se les iban cortando trozos de carne manteniéndoles con vida y alargando así su agonía. A un centenar de hombres les arrancaron los ojos y les cortaron la nariz y las orejas antes de prenderles fuego. Otro grupo de doscientos soldados y civiles fueron desnudados, atados a las columnas de un colegio y se les procedió a clavar cientos de agujas en todo el cuerpo, incluidos los ojos.

Los prisioneros podían ser clavados a tablas de madera y colocados en el suelo, siendo aplastados por el paso de los tanques. Por toda la ciudad podían verse chinos crucificados en árboles o en los postes del alumbrado. Como ha sido ya explicado, era habitual que se utilizasen los prisioneros para realizar prácticas de bayoneta.

Los japoneses aplicaban en ocasiones a los prisioneros una muerte especialmente cruel, como era la de quemarlos vivos. Los chinos eran atados todos juntos y arrojados a una fosa, se les rociaba con gasolina y

después se les prendía fuego. El fuego parecía ser una fuente de diversión para los nipones; una vez, después de provocar un incendio, reclamaron la presencia de civiles para sofocarlo, pero una vez allí, los ataron y los arrojaron a las llamas. En otra ocasión, los japoneses obligaron a un gran grupo de prisioneros a entrar en un edificio de varios pisos y subir hasta el tejado. Después tiraron abajo las escaleras e incendiaron la parte inferior del edificio. Los chinos que estaban en el tejado acabaron saltando al vacío para no morir abrasados, un macabro espectáculo que divirtió mucho a los nipones.

El hielo también podía ser otro instrumento de tortura en manos japonesas. Así, los prisioneros eran obligados a desnudarse y a caminar por algún estanque helado; cuando la fina capa de hielo se rompía, caían al agua, en donde acababan muriendo por hipotermia, o rematados por las balas niponas. Los japoneses decían que habían llevado a los prisioneros a «pescar». Otras variantes consistían en arrojar al agua a un grupo de prisioneros atados para que se ahogasen, a la vez que se les lanzaban granadas de mano, lo que provocaba «una ducha explosiva de sangre y carne».

Otro diabólico método de tortura era el empleo de los pastores alemanes con los que contaba el Ejército nipón. Los canes podían ser azuzados contra los prisioneros que estaban enterrados hasta el cuello. También se solía desnudar a los prisioneros y dejarlos a merced de los perros, que eran adiestrados para atacar las zonas del cuerpo más sensibles. Era habitual que los perros abriesen el vientre de sus víctimas y estirasen sus intestinos hasta una larga distancia.

Además de estas bárbaras torturas, los japoneses empalaron bebés con sus bayonetas o colgaron a personas de sus lenguas. Se dieron incluso los referidos casos de canibalismo, en los que algunos de los órganos de los prisioneros eran consumidos, como el corazón. No obstante, el órgano más apreciado era curiosamente el pene, que era amputado a los prisioneros para venderlo posteriormente en Japón, en donde se consideraba que su consumo aumentaba la virilidad.

Violaciones masivas

La ola de violaciones que sufrieron las mujeres de Nanking fue tan aterradora que su tragedia personal daría nombre precisamente a la que sufrió la ciudad: la Violación de Nanking. Sin duda, fue una de las mayores de toda la historia; se cree que únicamente fue superada por la que sufrieron las mujeres bengalíes a manos de soldados pakistaníes en 1971, en la que fueron violadas entre 200.000 y 400.000. Es imposible determinar cuántas mujeres de Nanking sufrieron ese trágico destino; se barajan cifras que van desde las 20.000 a las 80.000.

Aunque resulte sorprendente a la luz de los acontecimientos, las violaciones estaban expresamente prohibidas en el Ejército japonés y, en teoría, la policía militar debía velar por que no se produjesen. Sin embargo, la violación estaba tan asentada en la cultura militar japonesa que ningún soldado temía tener que rendir cuentas por ello. Aun así, para evitar complicaciones futuras, la mayor parte de las violaciones acababa con el asesinato de la mujer para que no pudiera denunciar posteriormente esa agresión. Según el soldado nipón Azuma Shiro, «una mujer podía sentirse afortunada si solo la violábamos, porque después casi siempre la matábamos». Los muertos no hablan», concluía Azuma.

Como consecuencia lógica de la despersonalización del enemigo que se les había inculcado, los soldados no sentían ninguna culpabilidad por actuar de ese modo. Experimentaban por las mujeres chinas el mismo desprecio que sentían por los soldados chinos. Azuma diría al respecto: «Es posible que cuando estuviéramos violándola pudiéramos verla como una mujer, pero cuando la matábamos la veíamos como algo parecido a un cerdo».

Las víctimas de esas violaciones no serían solo las mujeres que las padecieron, sino muchos de los niños nacidos de esas relaciones forzadas, que serían asesinados en secreto por sus madres después de nacer, para evitar así el estigma de la vergüenza. Hubo también muchas mujeres que, meses después de haber sido violadas, acabaron quitándose la vida lanzándose al Yangtsé, incapaces de superar el trauma vivido.

La escala de la ola de violaciones que se produjo en Nanking es difícilmente concebible. Cualquier mujer podía ser violada, sin importar su edad, desde menos de 10 años hasta más de 80. Las niñas eran agredidas tan brutalmente que algunas no pudieron caminar durante meses, pero estas debían sentirse afortunadas por sobrevivir, ya que otras eran partidas en dos con la espada después de la violación. Incluso algunos soldados se

ayudaron de sus cuchillos para facilitar la penetración en muchachas tan jóvenes.

Las mujeres de avanzada edad tampoco se libraban de ser sometidas a esa tortura. Si alguna protestaba cuando un soldado trataba de atacarla, pretextando su edad provecta, era asesinada. Incluso las mujeres embarazadas eran objeto de la violencia de los soldados, aunque estuvieran próximas a dar a luz. Era habitual que, después de una violación en grupo, los soldados abriesen el vientre de la madre, extrajesen el bebé y lo matasen con sus bayonetas delante de ella.

En no pocas ocasiones, las violaciones venían acompañadas de la matanza de familias enteras. Los soldados japoneses solían irrumpir en hogares en los que sabían que había chicas jóvenes gracias a la delación de algún chino colaboracionista, mataban a los adultos y luego abusaban de las muchachas, acabando luego con su vida. También mataban a los hermanos pequeños. No solían dejar ningún superviviente.

Pero no todas las víctimas eran mujeres. Los hombres eran frecuentemente sodomizados o forzados a realizar repulsivos actos sexuales para diversión de los soldados nipones. Un chino fue conminado a mantener relaciones sexuales con una mujer muerta, pero se negó y fue asesinado. A los japoneses les satisfacía obligar a los monjes budistas a romper los votos de castidad; en una ocasión, cuando una mujer fue descubierta al intentar pasar desapercibida disfrazada de hombre, fue entregada a un monje para que la violase. El religioso se negó, por lo que los japoneses lo castraron, muriendo desangrado.

Los occidentales que decidieron permanecer en Nanking para intentar proteger a sus habitantes fueron testigos de esas atrocidades. El citado presidente del Comité Internacional para la Zona de Seguridad, John Rabe, dejó constancia en sus escritos del espanto que sentía ante lo que estaba aconteciendo en la ciudad: «A los europeos, el horror nos ha paralizado. Las ejecuciones se suceden por doquier, y algunas se llevan a cabo con ametralladoras. Anoche, cuentan que violaron a cerca de mil mujeres y niñas, cien de ellas en el colegio Ginling. Solo se oye hablar de violaciones. Y cuando los maridos o los hermanos intervienen, les disparan».

El doctor Robert Wilson, de la Cruz Roja Internacional, también se mostraba horrorizado por la avalancha de crímenes perpetrada por los japoneses:

La matanza de civiles es algo abrumador. Las violaciones y la brutalidad no parecen conocer límites. Dos chicas de unos 16 años fueron violadas hasta morir en uno de los campos de refugiados. En la University Middle School, donde hay más de 8000 personas, los japoneses entraron anoche diez veces, saltando los muros, robaron comida y ropa, y violaron y violaron hasta hartarse. A un chico le clavaron una bayoneta hasta matarlo, y esta mañana me he pasado una hora y media cosiendo a un chico de 8 años que presentaba cinco heridas de bayoneta.

Las torturas sexuales perpetradas por los japoneses no conocerían límites a su degradación moral. Familias enteras fueron forzadas a tener relaciones sexuales entre sus miembros. Los soldados se divertían de la manera más depravada obligando a los padres a mantener relaciones con sus hijas, a las madres con los hijos o a los hermanos entre ellos. Los que se negaban, eran asesinados al momento.

Hubo alguna familia que prefirió abrazar la muerte antes que satisfacer de ese modo a los japoneses. Una familia que estaba cruzando el Yangtsé en una barca fue detenida por unos soldados japoneses que vigilaban el río en otra embarcación. Al ver que en la barca viajaban mujeres jóvenes, los nipones las violaron allí mismo, ante la horrorizada familia. Pero los soldados no quedaron satisfechos con eso y decidieron que el abuelo debía participar en el estupro. Incapaz de soportar esa humillación, la familia entera se arrojó al agua, pereciendo ahogada.

Aunque, siendo mujer, era casi imposible escapar a ese terrible destino en Nanking, hubo quienes emplearon su ingenio para tratar de engañar a los japoneses. Así, muchas mujeres se raparon la cabeza y se vistieron con ropa de hombre. Otras intentaban parecer enfermas, tosiendo mucho e incluso vomitando, lo que ahuyentaba a los soldados. Pero cuando esos trucos no servían, solo cabía huir lo más rápido posible intentando despistar a sus perseguidores. Sin embargo, si la mujer era finalmente atrapada, la opción de resistirse no era la más aconsejable; a las que no querían someterse, los japoneses, además de violarlas, les arrancaban los ojos o les cortaban la nariz, las orejas o los senos.

Aun así, hubo alguna acción heroica, como la de una maestra que, pertrechada de un revólver, consiguió matar a cinco de los soldados que querían violarla, antes de caer también muerta. Otro ejemplo de valentía sería el de una joven de 18 años, Li Xouying, quien gracias a su valor se convertiría en un símbolo viviente del martirio que sufrió la ciudad.

Una muchacha valiente

Li Xouying era esposa de un técnico militar que había abandonado la ciudad unos días antes de que llegasen los japoneses. Li, que estaba entonces embarazada de siete meses, consideró más seguro permanecer en la ciudad que emprender la huida. Como muchos otros habitantes de Nanking, ella y su padre buscaron refugio en la zona segura internacional. Aunque existía el acuerdo de que los japoneses no debían entrar allí, los soldados solían llevar a cabo incursiones en la zona para llevarse mujeres y violarlas.

Así ocurrió la mañana del 19 de diciembre, cuando el colegio en el que Li estaba refugiada fue objeto de una de estas razias. La joven, temiendo lo que sin duda iban a hacerle a ella y al bebé que llevaba dentro, tomó una drástica decisión, como fue quitarse la vida; para conseguirlo se dio un fuerte golpe con la cabeza contra el muro del sótano en la que trataba de ocultarse junto a otras mujeres.

Li no logró quitarse la vida con su desesperado gesto, pero quedó inconsciente, lo que le sirvió para evitar ser raptada por los japoneses. Cuando recuperó la consciencia, los soldados se habían marchado. Unas mujeres mayores cuidaron de ella y la acomodaron en un jergón. Pero Li tenía claro que el peligro no había pasado. Si intentaba marcharse del edificio podía encontrarse de nuevo con los soldados, pero si permanecía allí cabía la posibilidad de que volviesen. Prefirió quedarse en el sótano en compañía de unas cuantas mujeres que también se habían librado por el momento de ser violadas.

No obstante, si los japoneses regresaban, Li estaba decidida a luchar hasta la muerte antes que dejarse violar por aquellos hombres. No era de extrañar esa actitud en Li, ya que siempre se había mostrado proclive a confiar en su fuerza física para defenderse; su padre, sus hermanos y sus tíos eran todos militares o policías, y desde pequeña había aprendido a valerse por sí misma, llegando a ser temida por los otros niños del barrio. El que su madre falleciese cuando ella tenía 13 años hizo que su educación dependiera ya solo de la rama masculina de la familia.

Al cabo de un rato se cumplieron sus temores y escuchó fuertes pisadas bajando por la escalera que llevaba hasta el sótano. Eran tres soldados; dos de ellos escogieron a un par de mujeres y las sacaron de allí arrastrándolas. El tercero se fijó en Li; tratando de protegerla, otra chica le

advirtió de que Li estaba enferma, pero recibió una fuerte patada del soldado, que estaba decidido a llevársela. Cuando el soldado agarró a Li, esta rápidamente le arrebató el cuchillo que llevaba en el cinturón y le empujó contra la pared. Con su mano libre comenzó a golpearlo con todas sus fuerzas, aprovechando que él era de constitución más bien débil, e incluso le mordió. Según explicaría Li en 1995 a su entrevistadora, Iris Chang, el sorprendido japonés «entró en estado de pánico, nunca hubiera imaginado que una mujer pudiera también luchar». Cuando el soldado logró sobreponerse y reaccionar, otras mujeres acudieron a ayudar a la valiente Li, agarrándole y dándole patadas. El soldado, viéndose superado, comenzó a gritar pidiendo ayuda a dos compañeros, que acudieron corriendo.

En cuanto llegaron, los soldados intentaron clavar a Li sus bayonetas, aunque ella trataba de protegerse utilizando el cuerpo de su agresor como escudo. Si Li había logrado rechazar el ataque de ese primer soldado, resistir a los otros dos era ya imposible. La valiente muchacha sintió como las bayonetas se clavaban en su rostro e impactaban con violencia en su boca, rompiéndole los dientes. Aunque tenía el rostro lleno de sangre, Li recordaba que «no tenía miedo, estaba furiosa, mi único pensamiento seguía siendo luchar y matarlos». Finalmente, uno de los soldados clavó la bayoneta en su vientre y entonces ella perdió el conocimiento.

Los soldados la dieron por muerta, así como sus compañeras de refugio. Cuando los japoneses se marcharon, el cuerpo de Li fue sacado al exterior. Su padre dispuso que fuera llevada a la parte de atrás de la escuela para ser allí enterrada. Cuando ya se había cavado una fosa y estaban a punto de bajar el cuerpo, alguien se dio cuenta de que se estaban formando pequeñas burbujas en la sangre que tenía en la boca. No había duda, Li aún estaba viva. Rápidamente fue llevada al Hospital Universitario de Nanking para ser atendida por el doctor Robert Wilson, quien certificó que tenía un total de 37 heridas de bayoneta. Aunque los japoneses le habían pinchado en los ojos, milagrosamente no había quedado ciega. Al segundo día de estar en el hospital, perdió el hijo que llevaba dentro. Postrada en la cama del hospital, supo por su padre que su casa había ardido «porque los soldados japoneses querían entrar en calor y prendieron un montón de hogueras, y las casas no les importaban».

Alguien consiguió llevar la noticia hasta el marido de Li, que en agosto de 1938 lograría introducirse en Nanking para estar junto a su esposa. La

recuperación de Li sería muy lenta, y su rostro se vería surcado para siempre por grandes cicatrices. Al menos, había conseguido que no la violaran y salvar la vida, algo que no podían decir miles de mujeres de Nanking.

Mientras estaba recuperándose en el hospital, el misionero John Magee acudió allí con una cámara cinematográfica para documentar los crímenes cometidos por los japoneses. El rostro martirizado de Li Xouying también fue filmado, un metraje que adquiriría una inesperada relevancia años después, en 1999, cuando un escritor nacionalista japonés, Toshio Matsumura, negó que la joven que aparecía en la película fuera la misma Li Xouying que relataba aquellos terribles hechos. De este modo, Matsumura pretendía arrojar dudas sobre su testimonio, a pesar de las abundantes pruebas que demostraban que era la misma persona, que incluían la declaración de una de las enfermeras que entonces la atendió. A través de unos abogados en Japón, Li acabaría demandando por libelo al escritor, al considerar que semejante afirmación era un nuevo crimen contra su persona. El juez daría la razón a Li, condenando a Matsumura al pago de una indemnización de 14.000 dólares. En 2003 el Alto Tribunal de Tokio confirmó la sentencia, reiterando que Matsumura había dañado la reputación de Li.

A pesar de aquella terrible prueba sufrida a los 18 años, Li Xouying viviría una larga y saludable vida. En 2004 falleció por insuficiencia respiratoria en Nanking, el lugar en el que su rostro había quedado marcado por profundas cicatrices, pero en donde su nombre había pasado a convertirse en un símbolo de la resistencia china ante la opresión nipona.

Rabe, el nazi bueno

En muchas tragedias encontramos siempre un héroe que, gracias a su entrega y generosidad, logra que esa desgracia no sea mayor. En las más terribles catástrofes, siempre hay alguien dispuesto a salvar vidas poniendo en riesgo la suya. En el caso de Nanking, el héroe fue un alemán, el citado John Rabe, entonces un nazi convencido, que más tarde comprobaría en su propia piel lo equivocado de su ideología, por la que se perpetrarían matanzas que superarían las que él presenció en Nanking.

Rabe nació en Hamburgo en 1882. Su nombre de pila inglés, inusual para un alemán, le sería impuesto en honor a un tío suyo australiano. Su padre, capitán de barco, le inculcó su vocación viajera. Al morir su progenitor, Rabe entró a trabajar como aprendiz en una empresa de exportación. Después trabajó para una firma inglesa del mismo ramo, que le llevaría a África, adquiriendo un gran dominio del inglés. En 1908 se trasladó a China, casándose al año siguiente en Shanghái con una amiga de la niñez, Dora. En 1911 comenzó a trabajar en la delegación china de la empresa alemana Siemens en Pekín.



John Rabe, el diplomático germano que ayudó a salvar miles de vidas de civiles chinos.

Tras el final de la Primera Guerra Mundial fue obligado a abandonar China junto con otros alemanes, pero un año después retornaría. En noviembre de 1931, Rabe sería nombrado director de la delegación de Siemens en China, que entonces tenía su sede en Nanking. Desde allí se dedicaba a vender al Gobierno nacionalista el avanzado material eléctrico que fabricaba su prestigiosa empresa.

Cuando Adolf Hitler alcanzó el poder, en enero de 1933, John Rabe abrazó el nazismo; al igual que millones de compatriotas, vio en Hitler el hombre que iba a sacar a Alemania de su profunda crisis política, social y económica. Por entonces, Rabe, que sería el líder del Partido Nazi en Nanking, escribió en sus anotaciones personales que apoyaba a Hitler al «cien por cien». Rabe se declaraba socialista, y había puesto sus esperanzas en el nuevo canciller germano para que mejorasen las condiciones de vida de la clase trabajadora. Sin duda, la distancia que le separaba de Alemania le hacía ver tan solo la cara más amable del nazismo, permaneciendo ajeno a las persecuciones a las que eran

sometidos aquellos que eran considerados enemigos del régimen, a quienes esperaba la cárcel o el campo de concentración.



Rabe, en el centro, rodeado de personal de la Cruz Roja.

Al estallar la guerra entre China y Japón en el verano de 1937, desde Alemania se aconsejó el regreso de la colonia germana por motivos de seguridad. A pesar de la presión de familiares y amigos, así como del personal de la embajada, Rabe fue uno de los pocos alemanes que decidió permanecer en China. Las razones esgrimidas por Rabe para afrontar ese riesgo serían que «es una cuestión de moralidad… no puedo marcharme y traicionar la confianza que este pueblo ha puesto en mí, y es conmovedor ver cómo ellos creen en mí».

Tal como se ha referido, antes de la llegada de los japoneses a la capital nacionalista, John Rabe se puso al frente del Comité Internacional para la Zona de Seguridad de Nanking, con el propósito de poner a salvo el mayor número posible de civiles. Cuando los nipones fueron amos y señores de Nanking, Rabe trabajó incansablemente para proteger a las más de 250.000 personas que buscaron refugio en esa zona de seguridad. Incluso el jardín de su casa se convirtió en un hogar para unos seiscientos civiles, a los que nunca les faltaría alimento ni unas palabras de consuelo de su protector.

Gracias al pacto Antikomintern firmado por Berlín y Tokio en noviembre de 1936, Rabe disfrutaba de una consideración especial por parte de los ocupantes nipones. Su brazalete con la esvástica, o la gran bandera germana que ondeaba en el jardín de su casa, constituían un escudo protector que Rabe trataba de extender a todos los refugiados que estaban a su cargo. Aun así, el voluntarioso alemán no podría impedir las

frecuentes incursiones que algunos grupos de soldados llevaban a cabo en el área de seguridad, sobre todo en busca de mujeres a las que violar.



El patio del consulado germano en Nanking se convirtió en refugio para los chinos que huían del terror implantado por los japoneses en la ciudad.

Ante los horrores de que era testigo a diario, Rabe confiaba en que su admirado Hitler iba a conseguir que sus aliados japoneses pusiesen fin a esas atrocidades que parecía que no iban a tener fin. Sin embargo, las comunicaciones que remitía a Berlín relatando los espantosos crímenes perpetrados por los japoneses tendrían un efecto inesperado para él. La empresa Siemens, seguramente obedeciendo consignas emanadas de las altas esferas, ordenó a Rabe su regreso inmediato a Alemania.

Así, el 28 de febrero de 1938, John Rabe se vio obligado a abandonar Nanking. Los civiles chinos que habían sido acogidos bajo su manto protector vivieron su marcha como una tragedia. Aunque lo peor de la ola de violencia había pasado y en la ciudad comenzaba a respirarse una cierta normalidad bajo las nuevas autoridades colaboracionistas, los civiles chinos sabían que a partir de ese momento quedarían totalmente en manos de los japoneses. A pesar de la contrariedad que le suponía tener que abandonar a sus protegidos, Rabe contempló su regreso como una oportunidad de dar a conocer a sus compatriotas y a todo el mundo la tragedia que estaba ocurriendo en Nanking. Con ese encomiable fin llevó consigo discretamente testimonios escritos, fotografías y filmaciones que probaban esas atrocidades.

A su llegada a Alemania, Rabe organizó una serie de conferencias en Berlín para denunciar los hechos, en donde se mostraban las fotografías y se proyectaban esas filmaciones. Rabe envió también una carta a Hitler en la que le rogaba que persuadiera a sus aliados japoneses para que pusieran fin a aquellos excesos. Probablemente, la carta nunca llegó a manos de

Hitler y, si llegó, este no movió un dedo para poner freno a las tropelías niponas.

Al considerar que las actividades de Rabe perjudicaban la alianza de Alemania con el Imperio nipón para aislar a los soviéticos, fue detenido e interrogado por la Gestapo. En ese momento, es muy probable que su confianza en Hitler y en el Partido Nazi, con cuyos principios había comulgado, se derrumbase como un castillo de naipes. En casos similares, el detenido solía acabar en un campo de concentración, pero la empresa Siemens intervino en su favor, logrando que Rabe fuera liberado. Se le permitió conservar la documentación relativa a la masacre de Nanking, con excepción de las filmaciones, que le fueron confiscadas, pero se le prohibió que impartiese más conferencias o escribiese sobre el asunto. A Rabe no le quedó otra opción que olvidarse de seguir denunciando las fechorías niponas, si no quería volver a caer en las garras de la Gestapo. Siguió trabajando para Siemens, siendo destinado brevemente a Afganistán, y luego pasó a las oficinas centrales de la compañía en Berlín, en donde permanecería hasta el final de la guerra.

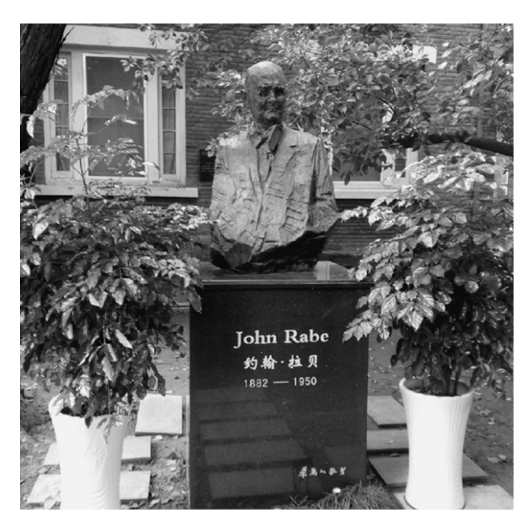
Tras la derrota germana, Rabe fue brevemente detenido, primero, por los soviéticos, y después por los británicos, quedando en libertad. Volvió a trabajar para la Siemens, pero un conocido suyo le denunció por su pasado nazi. Fue detenido por los británicos, quienes le retiraron el permiso de trabajo y lo sometieron a un proceso de desnazificación. Rabe tuvo que hacer frente a los costosos gastos de su defensa legal, en los que emplearía sus ahorros. Mientras tanto, para atender las necesidades de su familia, se vio obligado a vender su valiosa colección de arte chino. Tras presentar un recurso ante un primer veredicto de culpabilidad del tribunal británico, y solo después de que éste comprobara la acción caritativa desarrollada en Nanking, el expediente de Rabe fue declarado limpio de manchas nazis el 3 de junio de 1946.

Rabe había recuperado la plena libertad, pero era un hombre acabado. Su proceso de desnazificación había hecho que la empresa para la que había trabajado los últimos 35 años diese por terminada cualquier relación con él. Olvidado y abandonado, Rabe y su familia se encontraban sumidos en la pobreza, viviendo en una habitación y sin nada que llevarse a la boca, salvo sopa y pan duro.

En 1948, esta desgraciada circunstancia llegó a oídos de aquellos a los que había salvado la vida diez años antes; como gesto de reconocimiento,

se llevó a cabo una colecta. El alcalde de Nanking viajó hasta Alemania, en donde compró alimentos por la cantidad recaudada para entregarlos a un emocionado Rabe, quien creía que había sido olvidado por todos. Desde entonces, cada mes se le haría llegar un paquete con comida, que Rabe agradecía con cartas dirigidas a los refugiados a los que había protegido y que ahora le devolvían ese favor.

A pesar de que seguía siendo considerado un héroe en Nanking, y de la ayuda regular que recibía de sus antiguos protegidos, John Rabe seguiría arrastrando en su país una existencia miserable. El 5 de enero de 1950, John Rabe falleció en Berlín a los 68 años, a consecuencia de una apoplejía.



Busto dedicado a Rabe delante de su antigua residencia, que hoy alberga un museo dedicado a su memoria.

Aunque Rabe murió sin que se le reconociese públicamente su labor humanitaria, la historia acabaría por colocarle en el lugar que merecía. Gracias a la oscarizada película de Steven Spielberg *La lista de Schindler* (1993), otras iniciativas similares, como la emprendida por Rabe, obtuvieron también la atención de la que habían antes carecido. Así, el empresario alemán es conocido desde entonces como «el Schindler de Nanking» o «el segundo Schindler». Por su parte, los chinos no necesitan de esas referencias cinematográficas para referirse a Rabe, siendo conocido como «el Buda alemán» o «el buen alemán de Nanking».

En 1997, sus restos mortales fueron trasladados del cementerio de Berlín en el que estaban enterrados, a Nanking, donde recibieron sepultura en un lugar de honor del memorial erigido en recuerdo de la masacre. En

2005, su antigua residencia en Nanking fue restaurada para acoger un museo dedicado a su figura y al recuerdo de la zona de seguridad que ayudó a que miles de civiles chinos salvaran la vida.

El castigo a los culpables

Tras la rendición de Japón, el 2 de septiembre de 1945, los Aliados dieron los pasos necesarios para que los criminales de guerra nipones compareciesen ante un tribunal. A semejanza del proceso que iba a celebrarse en Núremberg para juzgar a los criminales nazis, en Tokio se creó el Tribunal Penal Internacional para el Lejano Oriente. De entre los crímenes japoneses que iban a ser juzgados no podía faltar el de Nanking.

Así, el entonces comandante en jefe en China Central, el general Iwane Matsui, tuvo que rendir cuentas por su responsabilidad en la matanza. Aunque el veterano Matsui ostentaba el mando en la región, la realidad era que había permanecido ajeno a la inusitada violencia desatada contra la ciudad. Cuando visitó Nanking el 18 de diciembre de 1937, se quedó vivamente impresionado por los desmanes que estaban cometiendo allí sus tropas. A tenor de su reacción, en forma de confesión a sus colaboradores, no esperaba que los soldados japoneses pudieran llegar a comportarse como bestias salvajes. Sin embargo, el veterano Matsui no hizo nada por frenar esas atrocidades, dejando que los excesos continuaran.

Ante el Tribunal de Tokio, Matsui fue acusado de ignorar «deliberada y temerariamente su deber legal de adoptar medidas adecuadas para velar por el cumplimiento y prevenir las violaciones dadas en la Convención de La Haya». Según alegó de manera poco convincente, algunos oficiales se rieron cuando él mostró su indignación por lo que estaba ocurriendo, pero no se sintió con fuerzas para intervenir al encontrarse todavía enfermo.

Aun así, el tribunal estableció que el general no estaba lo suficientemente enfermo como para no poder detener la matanza. En su veredicto se afirmaba que Matsui sabía lo que estaba ocurriendo y que «no hizo nada, o nada efectivo para poner freno a esos horrores». El delito de Matsui no fue tanto de acción, como de omisión, pero el tribunal no tuvo dudas en hacerle responsable de lo ocurrido: «Estaba al mando del ejército que protagonizó esos hechos, por lo que él tenía el poder, así como el

deber, de controlar sus tropas y proteger a los ciudadanos de Nanking». Matsui fue condenado a muerte el 12 de noviembre de 1946.

También tuvo que comparecer ante el tribunal, por su responsabilidad indirecta en los hechos de Nanking, el que era a la sazón ministro de Asuntos Exteriores, Koki Hirota. Estaba acusado de lanzar contra China «una guerra de agresión violando las leyes internacionales». Las dudas sobre su responsabilidad en la masacre quedaron reflejadas en el veredicto del tribunal; fue declarado culpable por solo seis de los once jueces que lo integraban, pero esa mayoría fue suficiente para ser sentenciado a muerte.

La decisión judicial fue muy protestada por los sectores nacionalistas nipones, e incluso se recogieron 300.000 firmas para conseguir la conmutación de la pena, pero fue inútil. Matsui e Hirota fueron ahorcados el 23 de diciembre de 1948, junto al que había sido primer ministro nipón durante la guerra, Hideki Tojo.

En cambio, uno de los militares que sí tuvo responsabilidad directa en la masacre, el príncipe Asaka, quedaría libre de toda acusación. En mayo de 1946 fue interrogado por los norteamericanos, ante los que negó la existencia de ninguna masacre, asegurando con inusitada desfachatez que nunca había recibido quejas por el comportamiento de sus tropas en Nanking. Las pruebas de su culpabilidad eran más que evidentes, por lo que su destino no podía ser otro que balancearse en el extremo de una soga al igual que Matsui e Hirota. Sin embargo, Asaka se beneficiaría de la consideración de los norteamericanos con la familia imperial; estos deseaban conservar la figura del emperador en el Japón de posguerra para favorecer la estabilidad, por lo que decidieron eximir a Hirohito de su responsabilidad en la guerra a cambio de su colaboración. Esa inmunidad alcanzaría también a su familia, de lo que se beneficiaría el príncipe Asaka para eludir su culpa en la masacre de Nanking. Las razones de Estado permitieron que sus crímenes quedaran impunes.

Otro de los responsables directos, Isamu Cho, ayudante del príncipe Asaka, quien se cree que dio la orden de ejecutar a todos los prisioneros, se libraría de comparecer ante el tribunal; se había suicidado durante la defensa de Okinawa. Tampoco llegaría a ser juzgado el príncipe Kan'in, jefe del Estado Mayor del Ejército nipón durante la masacre, muerto durante la guerra, aunque el pertenecer a la familia imperial seguramente le hubiera librado de responder por sus crímenes.

Balance sangriento

¿Cuántas personas murieron a manos de los japoneses en Nanking? Resulta imposible establecer ese número con certeza por las propias características de la matanza que tuvo allí lugar; miles de cadáveres fueron arrojados al Yangtsé, mientras que otros miles fueron quemados. Según las cifras oficiales expuestas en el Memorial a las Víctimas de la Masacre en Nanking, erigido en 1985 por las autoridades municipales, fueron 300.000. Por el contrario, hay historiadores japoneses que reducen esa cifra 40.000 e incluso a apenas 3000.

El estudio más exhaustivo de esta cuestión lo llevó a cabo el historiador chino Sun Zhaiwei en los años noventa. Después de examinar todos los datos existentes, Sun estableció que el número de víctimas mortales ascendió a 227.400. No obstante, ese dato hacía referencia a las muertes efectivamente comprobadas, a las que había que añadir las numerosas muertes de las que no había quedado constancia. Para ello, Sun recurrió al testimonio de un oficial japonés de 1954, Ohta Hisao, que mientras esperaba ser juzgado elaboró un informe de 44 páginas en el que trataba de cuantificar esas víctimas. Teniendo en cuenta los datos aportados por Ohta en su informe, la cifra total se elevaba a 377.400, el doble de las víctimas de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki.

Aunque, normalmente, las investigaciones de los historiadores en casos como el presente suelen ir rebajando sucesivamente las cifras que se apuntan en un inicio, en el caso de Nanking se da el fenómeno contrario. Los estudios que se han llevado a cabo tras el análisis de Sun Zhaiwei apuntan a que seguramente el historiador chino se quedó corto en sus cálculos, ya que hubo muchos entierros que fueron realizados por las propias familias, sin comunicarlo a las autoridades, cuyos registros fueron la fuente principal utilizada por Sun. Esas nuevas investigaciones han elevado el número de víctimas a unas 400.000.



Memorial en Nanking dedicado a las víctimas de la masacre. Aunque la cifra oficial de muertos asciende a 300.000, tal como figura en este monumento, el balance final pudo haber sido incluso superior.

Un dato relevante que apunta a que, en efecto, pudo llegar a alcanzarse esa apocalíptica cifra es el mensaje secreto que el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Hirota Koki, envió a sus contactos en Washington, una comunicación que fue descodificada por los norteamericanos. Ese mensaje, enviado el 17 de enero de 1938, cuando la matanza de civiles en Nanking estaba lejos de concluir, admitía con una sorprendente sinceridad que «informes verbales y cartas de testigos presenciales prueban que el Ejército japonés se ha comportado y se está comportando de un modo que recuerda a Atila y sus hunos». Según el ministro Hirotam: «no menos de 300.000 civiles chinos han sido asesinados, muchos de ellos a sangre fría».

Aunque todas las evidencias apuntan a que, al menos, unas 300.000 personas fueron masacradas por las tropas niponas en Nanking, en Japón se barajan unas cifras muy inferiores, situándolas en apenas unas decenas de miles. Esta reducción está en consonancia con la corriente negacionista que trata de diluir la responsabilidad japonesa en los hechos, incluyendo, como hemos visto en el caso de Li Xouying, el intento de desacreditar a los supervivientes de la masacre. En Japón está muy extendida la opinión de que «los japoneses no hicieron nada en la guerra por lo que deban disculparse», por lo que el terrible episodio de Nanking debe ser relativizado o ignorado.

A pesar del tiempo transcurrido, la masacre de Nanking sigue siendo una fuente de tensión entre ambos países. La huella que dejaron aquellos trágicos hechos ha pasado a formar parte de la identidad nacional china, por lo que el negacionismo nipón es considerado un ataque a la propia existencia del pueblo chino, tal como sucedió entonces. Aunque las autoridades japonesas han pedido perdón en varias ocasiones por los excesos cometidos por las tropas niponas en China y en otros países

asiáticos, estas disculpas siempre han sido genéricas, sin que haya habido un pronunciamiento explícito de la responsabilidad japonesa en las centenares de miles de muertes que se produjeron en Nanking y una petición de disculpas. La herida que se abrió en Nanking, y de la que manó tanta sangre que llegó a teñir de rojo el Yang-tsé, permanece sin cicatrizar.

1 El nombre actual de esta ciudad es Nankín, pero he preferido utilizar la grafía antigua, Nanking, que era la utilizada en la época, y la que se suele asociar a los hechos aquí narrados.

Capítulo 2:
Deportación de polacos a Siberia

La Segunda Guerra Mundial comenzó en la madrugada del viernes 1 de septiembre de 1939, con la invasión de Polonia por parte del Ejército alemán. Como el lector bien conoce, el expansionismo territorial fue el eje de la política de Hitler desde que llegó al poder en 1933. Después de Austria y Checoslovaquia, era Polonia la que quedaba situada en el punto de mira de las apetencias de Hitler, quien pensaba que podía apoderarse de ella ante la mirada resignada e impotente de franceses y británicos, tal como había ocurrido con la captura de sus anteriores presas. Sin embargo, el domingo 3 de septiembre, París y Londres hicieron llegar a Berlín sendas declaraciones de guerra.

Esa noticia llenó de esperanza a los violentados polacos, pero muy pronto advirtieron que la intervención aliada no serviría para frenar el avance germano por su territorio. Los franceses apenas llevarían a cabo alguna maniobra intimidatoria en su frontera con Alemania, que se quedaría en eso, y los británicos se dispusieron a plantar batalla en el mar, el ámbito que dominaban con holgura, y efectuar alguna que otra misión aérea. Pero nada de eso ayudaba lo más mínimo a los polacos, quienes tampoco, obviamente, podían esperar ningún auxilio procedente de la vecina Unión Soviética después de que suscribiera su pacto de no agresión con los nazis. Polonia, abandonada a su suerte, debería enfrentarse en solitario a la agresión germana.

A pesar de las negras perspectivas, seguramente los polacos no podían imaginar que su país sería uno de los países más castigados durante la contienda mundial que acababa de comenzar, de la que difícilmente se podía calibrar entonces su alcance. Se calcula que unos 644.000 polacos perderían la vida a consecuencia directa de la guerra, mientras que unos cinco millones morirían como resultado de la represión y las políticas de exterminio. La identidad polaca sería aplastada. Su capital, Varsovia, quedaría completamente arrasada, y otras ciudades sufrirían enormes daños. La mayor paradoja es que los Aliados occidentales habían declarado la guerra a Alemania para liberar a Polonia, pero al final de la guerra el país quedaría sometido a los soviéticos.

Además del 1 de septiembre, el calendario polaco tiene otra fecha señalada, la del 10 de febrero. Ese día, los polacos conmemoran unos hechos tristes y dolorosos que tuvieron lugar en 1940, y que han dejado su huella indeleble en miles de familias. Aquella negra jornada dio comienzo un ominoso episodio que, a pesar de suponer una de las tragedias más desgarradoras de toda la contienda, apenas es conocido fuera de ese país.

Reparto de Polonia

El avance de los alemanes por territorio polaco se basaba en su superioridad en el número de blindados y de aviones, así como en el innovador concepto de la «guerra relámpago». La estrategia polaca para frenar la invasión tampoco fue la más acertada, al situar sus tropas cerca de la frontera en vez de esperar a los invasores parapetadas tras los obstáculos naturales del interior del país, lo que facilitó la rápida progresión de las tropas germanas una vez rotas esas frágiles líneas de resistencia. Sin embargo, tras dos semanas de desigual lucha, los polacos no se vinieron abajo e incluso llegaron a efectuar algunos contraataques con éxito. Al mismo tiempo, los alemanes comenzaron a sufrir los primeros problemas de abastecimiento causados por la extensión de sus líneas. Pero ese atisbo de esperanza para los sufridos polacos no tardaría en apagarse.

El 17 de septiembre de 1939, el ejército soviético cruzó la frontera oriental polaca. Los polacos no disponían allí de fuerzas organizadas para proteger la frontera y los rusos avanzaron encontrándose con escasa oposición, sufriendo tan solo unas setecientas bajas. Stalin acudió así a tomar la parte del pastel polaco que le correspondía, tal y como había acordado con los alemanes en una cláusula secreta del referido pacto firmado en Moscú por sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop y Vyacheslav Molotov, el 23 de agosto de 1939.

La excusa del Gobierno soviético para invadir la parte oriental de Polonia fue que se veía forzado a intervenir para proteger a los ucranianos y bielorrusos que vivían en esas regiones, debido al colapso de la administración polaca tras la invasión germana. Según los soviéticos, dicha administración no podía ya garantizar la seguridad de sus

ciudadanos, por lo que se había decidido a lanzar lo que ellos denominarían *campaña de liberación*.

El Ejército Rojo alcanzó rápidamente sus objetivos, debido a su superioridad numérica y al desplazamiento del grueso de las fuerzas polacas al oeste para hacer frente al ataque alemán. No obstante, la facilidad con la que los soviéticos se apoderaron de la parte oriental de Polonia esconde algunos hechos. Por ejemplo, las fuerzas soviéticas demostraron estar pésimamente entrenadas y comandadas. Los soldados avanzaban en abigarradas formaciones, presentando el blanco ideal para las ametralladoras polacas. En cuanto a los vehículos blindados, solían hacerlo de la misma forma. En un punto en el que los polacos contaban con artillería antiaérea, estos no tuvieron ninguna dificultad para utilizarla contra los tanques, destruyéndolos uno por uno antes de que pudieran disgregarse. Esas carencias, que quedaron disimuladas en la relativamente plácida campaña polaca, se pondrían en evidencia durante la guerra contra Finlandia que los soviéticos lanzarían apenas dos meses después.

También, en algunos casos, la resistencia polaca fue más enconada de lo que cabría suponer a tenor del resultado final. La frontera con la Unión Soviética estaba defendida por destacamentos del Cuerpo de Protección de Fronteras, una especie de gendarmería que estaba considerada un cuerpo de élite. Estas unidades fueron atacadas por los soviéticos en una proporción de diez a uno, pero aun así muchas de ellas lograron resistir a los invasores durante más de 12 horas.

Los soviéticos acabarían sufriendo cerca de 4000 bajas en esta breve campaña, contabilizándose 1475 muertos. Entre 230.000 y 450.000 soldados polacos, según las fuentes, fueron hechos prisioneros de guerra.

Ocupación soviética

Varsovia se rindió a las tropas germanas el 27 de septiembre de 1939, pero aún habría unidades polacas que resistirían hasta el 6 de octubre, tratando de abrirse paso hacia Rumanía para no caer en manos alemanas, objetivo que conseguirían unos 120.000 hombres. A lo largo de la campaña habían muerto unos 66.000 soldados polacos, y un número similar de civiles. Solo en Varsovia habían fallecido 25.800 personas. Pero la invasión no había

salido barata a los alemanes, al tener que pagar un sangriento peaje de 16.000 muertos y el doble de heridos.

Germanos y soviéticos se repartieron el país casi al 50 %. El Gobierno de Moscú se anexionó ese nuevo territorio, poniéndolo bajo su control y declarando que los polacos de la zona anexionada, más de 13 millones de personas, pasaban a ser ciudadanos soviéticos. Es muy conocida lo brutal que fue la ocupación nazi de Polonia, pero poco se sabe de lo que fue la soviética; los polacos que quedaron a merced de Moscú no tardaron en comprobar en sus propias carnes las consecuencias de la citada campaña de liberación.

La población que quedó bajo control soviético no era homogénea, sino que tenía procedencia diversa. Un 38 % eran polacos étnicos, pero había casi el mismo porcentaje de ucranianos, además de un 14 % de bielorrusos, un 8 % de judíos, casi un 1 % de rusos e incluso un 0,6 % de germanos. También había unos 336.000 refugiados que habían huido de las áreas ocupadas por los alemanes, la mayoría judíos.

Al principio, la anexión fue bien recibida por los polacos de origen ucraniano, ruso y bielorruso, que se habían sentido duramente discriminados por la administración polaca, como se verá en detalle en el capítulo dedicado a la limpieza étnica en Volinia y Galitzia. La nueva situación fue también vista con esperanza por los sectores revolucionarios, que contemplaban la presencia soviética como una inmejorable oportunidad para plasmar sus aspiraciones políticas. Al principio hubo quienes colaboraron con los ocupantes, por ejemplo, facilitando las detenciones de oficiales polacos. Sin embargo, ese entusiasmo no tardaría en apagarse, al comprobar cómo la represión soviética no hacía distingos y alcanzaba a toda la población por igual.

La policía política soviética, el NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, el sucesor del OGPU y la Checa, y antecesor del KGB), instituyó en la Polonia ocupada un auténtico régimen de terror. Todo servicio a la Polonia anterior a la guerra fue considerado un «crimen contra la Revolución» y «actividad contrarrevolucionaria». Sus agentes se dedicaron a detener sistemáticamente a oficiales del Ejército, políticos, profesores, funcionarios, clérigos o intelectuales. El objetivo era descabezar la sociedad polaca para someterla de manera más eficaz, evitando así cualquier atisbo de resistencia organizada. A partir de enero de 1940, las detenciones llegaron a los civiles que eran potenciales aliados

de los soviéticos, como eran los políticos socialistas e incluso los comunistas.

Entre 1939 y 1941, aproximadamente medio millón de polacos cayeron en las garras del NKVD. Como era de prever ante la ola represiva desatada por los soviéticos, las prisiones existentes no podían dar cabida a esa ingente cantidad de detenidos, por lo que el NKVD abrió improvisados centros de detención en casi todas las localidades. Pero en febrero de 1940 se pondría en marcha un plan tan abyecto como ambicioso para eliminar cualquier obstáculo a la imposición del dominio soviético, un plan que implicaba liquidar la existencia de Polonia como nación.

Comienza la deportación

En la región oriental de Polonia, la ocupada por los soviéticos, la fría madrugada del 10 de febrero de 1940 se vio agitada de golpe en toda su geografía. El grito «¡Aquí la autoridad soviética, abran la puerta!» se escucharía sucesivamente en miles de hogares polacos. A partir de las cuatro de la mañana de ese fatídico día, comenzaría la deportación masiva de miles de familias polacas al norte de la Rusia europea, Kazajistán y Siberia.

El procedimiento era siempre el mismo: los agentes del NKVD, acompañados de soldados empuñando sus armas, ordenaban vestirse a toda la familia y les concedían apenas unos minutos para recoger documentos, dinero, ropa, comida, cacerolas o herramientas para labrar la tierra. Dependiendo de la voluntad de los encargados de llevar a cabo la expulsión, se permitía llevar desde 10 kilos por persona hasta 500 kilos por familia.

Después llevaban a los detenidos a la estación de ferrocarril más próxima, ignorando sus súplicas para saber al menos a dónde les conducían. Atrás quedaban la propiedad de la familia y las pertenencias que no habían podido llevar consigo. Les ordenaban subir a unos vagones destinados al transporte de ganado, que habían sido adaptados para el transporte de soldados o presos. En general, disponían de un pequeño calefactor y, en algunos casos, de literas improvisadas, que eran asignadas a las mujeres y los niños. El resto de ocupantes debían acomodarse en el

suelo como buenamente pudieran. La única instalación sanitaria era un agujero en el suelo del vagón, en el que tenían que hacer sus necesidades.

Una vez que el vagón estaba lleno, el tren partía. La alimentación consistía en la comida que cada familia había podido cargar consigo; en algunos casos, los soldados habían advertido discretamente a los detenidos que cargasen con la mayor cantidad de comida posible para hacer frente al largo viaje que les esperaba. El agua se conseguía derritiendo el hielo que se filtraba por las rendijas de las maderas de los vagones.

Cada cierto tiempo el tren se veía forzado a detenerse, debido a la dificultad de avanzar cuando las vías aparecían cubiertas de nieve, lo que sucedía a menudo. Aprovechando la parada, los soldados repartían entre los desdichados pasajeros algo de pan y una sopa aguada que únicamente servía para entrar en calor. Si el tren se detenía en alguna estación, se hacía un llamamiento a la población local para que acudiera a ver a los «burgueses polacos», a pesar de que, en muchos casos, aquellos desgraciados pasajeros eran tan pobres como los rusos que los observaban con curiosidad, esperando ver los orondos capitalistas que solía caricaturizar la propaganda soviética.

Durante el trayecto, los pasajeros no contaban con ningún tipo de asistencia médica. Si se sospechaba que alguien padecía una enfermedad contagiosa, era sacado del vagón y se le abandonaba a su suerte al borde de la vía, o bien era fusilado. Los cadáveres de las personas que fallecían se dejaban en el vagón, para su recuento al llegar al lugar de destino.

La duración del viaje solía ser de varias semanas. La mayoría de los deportados perdía la noción del tiempo en el interior de aquellos vagones cerrados. Pero cuando acababa el viaje en ferrocarril comenzaba otra pesadilla, ya que normalmente se debía cubrir una larga distancia a pie hasta el destino final, como era el caso del campo de trabajo de Jozma, en la región de Arcángel, a orillas del mar Blanco. Solo las mujeres y los niños pequeños eran trasladados en camiones. Quienes no podían seguir debido al cansancio eran abandonados por el camino, donde morían congelados. Los cadáveres eran devorados por animales salvajes. Durante muchos años aparecerían restos humanos en las proximidades de esos caminos. En la travesía hasta Jozma murió uno de cada diez polacos. Si las distancias eran muy grandes, se recurría a carros o trineos tirados por renos. Una vez en sus destinos, los deportados pasarían a ser mano de obra esclava para el régimen estalinista.

Las condiciones de vida que los polacos tuvieron que soportar en el campo de Jozma serían terribles. Las temperaturas en invierno, la época en la que llegaron allí, rondaban los 15 grados bajo cero, pero podían descender hasta los 40 grados negativos. Además, su latitud tan septentrional hacía que el sol apenas asomase, por lo que casi todo el día se vivía en una deprimente oscuridad.

Como solía suceder en los campos pertenecientes al gulag soviético, las instalaciones no estaban cercadas por alambradas, ya que no era necesario. Al encontrarse tan alejados de las ciudades o las vías de comunicación, escapar de allí era una empresa casi imposible; el fugado debía enfrentarse durante semanas al frío, el hambre y los animales salvajes, sin contar con las patrullas que saldrían en su búsqueda. En los campos de trabajo las reglas eran rigurosas, pero no había otro remedio que saltárselas si se quería sobrevivir. Por ejemplo, estaba prohibido pescar, cazar o incluso recoger las setas que crecían en el bosque, pero cumplir estas disposiciones conducía indefectiblemente a la muerte por inanición.

El mayor suplicio de los deportados era precisamente el hambre, presente en todo momento. Además, la falta de vitaminas, en especial de la A, provocaba la ceguera nocturna, un trastorno en el que los ojos pierden gradualmente su capacidad para responder a la luz. Una de las formas que tenían de conseguir alimentos era no declarar a los muertos y quedarse con su pequeña ración de comida. Más adelante, en Gran Bretaña, el Gobierno polaco en el exilio procedería al envío de paquetes de alimentos para sus compatriotas, pero en su mayoría no llegarían a sus destinatarios, ya que serían robados por las autoridades soviéticas.

No menos graves eran las afecciones pulmonares, debido al intenso frío y la falta de ropa adecuada para combatirlo. La higiene era prácticamente inexistente, lo que provocaba la proliferación de piojos y chinches, sobre todo en los niños, los cuales, al rascarse, se provocaban llagas que no llegaban a sanar. En verano el clima se volvía más benévolo y había más posibilidades de conseguir alimentos, pero todo el lugar quedaba infestado de mosquitos que transmitían enfermedades.

Los soviéticos deportaron un total de 1.200.000 polacos en cuatro olas de detenciones. La primera fue la referida, iniciada el 10 de febrero de 1940, en la que unas 220.000 personas fueron enviadas a Arcángel. La segunda tuvo lugar el 13 de abril de 1940, en la que unas 320.000 personas fueron deportadas a Kazajistán. La tercera se desarrolló entre junio y julio

de 1940, arrastrando a los campos de Siberia a unas 240.000 personas y la última en junio de 1941, con la deportación de unos 300.000 polacos. Se calcula que más de la mitad de los deportados eran mujeres.

Testimonios

Uno de los supervivientes de la deportación sería Francisco Slusarz, quien, tras su traumática experiencia, acabaría emigrando en 1949 a Argentina, donde presidiría la Asociación de Excombatientes Polacos en ese país. Slusarz, que entonces contaba con apenas 15 años, recuerda la detención de su familia. Los soldados les conminaron a llevar consigo lo más imprescindible. «Mi madre, que guardaba en un cajón fotos y nuestros documentos, protestó cuando se los pidieron. Ellos le dijeron que cuando llegáramos a destino, aunque no decían cuál era, nos los devolverían. Eso nunca ocurrió», lamenta.

Slusarz rememora que luego caminaron 5 kilómetros, «hasta la estación ferroviaria de la ciudad de Bieniakonie, donde nos subieron a vagones de trenes para llevar ganado». Así viajamos, durante días y días, en condiciones infrahumanas. La comida era poca y no había posibilidad de lavarse», relata, confirmando que «los enfermos contagiosos eran abandonados en ese desierto helado».

El viaje se prolongó durante veinte largos días. Una vez llegado a uno de esos campos emplazado en Siberia, Slusarz tuvo que trabajar en una mina, «donde la tarea era dura y las condiciones malas. Además, pagamos por lo poco que nos habían dado, unas casuchas y un par de cacerolas», recuerda vívidamente Slusarz, quien asegura que allí en Siberia «el frío dolía».

Slusarz confirma que el hambre era un auténtico suplicio en aquellos campos de trabajo: «La falta de alimento hacía que no se pudiera pensar en otra cosa que no fuese comer y algunos llegaban a la locura. La pérdida de peso era tal que los deportados se convertían en piel y hueso», afirma.

Otro testimonio es el de Esther Rudomin, que era entonces una niña de 10 años. Residía junto a su familia en la ciudad lituana de Vilna, que pertenecía a Polonia desde 1922 con el nombre de Wilno. En cuanto llegaron los soviéticos, estos se incautaron del próspero negocio familiar. Pero eso no sería lo peor. En el verano de 1940, ella, sus padres y sus

abuelos, al igual que había ocurrido en febrero con Francisco Slusarz, se vieron sorprendidos de madrugada por la irrupción en su hogar de los soldados soviéticos, que les obligaron a marchar con los enseres que pudieron reunir apresuradamente. Los Rudomin, una familia judía acomodada, habían sido encontrados culpables de ser «capitalistas». En pocas horas, Esther pasó de una existencia tranquila y feliz con los suyos a compartir durante seis interminables semanas un vagón de ganado con otras cuarenta personas.

El destino de la pequeña Esther sería un campo de trabajo cercano a Rubstovsk, una remota localidad de la inmensa estepa siberiana. Su familia trabajaría durante un año y medio en una fábrica de yeso. Allí, los hombres debían picar en la mina y conducir los carros, las mujeres tenían que encargarse de dinamitar y a los deportados de edad más avanzada se les ordenó recoger el yeso con palas. Mientras los mayores se encontraban trabajando, Esther y los demás niños tenían que dedicarse a tareas agrícolas, sin otra herramienta que las propias manos. Así, a partir de las seis de la mañana, la misma hora a la que los mayores se dirigían a trabajar en la mina, los niños comenzaban, por ejemplo, a arrancar las malas hierbas de los campos de patatas, hundiendo las manos en la tierra reseca.

La balada de los siberianos

Los polacos que tenían la desgracia de ser víctimas de la deportación aprendían de memoria unos versos anónimos que explicaban su triste historia, y que transmitían a todo aquel que podía escucharlos para que nunca se olvidase lo sucedido:

El 10 de febrero siempre lo recordaremos;
vinieron los soviéticos cuando aun dormíamos,
a nuestros hijos del sueño despertaron
y a las principales estaciones nos llevaron.

¡Oh, Polonia, nuestra tierra amada!
En el 39 toda ensangrentada,

no solo a Polonia la partieron por la mitad
sino que también a los polacos los mandaron a Siberia.
¡Terrible el momento, terrible la hora!
La parturienta sus dolores olvida,
pero de aquel momento nunca me olvidaré,
cuando en un vagón oscuro como un ataúd nos metieron.

Adiós Polonia, adiós casa querida.
Adiós tierra que nos alimentaste,
recurrimos a la Madre Santa
cuando partimos de la Madre Patria.

Cuatro días por tierra polaca viajamos
pero solo por las rendijas la saludábamos,
al quinto día la máquina soviética se hizo presente,
como una daga a cada uno de nosotros atravesó.

Pasan los días, pasan las semanas,
una vez al día pan y agua nos dan,
viajamos por Rusia y los montes Urales
y así viajamos cada vez más y más lejos.

El 4 de marzo se detuvo el tren,
ya con otro transporte continuamos,
vamos en carro y luego en trineo,
por los caminos nevados, por ríos, por bosques.

Triste era nuestra caravana,
agua caliente con pan nos daban todas las mañanas
los niños estaban congelados, de los trineos caían
y en los alojamientos los muertos quedan.

Estamos solos, los guardias nos abandonaron
porque qué iban a hacer al lado nuestro,
nos cerraron el mundo, por todos lados solo había bosques y árboles
y solo a veces algún pájaro nos cantaba.

Y a pesar de que vino la primavera y el sol brilló,
a nosotros no nos volvió la alegría,
el tifus entre la gente se propagaba,
cada día había más cuerpos recostados bajo los pinos.
El sol dorado hoy se levantó tarde
cuando a las barracas por la mañana miraba
vio el sol los ataúdes de pino
y sobre ellos las madres que lloraban.

¡Oh, Polonia nuestra, tierra nuestra santa!
¿Dónde están tus hijos, donde están tus pichones de águila?
Hoy a los campos siberianos llegaron,
¿algún día te volverán a ver?

¡Oh, Santísima Virgen que brillas en la puerta!
De los corazones de tus fieles no permitiremos que te arranquen,
haz que retornemos a la Tierra Patria,
reina de Polonia, Santísima Virgen.

Tanto los que habían sido enviados a los campos de Siberia como los de Kazajistán o el Ártico ruso serían conocidos como los *sybiracy* o siberianos, de ahí que esos versos fueran conocidos como *La balada de los siberianos*. Esas sentidas palabras denotan la amarga pesadumbre de los que se vieron arrancados de sus hogares y tuvieron que pasar por calamidades sin fin, pero también el hálito de esperanza que les insuflaba su fe religiosa, el clavo ardiendo al que debían aferrarse para no rendirse.

De enemigos a aliados

Un año y medio después del comienzo de las deportaciones, el destino de los polacos dio un giro inesperado. El 22 de junio de 1941, los alemanes se lanzaron a la conquista de la Unión Soviética, dando por finiquitado de forma abrupta el pacto germano-soviético de 1939. Tras sus sucesivos éxitos militares que le habían llevado a adueñarse de media Europa, para Hitler había llegado el momento de acometer su gran objetivo, la expansión hacia el este, convencido de que la enorme pero obsoleta fuerza

militar soviética, que ya había tenido problemas para someter a los finlandeses, nada podría hacer para frenar a la imparable Wehrmacht.

Para tratar de rechazar la invasión, toda ayuda iba a ser bienvenida, por lo que Stalin decidió convertir en aliados a los polacos que hasta ese momento había estado reprimiendo de forma brutal. El *zar rojo* debió pensar que aquellos polacos le iban a ser mucho más útiles luchando contra los alemanes que muriéndose de hambre en Siberia. Así, el 30 de julio de 1941 se firmó en Londres un acuerdo entre el primer ministro polaco en el exilio, el general Wladyslaw Sikorski, y el embajador soviético en la capital británica, Ivan Maiski, por el que se establecía una alianza para luchar contra el ahora enemigo común.

El pacto permitía la formación del Segundo Cuerpo polaco, comandado por el general Wladyslaw Anders. Sería a esta unidad a la que se incorporaría el citado Francisco Slusarz, tras ser liberado de su trabajo forzado en las minas siberianas. Para la formación de esa unidad, el Gobierno polaco en el exilio reclamó a los oficiales que supuestamente permanecían prisioneros de los soviéticos, pero muchos de ellos ya no estaban vivos, como se verá más adelante en el capítulo dedicado a la matanza de Katyn.

Como muestra palpable de las terribles condiciones de vida que habían tenido que soportar los deportados polacos, hubo muchos jóvenes que no pudieron alistarse por no cumplir con el único requisito solicitado, que era pesar más de 32 kilos. El mando de la unidad militar polaca, que contaría con 40.000 hombres, se situó en Kazajistán, debido a la enorme cantidad de deportados polacos que había en esa región, así como a la relativa facilidad de recibir provisiones de los aliados occidentales a través de Irán. La unidad fue trasladada precisamente a este país en noviembre de 1942 y, después de pasar por Oriente Medio y el norte de África, acabó destinada al frente italiano, anotándose una actuación muy destacada en la batalla de Montecassino, en la que participó Slusarz.

Ese acuerdo «amnistiaba» —según la terminología soviética— a los polacos deportados, aunque se calcula que en ese momento ya había fallecido en torno a la mitad de ellos, aproximadamente medio millón. Los que habían sobrevivido, como Esther Rudonim y su familia, se vieron de la noche a la mañana eximidos de los trabajos forzados, pero hubieron de permanecer en las regiones a las que habían sido destinados, en un régimen de semilibertad. Al no recibir ningún tipo de ayuda, se vieron

obligados a alojarse en chozas compartidas y a aceptar cualquier trabajo para sobrevivir.

Los Rudonim tuvieron que quedarse en el pueblo de Rubstovsk y trabajar duro para conseguir los rublos que les permitiesen vivir en una de esas chozas junto a los propietarios, a quienes no se les pasaba por la cabeza compartir su comida con ellos, pese a estar famélicos. Como se ha apuntado, el hambre sería el principal enemigo de los deportados polacos, y los Rudonim no serían una excepción. Esther soportaría con entereza esas penalidades y privaciones.

Confinada en aquel inhóspito lugar, la fuerza y el ingenio permitieron a Esther no sucumbir, sobreponiéndose así a las condiciones más adversas. Por ejemplo, descubrió sus dotes de negociante cuando consiguió vender en la plaza del mercado algunos objetos familiares, como una camisa de su padre, unas enaguas de seda de su abuela o una sombrilla. Con los rublos que obtuvo por ellos pudo comprar un trozo de carne y una bolsa de harina. Para ayudar también a su familia, cuando regresaba de la escuela se dedicaba a tejer alguna prenda por encargo para recibir a cambio una jarra de leche o un cubo de patatas. También se dedicaba, junto a otros niños, a recorrer las vías del tren para recoger los trozos de carbón que caían de los vagones, pese a que se trataba de una actividad prohibida, y poder alimentar así la estufa de la choza. En una ocasión, Esther estuvo a punto de morir, cuando se vio atrapada en una tormenta de nieve, pero su madre logró rescatarla en el último momento.

Aunque vivían en el pueblo y ya no se veían sometidos al trabajo esclavo, la sombra del NKVD seguía siendo alargada. Agentes de la policía secreta trataron de captar a su padre para que espiase a sus propios compañeros, una herramienta habitual de control social en los sistemas comunistas. Para persuadirle de que aceptase la propuesta le sometieron a largos e insistentes interrogatorios, pero él logró resistir todas las presiones. Posteriormente, fue obligado a incorporarse a una brigada de trabajo en el frente, aunque lograría sobrevivir a la contienda.

En el otoño de 1945, con la guerra mundial ya concluida, los polacos deportados recibieron la noticia de que en marzo del año siguiente podrían regresar a su país, lo que fue celebrado por todo lo alto, pese a que eso suponía tener que pasar un invierno más en Siberia. No obstante, el tener la seguridad de que sería el último les haría afrontarlo con la mejor de las disposiciones. Esther y su familia abandonarían por fin su exilio siberiano

el 15 de marzo de 1946. Aunque tuvieron que realizar el largo viaje a Polonia en los mismos vagones de ganado que les habían conducido hasta allí seis años antes, a nadie parecía importarle. Los soviéticos desmontaron las puertas de los vagones que en el viaje de ida habían permanecido cerradas y las sustituyeron por una simple barra; tenían la seguridad de que ahora nadie trataría de escapar de los trenes. En contraste con el trayecto que les había llevado hasta allí, esta vez el cargamento humano rebosaría de alegría, canciones y risas ante el inminente y añorado regreso a casa.

De todos modos, aunque pueda sorprender, se dieron casos de deportados polacos que renunciaron al ansiado retorno y optaron por establecerse definitivamente en la Unión Soviética. Por un lado, ya habían llegado noticias de que muchas ciudades polacas, como la propia Varsovia, habían quedado reducidas a escombros, lo que provocaba una gran incertidumbre sobre el futuro que allí les aguardaba. Por otro, también se sabía que, al menos en el caso de los judíos, eran muchos los que estaban ya muertos. Esther Rudonim supo que ningún miembro de la familia de su padre —sus hermanos y hermanas, sus sobrinos, sus tíos y tías, sus primos — había sobrevivido al exterminio llevado a cabo metódicamente por los nazis. De la familia de su madre, solo dos primos y una tía habían logrado sobrevivir; el resto habían sido también asesinados.

Por esas paradojas que parecen proliferar en tiempos de guerra, la deportación había salvado la vida a Esther y su familia, ya que les había mantenido a salvo de los alemanes. En Vilna, los nazis crearon dos guetos para confinar a la población judía. Los habitantes del menor de estos recintos fueron asesinados o deportados en octubre de 1941. La población del segundo fue progresivamente eliminada, hasta que en septiembre de 1943, después de un levantamiento fallido, fue definitivamente liquidado. Se calcula que un 95 %de los judíos de Vilna fueron asesinados, así que el destino que le hubiera aguardado a los Rudonim si no hubieran sido deportados por los soviéticos no resulta demasiado halagüeño. Poco podían pensar, cuando fueron encerrados en aquellos vagones y, después, cuando tuvieron que trabajar penosamente en la fábrica de yeso, que acabarían sintiendo que habían tenido una suerte inmensa al ser enviados a Siberia. Al menos en este caso, Yahvé escribió recto con renglones torcidos.

La vida en la estepa siberiana era muy dura, pero la rutina y la fuerza de la costumbre habían llevado a aquellos polacos reticentes al regreso a amoldarse a esa existencia, por miserable que pudiera resultar. La propia Esther reconocería que había llegado a amar la estepa; aquella llanura infinita, pese al calor, el viento y la nieve, poseía una profunda belleza. No podía evitar que una parte de su corazón lamentase despedirse de ella. Frente a la vida en aquellas tierras, a la que había conseguido acostumbrarse pese a su dureza, la perspectiva de tener que abrirse de nuevo camino en un país que había quedado destrozado por la guerra se presentaba gris y amenazadora.

Cuando por fin consiguieron llegar a la añorada Polonia, los Rudonim se encontrarían con una desagradable sorpresa; los judíos no eran bienvenidos. En cuanto los polacos supieron que en aquellos vagones de ganado había judíos, empezaron a gritarles, insultarles y tirarles piedras. «¿Quién os necesita?», chillaban. «¡Volved a Siberia, sucios judíos!». Escuchando eso, Esther deseó no haber abandonado nunca Siberia.

Lo que ya sabían, puesto que su padre les había enviado una carta cuando aún se encontraban en el exilio, era que su casa de Vilna ya no les pertenecía; se había apoderado de ella el jefe del NKVD local. En todo caso, Vilna había pasado a ser una ciudad de la Unión Soviética. Nada parecía ligarles ya con la Polonia que habían conocido, por lo que decidieron emprender una nueva vida lejos de allí.



La infancia feliz de Esther Hautzig se truncó con la deportación de su familia a Siberia. Años después plasmaría su experiencia en un libro autobiográfico.

Esther y su familia conseguirían llegar a Suecia y ahí embarcar rumbo a Nueva York. En el barco, Esther conoció a un pianista, Walter Hautzig, con quien se casaría en 1950 y de quien tomaría a partir de entonces el apellido. Trabajó como secretaria en una editorial y comenzó a escribir relatos para niños.

En 1968, Esther Hautzig escribió un libro sobre su experiencia como deportada, con el título de *La estepa infinita*. En él describía la lucha diaria por la supervivencia en aquel pueblo de Siberia, de la que aquí hemos podido conocer algunos detalles, pero sin dejarse llevar en ningún momento por la amargura ni el resentimiento. Por el contrario, su testimonio destilaba alegría y un contagioso optimismo, a pesar de la dura prueba que tuvo que soportar.

Memoria de las víctimas

Tras la guerra, las deportaciones de polacos a Siberia y otras regiones soviéticas pasaron a ser consideradas un tema tabú. Al régimen comunista que gobernaba Polonia no le interesaba airear nada que pudiera incomodar a sus protectores de Moscú. Por su parte, las autoridades soviéticas consideraban que los polacos debían estarles agradecidos por haberles librado de los nazis, una gratitud que debía traducirse en olvidar los excesos que en su día el estalinismo pudo haber cometido con ellos. Por lo tanto, tanto los deportados que habían conseguido regresar a Polonia, como los familiares de aquellos que habían perdido la vida a consecuencia de la represión soviética, tuvieron que callar y tratar de seguir adelante como si nada hubiera ocurrido.

No sería hasta la caída del Muro y la democratización de Polonia que se empezó a recuperar la memoria de las víctimas de la deportación. Así, el 17 de septiembre de 1995, coincidiendo con el aniversario de la invasión de Polonia oriental por el Ejército Rojo, se inauguró en Varsovia un monumento consistente en un vagón de ferrocarril sobre el que hay un cargamento de cruces, católicas y ortodoxas, así como una lápida judía y una tumba musulmana. En el conjunto escultórico figuran también los nombres de las batallas del frente oriental polaco, así como los lugares de la Unión Soviética en donde tuvieron lugar las ejecuciones masivas de oficiales polacos, como Katyn. El papa Juan Pablo II en 1999 y su sucesor, Benedicto XVI, en 2006, rezaron ante el monumento para recordar a los deportados.

Pese a esos reconocimientos en el ámbito nacional polaco, aquella tragedia está lejos de formar parte del relato general de la Segunda Guerra Mundial, estando ausente de la práctica totalidad de obras que tratan este conflicto, un injusto olvido que el presente capítulo intenta reparar[2].



Monumento erigido en Varsovia en memoria de los deportados y las otras víctimas de la invasión soviética. *Wikimedia commons*.

2 Para la confección de este capítulo he contado con la inestimable colaboración de Andrzej Chowanczak, nacido en Argentina de inmigrantes polacos. Su abuelo materno, el capitán Mikolaj Bychowiec, estuvo prisionero de los soviéticos y fue liberado para formar parte del Segundo Cuerpo polaco. Menos afortunado fue su tío abuelo, el capitán Jerzy Bychowiec, que fue asesinado por el NKVD en Katyn, como se verá en el capítulo dedicado a esa matanza. Chowanczak mantiene viva la memoria de la tragedia polaca durante la Segunda Guerra Mundial en la web en español http://lavozdepolonia.com.ar. La traducción de *La balada de los siberianos* reproducida en este capítulo es de María Zeman.

Capítulo 3:
La matanza de Jedwabne

El metódico exterminio de los judíos europeos llevado a cabo por la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial supone todo un reto para los historiadores. A pesar de que se trata de un hecho histórico bien documentado y que cuenta con abundantes testimonios, todavía sigue provocando desconcierto entre los que se aproximan a él. Comprender cómo y por qué una nación culta y desarrollada puso en marcha la eliminación de todo un pueblo, recurriendo a los eficaces métodos industriales que la habían convertido en una potencia económica, se nos presenta una y otra vez como una meta esquiva. Sin duda, en torno al denominado Holocausto contamos con más preguntas que respuestas.

Sin embargo, la confusión y el desconcierto que parecen inherentes a ese aborrecible capítulo no se circunscriben al asesinato masivo perpetrado por los nazis. En un pequeño pueblo de Polonia situado al este de Varsovia, Jedwabne, se dieron unos trágicos hechos que dejan al historiador aún más perplejo si cabe.

Convivencia pacífica

Jedwabne está situado en la intersección de dos valles fluviales, los de los ríos Narew y Biebrza. La región es célebre por sus pintorescos estanques, en los que pueden encontrarse incontables variedades de aves acuáticas y una vegetación frondosa. En 1979 se estableció en la comarca el parque nacional más extenso de toda Polonia.

En ese idílico marco, desde hace siglos convivían en Jedwabne judíos y no judíos. Ya en el año 1770 los judíos habían construido la primera sinagoga cuando, con 387 individuos, constituían la mayoría de los 450 habitantes del pueblo. Aunque esa circunstancia se extendería a lo largo del tiempo —en 1931 sumaban el 60 % del censo— siempre habían trabajado hombro con hombro junto a sus vecinos, sin que surgiese ninguna fricción relevante.

No obstante, al igual que en otras localidades polacas, el antisemitismo había estado amenazadoramente presente a lo largo de la historia, por ejemplo cuando los sermones atizaban durante la Cuaresma el secular resquemor hacia los judíos, época en la que alguna vez se había dado un breve estallido de violencia contra ellos. La comunidad judía trataba de ganarse la benevolencia de las autoridades con el pago de un impuesto con el que esperaban asegurarse su protección. En todo caso, la vida de los judíos de Jedwabne era tranquila, no viéndose afectada por enfrentamientos significativos ni conflictos duraderos.

Estallido de odio

La invasión alemana de Polonia en 1939 dejó a Jedwabne bajo dominio germano. No obstante, ese control sería muy breve. Cuando Hitler y Stalin se repartieron el territorio polaco en una cláusula secreta del pacto germano-soviético firmado el 23 de agosto de 1939, referida en el capítulo anterior, Jedwabne quedaba situada a unos 20 kilómetros al este de la línea de demarcación estipulada en el acuerdo, que seguía los cursos de los ríos Narew, Vístula y San. Así pues, cuando finalizó la campaña militar con la claudicación polaca, los alemanes se retiraron de la comarca en la que se hallaba el pueblo y la entregaron al Ejército Rojo, que había entrado en Polonia el 17 de septiembre, apoderándose de más de la mitad de la geografía del país.

El dominio soviético se prolongaría durante veinte meses. En ese tiempo las nuevas autoridades sometieron a la población a un proceso de sovietización forzosa. La propiedad privada fue confiscada paulatinamente y aquellos que eran etiquetados como «burgueses» fueron encarcelados o deportados a Siberia y otras regiones remotas, tal como hemos visto en el anterior capítulo. Las instituciones religiosas también sufrieron una dura represión. Así, no es de extrañar que cuando los alemanes volvieron a apoderarse de Jedwabne y su comarca el mismo día en el que se lanzó la invasión de la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, estos fueron recibidos por sus habitantes con los brazos abiertos, con la excepción, evidentemente, de los judíos, conscientes del negro futuro que les aguardaba bajo el dominio nazi. Jedwabne quedaba así de nuevo en manos germanas.

Al mes siguiente se desencadenaría la tragedia por la que el nombre de aquel pueblo pasaría a la historia de la iniquidad. El 10 de julio de 1941, unos 1600 judíos del pueblo, entre hombres, mujeres y niños, fueron asesinados del modo más cruel. Las víctimas fueron concentradas en la plaza y conducidas después a un pajar, donde fueron quemadas vivas. Los ancianos y niños que no podían trasladarse por sus propios medios fueron arrastrados hasta allí y arrojados a las llamas.

Desde 1962, en Jedwabne hay una placa que decía: «Lugar de martirio para el pueblo judío. La Gestapo y la Gendarmería de Hitler quemaron vivas a 1600 personas».

Durante muchos años, la masacre de Jedwabne fue adjudicada a un *Einsatzgruppen* de las SS, pero una investigación culminada en 2001, publicada por el historiador Jan Tomasz Gross con el título de *Vecinos*, reveló una realidad mucho más terrible. Destapando un tabú que se había prolongado durante seis décadas, el crimen había sido cometido por los propios habitantes del pueblo.

Los asesinos no eran anónimos soldados alemanes de los que las víctimas difícilmente podían esperar alguna empatía. El crimen lo habían llevado a cabo sus propios vecinos, con los que trabajaban y comerciaban a diario, con los que se cruzaban a diario por la calle y cuyos hijos compartían estudios y juegos. Todos ellos se conocían por su nombre en ese pueblo de apenas una docena de calles.

¿Cómo fue posible ese estallido de odio que arrebató la vida a un número tan elevado de personas? El primer lugar a donde se puede acudir en busca de una respuesta es alguna rencilla subyacente entre la numerosa comunidad judía del pueblo y el resto de habitantes, que ese día explotaría de manera tan espantosa.

Pero el exhaustivo estudio de Grosz demuestra que los motivos de ese pogromo más propio de épocas medievales no son tan fáciles de identificar. La prueba de ello es que ese crimen masivo no fue un hecho aislado y puntual. La matanza de Jedwabne, como si de un libro —en ese caso, de auténtico terror— se tratase, fue dramáticamente anunciada con un prólogo y una introducción.

Pogromo en Radzilow

Tal como se ha apuntado, las tropas germanas llegaron a Jedwabne el primer día de la invasión de la Unión Soviética. Los judíos del pueblo se temían lo peor, pero los alemanes se conformaron con asistir al escarmiento que un grupo de vecinos propinó en la plaza del pueblo a seis destacados colaboradores de los soviéticos, entre los que había tres judíos, uno de ellos panadero. Todos ellos acabaron ensangrentados. Cuando los agresores estaban dispuestos a darles el golpe de gracia, los alemanes los frenaron: «No los matéis todavía. Dejadles que sufran», les dijeron.

Aunque los primeros días discurrieron en Jedwabne en medio de una tensa calma, las noticias que llegaban de los otros pueblos de la comarca no eran precisamente tranquilizadoras. Los escarmientos públicos a los que habían participado en la ocupación soviética degeneraron en pogromos contra la población judía. El 5 de julio, cientos de judíos fueron asesinados en la vecina Wasosz. Pero en donde más se ensañarían con ellos sería en la también próxima Radzilow, cuya comunidad hebrea contaba con unos 800 miembros.

La misma mañana del 22 de junio de 1941, cuando se comenzaron a escuchar en la lejanía los disparos de la artillería alemana, buena parte de los judíos de Radzilow abandonó el pueblo, dispersándose por los campos y aldeas vecinas. Sin embargo, los campesinos polacos se mostraron muy hostiles con ellos, persiguiéndoles al tiempo que proferían insultos y amenazas. La mayoría de judíos no tuvieron otra opción que regresar a sus casas y hacer frente con la mejor disposición posible a lo que estuviera por llegar. Por su parte, el resto de habitantes de Radzilow celebró la llegada de los alemanes como libertadores del dominio soviético. Levantaron un improvisado arco de triunfo para dar la bienvenida a los soldados germanos, decorado con una esvástica, un retrato de Hitler y una pancarta que decía: «¡Viva el Ejército alemán, que nos ha liberado de la espantosa opresión judeo-comunista!».

Los alemanes debieron quedar perplejos ante ese efusivo recibimiento, y seguramente quedaron también sorprendidos cuando lo primero que les preguntaron los polacos fue: «¿Está permitido matar judíos?». La respuesta fue afirmativa, pero les dijeron que sería a su debido tiempo, ya que en ese momento lo más importante era la campaña militar que acababa de comenzar y un pogromo no era lo más indicado para mantener el necesario orden.

Por el momento, los alemanes se conformarían con apalear judíos y quitarles sus bienes, repartiendo el botín entre los polacos. En cambio, en otra localidad de la comarca, Wizna, los alemanes habían procedido a ejecutar a decenas de varones hebreos inmediatamente después de entrar en el pueblo. En Radzilow decretaron la prohibición de vender a los judíos nada de comer. Además, les confiscaron las vacas y se las entregaron también a los polacos, por lo que la situación de los judíos empeoraba cada día que pasaba. También se dio algún asesinato aislado, como el de una muchacha hebrea, al que una pandilla de polacos le cortó la cabeza y arrojó su cuerpo a un pantano.

El 24 de junio los alemanes ordenaron que todos los judíos varones se congregaran junto a la sinagoga. Los convocados tenían razones para pensar que nada bueno les esperaba si acudían a la llamada de los nazis, así que comenzaron a huir del pueblo. Pero los polacos vigilaban todos los caminos y trajeron de vuelta a los fugitivos, pudiendo escapar tan solo unos pocos de ellos.

Una vez reunidos los judíos junto a la sinagoga, con un buen número de polacos como espectadores, los alemanes empezaron a impartirles lecciones de, según dijeron, «buena educación». Ordenaron a los judíos sacar todos los libros sagrados y las Torás de la sinagoga y de la casa de oración y quemarlos. Se negaron a ello, pero ante la lluvia de golpes que recibieron acabaron por desenrollar las Torás, rociarlas con gasolina y prenderles fuego. Les mandaron ponerse a cantar y bailar alrededor de aquella enorme pira. Mientras tanto, los judíos debían soportar que la turba vociferante les cubriera de insultos y de golpes.

Pero a los judíos les esperaban más humillaciones. Una vez quemados los libros sagrados, los judíos fueron uncidos a unas carretas para que tiraran de ellas, mientras seguían siendo golpeados. Se vieron obligados a arrastrar las carretas, con alemanes y polacos montados en ellas, por todo el pueblo. Como fin de fiesta, los judíos fueron arrojados a un riachuelo después de obligarles a quitarse la ropa. Los que no obedecían eran brutalmente golpeados y empujados a donde las aguas eran más profundas, pereciendo ahogados algunos de ellos.

Las torturas no acabarían con esa infausta jornada. A partir de entonces, en cualquier momento podían sufrir ataques. Los polacos golpeaban arbitrariamente a hombres, mujeres y niños, sin importar la edad. Y también, a la menor oportunidad, reclamaban la presencia de los alemanes

acusando a los judíos de cualquier irregularidad, para que procedieran a registrar sus casas, lo que hacían junto a los polacos. Los alemanes se prestaban con gusto a ese juego; irrumpían en una casa y comenzaban a arrojar fuera de ella todo lo que pudiera tener algún valor, siendo ávidamente recogido por los polacos, quienes incluso se acercaban con carretas para llevarse su parte del botín. Lo que no se llevaban era destrozado con saña. Mientras tanto, la familia que vivía allí recibió una paliza.

Desesperados ante su situación, los judíos acudieron al cura del pueblo a suplicarle que intercediera por ellos y pidiera a sus feligreses que pusieran fin a aquella persecución. Pero el sacerdote se negó tajantemente a protegerles: «Es bien sabido que todos los judíos, desde el más joven al más viejo, son comunistas», les respondió. Los ruegos de los judíos no fueron atendidos y el cura mantuvo firme su negativa, reconociendo que temía la reacción de sus feligreses si aparecía de repente como defensor de los odiados judíos. De los otros notables cristianos a los que acudieron los afligidos hebreos recibieron la misma decepcionante respuesta. Nadie poseía el valor necesario para enfrentarse al enardecido populacho.

Al día siguiente de ese intento frustrado de conseguir protección, se organizaron varias cuadrillas de jóvenes polacos dispuestos a llegar más lejos en la persecución a la que estaban siendo sometidos los judíos. Desde primera hora de la mañana fueron conduciéndolos hasta el río, cargados con los libros sagrados; una vez allí, tuvieron que arrojarlos al agua. Después les obligaron a hacer todo tipo de ejercicios gimnásticos, con el propósito de humillarlos ante la muchedumbre que se había congregado allí para disfrutar del espectáculo, celebrando la lamentable demostración con carcajadas y aplausos. Cuando los patéticos gimnastas, entre los que había ancianos, mujeres y niños, se negaban a ejecutar una orden, eran golpeados sin compasión.

Después de que se diese por concluido ese escarnio público, los judíos pudieron por fin regresar al pueblo, pero allí se encontraron con que otra cuadrilla de hombres armados con palos y barras de hierro les estaban esperando. Los hebreos fueron apaleados de nuevo y algunos quedaron inconscientes en el suelo.

Al caer la noche, las casas de los judíos fueron asaltadas, echando abajo puertas y ventanas. Las cuadrillas los iban sacando a la calle, en donde eran golpeados sin que se librasen ni las mujeres ni los niños, ni siquiera

las madres con niños de pecho, todo ello ante la mirada complaciente de sus vecinos polacos. Esos asaltos dejaron tras de sí muchos judíos heridos de muerte o con graves lesiones, pero el único médico del pueblo se negó a atender a las víctimas.

La situación para los judíos iría de mal en peor, hasta que se produjo una paradoja tan terrible como desconcertante. Mientras el pueblo había estado bajo control alemán se habían llevado a cabo esas torturas públicas que habían acabado con la vida de algunos judíos, pero las autoridades germanas habían impedido la matanza que reclamaban los polacos. Un buen día los alemanes se marcharon del pueblo, siguiendo el avance de las tropas hacia el este, sin dejar ninguna autoridad al cargo. Ese inesperado vacío de poder sería aprovechado por los polacos para lanzar el definitivo ajuste de cuentas con los judíos; la marcha de los ocupantes nazis supondría el final de la *protección* de la que habían disfrutado.

Al mediodía del domingo 6 de julio, llegó a Radzilow una partida de polacos del pueblo vecino de Wasosz, pertrechados de todo tipo de armas caseras y dispuestos a usarlas. Inmediatamente se supo que en ese pueblo habían matado de un modo horrendo a todos los judíos que vivían allí. Se desató entonces el pánico entre los judíos de Radzilow, convencidos de que ahora les había llegado su turno. Una parte de ellos intentaron escapar, ocultándose por los campos y bosques vecinos. Los que no estaban en condiciones de salir huyendo trataron de esconderse en el pueblo, pero ningún polaco quiso prestarles ayuda. Los que fueron atrapados encontraron rápidamente la muerte a manos de sus vecinos y los recién llegados de Wasosz, ya fuera a golpes con palos o cuchilladas. Otros fueron encerrados en un pajar, al que le prendieron fuego. Los gritos de las víctimas fueron escuchándose durante todo el día, hasta que cesaron al caer la noche.

Por la mañana, los polacos hicieron correr la voz de que los hombres que habían venido de Wasosz se habían marchado ya, y que los judíos que permanecían ocultos en los alrededores del pueblo podían regresar tranquilamente a sus casas. Cansados y hambrientos después de haber pasado la noche a la intemperie, la mayoría de los judíos decidieron confiar en la palabra de sus vecinos y poco a poco fueron volviendo al pueblo. Allí se encontraron con el panorama dantesco que había quedado tras la matanza del día anterior. Los polacos ya estaban enterrando los cadáveres. Entonces tuvo lugar una horripilante escena, cuando una niña

que iba a ser sepultada abrió los ojos y se incorporó; los polacos no se inmutaron al ver que estaba todavía con vida y la enterraron viva junto a su padre.

Los judíos que se habían librado de esa matanza acudieron a la autoridad municipal recién constituida, formada por el cura, el médico y algunos notables, para suplicarles que pusieran fin a esos desmanes, pero estos les respondieron que no podían hacer nada, y les aconsejaron que tratasen de negociar con los cabecillas del pogromo. Acudieron entonces a los líderes de las cuadrillas, y estos les dijeron que debían resarcirlos por los daños causados (sic) y que, si así lo hacían, les perdonarían la vida. Sin otra opción, los judíos aceptaron su supuesta culpabilidad y comenzaron a entregarles objetos de valor, como artículos de oro y plata, porcelana, trajes y hasta máquinas de coser, y prometieron entregar las vacas que habían ocultado.

Sin embargo, una vez que entregaron todo, los judíos comprobaron con horror que los habían engañado. Los polacos estaban dispuestos igualmente a matarlos a todos, y así lo hicieron, empleando todo tipo de improvisadas armas mortales. Además, se destruyó a conciencia la sinagoga, la casa de estudios y hasta el cementerio, para borrar de Radzilow cualquier rastro de la comunidad hebrea.

Tan solo pudieron salvarse ocho judíos que no habían regresado al pueblo y seguían ocultos en un campo de trigo. Seis de ellos pertenecían a la misma familia, los Finkelstein. El testimonio del hijo mayor, Menachem, que entonces contaba con 18 años, sería recogido en 1947 por el Comité Histórico Judío, convirtiéndose en la fuente principal de información de la matanza. Los Finkelstein permanecieron ocultos durante cuarenta meses en varios escondites por la comarca proporcionados por los lugareños, aprovechando los contactos del padre, que poseía un molino, y sus promesas de recompensar económicamente a sus protectores si lograban sobrevivir. Afortunadamente, la madre había tomado antes la precaución de guardar en una gran bolsa de tela todo lo imprescindible para pasar una larga temporada fuera de casa. Durante ese tiempo en el que se convirtieron en fugitivos fingieron haberse convertido al catolicismo para no ser denunciados. Una vez derrotados los alemanes en 1945, los Finkelstein escaparían de Polonia, llegando a Italia, desde donde conseguirían emigrar a Israel después de pasar por un campo de refugiados en Chipre. En cuanto a los otros dos judíos que escaparon de la masacre,

un padre y un hijo, tras la guerra cometerían el trágico error de regresar a Radzilow, en donde serían asesinados.

Los gendarmes germanos de la Orgnungspolizei[3] que llegaron a Radzilow tras la masacre se quedaron impresionados ante la brutalidad que habían desplegado los polacos, un salvajismo que posteriormente ellos superarían con creces, pero que en esos momentos debió suponer para ellos una espantosa novedad. Es difícil determinar la cantidad de judíos que murieron allí, pero podría rondar los 800.

La noticia de lo ocurrido en Radzilow, junto con lo que había sucedido en Wasosz, se extendió rápidamente por toda la comarca. En los distintos pueblos y aldeas el pánico se adueñó de las comunidades judías. En esos momentos, la situación en Jedwabne parecía tranquila, por lo que muchos de ellos decidieron dirigirse hacia allí. Además, corrió la voz de que el obispo católico de la región se había comprometido personalmente con la comunidad judía de Jedwabne a garantizar su seguridad, después de recibir unos candelabros de plata como regalo. Así pues, Jedwabne parecía ser un lugar en el que los judíos estarían seguros. No podían estar más equivocados.

Reunión en la plaza

En Jedwabne había un puesto de la referida Ordnungspolizei integrado por once hombres. Pero serían, según los testimonios, cuatro o cinco miembros de la Gestapo de fuera del pueblo los que se presentarían la mañana del 10 de julio de 1941 en el ayuntamiento de la localidad. Se reunieron con el alcalde, Marian Karolak. Al cabo de un rato, este salió del edificio y dio orden de que los varones adultos polacos acudiesen a la plaza. Una vez allí, les dio instrucciones para que congregasen a los judíos en la misma plaza, supuestamente para «ponerlos a trabajar».

De este modo se acababa de poner en marcha el pogromo que tendría lugar a lo largo de esa negra jornada, un día que sería especialmente caluroso, con lo que el tiempo parecía convertirse en cómplice de lo que iba a ocurrir, contribuyendo a calentar aún más los ánimos. Un grupo de polacos se dedicó a reunir a los judíos en la plaza y se quedaron allí vigilándoles. Mientras tanto, los alemanes se limitaban a hacer la ronda en compañía de algún miembro del ayuntamiento. Según lo que habían

acordado los miembros de la Gestapo y el alcalde, los polacos tenían carta blanca durante ocho horas para hacer lo que quisieran con los judíos.

Ese día, desde primera hora de la mañana, habían acudido al pueblo polacos de los pueblos vecinos, dispuestos a participar en el escarmiento a los judíos, tal como había ocurrido ya en sus localidades. Ese detalle lleva a pensar que el pogromo se conocía con antelación y no fue ordenado por los alemanes en esa reunión con el alcalde. Algunos compararían esa llegada de visitantes a la que solía darse en los días de mercado.

Los testimonios recogidos por Grosz en su estudio son fragmentarios, por lo que es difícil construir un relato exacto y pormenorizado de los hechos. Por ejemplo, un testigo puede describir la escena a la que efectivamente asistió, mientras que otro se limita a reproducir el comentario de otro vecino. No pocos de estos testimonios difieren entre sí e incluso son contradictorios. La mayoría de ellos proceden de las actas de los juicios que tuvieron lugar en 1949, por lo que seguramente se vieron mediatizados por varios factores, como la defensa de la propia inocencia o la de sus vecinos, o la influencia de otros testimonios, además de la habitual erosión y alteración de los recuerdos provocada por el paso del tiempo.

De todos modos, es posible confeccionar una crónica bastante fiel de lo sucedido aquel día. Retomando el relato, a los polacos reunidos en la plaza, que serían varias docenas, se les proporcionaron látigos y porras para conducir a los judíos hasta allí. Al mismo tiempo, los judíos ya estaban recibiendo órdenes de dirigirse a la plaza para realizar, supuestamente, ciertas labores de limpieza. En un primer momento, ese llamamiento no causó demasiada alarma entre los judíos, ya que alguna vez se les había obligado a llevar a cabo trabajos de ese tipo, como acto de humillación pública. Pero pronto se vería que, ese día, los polacos no se conformarían simplemente con humillarlos.

Los judíos varones se dirigieron obedientemente hacia la plaza, mientras las mujeres se quedaban en casa, cerrando puertas y ventanas por si los ánimos se caldeaban demasiado durante el escarnio. Al poco rato comenzaron a escucharse gritos espantosos de los judíos que estaban siendo ya agredidos. Uno de los primeros fue un joven de 22 años, que estaba recibiendo una paliza. Un testigo que pasaba casualmente por el lugar lo vería ya muerto en el suelo, después de que un vecino que era amigo suyo hubiera descargado sobre su cabeza una piedra «que pesaba 12

o 14 kilos». Su amigo le dijo orgulloso: «Le he atizado bien con esta piedra y ya no se volverá a levantar».



La estatua de Lenin que los habitantes de Jedwabne obligaron a los judíos a llevar en procesión, conservada en el Museo de la Segunda Guerra Mundial de Gdansk. *Foto del autor, octubre 2017*.

En esos primeros momentos del pogromo, apenas había un centenar de judíos concentrados en la plaza, pero con el paso de los minutos esa cantidad iría creciendo considerablemente. Parecer ser que, con el fin de no estrangular la vida económica del pueblo, los alemanes pidieron que los vecinos seleccionaran algunas profesiones para no eliminar a los judíos que las desempeñaban, pero ellos les aseguraron que entre ellos había individuos que ejercían todas las profesiones necesarias para la vida diaria, por lo que no había necesidad de salvar a nadie. Así pues, los alemanes decidieron desentenderse de lo que ocurría y, según los testigos, tan solo se dedicarían a hacer fotografías.

Resulta chocante saber que los judíos que estarían más seguros serían los que encontraron refugio en el puesto de la gendarmería alemana. Al ver el cariz que estaban tomando los acontecimientos, unos soldados fueron a buscar a tres mujeres judías que trabajaban allí, las condujeron al cuartel y las encerraron con llave en el piso de arriba para protegerlas de la ira de los polacos. A la cocinera polaca le ordenaron que les llevase algo de comer. También sorprende el hecho de que un jefe de cuadrilla acudiese al cuartel a pedir armas con las que imponerse a un grupo de judíos que se negaba a acudir a la plaza, pero el alemán al que se dirigió lo despidió diciéndole: «No te daré armas, haz lo que quieras».

Estaba claro que los alemanes no querían tener una participación directa en lo que estaba acaeciendo en el pueblo. Horas después se daría una

escena que corroboraría esa actitud, cuando un grupo de polacos entró corriendo en el patio de la gendarmería, en donde había tres judíos cortando leña, e intentaron apresarlos. El comandante del puesto salió y les dijo: «¿No habéis tenido bastante con ocho horas para hacer con los judíos lo que quisierais?». El oficial alemán les ordenó que se marchasen de allí.

Piedras, cuchillos, estacas

El pogromo ya estaba en marcha. Los polacos perseguían a los judíos por las calles, para obligarles a acudir a la plaza o para matarlos allí mismo. Eso era lo que había ocurrido con aquel joven que yacía muerto en la calle después de que aplastaran su cabeza con una piedra. Pero otros estaban recibían palizas hasta la muerte con estacas, como sucedió a otros cuatro judíos cuyos cuerpos quedaron tendidos en el suelo.

Cuando los judíos comprendieron que sus vecinos no iban a contentarse con humillarles, sino que iban a matarlos, muchos intentaron escapar a través de los campos de los alrededores, tal como habían hecho antes los judíos de Radzilow. Pero, en este caso, también los campesinos polacos se encargaban de localizar y detener a los que se escondían o trataban de huir. Una vez atrapados, les propinaban una paliza y luego los conducían a la plaza, aunque no eran pocos los que eran asesinados nada más encontrarles. No obstante, entre 100 y 200 judíos conseguirían ocultarse de sus perseguidores y librarse así de una muerte cierta.

Aunque el alcalde había tratado de organizar de algún modo la matanza al ordenar que los judíos fueran congregados en la plaza, la operación estaba degenerando en un estallido de violencia generalizado, con acciones simultáneas y descoordinadas por todo el pueblo. Aun así, la autoridad municipal no hizo nada por corregir el rumbo de los acontecimientos y permitió que los habitantes de Jedwabne siguieran adelante con la masacre de manera improvisada.

Así, a los asesinatos del joven lapidado y los cuatro judíos muertos a estacazos les seguiría el de dos herreros que fueron ahogados en un estanque. El horror se extendería por todo el pueblo rápidamente. La casa de un maestro judío fue asaltada; él fue asesinado y a su hija la

decapitaron y luego dieron patadas a su cabeza. Junto a la fuente, una mujer fue asesinada mientras tenía a su hijo de pecho en brazos.

Al mismo tiempo que tenían lugar esos espantosos episodios, otros polacos trataban de realizar su mortífera tarea de un modo más sistemático. Por ejemplo, una cuadrilla atrapó a un grupo de judíos y los condujo hasta el cementerio. Allí les ordenaron cavar una fosa y después, según el relato de un testigo que permaneció oculto tras unos arbustos, «los mataron de mil formas distintas, a unos con herramientas de metal, a otros a cuchilladas, y a otros a estacazos». Uno de los asesinos se mostró especialmente brutal, matando a los judíos «con un gancho de hierro que les clavaba en el estómago».

Antes de ser asesinados, hubo judíos que fueron sometidos a ultrajes públicos. Una docena de los que habían sido reunidos en la plaza fueron obligados a hacer una serie de ejercicios gimnásticos ridículos. Otro grupo formado por unos cuarenta judíos fue conducido hasta una plaza en la que los soviéticos habían levantado una estatua de Lenin durante la ocupación. Los judíos tuvieron que derribarla. Al caer, se rompió, y fueron obligados a llevar los fragmentos sobre unas tablas, en procesión, con un rabino al frente. Durante el recorrido debían entonar canciones rusas, además de una especie de plegaria: «Nosotros tenemos la culpa de la guerra, nosotros tenemos la culpa de la guerra…». El rabino fue también obligado a bailar a la vez que ondeaba una bandera roja.

Quemados vivos

En esa primera fase de la matanza, los habitantes de Jedwabne estaban actuando en cuadrillas descontroladas pero, tras la ola de violencia inicial, se extendió la idea de que había que llevar a cabo la tarea de acabar con los judíos del pueblo de manera rápida y eficaz. Teniendo en cuenta que había unos 1500 judíos, tratar de acabar con todos ellos acuchillándolos o apaleándolos podía requerir más tiempo de las ocho horas concedidas por los alemanes. Era necesario culminar el trabajo antes de que los alemanes considerasen que había que poner fin a ese caos.

Por tanto, se tomó la terrible decisión de llevar a los judíos que habían sido congregados en la plaza a un pajar y quemarlos todos juntos allí. Al parecer, ese plan había sido trazado de antemano, aunque aún no se había

determinado el lugar en el que sería llevado a cabo. Propusieron a uno de los vecinos utilizar su pajar para ese cometido, pero se negó. Finalmente, otro se mostró dispuesto a ofrecer el suyo.

Los judíos fueron conducidos hasta ese pajar, al que ya estaban acudiendo todos los vecinos para asistir a tan macabro e ignominioso espectáculo. También se acercaron hasta allí ocho gendarmes alemanes. Los judíos que estaban participando en la procesión con la estatua de Lenin fueron dirigidos directamente hacía allí. Conforme iban llegando los judíos, heridos y aterrorizados, la multitud allí congregada los empujaba al interior del pajar. Entre los condenados, los vecinos reconocieron a uno que durante la ocupación soviética había ocultado a un oficial polaco, por lo que en ese momento los cabecillas decidieron absolverle, permitiéndole marcharse a su casa. Sin embargo, el indultado rechazó el perdón concedido por la turba y prefirió compartir el infausto e ineluctable destino de los demás judíos.

Una vez que todos estaban dentro, el pajar fue regado con gasolina que habían dejado los soviéticos en su retirada, que dos personas fueron a buscar a un almacén. Entonces le prendieron fuego. Mientras los judíos se quemaban vivos en el interior del pajar, un golpe de aire caliente abrió la puerta, lo que fue aprovechado por un hombre, su hermana y la hija pequeña de esta para escapar de aquel infierno. Uno de los polacos les cortó el paso amenazándoles con un hacha, pero el hombre se enfrentó a él y logró apartarlo de su camino. Increíblemente, a pesar de estar rodeados de la multitud y de los soldados alemanes, los tres consiguieron huir y ocultarse en el cementerio. Quizás, el intenso calor generado por las llamaradas llevó a la muchedumbre a alejarse y apartar su vista del pajar, lo que fue aprovechado por aquellos afortunados para salvar la vida. La última imagen que aquel hombre tuvo del interior del pajar, tal como relataría después durante los juicios, fue la de su padre ya envuelto en llamas.

Una vez consumido el fuego y disipada la humareda apareció ante los ojos de la multitud un panorama horripilante. El incendio no se había extendido de manera uniforme, quizás debido al viento, por lo que aquellos desgraciados habían tratado de huir de las llamas, más activas en el lado derecho, concentrándose en el izquierdo. Por tanto, la mayoría de cadáveres se encontraban amontonados en ese lugar. Los cuerpos que habían quedado en la parte superior del montón estaban carbonizados, pero

los de la parte inferior estaban prácticamente intactos, al haber perecido aplastados y asfixiados. Incluso sus ropas habían quedado en muchos casos intactas.

Según relataría un muchacho, «los cadáveres estaban tan enredados unos con otros que no había forma de separarlos». Mientras tanto, la gente registraba ávidamente los cadáveres en busca de objetos de valor, llegando incluso a rasgar las ropas para ver si había algo cosido dentro. En este caso, la avaricia se imponía al horror que pudiera causar tan pavoroso cuadro, o a la conmiseración que pudieran despertar las víctimas aún humeantes. Pero los alemanes, que hasta ese momento se habían limitado a ser meros espectadores, acudieron raudos a apoderarse del botín. Inspeccionaron concienzudamente a todos los que se habían acercado a registrar los cadáveres, aunque algunos lograron marcharse con el producto de su saqueo, ocultándolo en los zapatos.

Cadáveres sin enterrar

Aunque al final habían sido los alemanes los que habían desvalijado a los muertos del pajar incendiado, los cuerpos de los otros judíos que habían quedado tendidos por las calles serían saqueados por los polacos sin interferencia germana. Una vez muertos, sus vecinos les arrebataron las ropas, se quedaron con las monedas y llegaron incluso a arrancarles los dientes de oro, tal como harían después metódicamente los alemanes en los campos de exterminio. Además, se quedaron con sus casas, sus muebles y todas sus pertenencias.

En unas pocas horas se había consumado la matanza, ejecutada con más alborozo que ira, como si se tratase de una fiesta popular. Mientras, los alemanes se habían dedicado únicamente a tomar fotografías e incluso filmar la tragedia que estaba ocurriendo a su alrededor. Según algunas fuentes, los alemanes proyectarían esas imágenes en las salas cinematográficas de Varsovia para intentar demostrar que la persecución contra los judíos polacos procedía de la propia población polaca, aunque la realidad es que no hay constancia de la existencia de la película.

Al estar en pleno mes de julio, se hacía necesario enterrar los cadáveres a la mayor brevedad posible. Sin embargo, ya no quedaban judíos vivos a los que encargarles tan desagradable tarea. Los polacos se fueron retirando

a sus casas, sin que nadie tomase sobre sus hombros esa responsabilidad. Pero los alemanes no estaban dispuestos a que los cuerpos quedaran sin enterrar, así que al caer la noche cogieron a varios polacos al azar y les obligaron a dar sepultura los cadáveres.

Sin embargo, eran muchos los cuerpos a enterrar y pocos los polacos dispuestos a realizar la tarea, pese a los requerimientos germanos. Los que se veían obligados a tan penosa tarea alegaban sentirse incapaces de acometerla. Tres días después, todavía había muchos cuerpos insepultos, expuestos al calor inclemente del estío; los perros ya habían empezado a comérselos. Temiendo que pudiera desencadenarse una epidemia, el comandante alemán se dirigió al alcalde cuando este estaba en la plaza y le espetó: «¡O sea que matar a la gente y quemarla viva sí que sabéis hacerlo, pero a la hora de enterrarlos, nadie está dispuesto a echar una mano, ¿verdad? ¡Mañana sin falta quiero que estén todos esos cadáveres enterrados! ¿Lo ha entendido?».

Las escenas que se dieron a continuación son difícilmente digeribles. Como se ha apuntado, los cuerpos de los judíos quemados vivos en el pajar estaban, según describiría gráficamente un testigo, «enredados como las raíces de un árbol». Para facilitar la tarea a alguien se le ocurrió la idea de cortarlos en trozos y arrojarlos a una zanja. Así lo hicieron; llevaron hasta allí unos baldes y despedazaron los cadáveres como pudieron, «una cabeza por aquí, una pierna por allá».

Una vez enterrados los cuerpos, se extendió tácitamente un manto de silencio sobre lo que había ocurrido aquel terrorífico día. Como si de un vergonzoso secreto familiar se tratase, a partir de entonces se convertiría en un tema tabú del que nadie desearía hablar. Pero las consecuencias del funesto episodio se extenderían de forma inexorable a lo largo del tiempo, como si de una maldición se tratase.

Regreso a la normalidad

A partir de aquel infame 10 de julio de 1941 marcado ya para siempre en la historia de Jedwabne, los alemanes trataron de que se restableciese la normalidad en el pueblo. Tras esas ocho horas en las que miraron hacia otro lado mientras los judíos eran salvajemente asesinados, anunciaron que no permitirían que se produjeron nuevos desórdenes. Para tratar de

pasar página y como gesto de indemnización a su propietario, los alemanes reconstruyeron el pajar que había servido para quemar vivos a los judíos. Curiosamente, cuando las tropas germanas abandonaron el pueblo en su retirada, en 1944, la construcción sería derribada.

En una decisión difícil de entender, tan solo unos días después de la matanza algunos supervivientes decidieron regresar al pueblo, en donde tendrían que cruzarse por la calle a diario con aquellos que habían querido matarles. Tal vez no disponían de ninguna otra alternativa, teniendo en cuenta que los pogromos se habían producido en la mayoría de pueblos de la región. Para proporcionarles protección si se reproducía el ataque, los alemanes les permitieron trabajar en la gendarmería.

Sin embargo, esa paradoja en la que los judíos buscaban la protección de los nazis se resolvería posteriormente del modo más previsible, cuando esos judíos acabaron siendo enviados al gueto de Lomza, creado el 12 de agosto de 1941. Allí fueron concentrados los hebreos supervivientes de la región en la que se encontraba Jedwabne. El número total llegaría a los 18.000. Pero Lomza no sería más que una estación de paso hasta el destino final, que no era otro que el campo de exterminio. Mientras tanto, el hambre y el agotamiento por el trabajo esclavo, además de sucesivas epidemias de disentería y tifus, acabarían con la vida de cerca de la mitad de ellos. El gueto sería liquidado el 1 de noviembre de 1942, cuando sus exhaustos habitantes fueron enviados a Auschwitz. Una docena de judíos de Jedwabne sobrevivieron a la guerra. Siete de ellos fueron escondidos y atendidos por la familia Wyrzykowski en la aldea vecina de Janczewo.

Todos esos judíos, tanto los que habían muerto durante el pogromo o tras la deportación al gueto de Lomza, o los pocos afortunados que habían logrado escapar con vida, dejarían atrás sus bienes, lo que estimularía la avaricia de los que habían sido sus vecinos. No se conoce suficientemente lo que ocurrió con sus posesiones ya que, en los juicios posteriores, fue un asunto sobre el que se pasó por alto y tan solo hubo algunas referencias tangenciales. Aun así, se sabe que fueron los organizadores o participantes más activos del pogromo, una docena de personas incluyendo al alcalde, los que se apoderarían de la mayor parte de los bienes de los judíos. Un testigo aseguraría que el alcalde y uno de los cabecillas llevaron a cabo el traslado en un carro de los «bienes abandonados» por los judíos a un almacén y que dispusieron de ellos como mejor les convino. Además, según el testigo, ese cabecilla y su familia «se mudaron a una casa

abandonada por los judíos». En todo caso, esa apropiación de los hogares dejados por los hebreos seguramente debió ser generalizado, ya que el testigo aseguraría: «Por lo que yo sé, las casas abandonadas por los judíos podían ser ocupadas por cualquiera sin permiso de nadie».

También, a tenor de lo relatado por el testigo, los alemanes debieron exigir su parte del botín; el alcalde fue arrestado por las autoridades germanas «a causa de las numerosas riquezas de los judíos de las que se adueñó y que no quiso repartirse equitativamente con los alemanes». Otro de los impulsores de la matanza fue también detenido por los alemanes cuando intentaba pasar de contrabando las joyas robadas a los judíos. Sin duda, la gestión de los «bienes abandonados» tuvo que resultar muy lucrativa para los que llevaron a cabo ese cometido.

Como si una maldición acompañase a esos bienes robados en tan viles circunstancias, durante mucho tiempo serían motivo de litigio entre los habitantes del pueblo, dando origen, durante la posguerra, a denuncias ante la policía secreta polaca. En los peores casos, esas disputas por adueñarse de las propiedades de los judíos asesinados acabarían a su vez en homicidios. Si la matanza sacó lo peor de cada uno de los vecinos en aquel momento de ira, lo seguiría haciendo años después.

Buscando una explicación

En su exhaustivo estudio de los hechos que acontecieron en Radzilow y Jedwabne, el historiador Jan T. Grosz reconoce su incapacidad para ofrecer una respuesta convincente a la pregunta que se haría cualquiera: «¿Por qué sucedió aquello?».

Esas matanzas han dejado perplejos a todos los investigadores que han tratado de entender los motivos por los que se produjeron. Grosz trata de encontrar una explicación en la hipótesis de que aquellos asesinatos en masa entroncaban con épocas pasadas, en las que la violencia antijudía era habitual en esas zonas rurales. Desde siglos atrás, y no solo en la Polonia rural sino en otras partes de Europa, se daba pábulo a historias de asesinatos rituales por parte de los judíos, una creencia que estaba profundamente arraigada entre los católicos polacos. Aunque resulte sorprendente, acusaciones absurdas de este tipo motivarían estallidos de violencia contra los judíos polacos en pleno siglo XX en zonas urbanas y,

por tanto, supuestamente ajenas a esas supersticiones medievales, como en Cracovia en 1945 o Kielce en 1946.

A tono con esas supuestas motivaciones anacrónicas estarían los métodos y las armas primitivas y arcaicas que se emplearon en esas masacres; piedras, estacas de madera o barras de hierro, además del fuego de los incendios o el agua en el que algunos judíos fueron ahogados. Igualmente, tal como se ha descrito, las masacres discurrieron de manera desorganizada y caótica. Todo ello contrasta con el carácter metódico, burocrático e industrial y, por tanto, radicalmente moderno, con el que se desarrollaría el exterminio de los judíos por parte de los nazis.

No obstante, aunque las masacres pudieran poseer este sustrato profundo y atávico, debieron tener mayor peso hechos más recientes. En el período de entreguerras los polacos pretendieron crear un Estado étnicamente unificado, una vez recobrada su independencia tras cien años de partición. En los años veinte y treinta, el antisemitismo se adueñó de la escena y los judíos comenzaron a sentirse crecientemente discriminados e inseguros. Por entonces, el 10 % de la población era judía, lo que situaba a Polonia en el segundo país del mundo en número de hebreos entre sus habitantes, solo por detrás de Estados Unidos. Un tercio de ellos se concentraba en las ciudades, lo que creaba la sensación de que la presencia judía era mayor a la que era en realidad. La presión de ruidosos grupos antisemitas consiguió, por ejemplo, que los hebreos tuvieran asientos segregados en las universidades.

Para los nacionalistas, en esa nueva Polonia no había lugar para los judíos; la ocupación alemana proporcionaría un ambiente propicio para llevar a cabo esa ansiada limpieza étnica. Incluso, durante la ocupación del país, muchos creyeron que Polonia tenía dos enemigos: uno externo, los alemanes, y otro interno, los judíos. En medio de ese mefítico ambiente, el asesinato masivo de Jedwabne ya no resulta tan desconcertante.

También es significativo el factor de la supuesta simpatía de los judíos por los ocupantes soviéticos, que bien pudo ser el desencadenante. Aunque es difícil ser concluyente al respecto, ya que Grosz lo desmiente en base a los testimonios a los que tuvo acceso, parece ser que los judíos recibieron a los rusos con los brazos abiertos, o al menos esa fue la idea que caló entre los polacos. Bajo la administración polaca, los judíos habían padecido dichas discriminaciones antisemitas y, durante la breve ocupación germana, no se habían hecho ilusiones sobre lo que les podía

esperar si se prolongaba. Así pues, es lógico que la llegada del Ejército Rojo fuera vista con esperanza.

Por su parte, los soviéticos vieron en los judíos una inesperada cantera de entusiastas colaboradores. Los puestos administrativos fueron ofrecidos a los judíos, y estos integraron también milicias auxiliares armadas, que serían utilizadas por los soviéticos en las deportaciones masivas de polacos a Siberia relatadas en el anterior capítulo. En la región que rodea Jedwabne, más de 20.000 polacos sufrieron ese destino. Las tropas soviéticas se dedicaban también a requisar alimentos a la población, y el siniestro NKVD actuaba en la región extendiendo el terror, deteniendo y encarcelando bajo cualquier acusación. Aunque las detenciones afectaron en la misma proporción a gentiles y judíos, ese hecho no alteraría la percepción de que los odiados soviéticos habían encontrado en los hebreos unos fieles aliados.

Esa colaboración parecía confirmar un prejuicio muy extendido, no solo en Polonia, sino entre todos los que se oponían de un modo u otro al comunismo, desde una fecha tan temprana como 1918. En las huelgas que se produjeron en las fábricas de Leningrado —entonces Petrogrado— en protesta por la escasez que había traído consigo el nuevo orden revolucionario, se gritaba «No a los bolcheviques y a los judíos» o «No a los judíos y a los comisarios», mientras que en las zonas rurales circulaba la consigna «No a los moscovitas y a los judíos». También los ucranianos, por ejemplo, exigían una «Ucrania para los ucranianos, sin judíos ni comunistas». Es decir, en la resistencia al comunismo en la propia Unión Soviética, la identificación de esa ideología con los judíos era inextricable. No se puede pasar por alto el hecho de que la mayoría de dirigentes leninistas eran judíos: Trotski, Kámenev, Zinóviev o Radek. Lenin no lo era, aunque uno de sus abuelos sí, pero ese dato no aparecía en su biografía oficial. De hecho, en aquella primera época, el único miembro del Politburó que no tenía padres o abuelos judíos era Stalin. La explicación de esa fuerte presencia judía en las altas esferas comunistas puede estar en el tradicional empeño familiar entre los judíos de fomentar la educación superior en sus hijos para superar la discriminación social. Esa formación les habría llevado a tomar conciencia política y abrazar causas como el socialismo y el internacionalismo. Es significativo el hecho de que no pocos judíos cambiasen sus apellidos para la militancia política, tratando

de disimular esa abrumadora presencia hebrea en el movimiento revolucionario.

Aunque era innegable la presencia de esa mayoría judía entre los dirigentes comunistas, hay que descartar que existiera una conspiración en la que convergiera esa ideología con el judaísmo, para la consecución de unos objetivos comunes. Por ejemplo, el Ejército Rojo perpetraría pogromos en Ucrania, sin que eso llegase a inquietar a Lenin y al Politburó, más preocupados por consolidar el poder soviético que por frenar el antisemitismo. No obstante, esa identificación entre comunismo y judaísmo que se dio desde la llegada al poder de los bolcheviques dejaría una impronta que ya sería imposible borrar, y que tendría luego su expresión tanto en Polonia como, por ejemplo, en las repúblicas bálticas, en las que los judíos como conjunto serían objeto de un injusto y bárbaro castigo por los excesos cometidos allí por los comunistas, fueran estos judíos o gentiles.

Cuando los alemanes invadieron de nuevo Jedwabne y la región circundante el 22 de junio de 1941, distribuyeron propaganda antisoviética, revelando los crímenes perpetrados por los antiguos ocupantes. Igualmente, desde las SS se extendió la consigna a sus oficiales de alentar entre la población los incidentes antisemitas, alimentando ese sentimiento que unía el comunismo al judaísmo. Por tanto, las comunidades locales serían animadas a robar y matar a sus vecinos judíos con total impunidad, una sugestiva invitación a la que pocos se resistirían.

Así pues, la llegada de los alemanes a la zona culminaría la tormenta perfecta que había ido gestándose hasta entonces. En esas jornadas de furia saldrían a la superficie de manera trágica los prejuicios seculares, la desconfianza hacia su lealtad con Polonia, la identificación entre comunismo y judaísmo y, especialmente, el resentimiento por la colaboración, real o supuesta, con los soviéticos, como lo demuestra de forma harto gráfica la referida procesión con los pedazos de la estatua de Lenin derribada. Con todos esos ingredientes se combinaría el cóctel de odio que se derramaría trágicamente sobre los hebreos de Jedwabne y las poblaciones vecinas.

La verdad, al descubierto

El 16 de mayo de 1949, bajo la autoridad de la República Popular de Polonia, se celebró el referido juicio contra veintidós polacos que presuntamente participaron en los hechos, pero bajo la acusación de colaborar con los alemanes, considerados los auténticos instigadores y perpetradores de la masacre. Al día siguiente se dictaron ya las sentencias, por lo que se trató de un sorprendente juicio relámpago, teniendo en cuenta la entidad del caso. Una persona fue condenada a muerte, aunque posteriormente se le conmutaría por una pena de cárcel. Hubo nueve condenas más de prisión y doce acusados resultaron absueltos.



Durante los trabajos de exhumación de los restos mortales de las víctimas que fueron quemadas vidas en el granero, llevados a cabo en 2001, se encontraron estas llaves entre sus pertenencias, expuestas en el Museo de la Segunda Guerra Mundial de Gdansk. *Foto del autor, octubre 2017*.

Tras la caída del comunismo saldrían a la luz las numerosas irregularidades producidas durante este juicio, organizado por las autoridades comunistas para dejar sentada la culpabilidad alemana en ese asesinato masivo. Los acusados y testigos fueron presionados y torturados por la policía política del régimen polaco, la Jefatura de Seguridad (UB), según quedaría constancia en los documentos internos. Parte de las declaraciones firmadas antes del proceso serían desmentidas llegado este. Además, ninguno de los polacos que ayudaron a ocultar a los judíos fue llamado a declarar, tampoco se llevó a cabo la búsqueda del antiguo alcalde, cuyo testimonio hubiera sido decisivo, y no se realizó ningún esfuerzo por establecer los nombres de las víctimas.

Aunque se responsabilizaba a los alemanes de la matanza, durante el proceso no hubo interés por determinar qué unidades se encontraban en el lugar de los hechos. El error más sorprendente de la instrucción del caso fue que se establecía el 25 de junio de 1941 como la fecha en la que

ocurrieron los hechos, cuando en realidad fue el 10 de julio. Ni el fiscal ni el tribunal se percataron del error, o no se molestaron en corregirlo. Finalmente, sería el Tribunal Supremo, al resolver la última apelación, cuando al fin lo advirtió, aunque se limitó a apuntar que «el asesinato de Jedwabne tuvo lugar algunos días después de la fecha reconocida por la Audiencia Provincial». Todo ello demuestra la extraordinaria ligereza y desidia de la justicia polaca a la hora de dilucidar lo que de verdad ocurrió aquel día en Jedwabne.

En 1960, en la República Federal de Alemania se llevó a cabo una investigación sobre los asesinatos masivos perpetrados por los Einsatzgruppen de las Waffen-SS en el distrito de Bialystok, en el que se encontraba Jedwabne. En este distrito, creado por la nueva administración germana, fueron asesinadas unas 45.000 personas, la mayoría judíos, en los primeros seis meses de la ocupación, según documentos internos de la policía alemana. A pesar de las dificultades para recopilar información, la investigación condujo a que había sido el Einsatzgruppe B, con el SS-Obersturmführer Hermann Schaper al mando, el responsable de las matanzas de Radzilow y Jedwabne, entre otras. Schaper se declaró inocente de la acusación y, ante la falta de pruebas en su contra, en 1965 fue puesto en libertad. El caso se reabrió en 1974 y dos años después Schaper fue declarado culpable de las masacres. Fue tan solo condenado a seis años de prisión, siendo enseguida liberado por su estado de salud.

La caída del Muro y la consiguiente democratización de Polonia proporcionaría un giro inesperado al esclarecimiento de la matanza de Jedwabne. En el año 2000, el Parlamento polaco encargó al Instituto de la Memoria Nacional, creado dos años antes para coordinar la persecución de los crímenes cometidos por nazis y soviéticos contra la nación polaca, que llevase a cabo una nueva investigación sobre aquella masacre. Se recuperó entonces un estudio publicado en 1966 en el boletín del Instituto Histórico Judío, una fundación con sede en Varsovia, en el que ya se apuntaba a la responsabilidad directa de los civiles polacos. Las pruebas que se comenzaban a recopilar confirmaban la tesis defendida en ese estudio que entonces había pasado desapercibido.

En 2001 se publicaría el libro de Grosz, lo que daría un impulso definitivo a la investigación oficial. Durante dos años, el Instituto de la Memoria Nacional entrevistó a 111 testigos de la tragedia, tanto residentes en Polonia como otros que habían emigrado a Estados Unidos o Israel.

Solo un tercio de ellos habían sido testigos directos de los hechos, y todos eran entonces apenas unos niños, por lo que no resultaría fácil establecer un relato fiel de los hechos, tal como se señaló anteriormente. No obstante, lo que quedaba fuera de toda duda era que aquel crimen masivo, aunque hubiera podido ser instigado por los alemanes, había sido cometido por la población de Jedwabne.

Las incómodas revelaciones colocaban a Polonia frente a su propio pasado, evidenciando que hubo polacos que colaboraron con el exterminio nazi, reavivando la discusión sobre las referidas raíces del antisemitismo en este país, un tema que se había preferido ignorar, circunscribiendo hasta el momento ese fenómeno a los ocupantes nazis.

La cifra de muertos

El 9 de julio de 2002, el Instituto de la Memoria Nacional publicó los resultados de su investigación. La primera conclusión era la admisión de la responsabilidad directa de la población de Jedwabne y los pueblos de alrededor, señalando a los ocupantes germanos como inspiradores del crimen. Los alemanes, que tenían el control militar del pueblo, no hicieron nada por frenar los asesinatos que estaban teniendo lugar. El estudio determinó también que los crímenes fueron cometidos por unos cuarenta o cincuenta vecinos, que contaron con la pasividad del resto, lo que se contradecía con lo relatado por Grosz en su libro, en el que aseguraba que la mitad del pueblo participó en el pogromo.

En su estudio, Grosz da por buena todo el tiempo la cantidad aproximada de 1600 muertos a resultas de la matanza de Jedwabne. Las fuentes que apuntan a esa cifra son los testimonios vertidos en el juicio contra los culpables. No obstante, esa cantidad se vería drásticamente reducida por las investigaciones posteriores.

En mayo de 2001, el Instituto de la Memoria Nacional realizó una exhumación parcial en el emplazamiento del pajar en el que los judíos habían sido quemados vivos y enterrados. La operación estuvo limitada por las estrictas normas religiosas contra la alteración del descanso eterno de los muertos que estipula la doctrina judía. Según los resultados del examen forense, se calculó que podía haber entre 300 y 400 cuerpos.

En las conclusiones finales de la investigación se señalaría un mínimo de 340 muertos a consecuencia del pogromo, divididos en dos grupos según el lugar en el que fueron enterrados. El primero sería de entre 40 y 50, que podrían ser los que fueron asesinados en las calles, mientras que el grupo mayor, de unos 300, correspondería a los que murieron quemados vivos en el pajar. Aunque esa cifra podría ser mayor, siempre quedaría muy lejos de los 1600 citados en la obra de Grosz.

Una herida cerrada

En el emplazamiento de la antigua sinagoga de Jedwabne hay un bloque de hormigón en el que se haya incrustada una de las maderas quemadas durante el pogromo, en recuerdo de las víctimas. Siguiendo la costumbre judía, los visitantes dejan pequeñas piedras sobre el bloque como homenaje a los muertos. En esta pieza conmemorativa se encontraba la placa que responsabilizaba de la masacre a los alemanes. A consecuencia de la revelación de Grosz, esta placa fue sustituida por otra en la que la autoría era achacada ambiguamente a la guerra.

El cambio de placa llevó al Gobierno polaco a celebrar un acto público de contrición; este tendría lugar el 10 de julio de 2001, al cumplirse sesenta años de esos terribles hechos. Ese día, el presidente Aleksander Kwasniewski visitó la aldea de Jedwabne y pidió perdón a las víctimas en nombre del pueblo polaco. En su discurso, Kwasniewski afirmó ante unas 3000 personas, entre ellas familiares de las víctimas: «Debemos implorar a las sombras de los muertos y a sus familias que nos perdonen por este crimen. En estos momentos, en tanto que hombre, ciudadano y presidente de la República polaca les pido perdón en mi nombre propio y en el de aquellos polacos cuyas conciencias sienten remordimientos por este crimen».

La Iglesia católica se había adelantado a este acto del Gobierno y el 27 de mayo de ese mismo año celebró una misa penitencial en Varsovia en la que los obispos pidieron perdón, de rodillas, por la inacción del clero de Jedwabne durante la matanza.

Habían tenido que pasar siete décadas para que la verdad de lo ocurrido aquella negra jornada en Jedwabne saliera por fin a la luz. Los hechos demostraban algo tan inquietante y terrorífico como que la extrema

maldad puede permanecer latente en la gente común, hasta que las circunstancias llevan a que emerja violentamente, convirtiendo a personas normales y corrientes en asesinos despiadados. La traumática revelación del vergonzoso secreto de la autoría polaca serviría para que, aunque fuera con tantos años de retraso, la herida dejada por aquel estallido de odio irracional quedase por fin cerrada.

3 La *Orgnungspolizei*, traducible como «policía del orden», era la fuerza regular de la policía alemana en territorio germano y la Europa ocupada. Conocida de forma abreviada como OrPo, fue creada en 1936 una vez que se unificó en las SS el control de las funciones policiales del Reich. A partir de 1939, la OrPo desplegó formaciones militares independientes de las oficinas policiales centrales en Alemania: los Batallones de Policía o *SS-Polizei-Bataillonen*, que serían los encargados de mantener el orden en Polonia.

Capítulo 4:
Babi Yar, el barranco sangriento

El lunes 29 de septiembre de 1941 amaneció frío y nublado en Kiev. Hacía poco que se había marchado el verano, pero el tiempo parecía anunciar ya los rigores del invierno. A ese día desangelado se unía el triste panorama que se extendía por la capital ucraniana. Muchos edificios se encontraban en ruinas. La ciudad había sido el escenario de la batalla que un Hitler eufórico había calificado de forma grandilocuente como «la más grande de la historia universal».

Los ejércitos alemanes, que se habían lanzado a la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, avanzaban decididas en dirección a Moscú, cuando Hitler ordenó detener las columnas que se dirigían hacia la capital soviética para desviarlas hacia el sur. Su objetivo era ayudar a las fuerzas germanas que avanzaban por Ucrania a eliminar una concentración masiva de fuerzas enemigas situada allí, compuesta de tanques, artillería y más de 600.000 hombres. Aunque los generales alemanes insistieron ante Hitler en que esa decisión constituía un grave error estratégico, ya que el objetivo primordial debía ser la toma de Moscú, no tuvieron otra opción que obedecer los designios del Führer. Como consecuencia de ese inesperado cambio de planes, las fuerzas soviéticas en Ucrania iban a quedar atrapadas en una gigantesca pinza.

Stalin fue advertido del peligro de que sus tropas en Ucrania fueran, en efecto, cercadas y destruidas, por lo que lo más aconsejable era retirarse. Pero el zar rojo no quería oír hablar de abandonar Kiev, la tercera ciudad más poblada del país después de Moscú y Leningrado, por lo que ordenó resistir en la ciudad a toda costa. El ataque a Kiev comenzó el 23 de agosto. Los alemanes dispararon su artillería contra la ciudad, a lo que se sumó la acción de la Luftwaffe, sin oposición en el cielo después de que lograra destruir la aviación soviética en ese sector. La primera semana de septiembre se vio que la defensa de Kiev estaba condenada al fracaso, pero ya era tarde para iniciar una retirada ordenada.

El 16 de septiembre entraron en contacto las dos pinzas germanas, a unos 180 kilómetros por detrás de Kiev. Ahora era solo cuestión de tiempo que los alemanes fueran cerrando progresivamente la bolsa resultante,

hasta la caída inexorable de la capital ucraniana. Los intentos soviéticos de romper el cerco se demostrarían vanos. En un desesperado intento de retrasar lo inevitable, los puentes de Kiev sobre el río Dniéper fueron dinamitados.

Tres días después, el casco urbano ya estaba prácticamente en manos germanas, pero la lucha no había concluido aún. No sería hasta el 26 de septiembre cuando los últimos soldados soviéticos que aún lograban resistir en los alrededores de la ciudad se rendirían, exhaustos tras un combate sin esperanza. De los 600.000 soldados soviéticos que habían quedado en el interior de la bolsa, tan solo unos 15.000 hombres lograrían escapar del cerco alemán y regresar a sus líneas. Kiev había caído, al mismo tiempo que había quedado sellado el destino de sus habitantes judíos, aunque en ese momento estos no podían saberlo.

Represalias

Los alemanes se habían apoderado de la ciudad, y los soldados soviéticos estaban muertos o hechos prisioneros, pero aun así los flamantes conquistadores no podían sentirse tranquilos. El NKVD había sembrado Kiev de cargas explosivas de espoleta retardada, preparadas para estallar cuando los alemanes se encontrasen más confiados. Entre el 20 y el 28 se septiembre, las bombas de efecto retardado causarían grandes daños, como la que explotó el 24 de septiembre en el Hotel Continental, en el que estaba emplazado el cuartel general de las fuerzas ocupantes, causando la muerte a varios cientos de alemanes.

Esa acción tendría un efecto inesperado para los que habían decidido ponerla en práctica. El 26 de septiembre se reunió la cúpula militar germana, formada por el general Kurt Eberhard, el gobernador militar y representante de la Wehrmacht, y el SS-Obergruppenführer Friedrich Jeckeln, al mando de las Waffen-SS. En ese encuentro culparon de los atentados a los judíos de la ciudad y tomaron la decisión de exterminarlos como represalia, pese a que no habían tenido nada que ver con esas acciones. Al parecer, durante la extinción de uno de los incendios, un joven judío había sido detenido por haber cortado la manguera con la que los alemanes trataban de apagarlo, lo que venía de perlas para ilustrar la supuesta responsabilidad judía. En la reunión también estaban presentes el

SS-Standartenführer Paul Blobel, comandante del Sonderkommando 4a y su superior, el SS-Brigadeführer Otto Rasch, comandante del Eisantzgruppe C, dos unidades que ya habían llevado a cabo asesinatos masivos de judíos siguiendo el avance de las tropas germanas. Los allí reunidos decidieron que se debía ejecutar «al menos a 50.000 judíos» como sangrienta lección.

En un informe oficial del Einsatzgruppe C, fechado el 7 de octubre de 1941, es decir una semana después de la matanza, se aseguraría que la represalia fue una exigencia de la población de Kiev, ya que unas 25.000 personas se habían quedado sin hogar «por culpa de los incendios provocados por los judíos». Además, se refería que los judíos eran odiados por la población debido a «su mejor situación económica bajo el bolchevismo» y «sus actividades como informantes y agentes del NKVD», una percepción popular que ha quedado constatada en el anterior capítulo.

La salvaje venganza fue encargada al Sonderkommando 4c de Blobel, bajo el mando general de Jeckeln. Esa unidad constaba de personal del SD y la Sipo, una compañía de las Waffen-SS y un pelotón del 9º Batallón de Policía. La operación contaría con la colaboración de la Wehrmacht, desmintiendo así la idea extendida posteriormente de que el ejército regular germano se mantuvo alejado de los crímenes de las Waffen-SS. Durante los avances a través de Polonia, las SS ya habían llevado a cabo matanzas entre la población civil, especialmente judíos, que provocaron las quejas airadas de los oficiales de la Wehrmacht, que creían ingenuamente que Hitler no tenía conocimiento de ello. Pero en la campaña de Rusia, planteada oficialmente como una guerra de exterminio, sería diferente; el ejército regular ya no se llamaba a engaño sobre la actuación de sus compañeros de armas y, en líneas generales, colaboraría con ellos.

Evidentemente, la represalia por las bombas dejadas por el NKVD no era más que la oportuna excusa que servía para justificar el exterminio de los judíos de Kiev. Esa decisión iba en la línea de la consigna con la que las Waffen-SS habían llegado a la Unión Soviética, y que ya estaba cumpliendo a rajatabla en las aldeas y pueblos que iban siendo conquistados, borrando todo vestigio de las seculares comunidades hebreas existentes, lo que incluía la sistemática eliminación de los individuos que las formaban.

No obstante, Kiev, por su alto volumen de población judía, representaba un desafío al que los alemanes no se habían enfrentado antes en ningún otro lugar. En realidad, los alemanes no sabían cuántos judíos quedaban en la ciudad. En 1939, el veinte por ciento de la población de Kiev era hebrea, lo que suponía unas 175.000 personas, pero con la guerra muchos habían huido o habían sido trasladados por los soviéticos al interior del país junto a las fábricas desmontadas en las que trabajaban. El 28 de septiembre de 1941, un informe del Einsatzgruppe C especulaba con que podía haber unos 150.000 judíos, pero reconocía que era imposible establecer una cifra ni siquiera aproximada. Los cálculos más modernos han concluido que, si marchó de la ciudad una proporción similar al del total de la población de Kiev, esa cifra oscilaría entre 115.000 y 135.000 judíos. En todo caso, el número total superaría siempre los 100.000.

Aún no se había puesto en marcha la maquinaria del Holocausto, que posteriormente facilitaría la eliminación industrial de miles de personas con escalofriante rapidez y eficacia. Por tanto, llevar a cabo esa tarea de forma organizada, evitando que la prevista matanza de judíos degenerase en un caótico pogromo medieval como el ocurrido en Jedwabne y otras localidades polacas, suponía un abominable reto no exento de dificultades.

Organización de la matanza

Para diseñar la compleja operación, lo primero que había que escoger era el lugar en el que iban a ser eliminados los judíos, teniendo en cuenta el método de ejecución habitualmente utilizado en esas operaciones. Cuando una localidad caía en manos de los alemanes, se citaba públicamente a la población judía para que acudiera con sus pertenencias de valor a un punto de reunión, normalmente al amanecer. Una vez concentrados, se les hacía formar y caminar en filas hacia algún bosque cercano. Al llegar al punto de destino, se les obligaba a desnudarse y a correr a través de un túnel humano formado por guardianes de las SS, hasta llegar a unas zanjas. Aquí se les mandaba arrojarse a ellas y colocarse boca abajo en el fondo de la misma, formando filas apretadas. Este método era conocido con el expresivo nombre de *Sardinenpackung*. Después, los soldados los ejecutaban mediante un disparo en la nuca, o *Genickschüssen*.

Seguidamente, otro grupo de judíos entraba en la zanja y se colocaba sobre los que habían muerto y la operación se repetía. Cuando la fosa estaba llena, unos prisioneros judíos se encargaban de taparla con tierra. Sin embargo, en la mayoría de ocasiones un buen número de personas apenas resultaban malheridas y quedaban enterradas mientras conservaban aún un hálito de vida. Los alemanes se sorprendían del hecho de que los que iban a ser asesinados no ofreciesen ningún tipo de resistencia, aunque quizás se explica por la confusión y el desconcierto de las víctimas, debido a los golpes y los gritos.

La decisión respecto al emplazamiento en el que los judíos iban a ser asesinados fue dejada en manos del Sonderkommando. Bobel propuso un lugar al oeste de la ciudad, en el barrio de Syrets, cerca del cementerio judío. Era un sitio próximo y de fácil acceso, además de discreto, ya que quedaba fuera de las zonas habitadas. Allí había varios barrancos grandes que servirían para ese propósito. Además, advirtió Bobel, cerca había una estación de mercancías, lo que se podía utilizar para hacer creer a los judíos que iban a ser trasladados en ferrocarril.

La Wehrmacht envió entonces a unos topógrafos para que levantasen unos planos del lugar. Basándose en los informes, Jeckeln y Blobel eligieron el barranco conocido como Babi Yar (barranco de la Abuela o la Vieja), por cuyo fondo corría un riachuelo. Estudiando atentamente los mapas se fijó la posición de los acordonamientos, se establecieron los itinerarios que debían seguir los judíos y se planificaron los transportes. También se pensó en las municiones que iban a hacer falta en la operación y en el avituallamiento de las tropas. El Sonderkommando de Blobel no quería dejar nada a la improvisación.

Tal como se ha apuntado, la colaboración de la Werhmacht sería inestimable. Para los acordonamientos, el general Eberhard cedió varias compañías, así como los camiones que debían cubrir las necesidades de transporte durante la operación. Se decidió establecer un punto de recogida y selección de los objetos de valor, a unos 150 metros del barranco. Eberhard, en su papel de gobernador militar, insistió en que se recogieran las llaves de las casas, debidamente etiquetadas, para realojar a los civiles que se habían quedado sin hogar a consecuencia de los bombardeos.

La Wehrmacht se encargó también de que el domingo 28 de septiembre se colocasen avisos por toda la ciudad en alemán, ucraniano y, en letras

más grandes, ruso. En los carteles, impresos en papel de embalaje gris de poca calidad, se podía leer:

> Todos los judíos de la ciudad de Kiev y su vecindad deben presentarse a las 8 de la mañana del día 29 de septiembre de 1941, en la esquina de las calles de Melnikova y de Dorohozhytska (cerca del cementerio de Viiskove). Deben llevar con ellos sus documentos, dinero, objetos de valor, así como ropas, ropa interior, etc. Cualquier judío que no acate esta instrucción será ejecutado. Cualquier civil que entre en sus viviendas para apoderarse de sus pertenencias será ejecutado.

Aunque no se explicitaba en el cartel, los alemanes hicieron correr la consigna de que se podía llevar unos 50 kilos de equipaje, y que el destino de los convocados era afincarse como colonos en otras regiones de Ucrania, aunque también pusieron en circulación el rumor de que iban a ser enviados a Palestina, para alentar la esperanza de emprender una nueva vida en la Tierra Prometida.

Los germanos tenían dudas de que los judíos acudiesen a la llamada, ya que se habían filtrado noticias de la terrible suerte que les solía esperar en cuanto ellos llegaban, lo que había ocasionado la huida de muchos de ellos ante el avance alemán. Sin embargo, los judíos de Kiev acudirían ese lunes, en el que casualmente se celebraba la tradicional festividad hebrea del Yom Kippur, al punto de reunión señalado.

Para explicar esa ingenua docilidad hay que tener presente que los judíos de más edad tenían presente todavía el período de ocupación alemana que se dio durante la Primera Guerra Mundial. Aquella generación de alemanes no se había visto todavía contaminada por el antisemitismo nazi, que posteriormente infectaría a buena parte de la sociedad germana. Así, fueron precisamente los ocupantes teutones los que protegieron a los judíos de los pogromos de los que eran víctimas endémicas. Para los que habían vivido aquella época, los alemanes no podían haber cambiado tanto como para querer ahora asesinarles salvajemente, pese a los rumores que llegaban de las matanzas cometidas por los Einsatzgruppen.

Hay que tener también en cuenta que, hasta junio de 1941, la propaganda soviética había evitado cualquier crítica a los nazis, debido al pacto germano-soviético vigente, por lo que se desconocían por completo los excesos cometidos contra los judíos en los países ocupados y en la propia Alemania. El estricto monopolio estatal de los medios de comunicación había hecho que, desde el inicio de la contienda, a la

población no hubiera llegado ninguna noticia u opinión susceptible de erosionar la imagen del Tercer Reich, por lo que esta había permanecido impoluta. Frente a la dictadura bolchevique, que había condenado a Ucrania a una pavorosa hambruna durante 1932 y 1933, provocando unos 3 millones de muertos, y una brutal represión contra aquellos considerados enemigos del régimen, los alemanes aparecían, hasta cierto punto, como una fuerza liberadora. Así pues, los judíos de Kiev cayeron en ese fatal espejismo y acudieron confiados al llamamiento germano.

Concentración

Como se ha apuntado, ese lunes que iba a resultar especialmente trágico amaneció con una temperatura más baja de lo habitual para esa época del año. Desde primera hora, los judíos habían ido congregándose junto al cementerio de Viiskove, obedeciendo la orden dada por los alemanes. Los judíos habían ido saliendo de sus casas cargados con maletas y bultos que contenían todo lo necesario para trasladarse a vivir a otra región, formando largas columnas a las que se iban incorporando nuevos integrantes. Otros lo hacían en carretas, en las que iban subidas las personas de mayor edad. No había hecho falta que los soldados alemanes irrumpiesen en las casas para conducirlos por la fuerza al punto de reunión. Tan solo los miembros de la Feldgendarmerie o «gendarmería de campaña», que realizaban labores de policía militar y eran conocidos despectivamente como «perros de presa» por la característica pechera con cadena que lucían, habían montado puntos de control para ir dirigiendo a la gente, pero no les estaba siendo preciso intervenir.

La multitud, aunque daba muestras de estar inquieta, se iba concentrando sin ofrecer resistencia. En esa actitud pasiva es probable que tuviera algo que ver el hecho de que los hombres adultos se hubieran incorporado al Ejército Rojo o hubieran huido, por lo que la mayoría eran mujeres, niños y ancianos. No obstante, un judío que no se llamaba a engaño sobre las intenciones últimas de los nazis intentó alertar a gritos a sus vecinos del terrible destino que, sin duda, les esperaba. Los alemanes no estaban dispuestos a permitir que nadie perturbara el tranquilo desarrollo de la operación, por lo que asesinaron al agitador allí mismo, quedando el cuerpo tendido en la calle, como advertencia. Igualmente,

algunos rabinos eran objeto de burlas y agresiones por parte de los Feldgendarmes, mientras los judíos pasaban junto a ellos mirando hacia otro lado para no atraer su atención.

Cuando las columnas de judíos llegaban delante del cementerio, se encontraban la entrada de un pasillo formado por barreras antitanque y alambradas. Cada cierto tiempo, los soldados germanos les indicaban que fueran entrando, deteniendo el flujo cuando se alcanzaba aproximadamente un centenar de individuos. Una vez dentro de ese cuello de botella ya no era posible dar marcha atrás y, mucho menos, salir. Los judíos entraban obedientemente, pensando que ese pasillo les conducía a la estación de tren desde la que se suponía que debían partir hacia el lugar de destino.

Sin embargo, unos metros más adelante los judíos se encontraban con varias mesas en las que había un suboficial y un traductor, por las que tenían que ir pasando sucesivamente. En la primera de ellas tenían que entregar la documentación, que era arrojada detrás de la mesa de forma descuidada. En el suelo se amontonaban pasaportes rotos, cartillas de trabajo, tarjetas de sindicatos o de racionamiento y hasta retratos y fotos de familia. En la segunda debían dejar todo el dinero, los valores y las joyas, obviamente sin que se les entregase ningún recibo a cambio. En la tercera mesa se les requerían las llaves de casa, teniendo que rellenar una etiqueta en donde figurase la dirección en letra clara. En la última mesa debían entregar las maletas y fardos de ropa. Todo el material iba siendo cargado en camiones que partían hacia un centro de selección que los alemanes habían instalado en la ciudad. El destino de sus pertenencias, según el referido informe del Einsatzgruppe C del 7 de octubre, era, por una parte, ponerlas a disposición de los residentes germanos en Kiev y, por otra, entregarlas a las autoridades municipales para el aprovisionamiento de la población civil necesitada.

Ante ese completo desvalijamiento que tenía lugar en apenas unos minutos, ya eran muy pocos los judíos que no se temían lo peor, pero un grupo de policías ucranianos se encargaba de mantener el orden en las filas, actuando con brutal contundencia contra aquel que tratara de resistirse.

Llegada al barranco

En una sucesión de hechos tan rápida que no daba tiempo a comprender y asimilar lo que estaba ocurriendo, los judíos eran golpeados por los soldados alemanes, quienes les ordenaban a gritos que se quitasen la ropa y los zapatos, que eran abandonados en el suelo precipitadamente. En unos minutos, los desconcertados judíos quedaban totalmente desnudos, expuestos al frío de la mañana. Las mujeres, los niños pequeños y los ancianos podían subir a unos camiones de la Wehrmacht, mientras que los hombres tenían que seguir a pie.

El destino de todos ellos era el referido barranco de Babi Yar. Desde allí llegaba un petardeo sordo que revelaba lo que estaba teniendo lugar, pero es difícil saber si los judíos tenían certeza de lo que ese lúgubre sonido anunciaba. Aun así, el hecho de que muchos de ellos caminasen cantando himnos religiosos hace pensar que la mayoría eran conscientes de que se acercaba su final. Avanzaban resignados hacia su fatídico e ineluctable destino; los pocos que trataban de escapar eran inmediatamente abatidos.

Ya junto al barranco, los hombres se unían a las mujeres, niños y ancianos que habían llegado en camión. No se podía ver lo que había más allá de la cresta que formaba el borde del barranco, pero desde ahí sí que eran ya claramente audibles las ráfagas de ametralladora, por lo que comenzaban a producirse, por primera vez, escenas de pánico. Las mujeres gritaban mientras se abrazaban a sus hijos, pero no había escapatoria posible. Los policías ucranianos formaban pequeños grupos y los conducían a empujones haciéndolos pasar ante una mesa, desde la que un alemán los contaba. De ahí eran conducidos al borde del barranco, que tenía unos 30 metros de profundidad y por el que discurría un pequeño arroyo, sobre el que se habían colocado tablones para pasar al otro lado. Desde ese punto alto ya se veía lo que les esperaba. Paralizados por el terror, los judíos contemplaban cómo en las depresiones formadas en las laderas peladas del barranco había montones de cadáveres, al tiempo que el grupito que les había precedido estaba a punto o acababa de ser ejecutado, siguiendo el referido método del Sardinenpackung. Tras ese momento de estupor, algunos gritaban de espanto o incluso trataban inútilmente de escapar.



Imagen del barranco de Babi Yar durante las ejecuciones perpetradas en septiembre de 1941.

Los judíos eran obligados por los «empaquetadores» ucranianos a tenderse encima de los cuerpos de los que habían sido ejecutados unos minutos antes. Los alemanes gritaban *Schnell, schnell!* («Rápido, rápido»). No todos obedecían, había quienes se incorporaban, pero los policías, pertrechados de gruesos cables metálicos a modo de porras, les obligaban a golpes a tenderse de nuevo. Los niños eran más escurridizos, por lo que los ucranianos se veían en dificultades para evitar que huyesen de la fosa. Cuando el grupo ya estaba más o menos dispuesto para la ejecución, los alemanes disparaban sus fusiles ametralladores sobre sus desdichados integrantes. Pero no eran pocos los judíos que apenas resultaban heridos; se revolcaban, retorcían y lanzaban gemidos de dolor. Algunos oficiales se dedicaban después a dar el tiro de gracia y el proceso comenzaba de nuevo.

Mientras tanto, los altos oficiales de las SS y la Wehrmacht supervisaban la operación desde la cresta del barranco, dando las órdenes precisas para que se mantuviese el ritmo de las ejecuciones. Por ejemplo, los pelotones encargados de esa tarea eran relevados cada hora. Se trajo una cocina de campaña para que los hombres pudieran comer caliente ese día y se distribuyó té. Además, corrió con generosidad el alcohol, tanto para entrar en calor como, sobre todo, para mantener la moral alta ante una tarea que debía resultar repugnante incluso al ejecutor más despiadado. Para completar el panorama, un espantoso olor a excrementos inundaba el barranco, ya que mucha gente evacuaba los intestinos al morir, y tanto la tierra como el arroyo estaban teñidos de sangre.

Pausa nocturna

Pese a los esfuerzos alemanes para que la masacre discurriese en orden, era inevitable que todo pareciera estar al borde del caos. Los policías ucranianos, acusando la tensión, cada vez se mostraban más brutales al conducir a los grupos de judíos hasta el lugar en el que iban a ser ejecutados. Por su parte, los oficiales encargados de rematar a los heridos daban muestras de creciente nerviosismo, al verse obligados a caminar y hacer equilibrios sobre los cadáveres, resbaladizos por la sangre, para alcanzar a aquellos que requerían del tiro de gracia. Los heridos que habían quedado sepultados bajo otros cuerpos ya no podían ser rematados, pero sus gritos agonizantes no por eso dejaban de escucharse. Algunos tiradores estaban casi desquiciados, riéndose y disparando al azar sobre los judíos con sus metralletas como si se tratase de un juego macabro, dando tragos a sus petacas para soportar mejor la carnicería.

Aun así, la matanza se prolongó a lo largo de todo el día. Unos 20.000 judíos fueron asesinados ese lunes. Pero todavía quedaban más de 10.000 por caer bajo las balas germanas, así que la tarea se reemprendería al día siguiente. Al acabar esa primera jornada de ejecuciones, los alemanes decidieron llevar a cabo algunas mejoras para que el proceso discurriese más ordenadamente. Así, unas excavadoras abrieron unas entradas en las ramblas que llevaban al barranco principal para que llevasen a los judíos por allí; de ese modo no verían los cuerpos hasta el último momento, evitando las escenas de pánico que se daban cuando los judíos veían el barranco desde la cresta. También se ordenó que se cubriesen a los muertos con cal. Durante esa noche del lunes, las familias judías esperaron pacientemente junto al cementerio, desconocedoras de lo que les esperaba. Encendieron hogueras para calentarse y preparar algo de comer.

A primera hora del martes se reanudó la operación. Los judíos pasaron de nuevo por las mesas, se les arrebataron todas sus posesiones y fueron conducidos al barranco, en donde sufrieron el mismo destino que los que habían llegado allí el día anterior. No obstante, la prisa de los alemanes por acabar el trabajo ese mismo día hizo que la consigna de que los judíos quedasen desnudos se relajase.

Cifra desconocida

Cuando se dio por finalizada la operación, se volaron las paredes del barranco y los cuerpos quedaron sepultados. Entre ellos había un buen número de heridos, por lo que fueron enterrados en vida. Se sabe que, al menos, 29 judíos lograron sobrevivir a la masacre; la mayor parte de ellos resultaron ilesos, pero se hicieron los muertos y tuvieron la suerte de que no ser descubiertos o recibir el tiro de gracia. Al caer la noche, pudieron escapar.

Según el informe oficial alemán del 7 de octubre de 1941, 33.771 judíos fueron asesinados en Babi Yar esos dos días, siendo esta la cifra comúnmente aceptada. Sin embargo, existen dudas fundadas de que ese balance sea el real. De entre los testigos, solo uno aseguró que los alemanes contaban los judíos que iban a ser asesinados. Además, hay testimonios que indican que el martes, el segundo día de ejecuciones, la referida prisa por finiquitar la operación hizo que se pasase por alto cualquier contabilidad que se hubiera llevado hasta el momento. Por otro lado, hay testigos que coincidieron en declarar que la matanza no acabó ese martes 29 de septiembre, sino que prosiguió discontinuamente hasta el 3 de octubre.

Teniendo todo eso en cuenta, hay argumentos para pensar que la cifra final de judíos asesinados dista mucho de ser el comedido número que refleja el informe. En el caso de que solo hubieran sido ejecutados esos 33.771 judíos, ¿qué sucedió con el resto de la comunidad hebrea de Kiev?

Presuntamente, los cerca de 100.000 judíos que no perecieron en Babi Yar debieron seguir viviendo en la ciudad, pero a partir de esas fechas nada se sabe de ellos, excepto unos pocos cientos que permanecieron ocultos en casas de familiares gentiles o amigos. En 1990 se identificaron 431 gentiles que habían ayudado a salvar de la muerte a judíos de Kiev, honrándolos con el título de «justos de Babi Yar», pero la actitud de la mayor parte de la población fue hostil hacia los judíos, siendo frecuentes las denuncias. No obstante, se cree que muchas de esas delaciones no estaban motivadas por el antisemitismo sino por la codicia, ya que los alemanes recompensaban con dinero o joyas a los que revelaban los escondites de los judíos. Los delatores incluso podían quedarse con las propiedades o los apartamentos de los judíos denunciados, lo que suponía un atractivo estímulo para colaborar con los alemanes. Es difícil pensar que durante la ocupación pudieran mantenerse ocultos en la ciudad los 100.000 judíos que no habían acudido a la llamada de aquel 28 de

septiembre, así que no es aventurado pensar que toda la comunidad judía fue exterminada en Babi Yar, lo que podría elevar la cifra de asesinados a unos 130.000 o más.

Otra cifra de víctimas es la que publicó el 31 de diciembre de 1941 un periódico de Nueva York, el *Jewish Telegraphic Agency*, que fue el primer medio en revelar la matanza de judíos que se había perpetrado tres meses antes en Kiev, aunque en Londres sabían ya de lo ocurrido tras recibir el 13 de noviembre un mensaje de la resistencia polaca. El diario de la comunidad judía neoyorquina se hacía eco de la información que le había llegado a través de «canales secretos», señalando que habían sido 52.000 los judíos asesinados, aunque el relato de las ejecuciones no se ajustaba a la realidad, ya que aseguraba que los alemanes habían empleado explosivos. Esa sería la cifra que aparecería también en un memorando que el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Vyacheslav Molotov, envió el 6 de enero de 1942 a todos los gobiernos con los que Moscú mantenía relaciones diplomáticas. El informe de Molotov ofrecía una descripción detallada de los hechos, lo que hace pensar que, en este caso sí, estuvo basado en testimonios directos.

Sea cual fuere el número de judíos ejecutados, el comandante del Einsatzgruppe C, Otto Rasch, se felicitaría en un documento oficial, redactado dos días después, de que toda la operación se hubiera desarrollado con rapidez y eficacia, teniendo en cuenta que «esperábamos que solo entre 5000 y 6000 judíos acudiesen a la convocatoria». Aunque más de 30.000 acudieron a la llamada, «hasta el mismo momento de su ejecución estaban convencidos de que iban a ser reasentados, gracias a una organización extremadamente inteligente».

Nuevas matanzas

La ocupación germana de Kiev se prolongaría a lo largo de 778 días. Cuando los soviéticos recuperaron la ciudad, el 6 de noviembre de 1943, tan solo quedaban unos 70.000 habitantes de los 847.000 que vivían allí en 1939. La guerra había supuesto una tragedia para la capital ucraniana, de la que no solo los judíos habían sido víctimas. Más de 100.000 habitantes de Kiev habían sido reclutados a la fuerza y enviados a trabajar a Alemania; muchos de ellos morirían allí de hambre y extenuación.

En los meses que siguieron a la matanza de los días 29 y 30 de septiembre de 1941, nuevas ejecuciones masivas tuvieron lugar en Babi Yar. Decenas de miles de personas pudieron haber corrido allí la misma suerte que aquellos infortunados judíos. Entre ellas había civiles de Kiev, un centenar de marineros rusos, 752 pacientes de un hospital psiquiátrico, 621 guerrilleros nacionalistas ucranianos e incluso cuatro jugadores del equipo de fútbol del Dínamo de Kiev que cometieron la osadía de vencer a un conjunto de la Wehrmacht en lo que se dio en llamar el «partido de la muerte». Pero una buena parte correspondía a gitanos, que pudieron ser unos 70.000.

Cuando, tras el fracaso de la ofensiva de verano alemana de 1943 en la batalla de Kursk, se vio que tarde o temprano Kiev iba a volver a manos soviéticas, los alemanes se afanaron en borrar las pruebas de sus crímenes. Para ello, a mediados de agosto organizaron un grupo compuesto de un centenar de prisioneros de guerra rusos del campo de concentración de Siretsko, construido junto al barranco, para que exhumasen e incinerasen los cadáveres. Con ese fin acudieron al cercano cementerio judío para llevarse las lápidas y formar con ellas la base de una gran pira funeraria, emplazada en el mismo barranco. Sobre ellas pusieron una capa de leña y, encima, una capa de cuerpos desenterrados, y así sucesivamente hasta alcanzar una altura de una casa de dos pisos. En cada de una de estas incineraciones se quemaban en torno a 1500 cuerpos, que tardaban dos noches y un día en consumirse completamente. Aun así, los huesos grandes solían quedar intactos, por lo que era necesario entonces machacarlos con trozos de lápida hasta que quedaban reducidos a polvo.



En esta fotografía de 1943 se puede ver el barranco de Babi Yar sin evidencias de las terribles matanzas que habían tenido allí lugar. Los alemanes trataron de borrar todas las huellas de la masacre.

El número de prisioneros encargados de este trabajo llegaría a un máximo de 341. El 28 de septiembre de 1943 se quemaron los últimos

cuerpos que habían podido desenterrarse, un 90 % del total, pero los alemanes ordenaron que quedase dispuesto todo para una nueva quema. Los dos centenares de prisioneros que trabajaban allí entonces temieron, no sin fundamento, que la última pira estaba reservada para ellos mismos, por lo que se negaron a obedecer y se rebelaron, armados con martillos y destornilladores que habían ido encontrando en las ropas de los judíos que no habían sido obligados a desvestirse. Ante el inesperado motín, los alemanes les dispararon allí mismo, pero una docena de rusos consiguieron escapar del barranco con vida.

Resulta imposible conocer el número de personas que fueron ejecutadas en Babi Yar a lo largo de la ocupación alemana. Durante los juicios de Nuremberg, los soviéticos, dando por buena la cifra de 33.731 referida a la matanza del 28 y 29 de septiembre de 1941, aseguraron que fueron aproximadamente unos 100.000.

Los prisioneros de guerra encargados de desenterrar y quemar los cuerpos manifestaron que en el barranco podía haber unos 180.000 muertos, multiplicando las piras que tuvieron que montar por el número de cadáveres que incineraban en cada tanda. Ese número permitiría encajar la cifra de más de 100.000 judíos asesinados en la matanza de Babi Yar.

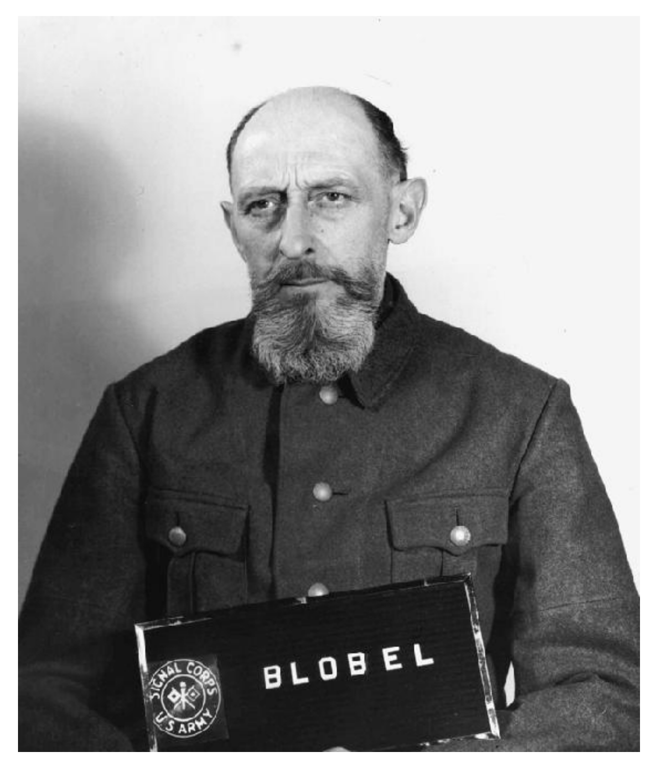
Castigo a los culpables

El organizador y ejecutor de la masacre de Babi Yar, el SS-Standartenführer Paul Blobel, comandante del Sonderkommando 4a, acabaría teniendo que enfrentarse a las consecuencias de sus aborrecibles actos, al igual que su superior, el SS-Brigadeführer Otto Rasch, comandante del Einsatzgruppe C.

Ambos serían juzgados en Nuremberg, pero no por el tribunal internacional que había procesado a los jerarcas nazis, sino por uno norteamericano, centrado en los crímenes de guerra cometidos por los Einsatzgruppen en el frente del este. El juicio, en el que había un total de 24 acusados, se celebró entre el 29 de septiembre de 1947 y el 10 de abril de 1948.

Blobel, quien se había dejado una poblada barba quizás para alejar su imagen del arquetipo de oficial de las SS, había sido relevado del mando el 13 de enero de 1942, oficialmente por motivos de salud, pero en

realidad debido a su alcoholismo. Posteriormente se le encargaron tareas poco agradecidas, como la exhumación e incineración de cadáveres o combatir a los partisanos en Yugoslavia, de lo que se deduce que cayó en desgracia ante sus superiores, quienes debieron dejar de confiar en él. En el juicio solo admitió su responsabilidad en la muerte de entre 10.000 y 15.000 judíos. Blobel fue sentenciado en Núremberg a pena de muerte, siendo ejecutado la noche del 7 de junio de 1951 en la prisión de Landsberg, la misma en la que Hitler había estado encarcelado 264 días tras el fracasado *Putsch* de la cervecería de 1923.



Paul Blobel, el ejecutor y organizador de la masacre, antes de ser juzgado por un Tribunal Militar de Estados Unidos en Núremberg. *National Archives*.

Rasch también tuvo que comparecer ante el tribunal norteamericano. Su expediente académico resultaba sorprendente en un individuo de su calaña, ya que había obtenido los doctorados en Derecho y en Economía, además de haber cursado estudios de Filosofía y Ciencias Políticas. Trabajó como abogado antes de incorporarse a las SS. Durante la guerra se le había encargado la eliminación de prisioneros políticos polacos. Su eficacia en estas tareas le llevó en junio de 1941 a ser puesto al mando del Einsatzgruppe C, responsabilidad desde la que perpetraría la matanza de

Babi Yar. En octubre de 1941 fue apartado de las Waffen-SS, quizás por no lograr soportar la tensión provocada por los crímenes cometidos, algo parecido a lo que le había ocurrido a Blobel. A comienzos de 1942 fue nombrado director de una empresa de combustibles en Berlín.

Durante el juicio, Rasch evidenció un precario estado de salud. Pese a tener solo 57 años, sufría de la enfermedad de Parkinson y daba muestras de demencia. El que esa prematura degeneración física fuera consecuencia del desgaste moral sufrido en aquella etapa al frente del Einsatzgruppe es algo con lo que solo podemos especular. El 5 de febrero de 1948 se suspendió el juicio de su caso. Murió en cautividad el 1 de noviembre de ese mismo año.

En cuanto al tercer responsable de la matanza de Babi Yar, el gobernador militar de Kiev, el general Kurt Eberhard, fue detenido por los norteamericanos en noviembre de 1945. Se suicidó en una cárcel de Stuttgart el 8 de septiembre de 1947.

Poema contra el olvido

Durante la posguerra, la actitud de las autoridades soviéticas hacia la tragedia de Babi Yar sufriría un cambio radical. Si el memorando de Molotov de 1942 tenía como objetivo dar a conocer al mundo la matanza de judíos que había tenido allí lugar, a partir de 1948 se trataría de borrarla de la historia, precisamente por haber sido hebreas sus víctimas. Esa actitud se veía imbricada en la campaña «anticosmopolita» —el término con el que el estalinismo disfrazaba el antisemitismo— que se puso entonces en marcha. Tras la muerte de Stalin, el gran impulsor de esa campaña, esa postura ya no cambiaría, ya que el contemplar un martirio específicamente judío chocaba con la idea de que había sido todo el pueblo soviético el que había sufrido la brutal agresión nazi.

A finales de los años cincuenta, algunos intelectuales ucranianos trataron de recuperar la memoria del lugar, reclamando la construcción de un memorial para recordar a las víctimas. Las autoridades de Kiev no solo ignoraron esa petición, sino que plantearon la construcción de un estadio en esos terrenos. Aunque este no llegó a construirse, se procedió a la urbanización de la zona, rellenando el barranco para nivelarlo, abriendo calles, construyendo una estación de metro e instalando un repetidor de

televisión. También se construyó una pequeña presa. Aunque en las obras correspondientes se encontraron huesos que testimoniaban la masacre allí acaecida, estas no se detuvieron. Como si la fuerza de ese trágico pasado hiciera lo posible para no ser olvidado, en 1961 el dique de la presa se rompió y ya no fue reconstruido.

En septiembre de 1961, el escritor Yevgeny Yevtushenko, quien ya se había mostrado crítico con el legado del estalinismo, publicó su poema *Babi Yar*, que se haría famoso no solo en la Unión Soviética sino también en el extranjero, después de ser traducido al hebreo y al inglés. Yevtushenko sería incluso nominado al premio Nobel de Literatura.

Este es el fragmento inicial del poema:

No existe monumento en Babi Yar;
solo la agria ladera. Y tengo miedo.
Hoy me siento un judío en el desierto
que de Egipto escapó. Me crucifican
y mis manos conservan los estigmas.
Me parece ser Dreyfus, condenado,
al que juzgan, escupen, encarcelan;
pero de pie resiste la calumnia
y el grito filisteo.

Con la punta de sus sombrillas en mi rostro
vejan mi indefensión mujeres que se acercan
con vestidos de encaje de Bruselas.
O también soy un niño en Bielostok.
De pronto estalla el pogromo.
La sangre derramada cubre el suelo.
Los que huelen a vodka y a cebolla
salen de la taberna y gritan todos:
«Mata judíos: salvarás a Rusia».

Un tendero se ensaña con mi madre.
Otro hombre me patea.
En vano rezo plegarias que se pierden en la nada (…).

Según manifestó el autor, ese escrito era el «monumento» que las autoridades soviéticas se habían negado a erigir. El éxito del poema y la fama internacional del autor puso en aprietos a Moscú, lo que provocó su reacción; el propio líder soviético, Nikita Kruschev, lo denunció públicamente en el diario gubernamental *Pravda* en marzo de 1963, por sus referencias al antisemitismo ruso. Como consecuencia, a Yevtushenko se le prohibió salir de la Unión Soviética.

Libro testimonio

El golpe definitivo a la campaña de olvido promovida por el poder soviético llegaría en 1966, con la publicación del libro *Babi Yar: Un documento en forma de novela*, de Anatoly Kuznetsov, basado en el testimonio de los supervivientes. La censura permitió que el libro se fuera publicando por capítulos en la revista mensual de literatura *Yunost*, después de obligar a cortar la cuarta parte de su extensión e introducir fragmentos acordes con la posición soviética.

Kuznetsov tramó entonces un plan para huir a Occidente. Mostró su intención de colaborar con el KGB, lo que le facilitó la concesión de un permiso de dos semanas para viajar a Londres, supuestamente para documentarse sobre la estancia de Lenin en esta ciudad. En 1969, una vez allí, se las ingenió para dar esquinazo al agente del KGB que había viajado con él para vigilarlo, y desertar ante las autoridades británicas. Las presiones de la embajada soviética al Gobierno de Londres para que Kuznetsov les fuera entregado no dieron fruto y el entonces primer ministro británico, Harold Wilson, le garantizó un visado indefinido de estancia en su país. Como si de una novela de espías se tratase, el escritor había salido de su país con la versión íntegra del libro microfilmada para poder publicarlo en el extranjero. El plan saldría como había planeado; la obra llegaría a las librerías al año siguiente, aunque prefirió publicarla con el seudónimo A. Anatoli.

El principal testimonio recogido en el libro era el de Dina Pronicheva, actriz de un teatro de marionetas que en 1941 tenía 20 años. Aunque era judía, estaba casada con un ruso, por lo que tomó su apellido de origen ruso —un detalle que posteriormente tendría su importancia—, y su apariencia no era hebrea.

Cuando los alemanes convocaron a los judíos a las ocho de la mañana de aquel fatídico lunes 28 de septiembre, sus padres decidieron acudir a la llamada para no incumplir las disposiciones de las nuevas autoridades. Ella resolvió acompañarlos hasta el tren que supuestamente debía llevarlos al lugar en donde iban a ser reasentados y, después de despedirlos, regresar con su marido y sus hijos. En esos momentos no podía imaginar que el destino de los convocados era muy diferente.

Dina salió de su casa a las siete de la mañana para ir a casa de sus padres. A esa hora ya había un buen número de judíos que se dirigían al punto de encuentro establecido por los alemanes, cargados con sus pertenencias. Sus padres eran mayores y no podían cargar con mucho peso, por lo que reunieron solo lo imprescindible y algo para comer. Dina se echó el equipaje a la espalda y, poco después de las ocho, se pusieron en marcha.

Como se ha relatado, las columnas de familias judías iban llegando lentamente al lugar señalado, junto al cementerio. La gran cantidad de gente que se iba congregando hizo que Dina y sus padres no llegasen a la entrada del pasillo acordonado hasta mediodía. Los judíos iban pasando en grupo, hasta que el acceso se cerraba. Los que se quedaban fuera permanecían sentados hasta que volvía a permitirse el paso. Mientras tanto, un avión alemán volaba amenazadoramente en círculos a baja altura, contribuyendo a la inquietud general.

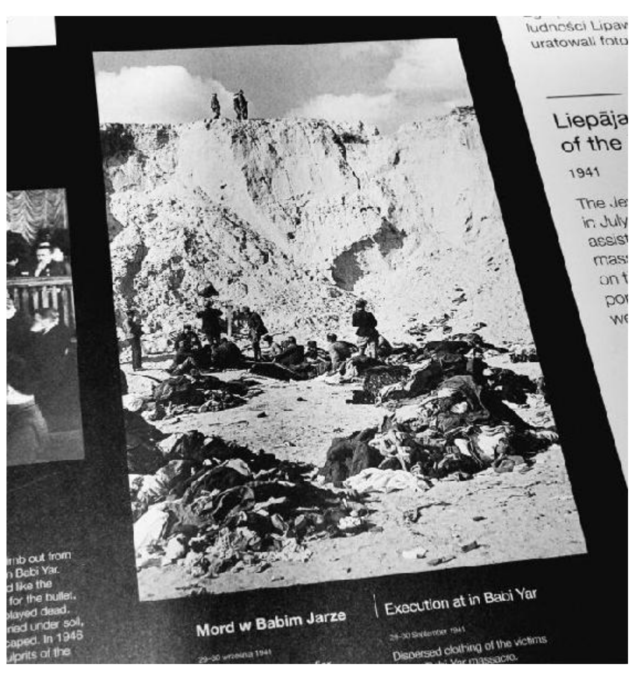
Antes de entrar en el pasillo, Dina miró hacia adelante y vio cómo la gente tenía que dejar sus pertenencias; los equipajes, a la izquierda, y la comida a la derecha. Cuando llegaron a ese punto, Dina escuchó los comentarios de la gente. Alguien señaló que los equipajes iban a ser enviados en camiones y que los recogerían en el destino. Cuando otro observó con desazón que todos los bultos estaban siendo amontonados sin ningún tipo de orden o referencia, una voz puso una nota de humor, asegurando que a la llegada se repartiría todo en partes iguales, por lo que ya no habría ricos ni pobres.

Pero la joven actriz no tenía ánimo para esos comentarios desdramatizadores, ya que para entonces estaba realmente asustada. Allí no había ninguna estación de tren y el hecho de que tuvieran que desprenderse de todo lo que llevaban indicaba que no iban a ser enviados a ningún sitio. Curiosamente, la perspicaz Dina, aunque escuchó en la lejanía los continuos disparos, no pensó que se estaba ejecutando a los que

les precedían en la cola. Pese a las evidencias, esa posibilidad no entraba en su imaginación, pero aun así se sentía aterrorizada.

Dina acompañó a sus padres hasta el mismo acceso y, tras despedirse, estos entraron, pero ella se vio empujada por el resto del grupo, entrando también. En ese momento un soldado alemán le arrebató el abrigo. Entonces intentó salir del pasillo, pero un policía ucraniano se lo impidió. Ella insistió en que solo había acudido a acompañar a sus padres; él le reclamó la documentación y como en esta figuraba su origen judío ya no hubo nada que hacer. Cuando el policía le devolvió la documentación y le indicó que debía seguir adelante, la actriz la rompió en pequeños trozos y siguió avanzando junto a sus padres en medio de una gran confusión, lo que hizo que los perdiese de vista.

Una vez que los alemanes les obligaron a dejar todas las pertenencias, debían pasar a través de un estrecho pasillo, de apenas metro y medio de ancho, formado por dos filas de soldados alineados hombro con hombro, blandiendo bastones y porras, y sujetando varios perros a cual más amenazador.



Ropa perteneciente a las víctimas asesinadas en Babi Yar, en esta desoladora imagen que se expone en el Museo de la Segunda Guerra Mundial de Gdansk. Foto del autor, octubre 2017.

Como había que pasar forzosamente por aquel pasillo humano, los judíos debían atravesarlo al tiempo que caía sobre ellos una granizada de

golpes que impactaban con dureza en la cabeza, la espalda y los hombros. Los soldados ladraban *Schnell, schnell!*, riendo a carcajadas, mientras algunos de ellos trataban de golpear a propósito en los lugares más vulnerables, como eran las costillas, el estómago o el bajo vientre. También azuzaban a los perros contra los que caían al suelo a consecuencia de los golpes, que eran a su vez pisoteados por los que trataban de atravesar el infernal corredor lo más rápido posible. Dina, que tenía la sensación irreal de estar asistiendo a una película, también lo atravesó decididamente y sin mirar a los lados mientras estaba siendo golpeada, repitiéndose a sí misma: «¡No te caigas, no te puedes caer!».

Después de que los judíos hubieron pasado por esa terrible prueba, la mayoría de ellos con el rostro ensangrentado, se llegaba a otro terreno acordonado por soldados y policías ucranianos. La hierba estaba cubierta de ropa y zapatos, diseminados de cualquier manera, lo que evidenciaba que sus poseedores se los habían quitado rápidamente. Así era; a los judíos se les ordenaba a gritos que se desnudasen a toda prisa. Los que dudaban o trataban de protestar eran brutalmente golpeados. Dina señaló que los soldados y los policías parecían estar bebidos, lo que les hacía actuar con furia desproporcionada ante unas personas lastimosamente indefensas.

La actriz escuchó entonces cómo la llamaba su madre, que, ya sin ropa, era conducida fuera de allí. Desde la lejanía, agitando la mano, su madre le gritó: «¡No pareces uno de nosotros, intenta salir de aquí!». Su progenitora se refería a que, gracias a su aspecto, podía pasar por una ucraniana, por lo que debía intentar convencer a los guardias de que había habido un error.

Dina comprendió de inmediato la idea que había tratado desesperadamente de transmitirle su madre y que, con un poco de suerte, podría salvarle la vida. Así, antes de comenzar a desprenderse de su ropa, avanzó decididamente hacia un policía ucraniano y, sin titubear, le pidió ver a su superior. Le dijo que había acudido solamente a acompañar a alguien y que se había visto arrastrada por la multitud. El policía exigió ver su documentación. Ella rebuscó entre sus ropas y extrajo el carné de un sindicato, en el que no figuraba ninguna referencia a que era judía. Su apellido ruso, Pronicheva, convenció al policía de que estaba diciendo la verdad. Entonces le señaló un montículo cercano, en cuya falda se encontraban sentadas una docena de afortunadas personas que también habían escapado de la muerte en el último momento. El policía le dijo: «Siéntese ahí. Espérense a que acabemos con los judíos y luego ya se

podrán ir». Dina, sin poder creerse todavía que el truco ideado por su madre hubiera funcionado, se sentó en la colina, pero sin levantar la cabeza por miedo a que alguno de los que se habían librado de morir por no ser judíos la reconociera y la delatase. Una anciana se le sentó al lado y le dijo que había venido a acompañar a su nuera, que era judía. La actriz prefirió no conversar con ella para no cometer ningún error fatal.

Mientras esperaba allí sentada, Dina veía cómo los atemorizados judíos seguían saliendo ensangrentados del cruel pasillo formado por los soldados. Soportando más gritos y golpes, se desnudaban apresuradamente para ser conducidos en grupos al barranco. A partir de ahí, desde el lugar en el que se encontraba ya no podía ver lo que les ocurría, pero el ruido de los disparos y los chillidos desgarradores que se escuchaban no dejaban lugar a demasiadas dudas. Al cabo de unos minutos, volvían los soldados y policías a reunir un nuevo grupo, pero ningún judío regresaba de allí.

Las horas iban transcurriendo y Dina, sintiéndose impotente para ayudar a todos aquellos desgraciados, no se veía capaz de soportar aquello por más tiempo. Pero tenía que seguir esperando allí sentada en la colina, tratando de no cruzar la mirada con las otras personas que, como ella, habían esquivado a la guadaña.

Comenzaba a oscurecer cuando llegó un coche, del que descendió un oficial alemán alto y con un elegante uniforme impoluto. «¿Quiénes son esos?», preguntó a un policía ucraniano a través de un traductor, señalando el montículo en el que se encontraba Dina. «Son de los nuestros, ucranianos», respondió el policía, «luego les dejaremos marcharse», le dijo.

El oficial germano, de repente, empezó a gritar: «¡Ejecútenlos también! ¡Si uno solo de ellos sale de aquí y empieza a hablar en la ciudad, no va a venir ningún judío mañana!». El intérprete tradujo esas palabras al ucraniano y este no tuvo otra opción que cumplir la orden: «¡Vamos, levántense!», gritó a los que estaban sentados en la colina.

Dina y los demás se pusieron en pie perplejos y tambaleándose, sin asimilar el inesperado y dramático giro que acababa de ocurrir. Después de haber podido respirar tranquilos por bajarse en marcha de ese funesto viaje sin retorno, al final iban a compartir el trágico destino de todos los demás. Como era ya casi de noche, los alemanes querían acabar con la tarea cuanto antes, por lo que no les dijeron que se quitasen la ropa. Se formó un

primer grupo que se puso en marcha hacia el barranco y, unos minutos después, se escucharon los disparos de las ametralladoras.

Ahora llegaba el turno del segundo grupo, del que Dina formaba parte. Los policías y los alemanes les ordenaron ponerse en marcha. Llegaron junto a una fosa natural cuyo fondo se encontraba cubierto de cadáveres ensangrentados. Les dieron la orden de alinearse junto al borde. En frente de ellos había una ametralladora que, a una orden, comenzó a disparar. Dina creyó llegado su fin.

Las balas comenzaron a alcanzar a las personas que tenía a su lado. Pero antes de que llegasen a ella, una nueva idea providencial pasó por su cabeza; cerrando los puños con fuerza pensó «ahora, ahora…» y saltó hacia atrás. La caída le pareció que duró una eternidad, pero ya estaba en el fondo de la fosa. Enseguida quedó salpicada de sangre caliente, pero se mantuvo totalmente quieta. Escuchaba gemidos y sollozos, y sentía el movimiento de los cuerpos que todavía estaban con vida. Varios soldados se asomaron al borde de la fosa e iluminaron el fondo con sus linternas, disparando con sus pistolas a los que todavía se movían.

Al cabo de un rato, Dina escuchó a los soldados caminando por encima de los cuerpos. Habían bajado a la fosa para registrar a los muertos por si conservaban algún objeto de valor y rematar a los que estaban aún con vida. Entre ellos estaba el primer policía ucraniano que le había pedido la documentación; lo había reconocido por la voz. Un alemán sospechó de Dina y la iluminó con su linterna; para comprobar que estaba muerta le dio una patada en el pecho con sus pesadas botas, pero ella consiguió no dar muestras de vida. Después le pisó la mano, haciendo crujir los huesos, pero Dina se mantuvo insensible. Afortunadamente, el soldado se convenció de que estaba muerta y no utilizó su pistola para darle el tiro de gracia, como solía ocurrir habitualmente en esos casos.

Unos minutos después, oyó que alguien desde arriba decía: «¡Demidenko, toma la pala, vamos a empezar!». Enseguida comenzó a caer tierra arenosa sobre ella, que estaba tendida hacia arriba. Siguió sin mover un músculo. La tierra le cubría la boca, por lo que sentía que se ahogaba. Hacía grandes esfuerzos por no ser presa del pánico; el miedo a ser enterrada viva era superior al de morir de un balazo. Arriesgándose a ser descubierta, apartó con su mano la tierra que no le permitía respirar y se sintió más aliviada. Por suerte para ella, los ucranianos encargados de tapar la fosa debían encontrarse cansados después de la dura e intensa

jornada y, después de lanzar algunas paladas más, decidieron marcharse, dejando los cadáveres apenas cubiertos con una fina capa de tierra.

Cuando Dina comprobó que se había hecho el silencio, se sacudió la tierra de encima y se levantó. Cuando trataba de salir de la fosa escuchó un ruido detrás suyo y se asustó, pero no era ningún soldado, sino un muchacho que, al igual que ella, había conseguido sobrevivir. Ella le dijo que la siguiera y ambos salieron de la fosa. Arrastrándose con cuidado, se fueron alejando del barranco, mientras veían de lejos a los alemanes que estaban todavía llevándose las pertenencias de los judíos que habían sido asesinados.

La extraordinaria lucha de Dina por la supervivencia no acabaría ahí. El muchacho solía adelantarse a ella para comprobar que no hubiera ningún peligro y luego le indicaba que podía seguirle. Pero una patrulla germana descubrió al niño y lo mató de un disparo. Dina se ocultó en un agujero y se cubrió con tierra hasta que los alemanes abandonaron el lugar. Después de un día entero caminando, extenuada y hambrienta, encontró un granero abierto y se decidió a pasar la noche allí. Pero, para desgracia suya, fue descubierta por el dueño de la granja, que alertó de inmediato a los alemanes, quienes procedieron a capturarla.

Dina volvía a estar en manos de los que habían asesinado a sus padres y casi habían conseguido asesinarla a ella. Parecía que esta vez nada podría salvarla. Fue conducida a un pequeño cuartel en el que había una veintena de soldados. Tras unas horas de espera, le ordenaron subir a un camión militar cargado con prisioneros de guerra rusos y algunos civiles y se dirigieron a Kiev.

Por el camino, Dina tuvo otra de sus habituales ideas salvadoras, demostrando poseer un desarrollado instinto de supervivencia. Comprendió que, una vez que llegase a su destino, no se le ofrecerían demasiadas oportunidades de escapar, por lo que decidió saltar del camión en marcha. Así lo hizo e, increíblemente, los alemanes no advirtieron la huida. Finalmente, la escurridiza actriz logró encontrar a la esposa de su hermano, una mujer polaca, quien le ayudaría a restablecerse. Dina pasó el resto de la guerra ocultándose en varios lugares, con nombre falso.

En enero de 1946, Dina declararía como testigo en el juicio contra los criminales de guerra alemanes que habían actuado en la región de Kiev. Paradójicamente, debido al rebrote del antisemitismo en la Unión Soviética, durante el juicio ocultó que había podido escapar de Babi Yar y

que era judía. En la posguerra, Dina pudo recuperar su vida anterior, volviendo a actuar en el teatro de marionetas en el que había trabajado antes de la guerra. En su libro, Kuznetsov explicaría que le costó mucho esfuerzo convencer a la actriz para que le contase su terrible experiencia, que sin duda tuvo que ser para ella enormemente traumática.

Memoria y reconocimiento

En 1972, 27 judíos fueron detenidos por colocar flores en el lugar de la matanza. Al año siguiente fue un millar el que acudió a rendir homenaje a las víctimas, pero la policía impidió la concentración, llevando a cabo varias detenciones. Con esas convocatorias de éxito creciente, las autoridades soviéticas comprendieron que no tenía sentido seguir tratando de borrar de la historia lo ocurrido en Babi Yar, por lo que tomaron la decisión de construir el monumento reclamado. En 1976 se inauguró una impresionante figura escultórica en recuerdo de los que allí fueron asesinados por los nazis, con una inscripción que rezaba: «A los ciudadanos soviéticos – Las víctimas del fascismo». Sin embargo, no había ninguna referencia a que la mayoría de esas víctimas lo fueron porque eran judías.

Aprovechando la *perestroika* promovida por Mijaíl Gorbachov, la comunidad judía de Kiev estableció en 1988 la fundación Memoria de Babi Yar. Pero no sería hasta 1991, con la caída de la Unión Soviética, cuando por fin se rindió el reconocimiento debido a los judíos que fueron asesinados en aquel lugar. Allí se inauguró una figura de piedra representando una *menorá*, o candelabro de siete brazos, uno de los elementos rituales más importantes del judaísmo. El monumento recibió la visita del presidente norteamericano George Bush padre en 1991, el también presidente estadounidense Bill Clinton en 1995 y el papa Juan Pablo II en 2001.

La matanza de Babi Yar no había podido ser borrada de la historia, como habían pretendido las autoridades soviéticas a lo largo de seis décadas, con un empeño digno de mejor causa. Así, cada 29 de septiembre se conmemora el Día de la Memoria de Babi Yar, celebrándose ceremonias no solo en Kiev —en donde la comunidad hebrea está formada por unas 14.000 personas—, sino en Israel y Estados Unidos. El estudio de ese

aciago episodio pasó a formar parte del programa de la asignatura de Historia en las escuelas ucranianas. Finalmente, aunque no ha adquirido la dimensión de otros lugares emblemáticos como los campos de exterminio, Babi Yar se ha convertido también en un símbolo de la brutalidad nazi y de la tragedia que sufrió el pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial.

Capítulo 5:
Limpieza étnica en Volinia

Volinia es una región histórica de la que probablemente el lector no haya oído hablar y, mucho menos, la asocie con algún tipo de acontecimiento ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque, en efecto, no tuvo un papel especialmente destacado durante el conflicto, esta región casi desconocida es un ejemplo de aquellos escenarios que no han merecido la atención de los historiadores encargados de relatar la contienda, pero que encierran hechos trágicos que merecen ser reflotados para que sirvan, al menos, de lección para las generaciones futuras sobre los peligros del etnicismo exacerbado.

La región volinia se encuentra repartida entre tres países: Ucrania, Polonia y Bielorrusia, aunque la mayor parte de su territorio pertenece al primero. Fue una de las primeras en estar habitada por pueblos eslavos, en torno al año 1000 a.C. Al carecer de la protección que ofrecen los accidentes geográficos y estar situada en un área ambicionada perennemente por sus vecinos, a lo largo de los siglos Volinia sufriría una sucesión ininterrumpida de invasiones y repartos, conformándose una región étnicamente diversa, una característica que marcaría su trágico destino en el siglo XX.

Territorio vulnerable

Para encontrar el origen de la ignota Volinia como entidad política hay que remontarse al año 987, con la creación del Principado de Volinia. En 1199 se anexionó la vecina región de Galitzia, formando el Principado de Galitzia-Volinia, posteriormente reino en 1245, que llegaría a convertirse en uno de los más poderosos estados de Europa oriental. Sus gobernantes lograron mantener la independencia del país soportando hábilmente las presiones de polacos, húngaros, lituanos o incluso los mongoles de la Horda de Oro, aunque en 1246 se vieron obligados a jurar lealtad a estos últimos. En esa época ya recibía inmigrantes del oeste y del sur, incluyendo alemanes o armenios.

La vulnerabilidad del territorio volinio, unida a las continuas dentelladas de sus agresivos vecinos, acabaría condenando al reino de Volinia a su disgregación en 1349. En los dos siglos posteriores se acordaron sucesivos repartos, salpicados por varias guerras e invasiones, pudiéndose simplificar apuntando que la región de Volinia estuvo bajo control polaco y Galitzia en manos de los húngaros.

En 1569 todo el territorio del antiguo Principado de Galitzia-Volinia pasó a estar dominado por la Confederación Polaco-Lituana, un período en el que se asentarían en la región numerosos polacos y judíos, y se construirían iglesias católicas y ortodoxas. En 1772 los austríacos se apoderarían de la parte occidental de Volinia y de toda Galitzia invocando los supuestos derechos históricos húngaros, mientras que los rusos se quedarían con la parte oriental de Volinia, una zona en la que durante el siglo XIX se instalarían colonos alemanes y checos.

El hallarse en la zona de fricción de varias placas tectónicas —polaca, lituana, húngara o rusa— había marcado en Volinia el gen de la perpetua disputa, un carácter que, como veremos, acabará estallando del modo más brutal y sangriento.

En la Primera Guerra Mundial la región fue invadida por los alemanes después de la Revolución rusa de 1917. La retirada de los rusos, que habían reprimido durante años las tradiciones ucranianas en la región, permitió la revitalización de la cultura ucraniana y alentó el nacionalismo. Tras la guerra, Volinia se convertiría en el escenario de la pugna entre diferentes fuerzas; los comunistas del Ejército Rojo, los anticomunistas del Ejército Blanco, los nacionalistas ucranianos y los nacionalistas polacos.

En 1920 el territorio volinio estaba bajo control soviético, pero en 1921, después de la guerra polaco-soviética, la mitad occidental de Volinia pasó a manos polacas. Cuando Stalin se hizo con el poder absoluto en Moscú se vengaría de Polonia —con quien consideraba que tenía cuentas pendientes al haber participado personalmente en aquella guerra perdida— expulsando a los polacos que vivían en Volinia oriental a Siberia y Asia central, una más de las numerosas deportaciones étnicas que se darían en esos primeros años de la historia de la Unión Soviética.

Por su parte, el Gobierno de Varsovia estaba llevando a cabo una política de polonización forzosa de la parte de Volinia que controlaba, cuando en 1921 había prometido a los ucranianos que les concedería

autonomía local. Se llevó a cabo la supresión de la lengua, la cultura y la religión propias de la población ucraniana, y se impidió la difusión de sus periódicos y su literatura. Igualmente, las autoridades promovieron el establecimiento en Volinia de colonos polacos, unos 300.000, que coparían todos los puestos del funcionariado, incluyendo la policía local. Para mantener a los ucranianos en los estratos más bajos de la sociedad volinia, se les impidió en la práctica el acceso a la enseñanza superior, viéndose obligados a emigrar al extranjero para poder acudir a la universidad.

Esa ofensiva que tenía como objetivo la asimilación generó mucho resentimiento y, en algunos casos, movimientos de resistencia entre la población de origen ucraniano, condenados al fracaso ante la hegemonía polaca. Además, los escasos restos visibles de cultura ucraniana, como algunas bibliotecas y salas de lectura, solían recibir ataques de grupos de jóvenes polacos encuadrados en grupos paramilitares, ante la pasividad de la policía. A lo largo de los años treinta, con el ascenso del nacionalismo polaco, esta presión violenta sobre los ucranianos, aunque solo en algunas ocasiones se saldaba con muertos, se incrementaría. De este modo, antes de estallar la guerra, la región se había ido convirtiendo a fuego lento en una sopa étnica que estaba a punto de alcanzar el grado de ebullición.

Ocupación alemana

La parte polaca del disputado territorio de Volinia sufriría tres invasiones durante la Segunda Guerra Mundial mientras que la parte ucraniana padecería dos. La primera se produjo cuando los soviéticos irrumpieron en Polonia el 17 de septiembre de 1939 para tomar su parte del pastel polaco, según lo estipulado en el pacto germano-soviético. Tal como se ha referido en el capítulo correspondiente, en febrero, marzo y abril de 1940 se llevaron a cabo deportaciones a Siberia y otras regiones remotas de polacos considerados «burgueses» por los soviéticos, que eran los que ocupaban los estratos superiores de la sociedad volinia.

Después del lanzamiento de la invasión alemana de la Unión Soviética, Volinia fue ocupada por el ejército germano. La población polaca no vio más que la sustitución de un despiadado enemigo por otro, al que había que resistir de igual modo teniendo en cuenta el brutal régimen instaurado por los nazis en la Polonia ocupada. Pero los habitantes de origen

ucraniano, que albergaban temor, odio y resentimiento hacia los comunistas, según hemos visto en el anterior capítulo, contemplaron a los alemanes como libertadores.

La retirada del Ejército Rojo ante el irresistible empuje de las divisiones pánzer fue percibida por los ucranianos que deseaban la independencia, articulados desde 1920 en torno a la Organización de Ucranianos Nacionalistas (OUN), como la gran oportunidad histórica de alcanzar su objetivo, al no tener dudas de que iban a recibir el apoyo germano a sus pretensiones. De hecho, desde el comienzo de la contienda se habían establecido fructíferos contactos entre la OUN y los alemanes. Los dirigentes de la OUN disfrutarían de una tranquila base de operaciones en la Polonia ocupada, recibiendo más de dos millones de marcos de sus protectores para financiar la organización. Además, la inteligencia militar germana, la Abwehr, adiestraría un grupo de unos 800 ucranianos para realizar acciones subversivas en la retaguardia soviética.

Sin embargo, los ilusos ucranianos estaban muy equivocados respecto a las intenciones de sus generosos patrocinadores. Tan solo ocho días después de la invasión, el ala más radical de la OUN, liderada por Stepan Bandera, proclamó en Lvov un Estado ucraniano. Pero los alemanes no estaban dispuestos a permitirlo, ya que Hitler estaba decidido a convertir el territorio ucraniano en una colonia germana desde la que se abastecería de cereales al Reich, por lo que esas aspiraciones independentistas suponían un obstáculo para sus planes de dominación absoluta de lo que debía convertirse en el granero de la Gran Alemania.



Stepan Bandera se convertiría en una controvertida figura histórica del nacionalismo ucraniano, al haber aceptado el patrocinio de los nazis para sacudirse el dominio soviético.

Así pues, Bandera fue reconvenido por los nazis para que dejase sin efecto la declaración de independencia. Ante su negativa a dar marcha atrás, el líder nacionalista fue detenido y enviado a Berlín. Allí permanecería en libertad vigilada hasta que en enero de 1942 sería internado en el campo de concentración de Sachsenhausen, cercano a la capital, aunque los alemanes le concederían una serie de privilegios por si en algún momento debían utilizarlo para sus intereses. De hecho, Bandera residiría fuera del recinto destinado a los prisioneros.

Los seguidores de Bandera fueron, mientras tanto, objeto de una dura represión; una orden secreta dictaba que todos ellos debían «ser detenidos inmediatamente y, después de ser interrogados a fondo, liquidados». Se calcula que unos 1500 ucranianos fueron detenidos por la Gestapo, siendo una parte de ellos asesinados.

Por su parte, el ala más moderada de la OUN —enfrentada a la liderada por Bandera—seguía colaborando con los nazis. Su pragmatismo le llevó a obtener de los alemanes ventajas apreciables, como la de ocupar la mayor parte de la administración civil. En algunas ciudades, los alemanes cedieron a la OUN toda la administración, encargándole incluso organizar la fuerza de policía. Pero ese colaboracionismo no era bien visto por el ala radical, lo que dio lugar a un enfrentamiento sangriento entre los propios nacionalistas.

El ascenso de la OUN moderada llegaría a Kiev; tras obtener la alcaldía, la organización tomó el control de la policía local, abrió un periódico y se atrajo el apoyo de los sectores de la población más influyentes, llegando a crear un Consejo Nacional Ucraniano, como embrión de un futuro estado independiente. A principios de 1942, los alemanes comprendieron que habían permitido la formación de un contrapoder que podía poner en riesgo su dominio, que debía ser absoluto e incontestable. Así pues, decidieron descabezar ese movimiento del modo más drástico, ejecutando al alcalde de Kiev tras acusarlo de delitos comunes, junto a otros nacionalistas destacados. La organización fue despojada del poder que se le había conferido y en buena parte eliminada.

Insurgentes ucranianos

Lo ocurrido parecía dar la razón al ala radical de la OUN. El colaboracionismo con los alemanes se había demostrado inútil. No había otra salida que la lucha armada contra el invasor. Los «banderistas» llevaron a cabo una hábil estrategia de infiltración en la policía ucraniana bajo control alemán, consiguiendo que entre 4000 y 5000 hombres se alistasen en esa fuerza. Llegado el momento, deberían desertar junto con sus armas y pasar a la clandestinidad. Los hombres de Bandera establecerían sólidas bases de actuación en Galitzia y Volinia.

La pertenencia a la policía ucraniana que estaba a las órdenes de los nazis se convertiría en una inesperada escuela de salvajismo y brutalidad. Los alemanes emplearon a esos policías como colaboradores necesarios para asesinar a más de 200.000 judíos volinianos. Juntos rodeaban los asentamientos judíos y llevaban a cabo las matanzas metódicamente, como había sucedido en Babi Yar. La OUN había defendido durante años una «Ucrania para los ucranianos», y los alemanes les estaban ofreciendo un método rápido y eficaz para conseguirlo. Las ejecuciones masivas se convertirían en el modelo que los nacionalistas ucranianos seguirían después para proceder a la limpieza étnica de Volinia.

En el otoño de 1942, mientras el ejército alemán se encontraba empeñado en la conquista de la lejana Stalingrado, la OUN decidió dar carta de naturaleza a la fuerza paramilitar que se estaba organizando para luchar contra la ocupación germana. Así, el 14 de octubre de 1942 se creó el Ejército Insurgente Ucraniano (UPA, por sus siglas en ucraniano), con el que emprenderían acciones de guerrilla contra los alemanes. En esa decisión también influyó el hecho de que partisanos comunistas soviéticos habían comenzado a actuar en el noroeste de Ucrania, lo que obligaba a crear una fuerza militar para no cederles la exclusiva de la lucha armada. Aunque la liberación del yugo germano todavía parecía lejana, era necesario tomar posiciones antes de que los comunistas tratasen de ocupar el vacío que, tarde o temprano, dejarían los alemanes, y eso solo se podría lograr por la fuerza.

A finales de 1942, cuando la inminente derrota alemana en Stalingrado anunciaba el punto de inflexión en la campaña de Rusia, el UPA crecería con rapidez, tanto en número de integrantes como en área de influencia. Una estimación alemana indicaba que esta fuerza contaba con unos

100.000 hombres, aunque el número real pudo haber sido mayor. Los guerrilleros del UPA se dedicaron a atacar cuarteles de la policía alemana y convoyes militares. Las áreas urbanas de Volinia permanecían bajo dominio germano, mientras que el ejército nacionalista ucraniano acabaría haciéndose con el control del resto del territorio, que comprendía bosques y pantanos extensos, un hábitat ideal para la actividad partisana. En los pueblos más aislados los guerrilleros llegaron a organizar servicios básicos, como escuelas y hospitales, e incluso a imprimir diarios que eran distribuidos por la región.

De la importancia de la fuerza que consiguieron reclutar los guerrilleros ucranianos da idea el hecho de que los alemanes fracasasen en su intento de acabar con ellos en el verano de 1943 con una ambiciosa operación de castigo en el norte de Volinia. La acción fue encargada a un auténtico carnicero con un largo historial de matanzas a sus espaldas, el general de las SS Erich von dem Bach-Zelewski. Aunque los alemanes destinaron a la operación 10 batallones motorizados de las Waffen-SS, más de 10.000 integrantes de las fuerzas de policía alemana, dos regimientos de polacos y húngaros, además de tres batallones de cosacos reclutados entre los prisioneros de guerra soviéticos, el UPA resistió la embestida, gracias a su mayor movilidad y a que conocían la región como la palma de su mano, lo que les permitía propinar golpes certeros y enseguida retirarse a zonas inaccesibles para los alemanes. Los ucranianos, envalentonados, se permitirían el lujo de tomar un importante cuartel germano, capturando gran cantidad de armas y municiones.

Por su parte, los policías ucranianos infiltrados desertarían y se pasarían al UPA con sus armas y, lo que es más significativo, las destrezas adquiridas en el asesinato masivo de judíos. Estaban dispuestos a seguir actuando, pero en este caso no solo contra los pocos judíos que quedaban en Volinia, sino para erradicar a la numerosa población polaca y lograr esa ansiada «Ucrania para los ucranianos». La brutal limpieza étnica que asolaría la región estaba a punto de comenzar.

Ola de matanzas

El 13 de noviembre de 1942, los guerrilleros ucranianos asesinaron a medio centenar de polacos en el pueblo de Oborkin, en circunstancias

confusas, pero que hacen creer que fue la primera operación de limpieza étnica de la región. En esos momentos, la minoría polaca no podía pensar que se trataba de una operación planificada, y consideró la matanza como un incidente aislado, perpetrado por algún grupo de bandidos.

Sin embargo, el 9 de febrero de 1943 se demostraría que lo ocurrido en Oborkin no había sido más que el prólogo de lo que estaba por venir. Ese día, el asentamiento polaco de Parosle fue atacado también por nacionalistas ucranianos armados, siendo asesinados 173 polacos. Un mes después se produciría la apuntada deserción de los policías polacos, en número de unos 5000, y su huida a los bosques. Ese importante aporte de efectivos marcaría el inicio de las operaciones a gran escala del UPA. La noche del 22 de abril, los grupos ucranianos atacaron el asentamiento polaco de Janowa Dolina, matando a más de 600 habitantes y quemándolo todo. Tan solo unos pocos polacos pudieron sobrevivir al encontrar refugio en casa de familias ucranianas amigas.

Esas noticias sí que causaron alerta entre la minoría polaca. Estaba claro que todos ellos corrían peligro ahora, como lo certificaban los nuevos ataques que iban teniendo lugar. En mayo, un comando soviético oculto envió un despacho al cuartel general, en el que se hacía eco de «actividades de importancia de los nacionalistas ucranianos contra los polacos. Están realizando acciones de terror masivo; aunque no les disparan, los matan con cuchillos y hachas, sin consideración de edad o sexo». La alarma llegó incluso al Gobierno polaco exiliado en Londres, que envió en julio de 1943 a Volinia dos representantes para interceder ante los dirigentes nacionalistas ucranianos y poner así fin a las matanzas. Pero la misión no tuvo el éxito deseado; los dos enviados fueron asesinados al poco de llegar, lo que constituía un mensaje poco sutil aunque muy claro para el Gobierno polaco. La expulsión de los polacos no se detendría.

El 11 de julio de 1943, un día después del asesinato de los dos delegados polacos, se daría inicio a la mayor ola de matanzas de la ofensiva llevada a cabo por los nacionalistas ucranianos. En la madrugada de esa funesta jornada, guerrilleros del UPA rodearon y atacaron pueblos habitados por polacos en tres distritos diferentes, lo que demuestra que fue una acción preparada y coordinada. De hecho, en los días anteriores hubo varias reuniones entre miembros del UPA y pobladores ucranianos, en los que se les habló de la necesidad de emprender esas acciones. Ese día, los

ucranianos usaron cualquier cosa que tuvieran a mano para matar a los polacos; mientras los guerrilleros empleaban sus armas de fuego, los campesinos ucranianos que se habían decidido a participar en las matanzas recurrían a sus hachas, hoces, horcas, martillos, cuchillos o sierras, un arsenal que ya nos resulta familiar después de saber cómo fue el linchamiento de los judíos de Jedwabne y otras localidades polacas.



Estos objetos de uso cotidiano pertenecientes a los polacos que vivían en Ostrówki y Wola Ostrowiecka, asesinados por nacionalistas ucranianos el 30 de agosto de 1943, fueron encontrados en 1992 en unos trabajos de exhumación. Se conservan en el Museo de la Segunda Guerra Mundial de Gdansk como testigos mudos de aquella matanza. *Foto del autor, octubre 2017*.

El apoderarse de los bienes de los polacos asesinados no era un aliciente menor para los campesinos ucranianos que decidían sumarse a la degollina. Una vez muertos los polacos, los asesinos podían apoderarse de los muebles, la ropa o los sacos de grano que tuvieran almacenados. En una amplia operación lanzada el 11 de julio de 1943, y que se extendería a lo largo de cinco sangrientos días, 167 pueblos y aldeas sufrirían la vesánica visita de los partisanos ucranianos y sus cómplices. A lo largo de todo el verano se sucederían las matanzas. El odio y el resentimiento que se había cocido a lo largo de dos décadas estallaban ahora de la manera más salvaje.

En cada pueblo, el número de polacos muertos podía oscilar entre 200 y 600. En las aldeas de Ostrówki y Wola Ostrowiecka, de los 438 polacos a los que se les arrebató la vida en la sangrienta mañana del 30 de agosto, 246 eran niños, algunos de ellos cortados por la mitad. Las mujeres embarazadas eran atravesadas por las bayonetas. Los asesinos no

respetaron tampoco a los sacerdotes; los del rito católico romano, el que seguía la comunidad polaca, eran despedazados o incluso crucificados. Las iglesias eran quemadas con todos sus fieles dentro. Los ucranianos que habían formado familias mixtas con polacos se convirtieron también en objetivo de las turbas, así como los ucranianos que trataban de proteger a sus vecinos perseguidos.

Los asentamientos polacos arrasados quedaban sembrados de cadáveres calcinados, decapitados o desmembrados, como severa advertencia de lo que le esperaba a los polacos que pretendiesen seguir viviendo en Volinia. En los lugares por los que todavía no habían pasado las partidas del UPA sembrando la muerte y la destrucción aparecieron carteles en los que se conminaba a la población polaca a que en dos días abandonasen la región, amenazándoles con la muerte si no lo hacían. La limpieza étnica estaba en marcha.

Grupos de autodefensa

La cifra de polacos muertos en Volinia en la primavera y el verano de 1943 a consecuencia de esos bárbaros ataques de los nacionalistas ucranianos es difícil de determinar. Al Gobierno polaco en el exilio llegaron informes que la situaban en unas 15.000 víctimas, pero estudios posteriores han señalado que pudieron llegar a 40.000.

En cuanto a los alemanes, estos asistían con indiferencia y, en cierto modo, satisfacción a las masacres que estaban ocurriendo en su territorio. Sus preocupaciones eran otras muy distintas en medio de las sombrías perspectivas que se cernían sobre el frente oriental después de la batalla de Kursk, dirimida precisamente al mismo tiempo que tenía lugar la referida ola de matanzas. La enorme maniobra en tenaza diseñada por los alemanes para propinar un duro golpe al enemigo, para la que empeñaron sus mejores fuerzas blindadas, acabaría fracasando ante la organizada defensa en profundidad de los soviéticos. El Ejército Rojo había conseguido frenar la, hasta entonces, siempre exitosa campaña de verano de la Wehrmacht, y ahora había que prepararse para resistir la ofensiva soviética que iba a tener lugar una vez acabado ese período de climatología propicia. Sin duda, se avecinaban unos meses muy duros para los alemanes. Llegados a ese punto, es obvio que la suerte que pudieran correr los polacos de

Volinia importaba más bien poco. Aun así, en agosto de 1943, los alemanes permitieron a los polacos que vivían en los pueblos que se trasladasen a las ciudades, aún bajo control germano, en donde podrían encontrar seguridad.

De todos modos, a los alemanes no les venía del todo mal que los partisanos ucranianos se encontrasen ocupados en tales tareas. Debían pensar que era mejor que se dedicasen a matar polacos que a seguir hostigando a las columnas germanas que se aventuraban a salir de la protección que proporcionaban las ciudades y rutas principales. Con el fin de alimentar ese choque, los alemanes llegaron a entregar armas a los polacos para que pudieran enfrentarse a los ucranianos constituyendo un centenar de grupos de autodefensa. Paradójicamente, estos contaban también con el apoyo del Armia Krajowa, el ejército polaco clandestino que luchaba contra los alemanes en la Polonia ocupada. Los grupos de polacos armados emprenderían acciones de represalia contra la población ucraniana, a pesar de que el Armia Krajowa se mostró contrario al asesinato de civiles inocentes, señalando al UPA y a la Wehrmacht como los auténticos objetivos de la resistencia. Aunque también es difícil cuantificar el balance de esos actos de venganza, las víctimas oscilarían entre 2000 y 3000.

Para acabar de arrojar gasolina al fuego, los alemanes sustituyeron a los policías ucranianos que habían desertado por policías polacos recién reclutados, que en su mayoría estaban deseosos de vengar las atrocidades del UPA. Los nazis les darían oportunidad de saciar su sed de venganza, al ordenar el asesinato de la familia de cada uno de esos policías ucranianos considerados traidores. Además, en el caso de que el policía hubiera desertado con sus armas, tenían carta blanca para arrasar el pueblo o aldea de procedencia.

En agosto de 1943, las operaciones del UPA se extenderían a Galitzia, en donde la población polaca era mayor que en Volinia, aunque seguían siendo minoría. El objetivo allí era forzar a los polacos a asentarse en el lado occidental del río San. En este caso, los polacos respondieron con acciones aisladas de represalia, asesinando a algunos ucranianos prominentes.

Una de las peores masacres ocurridas en Galitzia tendría lugar el 28 de febrero de 1944 en la localidad de Huta Pieniacka. Allí se había creado un grupo de autodefensa para mantener a raya a los guerrilleros del UPA. Pero

cometieron el error de matar a dos soldados que realizaban labores de reconocimiento, pertenecientes a la 14ª División de Granaderos SS, conocida informalmente como la División Galizien, integrada por voluntarios ucranianos de esta región. Cinco días más tarde acudieron a Huta Pieniacka medio millar de soldados de esta unidad, enfurecidos por la muerte de sus compañeros, junto a guerrilleros del UPA y civiles ucranianos dispuestos también a ajustar cuentas a los polacos.

La matanza se prolongaría a lo largo de toda esa negra jornada. El jefe del grupo de autodefensa local fue empapado en gasolina y quemado vivo en la plaza principal. A los civiles, la mayoría mujeres y niños, se les concentró en la iglesia y luego fueron divididos en grupos, siendo conducidos a diferentes establos y graneros, encerrados y también quemados vivos. El número de polacos muertos en Huta Pieniacka varía según las fuentes, cifrándose entre 500 y 1200. La brutalidad de la matanza fue tal que, desde la propia División Galizien, a través de una publicación militar, se trató de achacar la autoría a un grupo de partisanos soviéticos que se movía por la zona. En todo caso, los mandos de la división se mostraron contrarios a que se volvieran a perpetrar actuaciones de este tipo.

El listado de localidades que sufrieron ataques del UPA resultaría reiterativo, pero se podría destacar también lo ocurrido el 12 de marzo de 1944 en el monasterio de los dominicos en Pidkamen, en donde buscaron refugio dos millares de polacos, la mayoría mujeres y niños, temiendo ser asesinados por los ucranianos. Sin atender a lo sagrado del lugar, los guerrilleros del UPA asaltaron el monasterio, matando a unos 250 refugiados. Además, los asaltantes destruyeron el monasterio y robaron todos los objetos de valor. Pero la matanza sería incluso mayor en el pueblo vecino de Palikrovy, en el que fueron asesinados más de 300 polacos. Los nacionalistas ucranianos acabarían con la vida de entre 25.000 y 40.000 polacos en Galitzia, lo que se vendría a sumar a los aproximadamente 50.000 que fueron asesinados en Volinia.

El avispero ucraniano

Como vemos, durante la Segunda Guerra Mundial Volinia y Galitzia se convirtieron en un auténtico avispero, en el que se encontraban cuatro

fuerzas en lucha, teóricamente todas enfrentadas contra el resto pero, al mismo tiempo, manteniendo alianzas tácitas puntuales de conveniencia para combatir al enemigo común de turno.

Así, tenemos sobre ese damero maldito a los partisanos ucranianos del UPA, el Armia Krajowa y los grupos de autodefensa polacos, los partisanos soviéticos —de los que, para complicarlo más, un tercio de sus efectivos eran ucranianos— y el Ejército alemán que, a su vez, tenía unidades, como la División Galizien, que actuaban en ocasiones por libre, así como los Schutzmannschaft, unos batallones de milicias compuestas de lituanos, estonios, letones, bielorrusos y ucranianos, que habían participado en las masacres de judíos y no tenían inconveniente en seguir cometiendo tropelías a la menor ocasión.

Por si el embrollo para el lector no fuera suficiente, añadiremos que, además de los polacos que se habían alistado en las fuerzas de policía alemanas para combatir al UPA, había otros que se sumaban a los grupos partisanos soviéticos con el fin de disponer también de cobertura para sus acciones de venganza contra los nacionalistas ucranianos. Todo ello hacía que, en ocasiones, ante una aldea arrasada y la visión de sus habitantes salvajemente torturados y mutilados, resultase fácil equivocarse a la hora de atribuir la autoría y determinar el bando hacia el que había que dirigir la consiguiente venganza. El resultado sería la generación de una descontrolada espiral de violencia, girando cada vez a mayor velocidad, que ya resultaba del todo imposible detener.

Por último, el puñado de judíos que había sobrevivido a las matanzas perpetradas por los nazis era el único que no disponía de ningún aliado circunstancial. Lo único que pretendían era pasar lo más desapercibidos posible, ya que en cualquier momento podían verse en la diana de alguno de los airados contendientes.

Un ejemplo de la extrema confusión que se vivió en la parte occidental de Ucrania fue la cambiante —y en ocasiones desconcertante— relación entre los alemanes y el UPA. Los guerrilleros ucranianos se habían convertido en un perenne dolor de cabeza para los alemanes, quienes se veían impotentes para arrebatarles el control de los bosques, caminos y pasos de montaña. Pero la llegada del Ejército Rojo a la parte oriental de Ucrania llevó a ambos a la necesidad de actuar juntos ante la amenaza comunista. El citado líder nacionalista ucraniano Stepan Bandera, que en abril de 1944 se encontraba todavía confinado en Sachsenhausen, fue

requerido entonces por los nazis para que se prestase a colaborar en esa acción conjunta contra los soviéticos. Bandera estuvo de acuerdo y se dispuso a colaborar con sus captores, así que fue liberado y estableció su cuartel general en Berlín, para dirigir a distancia la estrategia del UPA. En mayo de 1944, la dirección del brazo político de los nacionalistas ucranianos, la OUN, envió una instrucción por la que se ordenaba «hacer un cambio radical, y pasar de luchar contra los alemanes a hacerlo contra la Unión Soviética». El giro tenía sentido, ya que el ocupante nazi tenía las horas contadas, así que los soviéticos eran ya el enemigo a batir para alcanzar la soñada independencia.

De todos modos, al margen de los giros estratégicos, los correligionarios de Bandera estaban de hecho ya enfrascados en la lucha contra los soviéticos. Trataban de dirigir sus acciones contra la policía política del régimen comunista, el NKVD, más que contra los propios soldados, ya que parte de ellos eran ucranianos que habían huido hacia el este durante el avance alemán. Fruto de ese acuerdo de conveniencia, los alemanes proporcionaron armas y apoyo a los guerrilleros del UPA, los mismos hombres que poco antes habían sido sus enemigos. Sin embargo, a tono con esta situación caótica, ante la que fracasaría cualquier intento de relato coherente, ese cambio de alianzas no resultaría tan claro; en mayo y junio de 1944, dos tentativas alemanas de toma de control de los puertos de montaña de los Cárpatos serían rechazadas por los guerrilleros del UPA, quienes capturaron la totalidad de la columna de suministros, además de un buen número de prisioneros, incluyendo oficiales.

La irrupción en escena del NKVD contribuiría a enredar aún más la madeja, ya que creó unidades disfrazadas de guerrilleros del UPA con el fin de cometer atrocidades indiscriminadas contra la población civil y perder así su apoyo. De todos modos, el UPA demostraría poseer una fuerte implantación sobre el terreno, lo que obligaría a los soviéticos a destinar importantes fuerzas para neutralizarlo, incluyendo artillería y blindados, sin llegar a conseguir ese objetivo. Incluso una vez acabada la guerra, en el verano de 1945, los hombres del UPA continuarían controlando y administrando las regiones de la parte occidental de Ucrania, tal como habían hecho durante la ocupación alemana.

Separación étnica

Cuando los soviéticos expulsaron a los alemanes de Volinia y Galitzia heredaron el problema que los nazis no habían sabido o querido resolver. Dejando de lado la amenaza que las fuerzas del UPA seguían representando, esas regiones históricas se encontraban sumidas en el caos provocado por los conflictos étnicos. Ante un problema tan complejo, desde la mesa de caoba de algún despacho de Moscú se apostó por una solución salomónica que parecía fácil y relativamente rápida; se trazó la línea de la nueva frontera entre Polonia y la República Socialista Soviética de Ucrania, desplazándola esta hacia el oeste, ampliando así el territorio soviético en detrimento del polaco, y se dictaminó que a cada lado de la raya viviesen solamente las poblaciones correspondientes a las respectivas nacionalidades. De ese modo, con la separación física de ambas comunidades, cada una podría vivir en paz, poniéndose fin a los enfrentamientos de forma definitiva.

El plan implicaba, obviamente, un desplazamiento masivo de la población a un lado y otro de la frontera, pero eso no representaba ninguna novedad para los soviéticos, acostumbrados a deportar a poblaciones enteras a miles de kilómetros de distancia, como había ocurrido con las del Cáucaso —se verá en detalle en un próximo capítulo— o los tártaros de Crimea. Sin embargo, en esta ocasión no se trataba de mover gente dentro del propio territorio, sino que debía producirse un intercambio de población con otro país, en este caso Polonia, que, aunque formaría parte de la órbita soviética, tenía sus propios intereses.

Con más dificultades de las previstas, la ambiciosa operación que debía acabar con la espiral de violencia en estas regiones se puso en marcha tras la conferencia de Yalta, celebrada en febrero de 1945, aunque esos desplazamientos forzosos habían comenzado ya antes. Así, entre 1944 y 1946, cerca de 800.000 polacos serían expulsados de la Ucrania soviética y reubicados en Polonia, a los que habría que sumar los casi 400.000 que habían tenido que abandonar territorios polacos que habían sido anexionados también por los soviéticos y agregados a Bielorrusia y Lituania.

Pero en Volinia y Galitzia ese desplazamiento no se llevaría a cabo sin violencia. Siguiendo con las insólitas alianzas coyunturales a las que ese turbulento escenario era tan proclive, los guerrilleros del UPA sirvieron a los intereses soviéticos presionando a los polacos para que se marchasen

del territorio ucraniano. Así, por ejemplo, se dedicaban a incendiar asentamientos polacos e, inmediatamente después de los ataques, las autoridades soviéticas ponían a disposición de los aterrados civiles trenes especiales para llevarles al otro lado de la frontera. En este caso, la oferta acudía presta a satisfacer la demanda.

Por su parte, los polacos también trataban de mostrarse persuasivos para que los ucranianos abandonasen su territorio. En esa presión participarían grupos nacionalistas y miembros clandestinos del Armia Krajowa, que se sentían especialmente motivados en su tarea por el sentimiento de venganza que albergaban por las matanzas cometidas por el UPA. Así, las atrocidades cometidas contra los ucranianos serían habituales. La más terrible se produciría en la aldea de Zawadka Morochowska, cuyos habitantes eran todos ucranianos. En este caso sería el ejército polaco el autor de los crímenes.

El 23 de enero de 1946, la Guardia de Fronteras polaca descubrió una base operativa del UPA en esa aldea; tras un breve combate, los guerrilleros se retiraron, dejando atrás dos vagones cargados de armas y munición. Al día siguiente trataron de recuperarlos mediante un ataque, pero fueron rechazados por los guardias polacos. Al amanecer del 25 de enero, llegaron 120 soldados del 34º Regimiento de Infantería polaco. Convencidos de que sus habitantes eran colaboradores del UPA, rodearon el pueblo y comenzaron a registrar todas las casas en busca de armas. Pero enseguida se vería que en realidad se trataba de una brutal operación de castigo.

Los hombres adultos que no habían logrado escapar a tiempo hacia los bosques fueron asesinados al momento. Mujeres y niños correrían la misma suerte, y todos ellos de la más horrible manera, como prueba del odio visceral con el que serían cometidos los crímenes. Muchos murieron a golpes de culata de fusil, otros fueron destripados o quemados vivos. Los soldados se cebaron con las mujeres; algunas tenían los pechos rebanados mientras que a otras les habían sacado los ojos o cortado la lengua.

La cifra de muertos en Zawadka Morochowska varía según las fuentes, oscilando entre 64 y 78 muertos. En ese encarnizamiento quizás tuvo algo que ver el tratamiento igualmente salvaje que recibían los soldados polacos cuando caían en manos del UPA, a quienes les sacaban los ojos y les cortaban la lengua, o se les dejaba atados a un árbol hasta que morían. La espiral del odio seguía girando.

Pero el apego de los habitantes de Zawadka Morochowska al lugar donde vivían debía ser muy fuerte, porque los que sobrevivieron a esa terrorífica jornada no quisieron marchar a Ucrania y siguieron viviendo allí. El 28 de marzo, los soldados polacos llegaron nuevamente al pueblo con la misión de convencer a los aldeanos para que se marchasen. El Gobierno polaco estaba recurriendo al ejército para deshacerse de la población ucraniana que todavía vivía en el sudeste del país. Los militares debían tener carta blanca para cumplir con esa misión, ya que esta nueva visita se saldó con la ejecución de once de sus habitantes.

Aun así, los ucranianos se resistían a abandonar sus casas, en las que habían vivido durante generaciones, al ser conscientes de que, si se marchaban, seguramente no iban a poder regresar nunca más. El 13 de abril, los polacos regresaron de nuevo, asesinando a media docena de aldeanos escogidos al azar. Finalmente, el 30 de abril, 73 habitantes fueron conducidos a una estación de tren y deportados a Ucrania. Tan solo quedaron en la aldea una docena de personas, que quedaron allí olvidadas hasta que un año después fueron también deportadas. La iglesia y el cementerio fueron derruidos por completo para borrar toda huella de que allí hubo una vez una aldea habitada por ucranianos.

Un manto de silencio se extendió sobre aquellos trágicos hechos durante cuatro décadas, hasta que el hijo de una de las familias asesinadas, que entonces apenas era un bebé de ocho meses, se dedicó a reconstruir los acontecimientos, lo que dio como fruto, diez años después, el establecimiento de un comité para recordar a los aldeanos asesinados. En 1998 se erigió allí un monumento con el nombre de las víctimas que fueron identificadas. Lo ocurrido en Zawadka Morochowska se conoce con cierto detalle gracias a esa iniciativa, pero hubo muchas más aldeas y asentamientos en Volinia y Galitzia que corrieron la misma suerte y cuyas tragedias cayeron en el olvido para siempre.

La resistencia de los habitantes de Zawadka Morochowska a abandonar la aldea para ser enviados a Ucrania se explica también por una circunstancia que se convertiría en un serio problema. A finales de 1945, algunos de los ucranianos que habían dejado el territorio polaco a consecuencia de la limpieza étnica comenzaron a regresar a sus lugares de origen. Al hecho de que la parte occidental de Ucrania estaba menos desarrollada que el sudeste polaco se sumaba el que esa región había

quedado totalmente devastada por la cruenta guerra de todos contra todos que se había desatado allí.

Además, los soviéticos, para evitar que esa población de origen ucraniano que llegaba de Polonia reforzara el movimiento nacionalista, impidieron que buena parte de ella —hasta un 75 %— se asentara en la región, siendo nuevamente deportada, en este caso a zonas remotas de la URSS, como Kazajistán o Siberia. Se calcula que unas 114.000 personas, la gran mayoría de ellas mujeres y niños, fueron enviadas allí para trabajar en minas de carbón o canteras, en donde vivirían en condiciones de extrema pobreza. Para justificar el traslado, a esas familias se les acusó de colaboración con los guerrilleros del UPA. De esta operación, denominada contradictoriamente «Oeste», se encargaría el NKVD.

Pese al proverbial hermetismo soviético, esas alarmantes noticias llegaron a oídos de los ucranianos que todavía se encontraban al otro lado de la frontera polaca, por lo que es lógico que trataran de aguantar el máximo tiempo posible en sus localidades ahora en territorio polaco, a la espera de que las aguas volvieran a su cauce, que emprender un incierto traslado que podía acabar llevándoles a alguna república soviética del Asia Central.

El drama de los lemkos

El destrozo generalizado de la convivencia que se había producido en esas regiones, y que había desembocado en la solución pergeñada por Moscú para devolver la ansiada estabilidad, tendría víctimas aún más inocentes que las que ya lo estaban sufriendo. Este fue el caso de una etnia, la de los lemkos, que se dedicaba tranquilamente a la agricultura y el pastoreo de ovejas en los Cárpatos orientales.

Tras la Primera Guerra Mundial, los lemkos habían declarado una efímera república independiente, la República Lemko-Rutena, pero en 1920 esta fue incorporada a Polonia. Eran rusófilos y desconfiaban históricamente de los ucranianos, pero como hablaban una lengua emparentada con el ucraniano —son parecidas, pero no siempre inteligibles entre sí— fueron asimilados erróneamente por las autoridades polacas a esta nacionalidad.

En aquel pandemónium debió resultar difícil a los desventurados lemkos explicar a quien quiera que accediera a escucharles que ellos no eran ucranianos y que además no querían cuentas con ellos. Aunque suplicaron que les dejasen vivir en paz en las montañas con sus ovejas, tal como habían venido haciendo durante generaciones hasta entonces, no hubo nada que hacer y comenzaron a ser expulsados a Ucrania.

Otros grupos étnicos asentados desde hacía siglos en los Cárpatos, de los que quizás el lector tampoco ha tenido noticia de su existencia hasta ahora, como los boikos o los hutsules, se vieron arrastrados también por la marea de deportaciones, sin que las autoridades polacas se aviniesen a interesarse por su idiosincrasia particular. Para el Gobierno de Varsovia, todo aquel que fuera o pareciera ucraniano debía marcharse de Polonia y no había más que decir.

Operación Vístula

Pese a los esfuerzos de las autoridades polacas para deshacerse lo más pronto posible de su población ucraniana, el tiempo corría mientras ese objetivo parecía lejos de cumplirse, debido a la referida resistencia a pasar al otro lado de la frontera. Como también se ha apuntado, las autoridades soviéticas veían con recelo la llegada de más población ucraniana a su territorio, por lo que a finales de 1946 decidieron dar por concluida la operación y cerrar la frontera a más deportados. Los polacos, que todavía tenían unos 300.000 ucranianos en su territorio, pidieron a los soviéticos que permitieran continuar con la operación algún tiempo más, pero estos permanecieron inflexibles. Llegados a ese punto, los guerrilleros del UPA que todavía seguían actuando en territorio polaco le hicieron un flaco favor a su pueblo al seguir combatiendo. Las acciones del UPA, como el asesinato del viceministro de Defensa polaco, fueron la excusa que necesitaba el Gobierno de Varsovia para emprender una nueva medida represiva.

Las autoridades polacas pusieron en marcha la denominada Operación Vístula. A esta iniciativa se destinó una fuerza de 20.000 hombres, entre soldados del Ejército Popular Polaco y personal del Ministerio de Seguridad Pública, siniestra organización equivalente al NKVD soviético. A partir de la madrugada del 28 de abril de 1947, y a lo largo de tres

meses, unos 141.000 civiles de las regiones limítrofes con Ucrania, incluyendo los lemkos y sus ovejas, serían deportados a los territorios ganados en el oeste a costa de Alemania, de los que había sido expulsada la población germana.

Sobre el papel, ese traslado forzoso, dentro de la desgracia, se presentaba en cierto modo como una oportunidad, ya que los desplazados tendrían a su disposición las casas, granjas y negocios abandonados por los alemanes. Sin embargo, en la práctica esa operación resultaría traumática. En primer lugar, las familias apenas dispondrían de unos minutos para recoger las pertenencias y el ganado que pudieran llevar consigo, teniendo que dejar atrás los muebles o los animales que no pudieran trasladar, de los que se apoderarían ávidamente sus vecinos polacos. En no pocos casos, el saqueo comenzaba antes incluso de que los ucranianos se hubieran marchado y, a veces, hasta les arrebataban las pertenencias que ya tenían cargadas en el carro. Después, los ucranianos eran conducidos a unos centros de tránsito, en donde se les abría una ficha personal y se les asignaba un número de registro. Tras un período de espera que podía durar semanas, se les enviaba al oeste en sucesivos contingentes, un tiempo en el que tenían que dormir a la intemperie y comer lo que hubieran traído consigo.

En los campos de tránsito ya quedaba claro que la intención última de los polacos no era el traslado y el asentamiento ordenado de la población ucraniana, sino laminarla destruyendo su identidad, comenzando por sus lazos familiares. Así, los deportados eran agrupados para las expediciones por su número de registro. De este modo, los miembros de una misma familia que no se habían registrado al mismo tiempo eran enviados por separado a pueblos y ciudades diferentes.

El traslado se hacía en tren; en cada vagón viajarían cuatro familias y sus correspondientes cabezas de ganado. Durante el viaje, no pocas familias serían desvalijadas por soldados o funcionarios sin escrúpulos, o asaltadas por bandidos locales. No obstante, peor suerte habían corrido aquellos que en los campos de tránsito habían sido identificados como sospechosos de haber colaborado con los guerrilleros del UPA. Fueron detenidos y enviados a antiguos campos de prisioneros levantados en su día por los alemanes y cuyas instalaciones eran ahora utilizadas por las autoridades polacas. Allí sufrieron hambre, malos tratos y torturas que

competían en sadismo con las cometidas anteriormente por los nazis. En uno solo de esos campos, el de Jaworzno, murieron 168 ucranianos.

Cuando los deportados llegaban por fin a su destino, sucios e infestados de piojos, se encontraban con que las propiedades alemanas que les asignaba la oficina local encargada del reasentamiento se hallaban en estado ruinoso debido a los sucesivos saqueos que habían sufrido, por lo que tenían que comenzar de cero. También se procuraba que los lugares asignados a las diferentes familias fueran distantes entre sí, para que se diseminasen por el territorio e impedir así que surgiesen comunidades ucranianas. Siguiendo con esa política de desintegración cultural impulsada por las autoridades polacas, a los ucranianos se les desaconsejó usar su lengua, seguir sus costumbres, vestir sus ropas típicas o practicar sus ritos religiosos.

Sus vecinos polacos, contaminados por los prejuicios que les hacían verlos como peligrosos partisanos ucranianos, se mostraban hostiles con ellos, por lo que les resultaba muy difícil integrarse o tan solo encontrar trabajo. Algunos de esos polacos habían llegado en su día de Volinia y Galitzia precisamente huyendo de las matanzas perpetradas por el UPA, así que establecer lazos de buena vecindad con ellos era, como mínimo, complicado. En las escuelas, a los niños se les sometió a un programa de polonización y se les prohibió hablar ucraniano entre sí. También se prohibió a los ucranianos las reuniones de varias personas. Los que no pudieron resistir más esa opresión y se decidieron a regresar a sus lugares de procedencia se toparon a su llegada con las amenazas de milicianos polacos para que se marcharan aunque, en todo caso, las autoridades ya se habían encargado de borrar allí cualquier rastro de identidad ucraniana. La región en la que habían vivido desde hacía generaciones, sencillamente, ya no existía. La limpieza étnica se había completado con éxito.

Los intercambios de población entre Polonia y la Unión Soviética, que habían concluido en 1946, se reanudarían brevemente en 1951, cuando Moscú presionó a Varsovia para redefinir la frontera en el río San, ya que pretendía quedarse con unas valiosas minas de carbón que habían quedado en el lado polaco de la frontera trazada en 1945. El gobierno comunista polaco, consciente de que debía su establecimiento y pervivencia a la protección soviética, no tuvo otra opción que plegarse a las exigencias de Moscú y entregarle ese territorio, a cambio de otro sin interés económico. El trueque conllevó el intercambio de las respectivas poblaciones,

viéndose estas forzadas a trasladarse al otro lado de la frontera. Ese sería el triste epílogo a unos años en el que, como hemos visto, las poblaciones no fueron más que fichas en un tablero, movidas a capricho de los gobernantes, en un dramático juego sembrado de odio, desarraigo, privaciones y sufrimiento.

Resistencia antisoviética

Ucrania había sido reintegrada a la Unión Soviética, junto a las ganancias territoriales obtenidos a costa de Polonia, pero los nacionalistas ucranianos de la OUN y su brazo armado, el UPA, no estaban dispuestos a abandonar la lucha por la independencia de su país, pese a tener que enfrentarse para ello al coloso soviético.

La figura clave del movimiento nacionalista ucraniano seguía siendo Stepan Bandera, que tras la guerra decidió permanecer en Alemania. Aunque había sobrevivido a la contienda, la huella que había dejado el conflicto en su familia había sido dramática. Su padre había sido ejecutado por los soviéticos en mayo de 1941; dos hermanos varones habían sido detenidos por los alemanes y confinados en Auschwitz, en donde fueron asesinados por internos polacos; dos hermanas fueron detenidas por el NKVD en 1941 y enviadas al gulag, no siendo liberadas hasta 1960; otra hermana fue también enviada al gulag en 1946, en donde estuvo diez años, y un último hermano fue supuestamente asesinado por los alemanes en Ucrania.

Teniendo en cuenta el trágico destino que había tenido buena parte de su familia, no extraña en absoluto que Bandera prefiriese mantenerse oculto en su exilio alemán, rodeado de un reducido círculo de fieles seguidores que se encargaba de su seguridad. El no vivir en paradero fijo y recurrir continuamente a identidades falsas le convertía en alguien inaccesible. Un informe de la inteligencia norteamericana calificaba a Bandera de «extremadamente peligroso» y aseguraba que una escolta de antiguos miembros de las SS se encargaba de su protección. El informe atribuía a su círculo una docena de asesinatos y secuestros, lo que supuestamente demostraba que acercarse a él podía resultar letal. Lo más probable es que esa apreciación sobrevalorase el poder de Bandera y que este en realidad llevase una vida más bien anodina y gris, tratando de sobrevivir en la

depauperada Alemania de la inmediata posguerra. Pero lo que sí que Bandera consiguió fue que su figura permaneciese rodeada de un halo de cierto misterio.

Para desestabilizar a la Unión Soviética en los inicios de la Guerra Fría, y estar también en posesión de una carta negociadora en ese conflicto, norteamericanos y británicos apostaron por potenciar en secreto a los nacionalistas ucranianos, que seguían desafiando a Moscú sobre el terreno con su lucha por la independencia. Aunque había sufrido duros golpes desde el final de la guerra, el UPA contaba aún con unos 10.000 guerrilleros dispuestos a continuar luchando. Con ese fin, la CIA y la inteligencia británica recurrieron a la OUN liderada por Bandera, proporcionándole apoyo. No obstante, aunque podía dar la sensación de que Bandera manejaba desde la oscuridad los hilos del movimiento nacionalista, en realidad estaba alejado de lo que venía ocurriendo en Ucrania y, en todo caso, existían allí fuertes reticencias hacia el control que pretendía ejercer desde la distancia, ya que era considerado un dictador en potencia. El liderazgo militar efectivo lo ejercía sobre el terreno el general Roman Shujevych, un «banderista» sobre el papel. Mientras tanto, Bandera funcionaba apenas como una figura mítica, útil como referencia para el movimiento nacionalista, pero sin poder ejecutivo.

A pesar del apoyo occidental, no hacía falta ser muy perspicaz para comprender que la lucha del UPA era una guerra perdida. Si el Ejército Rojo había logrado expulsar del territorio soviético a la poderosa Wehrmacht, contando esta con millones de soldados y el armamento más avanzado, estaba claro que unos pocos miles de partisanos pobremente armados no iban a conseguir salirse con la suya. No obstante, este nuevo conflicto se regiría por normas muy diferentes al reciente duelo germano-soviético.

Como no se trataba de una campaña militar en toda regla debido al carácter irregular de los combatientes ucranianos, Moscú diseñó una estrategia enfocada a privar a los guerrilleros del UPA del apoyo de la población, indispensable para poder seguir adelante con la lucha. Una de las iniciativas dirigidas a conseguir ese objetivo fue la referida deportación de civiles ucranianos a Siberia y a las regiones de Asia Central. Pero peor aún fue otra encaminada a provocar el rechazo de la población a los partisanos, y que hizo que las matanzas volvieran al castigado territorio del oeste de Ucrania. Para ello, tal como habían hecho

ya durante la guerra, unidades del NKVD se hacían pasar por guerrilleros del UPA y asesinaban a civiles, acusándoles falsamente de colaborar con los soviéticos. Esas acciones de falsa bandera eran aprovechadas por la propaganda soviética para desacreditar al UPA, desmoralizar a la población y provocar desafección al movimiento nacionalista ucraniano. Según documentos desclasificados en los años noventa, más de 2000 personas fueron asesinadas por el NKVD en estas nuevas masacres.

La campaña de atrocidades del NKVD dio sus frutos. Además, sus agentes lograron infiltrarse en las filas partisanas ucranianas. Entre 1947 y 1948, el UPA acusó la presión soviética y comenzó a disgregarse en grupos cada vez más pequeños. Eso permitió a las autoridades aplicar la colectivización a gran escala en el oeste de Ucrania. Al mismo tiempo se puso fin a la campaña de terror contra los civiles y se produjeron inversiones económicas en la región para estabilizarla y ganarse así el apoyo de la población que lo único que deseaba ya era vivir en paz. Los partisanos se limitarían a llevar a cabo incursiones esporádicas. El movimiento nacionalista ucraniano sufriría el golpe definitivo con la muerte en 1950, en una emboscada, del general Shujevych. Privado de dirección militar, y con un número decreciente de efectivos —apenas 252 hombres en 1952 según un informe soviético—, el movimiento partisano languidecería hasta su extinción a mediados de los años cincuenta.

La abismal desproporción entre los dos contendientes, y la derrota cantada de los ucranianos, no ha de hacernos pensar que la desactivación del movimiento independentista ucraniano fue un paseo militar para los soviéticos. Un informe de la CIA de 1951 estimó en 35.000 los miembros de la policía soviética y de los cuadros del Partido Comunista que habían sido eliminados por las acciones guerrilleras del UPA desde el final de la guerra. Los informes oficiales soviéticos rebajaron esa cifra a unos 15.000, entre soldados, miembros del NKVD, personal de fronteras e integrantes de fuerzas de autodefensa. Si tenemos en cuenta que ese número de muertos es similar al que le costó a la URSS la agotadora guerra de Afganistán de 1978-1989, entenderemos que la resistencia ucraniana no puede calificarse de anecdótica.

En cuanto a Stepan Bandera, su liderazgo había sido tan discutido por los combatientes del interior que en 1952 renunció a seguir desempeñando ese papel que, como se ha señalado, era más simbólico que real. Tanto los británicos como los norteamericanos ya no lo consideraron útil para sus

intereses y lo abandonaron. Pero una hábil campaña de autopromoción entre los miles de exiliados ucranianos en Alemania llevaría a Bandera a lograr una cierta popularidad en esos sectores y a llamar así la atención de la inteligencia de la República Federal de Alemania, que en 1956 recurrió a él para que les ayudase a infiltrar agentes en la URSS. Lo que Bandera no podía sospechar era que los servicios secretos germanos estaban infiltrados por agentes soviéticos, que estaban al tanto de las acciones que estaba desarrollando. Bandera, que había relajado las medidas de seguridad de antaño, pagaría cara esa confianza.

El 15 de octubre de 1959, cuando Bandera salía de su casa de Múnich, cayó desplomado al suelo. Un agente del KGB le había disparado un dardo con cianuro. El asesino acabaría entregándose a la policía alemana, siendo condenado a ocho años de prisión. Bandera, a cuyo funeral acudieron 1500 personas, se convirtió en un mártir de la causa ucraniana, una causa que para entonces parecía definitivamente perdida ante la solidez granítica que presentaba la Unión Soviética. Deberían pasar tres décadas para que la historia diese un vuelco. La inesperada implosión del régimen soviético permitiría que el movimiento nacionalista ucraniano recogiese por fin los frutos de su lucha, al tiempo que resurgirían los fantasmas del pasado.

Cerrando heridas

Con la desintegración de la Unión Soviética llegaría el momento de fijar la interpretación de los tempestuosos acontecimientos que habían tenido lugar casi medio siglo antes y proyectarlos hacia el futuro. Si, tal como hemos visto, estos habían sido extraordinariamente complejos, siendo difícil discernir quiénes habían sido los culpables de aquella ola de violencia que se llevó todo por delante dejando un imborrable rastro de sangre, era de esperar que no fuera sencillo establecer un relato unificado, aceptado por todas las partes que habían estado antes en conflicto.

La controversia comenzó entre los propios ucranianos, a partir de que en 1991 consiguieran la soñada independencia, con el reconocimiento de los miembros del ya desaparecido UPA como legítimos combatientes y el homenaje a la lucha que llevaron a cabo, así como la aprobación de las asignaciones económicas inherentes a los veteranos de guerra. De este modo, desde el primer momento se instauró el debate sobre la

consideración que este ejército guerrillero debía tener, ya que durante la larga etapa soviética el UPA había sido calificado de grupo terrorista, una apreciación que había dejado su poso en las regiones rusófilas de Ucrania, situadas en el sur y el este del país. Esa división se haría bien patente; mientras que el oeste del país proliferarían los monumentos en memoria del UPA, en el sur y el este se erigirían memoriales para recordar a sus víctimas, a pesar de que no llegó a actuar en esas zonas.

Un debate similar rodearía la polémica figura de Bandera, un personaje que está muy lejos de despertar unanimidades entre la sociedad ucraniana. Mientras que es objeto de auténtica veneración por los sectores más nacionalistas, los rusófilos han mostrado su rechazo hacia él. Su etapa de colaboracionista con los nazis, aunque fuera por puro tacticismo, no ha ayudado a hacer de él un personaje histórico aceptable. Por ejemplo, dos estatuas erigidas en su honor en Lvov fueron voladas, y la concesión en enero de 2010 del título de Héroe de Ucrania tuvo que ser anulada un año después debido a las fuertes presiones recibidas, incluso procedentes del Parlamento Europeo. Aun así, una veintena de poblaciones de Ucrania occidental cuentan con monumentos dedicados a su memoria, es habitual encontrar calles con su nombre en esta parte del país y existen media docena de museos centrados en esa incómoda figura histórica.

Más unanimidad despertó el deseo de enterrar las viejas enemistades entre ucranianos y polacos que estallaron en aquel masivo derramamiento de sangre. Tanto desde los veteranos del UPA como del Armia Krajowa surgieron iniciativas para pedirse mutuamente perdón por los horribles excesos cometidos entonces. Como gesto de buena voluntad, el Gobierno de Varsovia restauró las tumbas de los guerrilleros ucranianos caídos en territorio polaco, a pesar de las matanzas que perpetraron allí. También se inauguró, en una de las aldeas de Volinia que fueron escenario de aquellas masacres, un monumento a la reconciliación entre ambos países en una ceremonia a la que asistieron ambos presidentes.

No obstante, esos pasos encaminados a cerrar heridas han tropezado con dificultades, ya que desde el lado polaco existe el convencimiento de que la culpa de aquellas atrocidades fue de los ucranianos, por lo que creen que les correspondería a ellos pedir perdón, mientras que desde Kiev nunca se ha querido aceptar esa culpabilidad. El Instituto de la Memoria Nacional, la institución encargada de investigar los crímenes cometidos contra la nación polaca, no tuvo dudas a la hora de calificar de «genocidio» la

matanza de polacos a manos del UPA. En 2009, el parlamento polaco aprobó una resolución en la que se conmemoraba el 66º aniversario «del inicio de las acciones antipolacas por parte del OUN y el UPA en los territorios orientales de Polonia, asesinatos masivos que se caracterizaron por una limpieza étnica con trazos de genocidio».

En cuanto a la referida Operación Vístula, por la que miles de ucranianos fueron deportados a las regiones occidentales de Polonia, no ha habido disculpa oficial. En 2002, desde la presidencia del país se la calificó de «venganza por la carnicería de polacos por parte del UPA» y, por tanto, culpando de aquella tragedia en último término a los propios nacionalistas ucranianos. En todo caso, la responsabilidad de aquella deportación ha sido siempre achacada al régimen comunista impuesto por los soviéticos, y no a la nación polaca como tal.

Como vemos, todavía tendrán que pasar algunos años más para que se superen los resentimientos provocados por la brutal limpieza étnica que padeció la martirizada región de Volinia.

Capítulo 6:
El drama de los japoneses americanos

Como hemos estado viendo en los anteriores capítulos, la guerra que comenzó con la invasión de Polonia había desatado todo tipo de atrocidades en el este de Europa. El ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 supondría la entrada en la guerra de Estados Unidos, lo que, además de extender la guerra a todo el planeta, acabaría resultando decisivo para el desenlace de la conflagración. Si hasta entonces el odio se había desatado en Europa, aquel ataque sin previa declaración de guerra tendría también como consecuencia el estallido de otra ola de odio en suelo norteamericano aunque, afortunadamente, esta no tendría el carácter cruento que estaba teniendo en el Viejo Continente.

Las víctimas, en este caso, serían los 127.000 japoneses-norteamericanos que entonces vivían en Estados Unidos, de los que casi dos tercios eran nacidos en el país y, por tanto, ciudadanos estadounidenses de pleno derecho. La guerra con Japón provocaría una fractura en la sociedad norteamericana que alteraría la convivencia no solo con los ciudadanos de origen nipón, sino también con los de procedencia germana e italiana. Sin embargo, fueron los japoneses los que más padecerían las consecuencias de ese hecho traumático. El más grave sería el realojamiento de los nipo-norteamericanos en campos de internamiento.

Pero no solo ellos sufrirían las consecuencias de la guerra, convirtiéndose de la noche a la mañana en víctimas inocentes. Las colonias de inmigrantes nipones de otros países americanos, de Canadá a Brasil pasando por México o Perú, serían también objeto de confiscaciones de bienes, expulsiones y confinamientos indiscriminados.

Alemanes e italianos

Antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra, la mayor preocupación del Gobierno de Washington eran los germanos-norteamericanos, debido a que se hallaban muy bien organizados, por lo que, llegado el momento, podían actuar de forma coordinada. En esta comunidad había surgido en

marzo de 1936 el denominado German American Bund, un frente de inspiración nazi que celebraba mítines y promovía la exhibición de películas de propaganda. Este movimiento era generosamente financiado por el Gobierno alemán, que pretendía con él difundir la ideología nacionalsocialista en Estados Unidos.

Los nazis norteamericanos estaban firmemente implantados en el barrio alemán de la ciudad de Saint Louis y en el de Yorkville, en el mismo Manhattan. Incluso disponían de campos de entrenamiento en cuatro estados: Nueva York, Nueva Jersey, Wisconsin y Pensilvania. Aunque se suponía que esas instalaciones tenían una finalidad deportiva, a nadie se le escapaba el carácter que podían adquirir según las circunstancias. Por tanto, en el caso de que estallase la guerra con Alemania, el Gobierno temía que ese colectivo se convirtiese en una peligrosa quinta columna en el mismo corazón del país. La mayor demostración de poder del German American Bund tendría lugar el 20 de febrero de 1939, con un mitin en el emblemático Madison Square Garden de Nueva York, al que asistieron más de 20.000 personas, en el que Roosevelt fue duramente vituperado.

En cambio, los italo-norteamericanos no eran percibidos por el Gobierno como una amenaza. Aunque los logros de Mussolini eran celebrados en los barrios italianos, y los periódicos publicados por esta comunidad simpatizaban con el fascismo, eso no quitaba el sueño al presidente Roosevelt, como sí sucedía con los alemanes. El mandatario había dicho a su fiscal general: «No me preocupan mucho los italianos, son un puñado de cantantes de ópera, pero los alemanes son otra cosa. Pueden ser peligrosos».

Una vez declarada la guerra, unos 5000 norteamericanos de origen germano e italiano fueron detenidos. Confirmando la chusca afirmación de Roosevelt, precisamente un cantante italiano de ópera, Ezio Pina, fue internado en Ellis Island al recaer sobre él sospechas de que pudiera ser un espía o un saboteador, aunque por poco tiempo. Al cabo de un año, la mayoría de ellos habían sido ya liberados.

Debido a la proximidad cultural y la facilidad de integración, ambos colectivos no fueron percibidos como enemigos por la sociedad estadounidense. Pero eso no ocurriría con los nipo-norteamericanos, conocidos popularmente como *nisei*. Aunque la mayoría de ellos estaban plenamente integrados en la cultura norteamericana, por su aspecto físico eran fácilmente detectables, lo que les hacía dramáticamente vulnerables.

La rabia por la traición nipona en Pearl Harbor, calificada por Roosevelt como el Día de la Infamia, se dirigiría contra ellos.

Nipones en el punto de mira

Tras el ataque a Pearl Harbor, los norteamericanos se quedaron sin saber cómo responder a los japoneses. La lejanía geográfica del territorio nipón, y la dificultad para disponer de una flota operativa en poco tiempo tras aquel mazazo, hizo que los nipo-norteamericanos acabasen pagando esa frustración. Entre la población se extendió un odio virulento hacia los japoneses y todas las cosas que pudieran proceder de allá.

Por ejemplo, en Nueva York, un comerciante destrozó todos los objetos *Made in Japan* que tenía a la venta y expuso los fragmentos orgullosamente en el escaparate. En Washington se llegaron a talar tres mil cerezos japoneses que habían sido regalados a Estados Unidos por los ciudadanos de Tokio, con las intenciones más amistosas, en 1912. Incluso en Tennessee hubo quienes tuvieron la ocurrencia de solicitar licencias de caza para abatir invasores nipones; el Departamento de Conservación les siguió el juego, respondiendo que estaba abierta la veda de *japos* y que no se necesitaba licencia.

No obstante, donde el odio hacia los japoneses era más exacerbado era en la costa oeste. Los habitantes de esta zona eran conscientes de que, en el caso nada improbable de que Japón lanzase algún tipo de ataque contra Estados Unidos, ellos se encontraban en la primera línea de fuego. Así, el racismo antioriental que estaba latente desde hacía un siglo estalló. En una columna del diario *San Francisco Examiner* se podía leer: «Vamos a echarlos, dejemos que sufran, que sientan dolor, que pasen hambre y que mueran a causa de ello». En otro periódico, *Los Angeles Times*, se afirmaba que «una víbora es una víbora, sin importar dónde se abra el huevo. Del mismo modo, un nipo-norteamericano, nacido de padres japoneses, se convierte en un japonés, no en un estadounidense». Se hace difícil pensar que el grueso de la población pudiera suscribir esas expresiones goebbelsianas, pero no hay duda de que recogían, de un modo u otro, el sentir general.

Esa exaltación antinipona tendría su expresión también en asaltos a negocios regentados por japoneses, aunque por suerte siempre fueron

casos aislados. Habitualmente, el acoso tomaría formas menos virulentas y tendría lugar en diferentes aspectos de la vida cotidiana; por ejemplo, los bancos se negaban a pagarles los cheques, las compañías de seguros cancelaban sus pólizas, los tenderos no les atendían e incluso el lechero se negaba a llevarles sus botellas diarias.

La Orden 9066

Esa dificultad para castigar al lejano enemigo nipón —el primer desquite no llegaría hasta abril de 1942 con una arriesgada incursión aérea sobre Tokio— hizo que la presión popular para emprender algún tipo de acción contra los japoneses aumentase. El 19 de febrero de 1942, Roosevelt firmó la tristemente célebre Orden Ejecutiva 9066, por la que el presidente autorizaba al secretario de Guerra a delimitar ciertas «áreas militares» y a expulsar a «cualquiera o todas» las personas que residiesen en ellas.

Aunque el redactado de la orden era calculadamente ambiguo, y no se hacía ninguna referencia a la población de origen nipón, sería a ella a la única a quien se aplicaría. De cada diez nipones étnicos, siete eran nacidos en Estados Unidos, pero el decreto no hacía distingos. Las asociaciones de defensa de los derechos humanos intentaron impugnar el derecho del Gobierno a encerrar personas por razones étnicas, pero la Corte Suprema de Estados Unidos cerró filas con el presidente del país y rechazó la petición.

Curiosamente, el Gobierno reparó en que no estaba considerado delito que un civil se negase a cumplir una orden militar, por lo que los japoneses podían resistirse a la deportación sin que se pudiera actuar legalmente contra ellos. Para evitar esa posibilidad, el 9 de marzo se aprobó en el Congreso una propuesta de ley que castigaba con un año de cárcel y 500 dólares de multa esa desobediencia. La evacuación forzosa de los *nisei* podía comenzar.



Los miembros de la familia Mochida esperan su turno en Hayward, California, para ser deportados en autobús. Las etiquetas de identificación eran utilizadas para mantener a la familia unida durante todas las fases de la evacuación. *National Archives*.

Así pues, en la primavera y verano de 1942, siguiendo esta orden, 112.000 nipo-norteamericanos serían expulsados de esas «áreas militares» y conducidos a los puntos de reunión en trenes o autobuses, vigilados en todo momento por guardias armados. A la mayor parte de ellos les habían concedido una semana para vender sus casas, negocios, granjas y pertenencias, aunque ese período varió entre cuatro días y dos semanas. La necesidad perentoria de vender atrajo a los cazadores de gangas, que pudieron adquirir esos bienes por un precio muy inferior al real.



Una gran bandera norteamericana preside el campo de internamiento de Manzanar, azotado por una tormenta de polvo. *National Archives*.

Los *nisei* fueron confinados en campos de realojamiento temporales, que no eran más que terrenos para ferias o hipódromos, que fueron

acondicionados a toda prisa para alojar a los desplazados. Allí llegaron arrastrando sus equipajes, la mayoría sin alzar ninguna queja, pese a lo injusto de la situación. Algunos creían que aceptarlo de ese modo certificaría su lealtad a la nación que la había puesto en duda. De hecho, la actitud más generalizada entre los desplazados sería la de la resignación, plasmada en la frase *shikata ga nai*, «no puede hacerse nada al respecto». El fatalismo oriental al que se rendían los chinos que fueron masacrados por los japoneses en Nanking parecía reeditarse ahora, en este caso con los nipones como protagonistas.

Finalmente, los nipo-norteamericanos serían enviados hacia el interior del continente, a diez campos permanentes en zonas aisladas de los estados de California, Idaho, Wyoming, Arizona, Colorado, Oregón y Arkansas. De esos diez campos, ocho estaban situados en el más desolado desierto, en el que se daban temperaturas extremas. Esos campos disponían ya de barracones de madera; en ellos, cada familia tenía asignado un «apartamento», que en realidad era una habitación que medía 6 por 8 metros. Sus ocupantes tratarían de convertir ese cubículo en algo parecido a un hogar, para lo que les proporcionaron muebles, lámparas o cortinas.

Los industriosos japoneses trataron también de organizarse para llevar su cautiverio lo mejor posible; establecieron departamentos de bomberos y policía, oficinas de correos, levantaron escuelas, granjas, hospitales o teatros, y hasta publicaron periódicos para ser leídos por los habitantes del campo. El que quería trabajar podía hacerlo, ya que los norteamericanos pagaban por realizar tareas sencillas propias del esfuerzo de guerra, como por ejemplo el tejido de redes de camuflaje. Aunque resulte sorprendente, muchos de los internos comenzaban el día rindiendo honores a la bandera norteamericana, como gesto de lealtad a su nación de acogida.

Resulta curioso que en el lugar en donde la colonia nipona era más numerosa, Hawái, no se tomaron esas medidas, seguramente porque los 150.000 residentes de origen japonés constituían el 40 % de la población, por lo que su confinamiento hubiera supuesto el colapso de la vida económica local.

Aunque Roosevelt se refirió en una ocasión a los centros de internamiento como *campos de concentración*, resulta inadecuado emplear ese término para referirse a aquellas instalaciones, teniendo en cuenta la comparación con lo que estaba teniendo lugar bajo el Tercer Reich. En

Estados Unidos se trató siempre de ofrecer unas aceptables condiciones de vida a los internos, mientras que, para los nazis, el campo de concentración era una institución destinada a la represión, el castigo y, en muchos casos, al exterminio, a través del trabajo esclavo o directamente el asesinato masivo. Aun así, existe un debate terminológico sobre cómo referirse a ellos. Los defensores de la medida los denominan *campos de reubicación*, aunque esta expresión puede considerarse un eufemismo, ya que los recintos contaban con alambre de espino, torres de vigilancia y guardias armados autorizados a disparar al que tratase de huir, como así ocurrió en alguna ocasión. Así pues, en la historiografía se suele utilizar el término *campo de internamiento* al ser considerado neutral.



Los internos del campo de Heart Mountain, Wyoming, patinando sobre hielo en enero de 1943. Actividades recreativas como esta hacían el cautiverio más llevadero. *National Archives*.

Después de permanecer un año en aquellos campos, los derechos de los desplazados comenzaron a serles progresivamente restablecidos, y a algunos se les permitió instalarse de nuevo en comunidades fuera de la zona de la costa oeste. No obstante, la mayoría de los que fueron obligados a dejar sus hogares en 1942 permanecerían confinados en los campos durante al menos tres años.

Heroísmo nipón

A pesar de la humillación sufrida por la colonia nipona a manos de las autoridades estadounidenses, hubo quienes no dudaron en tomar las armas para defender al país que había encerrado a sus familias tras una alambrada. En Hawái se crearía la primera unidad militar formada por *nisei*, unos 1300 hombres, encuadrados en la Guardia Nacional. En junio de 1942 fueron enviados al continente y se convirtieron en el 100º Batallón de Infantería. Tras un año de entrenamiento, el batallón recibió sus banderas de combate; significativamente, en una de ellas estaba bordado el lema *Remember Pearl Harbor* («Recuerda Pearl Harbor»), con el que los nipo-norteamericanos querían despejar cualquier duda sobre su patriotismo.

El 100º Batallón de Infantería fue enviado a Italia, entrando en combate por primera vez el 29 de septiembre de 1943 en Salerno. Los *nisei* demostrarían en todo momento ser unos excelentes soldados. El elevado número de bajas de la unidad debido a su valentía le hizo ganarse el nombre de Batallón del Corazón Púrpura, la condecoración que se concede a los muertos o heridos en acción. Esa buena actuación llevaría a las autoridades militares a formar más unidades, compuestas principalmente de voluntarios, aunque luego se introduciría el alistamiento forzoso entre los *nisei* que se encontraban en los campos de internamiento. Los nuevos reclutas llegarían a Italia en junio de 1944 para formar un regimiento junto a los veteranos del 100º Batallón.

Los 14.000 *nisei* que vistieron el uniforme norteamericano obtuvieron 9486 Corazones Púrpura y 21 Medallas de Honor, además de cuatro menciones presidenciales. Por su tamaño y tiempo de servicio, la unidad formada por soldados de origen japonés fue una de las más condecoradas de la historia militar estadounidense.

Amargo regreso

En abril de 1944, el Departamento de Guerra concluyó que los nipo-norteamericanos no representaban ya un peligro real para la seguridad nacional, a lo que se sumaba el que ya no se temiese una invasión nipona, por lo que recomendó a Roosevelt el desmantelamiento de los campos. Sin embargo, el presidente decidió aplazar la decisión, ya que ese era un año

electoral y no quería que se le acusase de ser blando con los japoneses, lo que podía poner en riesgo la reelección.

Aunque los campos de internamiento continuaron en funcionamiento, fueron vaciándose progresivamente, conforme iba siendo evidente la debilidad del enemigo nipón. Al terminar la guerra, ya solo quedaban en los campos aproximadamente la mitad de los que habían sido realojados en 1942. Pero el ansiado regreso a sus casas fue, en la mayoría de ocasiones, muy amargo. Los que no habían querido malvender sus posesiones y las habían guardado en almacenes se encontraron con que, en muchos casos, se las habían robado. Los que habían arrendado su casa o sus tierras, además de no haber podido cobrar el alquiler durante la guerra, podían ver cómo el inquilino las había vendido sin tener derecho a ello. Las granjas podían haber sido saqueadas, o los negocios confiados a algún gestor probablemente se encontraban en bancarrota. Otros descubrirían tras la contienda que el Estado se había quedado con sus casas por no haber pagado los impuestos.

Se calcula que, durante su forzado exilio, los japoneses-norteamericanos perdieron casi 500 millones de dólares en activos, de los que pudieron recuperar apenas una décima parte veinte años después.

Internamientos en Canadá

A los 29.000 inmigrantes nipones que residían en Canadá —de los que el 80 % tenían nacionalidad canadiense— les llegaría también la onda expansiva del ataque a Pearl Harbor, que había golpeado de forma tan dolorosa a la comunidad japonesa en Estados Unidos, tal como ha quedado referido. El 24 de febrero de 1942, el Gobierno de Ottawa declaró a sus ciudadanos de origen nipón «amenaza para la seguridad nacional», privándoles de sus derechos civiles y dictando su internamiento.

Esa decisión fue aplaudida por la sociedad canadiense, que desde hacía décadas mostraba recelos, cuando no una abierta hostilidad, hacia la colonia nipona. El primer inmigrante japonés había llegado en 1877, dedicándose a la exportación del salmón. A partir de ahí fueron llegando más compatriotas suyos, que mostrarían un gran dinamismo económico, especialmente en la actividad pesquera. En 1919, la mitad de las licencias de pesca correspondían a japoneses.

Aunque los inmigrantes nipones se habían integrado plenamente en la economía de la costa oeste canadiense, esa integración no se daba en el ámbito social. La comunidad nipona era endogámica, como lo probaba el que apenas se celebrasen matrimonios mixtos. Sus hijos iban a escuelas que impartían las clases en japonés. Se levantaban templos budistas en los que se reunía la comunidad para celebrar las prácticas religiosas. En ciudades como Vancouver se concentraron en un barrio que sería conocido como Pequeña Tokio. Fue precisamente en esa ciudad en donde en 1907 se produjeron unos disturbios en protesta contra la inmigración asiática, considerada excesiva por algunos sectores, unos ataques que también alcanzarían al barrio chino de la ciudad. El Gobierno trató de calmar ese descontento limitando la entrada de japoneses a cuatro centenares al año. Esa hostilidad, que había pasado de latente a explícita, llevó a que la comunidad nipona se encerrase todavía más en ella misma.

En la Primera Guerra Mundial, aunque Canadá era aliada de Japón, el rechazo hacia la colonia nipona aumentaría, ya que no pocos soldados canadienses, al regresar a casa tras luchar en Europa, se encontraron sus puestos de trabajo ocupados por inmigrantes japoneses. Durante la crisis económica de los años treinta las tensiones aumentarían cada vez más, debido a la competencia laboral, especialmente en el sector pesquero, lo que llevó al Gobierno a restringir el acceso de los japoneses a determinados puestos de trabajo. Sin embargo, lo único que lograron esas restricciones fue trasladar la presión nipona a otros sectores, con lo que se extendió el descontento.

Al mismo tiempo, mientras Japón emprendía una política expansionista en el Lejano Oriente, los nipo-canadienses comenzaban a ser vistos como una amenaza para la seguridad nacional. En 1938 surgieron las primeras propuestas para que fueran obligados a trasladarse a vivir lejos de la costa del Pacífico. Así pues, cuando estalló la guerra con Japón, los canadienses estaban convencidos de que sus vecinos permanecerían leales a su emperador en vez de al Gobierno de Canadá.



Pabellón deportivo habilitado como dormitorio masculino en Vancouver para alojar a los canadienses de origen nipón. *City of Vancouver Archives*.

En la provincia de la Columbia Británica, que se extiende por todo el litoral oeste, de Vancouver a Alaska, se creó a partir de la costa una franja de seguridad de 160 kilómetros. Los japoneses que residían allí fueron enviados con sus familias al interior de la provincia, en donde se construirían campos de internamiento para alojarlos. Una parte de ellos fue trasladada a otros puntos de la geografía canadiense, normalmente a regiones remotas en donde permanecerían aislados del resto de la población. La medida estaba dirigida solo a los adultos entre 18 y 45 años, pero en la práctica afectaba a las familias enteras. Sus bienes fueron incautados y vendidos para pagar los gastos de construcción y mantenimiento de esas instalaciones, lo que incluyó desde casas y vehículos a barcos de pesca y pertenencias personales. Los periódicos en lengua japonesa fueron clausurados. Aunque algunos de los desplazados habían luchado con el Ejército canadiense durante la Primera Guerra Mundial, e incluso habían ganado medallas combatiendo en Europa, ese sacrificio no les serviría para librarse de la orden de confinamiento.

Al principio, los desplazados, en número de unos 21.000, tuvieron que alojarse en tiendas de campaña, pero luego se levantaron cabañas de troncos. En cada cabaña, de dos habitaciones, se alojaban dos familias. Los campos no solían contar con alambradas ni vigilancia, al encontrarse en zonas aisladas. También fueron alojados en pueblos abandonados. Las familias subsistían con sus ahorros, o los hombres buscaban trabajo por los alrededores a cambio de pobres salarios.

Aunque las condiciones de vida en los campos eran aceptables, hubo alguno en el que fueron deplorables, como el de Hastings Park, en los

alrededores de Vancouver, en el que los desplazados fueron confinados en establos y graneros. La situación de abandono en la que vivían llegó a oídos de la Cruz Roja canadiense, que decidió transferir allí ayuda que tenía dispuesta para otras emergencias. Otro campo en el que los internos padecieron necesidades fue el de Tashme, al sur de la Columbia Británica, en el que estuvieron recluidas 2644 personas. La función de este campo era servir de fuente de mano de obra para la construcción de una autopista que debía unir la frontera estadounidense con Alaska[4].

Las autoridades vieron en el internamiento de los japoneses una oportunidad para proporcionar trabajadores a granjas y explotaciones que tenían dificultades para encontrar personal, como por ejemplo las plantaciones de remolacha. Ese trabajo duro y mal pagado, al que también habían sido destinados contingentes de inmigrantes chinos e indios nativos, provocó rechazo entre los que habían sido reclutados para ello, por lo que se produjeron huelgas y fugas. El plan también supuso la separación de las familias, lo que provocó intensas protestas, hasta que a mediados de 1942 el Gobierno estipuló que las familias no podían ser separadas.



Mujeres nipo-canadienses sirviendo una comida a los niños internados en el campo de Hastings Park, en Vancouver. *City of Vancouver Archives*.

A partir de 1944, aunque las posibilidades de una acción japonesa contra el continente americano eran ya remotas, el Gobierno decidió que los japoneses que se hallaban confinados en los campos de internamiento del interior de la provincia de la Columbia Británica fueran trasladados al este, a la vecina provincia de Alberta.

Los nipo-canadienses en edad militar no fueron llamados a filas durante la guerra. Aun así, a dos centenares de ellos se les permitió alistarse en el Ejército canadiense, realizando labores de intérprete para los británicos en el Lejano Oriente.

Al acabar la guerra, el Gobierno canadiense ofreció a los desplazados una indemnización por los bienes confiscados y un billete de regreso a Japón. Unos 4000 de ellos aceptarían la oferta. Para el resto se mantuvo la prohibición de residir en la Columbia Británica y permanecer así alejados de la costa del Pacífico.

Japoneses latinoamericanos

No solo Estados Unidos y su vecino canadiense actuarían contra los ciudadanos de origen nipón. Una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de todo el continente americano, reunida en mayo de 1943 en la que entonces era capital de Brasil, Río de Janeiro, aprobó una resolución que autorizaba a los países miembros a expulsar de su territorio o confinar en campos de internamiento a los ciudadanos del Eje, aunque esa medida ya estaba siendo puesta en práctica. A partir de julio de 1943, Brasil se uniría a esa política de persecución y confinamiento de la población de origen japonés, como se verá más adelante.

En el marco de esa decisión, Washington pidió a los gobiernos de trece naciones americanas que deportasen a territorio estadounidense ciudadanos de origen japonés. El propósito era utilizarlos en el intercambio de prisioneros con el Gobierno de Tokio, que a su vez había hecho prisioneros a centenares de estadounidenses, la mayoría en Filipinas.

Así pues, los gobiernos de Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Costa Rica, Panamá, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México y Nicaragua detuvieron y deportaron a Estados Unidos a un total de 2264 japoneses. La cantidad más importante de deportados, unos 1800, correspondería a Perú, en donde la comunidad nipona tenía una fuerte implantación, con unos 18.000 integrantes. Los japoneses habían llegado al país andino a finales del siglo XIX y su prosperidad provocaba recelos entre la sociedad peruana. La crisis de los años treinta llevó a muchos peruanos a acusar a los japoneses de que les estaban quitando el trabajo. En mayo de 1940, esa tensión estalló en asaltos a los negocios

japoneses, así como a las viviendas y las escuelas propiedad de ciudadanos de origen nipón. Cuando Washington solicitó la entrega de los japoneses, el Gobierno peruano confeccionó listas negras para deportar a los miembros prominentes de la comunidad nipona. Al mismo tiempo, se procedió a la confiscación de bienes.

Los japoneses-peruanos eran trasladados a Panamá, y de ahí al campo de internamiento que reuniría a los nipones que llegaban de Latinoamérica, el de Crystal City, en Texas. Aunque el recinto estaba rodeado de una alambrada y contaba con guardias, las condiciones de vida en él eran aceptables. Seis meses después de que llegaran los primeros japoneses detenidos en calidad de «enemigos extranjeros» comenzaron a llegar sus mujeres, en compañía de sus hijos; las cartas que habían recibido explicándoles que el trato era correcto les había animado a reunirse voluntariamente con sus maridos. En Crystal City los niños recibían clases en japonés para que pudieran adaptarse mejor a la vida en Japón cuando se produjese el previsto intercambio de prisioneros.

De esos 2264 japoneses internados, 800 serían intercambiados por estadounidenses. Al acabar la guerra, ante la negativa de los gobiernos de Perú y otros gobiernos latinoamericanos a recibirlos de vuelta, cerca de un millar fueron deportados a Japón. Los internos restantes se habían negado a ser enviados allí; finalmente lograrían quedarse en territorio estadounidense, aunque tuvieron que comenzar de cero.

Traslados en México

A partir de diciembre de 1941, la comunidad de inmigrantes nipones en México padecería también las consecuencias de la guerra, aunque en menor medida que, por ejemplo, los que residían en Perú. La colonia japonesa constaba de unas 6000 personas, que llevaban una vida tranquila, sin que su prosperidad levantase recelos entre la población mexicana[5].

Al día siguiente del ataque a Pearl Harbor comenzaron las presiones del Gobierno de Washington para que México aumentase la seguridad dentro de sus fronteras, ya que temía que Japón pudiera usar el territorio mexicano para atacar a Estados Unidos. El Gobierno mexicano suspendió sus relaciones oficiales con Japón —la declaración de guerra no llegaría hasta mayo de 1942— y tomó de inmediato una serie de medidas

destinadas a frenar las actividades niponas en el país. Así, se procedió a la intervención de las empresas japonesas y la congelación de las cuentas bancarias de los residentes nipones, permitiéndose únicamente pequeñas extracciones mensuales para su supervivencia. También se confiscaron plantaciones de café o barcos pesqueros que pertenecían a propietarios nipo-mexicanos.

Para prevenir actos de sabotaje y espionaje, en enero de 1942 el Gobierno dispuso que los residentes nipones de los estados costeros fueran trasladados a los del interior del país. Lo mismo ocurrió con los que vivían cerca de la frontera estadounidense. La decisión del Gobierno estaba amparada en una prerrogativa constitucional, que permitía ordenar la concentración de ciudadanos o grupos cuya «presencia se estimaba indeseable». La mayoría de los expulsados se desplazaron a Guadalajara y a la capital, después de malvender sus propiedades. Los traslados debían ser costeados por ellos mismos y estaban obligados a presentarse a las autoridades en la ciudad de destino. De los 6000 integrantes de la comunidad nipona, más de la mitad tuvieron que dejar su hogar.

Ante el abandono oficial en el que se encontraban los desplazados, serían los propios japoneses los que se organizarían para dar cobijo a los que no podían conseguir una vivienda. Se compraron dos haciendas, en el Distrito Federal y en Morelos, en las que se asentarían unas 850 personas. Allí cultivaban sus propios alimentos y disponían de escuelas en japonés. Pese a disfrutar de esa relativa libertad, los japoneses tenían restringidos sus movimientos y estaban siempre sometidos a vigilancia.

A partir de 1943, en vista de que el riesgo de que los japoneses utilizasen México para atacar Estados Unidos se había diluido, la vigilancia a que estaba siendo sometida la comunidad nipona se hizo más laxa. Aunque las consecuencias de la guerra no habían sido tan duras como en sus vecinos del norte o en Perú, los japo-mexicanos se vieron dramáticamente empobrecidos con la pérdida de sus bienes, padeciendo inestabilidad y desarraigo fruto de esos desplazamientos forzosos.

Campos brasileños

La entrada de Brasil en la guerra en agosto de 1942 también provocó una reacción contra los inmigrantes nipones parecida a la que había ocurrido

antes en Estados Unidos. Pero las acciones represivas se habían iniciado en enero de ese año, con la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Brasil y Japón. A partir de ese momento comenzaría el acoso a la comunidad nipona.

Los japoneses habían llegado a Brasil a principios del siglo XX atraídos por el trabajo que ofrecían las plantaciones de café. Después de superar las dificultades del choque cultural, fueron prosperando con la creación de pequeños negocios o cooperativas agrícolas. Sin embargo, la comunidad japonesa permaneció encerrada en sí misma, al mismo tiempo que los prejuicios de la sociedad brasileña dificultaban esa integración. La consecuencia fue que los más de 200.000 nipo-brasileños eran contemplados como un cuerpo extraño, una sensación que se acentuaría después de que Brasil se alinease con los Aliados y Japón se convirtiera en el enemigo.

Así pues, se prohibió la enseñanza del japonés, así como la publicación de cualquier escrito en ese idioma. Más grave aún fue la prohibición de hablar japonés en un lugar público, lo que afectaba especialmente a las personas mayores, ya que buena parte de ellas no sabían portugués. Cualquiera que cruzase unas palabras en japonés en un café o una tienda se arriesgaba a ser detenido.

En los meses siguientes, las medidas de control sobre la comunidad nipona irían en aumento. Se establecía la prohibición de viajar de una localidad a otra sin permiso de la autoridad, así como cambiar de lugar de residencia. No se permitía discutir sobre la situación internacional ni incluso reunirse más de tres personas en casas particulares, aunque fuera para una celebración privada. Los nipo-brasileños se vieron obligados también a entregar a la policía los aparatos de radio. Tampoco podían utilizar sus automóviles, camiones, motocicletas o embarcaciones, que quedarían bajo custodia policial.

Para completar ese acoso legal, se adoptaron medidas de tipo económico que, en este caso, afectarían también a los inmigrantes de origen alemán o italiano. Así, para cubrir las indemnizaciones por los perjuicios ocasionados a bienes del estado brasileño por las potencias del Eje, especialmente a consecuencia de los ataques de submarinos, se decretó la confiscación de parte de los depósitos bancarios de los clientes pertenecientes a esas comunidades.



Reproducción de una típica casa de inmigrantes nipones en una plantación de café. El salón está presidido por la fotografía de la Familia Imperial nipona. Museo Histórico de la Inmigración Japonesa en Brasil, Sao Paulo. *Foto del autor, diciembre de 2015*.

Curiosamente, pese a que los submarinos que hundían barcos brasileños eran alemanes, los que se encontraban en el punto de mira de las autoridades y de la población en general eran los japoneses. Por ejemplo, estudiantes de Derecho organizaron una manifestación en pleno centro del barrio nipón de Sao Paulo, a la que acudiría una masa de 200.000 personas, reclamando al Gobierno mano dura contra esa comunidad, vista como una quinta columna del Eje. En ese ambiente de creciente tensión, después de que fuera hundido el trigésimo barco brasileño por ataques de submarinos alemanes, el Gobierno de Río de Janeiro se sentiría empujado a tomar medidas drásticas.

El 9 de julio de 1942, el presidente Getúlio Vargas ordenó que los «súbditos del Eje» que viviesen en el litoral fuesen «internados» a más de 100 kilómetros de la costa, para impedir eventuales contactos de espías con submarinos enemigos, y evitar que pudieran recibir armamento, órdenes para efectuar sabotajes o informaciones secretas. Aunque la medida iba en teoría dirigida a alemanes, italianos y japoneses por igual, en la práctica se aplicaría mayoritariamente contra los nipones, quienes constituían una importante colonia, sobre todo en el dinámico estado de Sao Paulo.

Una vez dada la orden de evacuación, comenzó la expulsión de los japoneses que vivían en la franja costera. Por ejemplo, en Santos, ciudad portuaria del estado paulista, la policía y el ejército se encargaron de vaciar los barrios nipones y conducir a los desplazados a la estación de ferrocarril. Hasta los enfermos fueron llevados en camillas. Allí les

esperaban los vagones, requisados por el ejército, que iban a trasladarles al interior.

Las escenas que se vieron esos aciagos días fueron dramáticamente parecidas a las que habían tenido lugar en la costa oeste norteamericana, así como en Perú o México. Los japoneses tuvieron también que deshacerse rápidamente de sus pertenencias, poniéndolas a la venta en mitad de la calle. Las saldaban a cualquier precio, ya que no había tiempo para regatear. Los labradores que no podían llevarse los animales consigo, ya fueran mulas, cerdos o gallinas, también trataron al menos de conseguir algún dinero por ellos. Miles de inmigrantes vieron el producto de una vida de trabajo esfumarse en apenas unas horas. En una cínica nota, las autoridades pidieron a la población que tomase la responsabilidad de «la vigilancia y la salvaguarda de las propiedades, bienes, semovientes y plantaciones dejadas por sus propietarios».



Interior de una casa de colonos nipones, en el que se pueden observar las herramientas y artículos de uso diario. Museo Histórico de la Inmigración Japonesa en Brasil. *Foto del autor, diciembre de 2015*.

A los alemanes e italianos que fueron también expulsados del litoral se les permitió integrarse en las comunidades de inmigrantes del interior, librándose así del confinamiento. Pero, como se ha apuntado, las autoridades fueron más estrictas con los japoneses. Los campos de internamiento funcionaban como pequeñas colonias agrícolas en haciendas estatales, con capacidad para varias decenas de internos. Las condiciones de alojamiento solían ser precarias y el trato que recibían los internos era severo. Esas instalaciones eran designadas por la propia policía como «campos de concentración».

Uno de estos campos sería el de la Granja Canguiri, cerca de la capital del estado de Paraná, Curitiba. En esa granja se levantaban varios establos destinados a guardar caballos y vacas, que a partir de ese momento servirían para alojar a los japoneses deportados. No hay constancia documental de cuántos nipones quedaron internados allí, pero conocemos la situación que vivieron gracias al testimonio de una deportada. Los adultos fueron obligados a trabajar en la producción agrícola, mientras los niños fueron separados de sus padres y llevados a una escuela agrícola, en otra ciudad. Esa medida había sido tomada supuestamente para proporcionar educación a los niños en unas instalaciones adecuadas, pero los japoneses lo interpretaron de una manera muy diferente, ya que consideraban que en realidad los niños se habían convertido en rehenes, para impedir de ese modo que sus padres tratasen de escapar de la granja.

Aunque no se conocen casos de maltrato físico en la granja, los japoneses fueron objeto de vejatorias humillaciones. Por ejemplo, se organizaban excursiones para que los estudiantes de Curitiba acudieran a verles como si se tratase de un parque zoológico. Los estudiantes, intoxicados por los prejuicios racistas contra los japoneses, los contemplaban como si se tratase de animales, ofreciéndoles manojos de hierba y tratando de atraer su atención con relinchos o mugidos. Como prueba de la aceptación que tenían esas visitas, una campaña de recogida de caucho y metales lanzada entre los estudiantes tenía como premio una excursión a la Granja Canguiri. Los japoneses quedarían internados en aquel campo hasta el final de la contienda.

Los nipo-brasileños del norte del país quedarían concentrados en Acará, en el estado de Pará, una localidad situada en medio de la selva, en donde ya había una pequeña colonia nipona. Tras la guerra, los nipones internados ya no se moverían de allí y dedicarían sus esfuerzos a transformar Acará en un modelo de productividad agrícola[6].

Compensaciones y disculpas

El paso de los años permitió analizar, con la ecuanimidad que proporciona la distancia en el tiempo, la pertinencia de aquellas drásticas medidas. Es significativo el hecho de que ni un solo ciudadano nipo-norteamericano llegó a ser juzgado por acusaciones de espionaje o sabotaje. El

internamiento de miles de familias se demostró una decisión injusta y desproporcionada. De todos modos, las condiciones de este internamiento, tal como se ha apuntado, no tuvieron nada que ver con las que sufrieron los europeos que fueron confinados en campos de concentración. En 1988, el Gobierno estadounidense aceptó compensar con 20.000 dólares y una disculpa oficial a los cerca de 60.000 supervivientes de origen japonés de los campos de internamiento.

Los japoneses latinoamericanos que fueron deportados a Estados Unidos quedarían excluidos de la indemnización de 20.000 dólares establecida en 1988, ya que cuando fueron encarcelados en los campos no eran ciudadanos estadounidenses ni residentes legales en el país. En 1996, el entonces presidente Bill Clinton pidió disculpas a los japoneses latinoamericanos por los «errores del pasado, en nombre de la nación norteamericana». El mandatario ofreció sus «sinceras disculpas por las acciones que injustamente negaron a los japoneses americanos y a sus familias derechos fundamentales durante la Segunda Guerra Mundial». Según el documento, las acciones norteamericanas habían estado motivadas por «los prejuicios raciales y la histeria de guerra».

Pese a las buenas intenciones expresadas en la carta de Clinton, la administración estadounidense se mostraba remisa a pagar a los japoneses latinoamericanos la misma compensación que a los nipo-norteamericanos que habían corrido idéntica suerte. Tras una demanda contra el Gobierno estadounidense, en 1998 este aceptó abonar una indemnización de 5000 dólares, la cuarta parte que a los nipo-norteamericanos, una cantidad que fue considerada como insuficiente por los afectados. Un nuevo reconocimiento simbólico llegaría en 2010, cuando el referido 100º Batallón de Infantería recibió la Medalla de Oro del Congreso por el valor demostrado por sus integrantes durante la guerra.

En Canadá, hasta 1949 los ciudadanos de origen japonés no pudieron disfrutar del derecho de libre circulación por el país, ya que tenían prohibido acercarse a la costa del Pacífico, pese a que hacía cuatro años que Japón se había rendido y ya no representaba ninguna amenaza. El Gobierno de Ottawa también acabaría reconociendo el mal causado a sus ciudadanos de origen nipón, presentando a los afectados por las confiscaciones, expulsiones e internamientos las correspondientes disculpas en septiembre de 1988, anunciándose un paquete de compensaciones económicas.

En 2011, el Gobierno peruano pidió disculpas a la comunidad nipona por el «grave atentado contra los derechos humanos y la dignidad de los peruano-japoneses en 1941», aunque no se contempló el pago de ninguna indemnización. En cambio, en México no ha habido ninguna iniciativa para reconocer el daño que entonces se causó a la comunidad de origen nipón.

En cuanto a Brasil, esa disculpa se produjo tan solo en el seno de la denominada Comisión Nacional de la Verdad, una comisión constituida por el Gobierno en 2012 para investigar las violaciones de derechos humanos entre 1946 y 1988. Aunque el confinamiento de nipo-brasileños por orden del Gobierno fue anterior a esa fecha de corte, tras la guerra aún se producirían abusos contra esa comunidad, siguiendo la inercia del acoso legal que había padecido, en forma de discriminaciones, encarcelamientos y, en algunos casos, incluso torturas. La citada Comisión manifestaría su vergüenza por esos hechos que achacó al «racismo de las élites brasileñas». A pesar de que en los archivos del Banco Central existe una vasta documentación sobre la confiscación de los bienes japoneses y de los demás «súbditos del Eje», nunca se ha planteado la posibilidad de indemnizar a los que entonces se les arrebató todo en nombre de la seguridad del país.

4 Los estadounidenses concedieron una gran importancia a esa vía de comunicación, cuyo fin era fortalecer las defensas del territorio de Alaska ante un hipotético ataque japonés. Del mismo modo, se esperaba que la autopista pudiera servir para aprovisionar a la Unión Soviética y a China.

Debido a esa relevancia estratégica, se destinaron a su construcción unos 10.000 soldados y 16.000 trabajadores civiles, entre ellos los referidos nipo-canadienses. La presencia de ese auténtico ejército de obreros haría posible que se alcanzase un frenético ritmo de construcción de unos 12 kilómetros diarios. La autopista, que sería conocida como la *Alaska Highway*, quedó concluida el 18 de marzo de 1942.

5 Ver el artículo de Francis Peddie «Una presencia incómoda: la colonia japonesa de México durante la Segunda Guerra Mundial», en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Nº 32, julio-diciembre 2006, pp. 73-101.

6 Para conocer en detalle la inmigración japonesa en Brasil y cómo afectó la Segunda Guerra Mundial a la colonia nipona, ver mi libro *¡Japón ganó la guerra! La historia de autoengaño más extraordinaria del siglo XX*. Editorial Melusina, Santa Cruz de Tenerife, 2016.

Capítulo 7:
Tormenta de fuego

La campaña de bombardeos aliados contra las ciudades alemanas, que se extendería desde 1942 hasta el final de la guerra, se convertiría en otro capítulo incómodo en la historia del conflicto. Aunque fueron los alemanes los primeros en recurrir al conocido como bombardeo en alfombra, de área o de saturación, como ocurrió en Varsovia o Rotterdam y más tarde en Londres o Coventry, serían los Aliados los que elevarían el bombardeo estratégico a cotas que podríamos calificar de apocalípticas.

Las escenas que se vivieron en las ciudades que fueron objetivo de los bombardeos serían realmente atroces, propias de la más horripilante de las pesadillas, tal como el lector tendrá ocasión de comprobar. No obstante, salvo algunas recientes excepciones, los historiadores han pasado de puntillas por las terribles consecuencias de esa ofensiva aérea, quizás para evitar el riesgo de ponerla en plano de igualdad con las atrocidades cometidas por los nazis, banalizando estas últimas. Aunque la campaña de bombardeos aliados estaba dirigida únicamente a ganar la guerra y no a exterminar a la población germana, lo que representa una diferencia fundamental, la controversia que la acompaña se ha resuelto la mayoría de veces evitando referirse a ella. En este capítulo conoceremos los pavorosos extremos a los que llegó la aplicación de esa estrategia.

Los civiles son el objetivo

El 14 de febrero de 1942, el Mando de Bombarderos de la RAF recibió la llamada Area Bombing Directive, que designaba como objetivos las ciudades más densamente construidas: «Se ha resuelto —señalaba la directiva— que el objetivo primordial de su operación sea minar la moral de la población enemiga, en especial la de los trabajadores industriales». Para que quedase claro el tipo de guerra aérea al que se refería la directiva, un acta del jefe del Estado Mayor del Aire, Charles Portal, incidía en que «los objetivos serán los núcleos de población y no, por ejemplo, los astilleros o la industria aeronáutica. Esto debe quedar bien claro».

Esa estrategia había sido ideada por Portal y Churchill en octubre de 1940, mientras Londres estaba siendo sometida a los bombardeos de la Luftwaffe. Contemplando las llamas provocadas por los ataques, ambos valoraron la posibilidad de usar la «máxima cantidad de fuego» (*maximum use of fire*) para arrasar sectores de población civil.

Esta táctica ya la predijo en 1932 el entonces primer ministro Stanley Baldwin, con descarnada clarividencia. El premier británico aseguró en una ocasión que, dado que «el bombardero siempre consigue llegar, la única defensa es la ofensiva, lo que significa que uno ha de matar más mujeres y niños, y más rápidamente que el enemigo, si quiere salvarse. Solo menciono esto para que la gente se dé cuenta de qué es lo que le espera cuando llegue la próxima guerra». No se puede decir que Baldwin estuviera equivocado respecto a lo que se podía esperar del futuro.

En 1942, la RAF ya contaba con la capacidad para poner esa terrible estrategia en práctica, al contar con bombarderos pesados y sistemas de navegación efectivos. El encargado de hacer realidad los deseos de Portal y Churchill sería el comandante en jefe del Mando de Bombarderos de la RAF Arthur Harris, quien estaba firmemente convencido de que la guerra se podía ganar desde el aire.

Por otro lado, en esa época los soviéticos se estaban viendo forzados a mantener una colosal guerra de desgaste contra el invasor germano. Stalin exigía insistentemente a sus aliados occidentales que abriesen un segundo frente en Europa para que los alemanes tuvieran que dividir su esfuerzo. Sin embargo, tanto británicos como norteamericanos no estaban en absoluto preparados para lanzar una invasión del continente. Debía pasar todavía mucho tiempo hasta que estuvieran en condiciones de plantearse el asalto a la fortaleza europea de Hitler con alguna esperanza de éxito.

Para aplacar a Stalin, los británicos pusieron sobre la mesa la idea de lanzar desde el aire un ataque sistemático del territorio alemán, confiando en que eso fuera suficiente para doblegar a Alemania e hiciera innecesario el desembarco que demandaban los soviéticos. Así pues, todas las circunstancias empujaban en la dirección planteada por Harris. Si estaba en lo cierto, Alemania podría ser destruida desde el aire, sin que fuera necesario recurrir a largas y costosas campañas terrestres que costarían miles de vidas aliadas.



El mariscal de la RAF Arthur Harris dirigió la campaña de bombardeos sobre las ciudades alemanas. Aunque él no fue más que el ejecutor, pasaría a la historia como el responsable de esa controvertida estrategia. *Wikimedia Commons*.

La primera ciudad víctima de esa nueva consigna sería Lübeck, en el norte de Alemania. El 28 de marzo de 1942 fue atacada por 234 aparatos, que arrojaron 400 toneladas de bombas, de las que dos tercios eran bombas incendiarias. Lübeck no albergaba ninguna industria relevante para la guerra, por lo que estaba débilmente defendida. Fue elegida por ser fácilmente localizable desde el aire, al encontrarse en una bahía, y por poseer un abigarrado casco viejo en el que predominaba la madera, ideal para ser pasto de las llamas. Como resultado del bombardeo, murieron 320 personas y más de un millar de edificios quedaron destruidos, incluyendo la catedral del siglo XII.

Un millar de bombardeos

El ataque a Lübeck fue considerado un éxito, por lo que Harris comenzó a preparar un nuevo y ambicioso reto: utilizar un millar de aparatos en una sola operación de bombardeo. Como solo tenía cuatro centenares de aparatos bajo su mando, Harris tuvo que recurrir a los aviones destinados al entrenamiento de pilotos o la vigilancia costera, así como otros que habían sido retirados por obsoletos. En total, logró reunir 1047 aparatos para la operación que sería denominada precisamente *Millennium*.

El primer objetivo era Hamburgo, pero el mal tiempo llevó a cambiarlo en el último momento por Colonia. La noche del 30 al 31 de mayo de 1942, la ciudad renana se vio sometida a un bombardeo que causó 480 muertos y 5000 heridos, 3000 edificios y dejó dañados más de 10.000.

Después del ensayo de Lübeck, el ataque contra Colonia supuso una muestra definitiva de lo que se podía lograr con la nueva estrategia. Churchill anunció en el Parlamento que en los años venideros todas las ciudades alemanas, con sus puertos y centros productivos, «se someterán a una prueba de fuego que ningún otro país habrá experimentado antes, en cuanto a persistencia, intensidad o extensión». El primer ministro estaba describiendo exactamente lo que iba a suceder.

En junio de 1942 se volvieron a utilizar un millar de aparatos en un ataque, primero en Essen y después en Bremen. En estos casos, los resultados estuvieron por debajo de lo esperado, pero aun así se decidió seguir por ese camino. El 9 de septiembre le tocó el turno a Düsseldorf, en donde se emplearon por primera vez bombas «revienta-manzanas», de enorme poder explosivo.

Con una espeluznante frialdad, Portal marcó para 1943 y 1944 el objetivo de matar a 900.000 alemanes, herir gravemente a 1 millón y dejar a 25 millones de personas sin hogar. Harris, por su parte, reclamaba una cifra fantástica de 30.000 bombarderos para poder alcanzar esos apocalípticos números.

Para demostrar su compromiso entusiasta con esa estrategia y que había aprendido bien la lección impartida por sus superiores, Harris dirigió una carta a Portal en la que remarcaba que:

> El objetivo es la destrucción de las ciudades alemanas, la muerte de los trabajadores alemanes y la desarticulación de la vida social civilizada en toda Alemania, la destrucción de edificios, instalaciones públicas, medios de transporte y vidas humanas, la creación de un problema de refugiados de unas proporciones hasta ahora desconocidas y el derrumbe de la moral tanto en el frente patrio como en el frente bélico por medio de unos bombardeos todavía más amplios y violentos.

En los meses siguientes, el Mando de Bombarderos seguiría atacando con insistencia las ciudades alemanas. Tras un acuerdo alcanzado en la Conferencia de Casablanca, a partir de enero de 1943 los británicos contarían con la inestimable ayuda de los norteamericanos. Gracias a esa colaboración, se reanudó la campaña con nuevos bríos. Acordaron repartirse equitativamente el trabajo; mediante las ofensivas llamadas *Round the Clock*, la RAF se encargaría de los ataques nocturnos mientras la fuerza aérea norteamericana haría lo propio con los diurnos, en bombardeos a gran altura que pretendían ser de precisión.

Pero no toda la colaboración norteamericana estaría encaminada a sembrar la destrucción. Portal se manifestó a favor de efectuar un

bombardeo pesado sobre Roma, una decisión apoyada por Harris, quien desechó cualquier escrúpulo ante la idea de mandar a sus bombarderos a arrasar el principal referente arquitectónico, artístico y espiritual de la civilización occidental. Solo la oposición de los estadounidenses evitó que la Ciudad Eterna, con todos sus milenarios tesoros históricos, quedase reducida a unos escombros humeantes.

El 21 de junio de 1943, siguiendo esta nueva estrategia de división del trabajo entre británicos y norteamericanos, Wuppertal padeció un intenso bombardeo diurno y nocturno que destruyó totalmente la ciudad, causando más de 5000 muertos. Pero el ejemplo más extremo de estos ataques masivos contra la población civil llegaría en julio de 1943. La víctima sería la ciudad que catorce meses antes la meteorología había salvado, en perjuicio de Colonia. Esta vez, nada la podría salvar.





En el distrito de Hamm, junto a la iglesia de Wichern, se encuentra el Bunkermuseum, único refugio antiaéreo abierto al público. Consta de cuatro túneles dispuestos en paralelo, de unos 20 metros de largo cada uno. En ellos se exponen objetos relacionados con los bombardeos, desde cascos, extintores o máscaras antigás, a las maletas y carteras que los civiles solían llevar consigo a los refugios con sus bienes más preciados. *Fotos del autor, diciembre 2016*.

Operación Gomorra

Hamburgo estaba destinada a convertirse en el centro económico más importante de Europa en el Reich de los Mil Años soñado por Hitler. La ciudad hanseática, que había recibido del Führer el título de *Tor zur Welt* «Puerta hacia el Mundo») iba a ser remodelada para reflejar esa pujanza, con una serie de rascacielos alineados a lo largo de la orilla del río Elba. Entre ellos destacaría el conocido como Gauhaus, de 250 metros de altura, con una esbelta forma rectangular y la azotea coronada por una enorme estatua humana. También se construirían nuevos puentes sobre el Elba, incluyendo uno de dimensiones gigantescas. Sin embargo, esas megalómanas ensoñaciones del dictador germano se verían arrasadas literalmente aquel verano de 1943.

Hamburgo se convertiría en la víctima de la denominada Operación Gomorra. En el Antiguo Testamento, Sodoma y Gomorra eran dos ciudades habitadas por pecadores que, según las Escrituras, Yahvé aniquiló con una lluvia de fuego y azufre; en este caso, el papel de los pecadores correspondería a los infortunados habitantes de la urbe hanseática.

Los ataques comenzaron la noche del 24 al 25 de julio, con el bombardeo del centro de Hamburgo por parte de casi 800 bombarderos británicos; el número de víctimas mortales rondó las 1500. El 26 de julio los norteamericanos atacaron de nuevo la ciudad, provocando también un millar y medio de muertos.

Los habitantes de Hamburgo pudieron comprobar en sus propias carnes la depurada técnica que se había desarrollado para devastar una ciudad. Durante los bombardeos se empleaban tanto bombas explosivas como incendiarias; las primeras destrozaban los tejados de los edificios y dejaban expuesta la madera, mientras el fósforo de las segundas caía directamente en el interior de las viviendas y por el hueco de las escaleras. El fuego llegaba así hasta las plantas subterráneas, de modo que los edificios ardían hasta los cimientos. Los que se refugiaban en los sótanos tenían muchas probabilidades de morir asfixiados por falta de oxígeno.



Teléfono y pizarra utilizada por la defensa antiaérea, expuestos en el Bunkermuseum. *Foto del autor, diciembre 2016*.


Búnker antiaéreo en Hamburgo perfectamente conservado, que actualmente aloja tiendas y oficinas comerciales. Los cañones instalados en su azotea no lograron obstaculizar la acción de los bombarderos aliados. *Foto del autor, diciembre 2016*.

Horno siderúrgico

Pero fue en la noche del 27 de julio cuando Hamburgo se convirtió en el macabro escenario de un espectáculo de muerte y destrucción sin parangón. La acción coordinada de 739 bombarderos británicos logró crear la temible tormenta de fuego. Este fenómeno se dio en contadas ocasiones durante la guerra. Cuando se consigue, fruto de una detallada planificación científica y unas condiciones atmosféricas favorables, sus resultados son devastadores.

En un incendio, el aire que está sobre este alcanza un calor muy elevado y sube rápidamente; el aire frío que se encuentra al nivel del suelo se apresura entonces a ocupar el vacío dejado por el aire en ascenso. Pero si el incendio tiene una magnitud desmesurada, acaban creándose fuertes vientos que acuden a la base del fuego, proporcionándole más oxígeno. Ese constante flujo de oxígeno, que puede llegar incluso con vientos huracanados, hace que se alcancen temperaturas de 1000 grados. El incendio resulta entonces imposible de apagar. La consecuencia es que

miles de personas arden o se derriten como si hubieran sido introducidas en un horno siderúrgico.



Botellas de cristal deformadas por el calor provocado por la tormenta de fuego que asoló la ciudad, lo que da idea de las infernales temperaturas que se llegaron a alcanzar. Estos elocuentes objetos se exponen en el Bunkermuseum. *Foto del autor, diciembre 2016*.

Unos 12 kilómetros cuadrados de Hamburgo se vieron sometidos a esas condiciones incompatibles con la vida, humana o de cualquier otro tipo. La mayoría de las víctimas de la tormenta de fuego no estaban en la superficie, sino en los sótanos; estos iban absorbiendo el calor exterior hasta que se convertían en auténticos hornos. Si esas altísimas temperaturas no eran suficientes para arrebatarles la vida, los gases tóxicos producto de los altos explosivos hacían el resto. Los que se aventuraban a salir al exterior se encontraban de repente con una bocanada de aire caliente que se introducía violentamente en sus pulmones, mientras ese mismo calor les quemaba la ropa, les chamuscaba el cabello y les producía quemaduras graves en la piel. Los músculos se reblandecían y los órganos internos dejaban de funcionar, quedando duros e hinchados. Algunos se quedaban literalmente pegados al alquitrán derretido. En un plazo muy corto, de apenas unos segundos, el cuerpo humano quedaba expuesto a unas condiciones ambientales propias de otro planeta, un mundo que no permitía su existencia.

Al amanecer, la ciudad hanseática ofrecía un pavoroso panorama. Miles de edificios habían sido reducidos a escombros. Más de 2000 hectáreas de casas y fábricas aparecían totalmente destruidas y tres barrios habían quedado arrasados. Aun más grave que los daños materiales fueron los humanos. Unos 30000 cuerpos despedazados habían quedado esparcidos por la calle, o bien asfixiados o reventados en sótanos y refugios.

Evacuación masiva

En los días siguientes, hasta la noche del 3 al 4 de agosto de 1943, se repitieron los ataques aéreos. Aunque se produjeron numerosos incendios, no se consiguió crear de nuevo una tormenta de fuego. Las víctimas no pasarían de unos pocos millares, pero el miedo hizo que se emprendiese una evacuación masiva.

Todos aquellos habitantes considerados no necesarios en la producción de suministros obtuvieron permiso para abandonar la ciudad, con especial atención a los niños, que fueron desplazados a áreas rurales. Este éxodo alcanzó a cerca de un millón de hamburgueses. La policía y el ejército intentaban coordinar esa huida masiva hacia las estaciones de ferrocarril de la periferia que estaban todavía operativas; 625 trenes transportaron cerca de 786.000 personas.

El distrito de acogida asignado a una parte de esos refugiados sería curiosamente Bayreuth, la localidad bávara conocida por su festival wagneriano, al que solían acudir cada año Hitler y los jerarcas nazis. Por esas fechas se estaba celebrando el festival, y el Partido Nazi había obsequiado con una visita a la ópera a los soldados heridos y a los distinguidos en combate. En una escena surrealista, a la estación iban llegando al mismo tiempo los animados soldados con uniformes de gala, recibidos con marchas militares, y los civiles evacuados de Hamburgo, trastornados y con el espanto todavía reflejado en sus rostros.

Ese flujo de refugiados se produjo también hacia los embarcaderos del río Elba, en donde unos 50.000 subieron a los navíos que les debían poner a salvo remontando la vía fluvial. No obstante, en cuanto se vio que los medios de transporte eran incapaces de sacar a todos de la ciudad para llevarles a zonas seguras, comenzaron a caminar tan lejos como pudieron llegar a pie, durmiendo al raso. En los pueblos por los que pasaba esta masa de refugiados, sus habitantes se quedaban helados al contemplar esa dramática escena más propia de la Edad Media, como si los afligidos caminantes estuvieran huyendo de la peste negra. Las localidades en las que se detenían tenían la obligación de prestarle alojamiento y cuidados. Las autoridades trataron también de dirigir a los que iban a pie, recogiendo a los más débiles en camiones, autobuses o carruajes de caballos.

Muchos no habían podido vestirse ni calzarse en el momento de la huida, por lo que algunos llevaban ropa de deporte, otros iban en pijama o

ropa interior, o descalzos. Pero, aun así, todos soportaban su situación de forma resignada y serena, mostrando una inesperada entereza en su desgracia. Así lo dejó reflejado el escritor Hans Erich Nossack en su libro *El hundimiento*, una de las escasas obras literarias centradas en aquellos terribles acontecimientos. Nossack había visto el bombardeo desde la cabaña en la que veraneaba, a 15 kilómetros de la ciudad. Luego habló con los supervivientes: «Lo que contaban era tan increíblemente aterrador que cuesta entender cómo lograron sobrevivir», escribió. Nossack se sorprendió al no constatar ningún ánimo de venganza contra los Aliados entre las víctimas; un hombre que expresó airadamente ese sentimiento fue recriminado por los demás. Es curioso que, con tantos damnificados humanos, a Nossack le llamase la atención el triste destino de los gatos de la ciudad: «La mayoría de ellos murió, ya fuera por nostalgia o consumidos por las secuelas del terror».

No fueron raros los casos de personas que resultaron trastornadas por el bombardeo. Un caso especialmente doloroso fue el de las madres que abandonaron la ciudad llevando los cuerpos sin vida de sus hijos pequeños en una maleta.

Como se ha apuntado, los hamburgueses que huyeron de la ciudad fueron realojados en diversas zonas de la parte oriental de Alemania, en Baviera y hasta en Polonia. Los testimonios de los refugiados, que dejaban traslucir en su cara todo el espanto que habían vivido, hicieron que la crónica de la devastación sufrida por Hamburgo se extendiese rápidamente por todo el país. No obstante, al sentirse extraños y no siempre bienvenidos en esas regiones de acogida, no fueron pocos lo que decidirían regresar a Hamburgo, reasentándose en los suburbios que habían escapado a la destrucción y asumiendo el riesgo de sufrir un nuevo bombardeo.

Cadáveres, moscas y ratas

Pero no solo los civiles germanos sufrirían las consecuencias del bombardeo. Unos 2000 prisioneros del campo de concentración de Neuengamme, situado a unos 25 kilómetros al sureste de la ciudad, serían trasladados a un edificio de siete plantas, de los pocos que permanecían en pie en el castigado distrito de Hammerbrook, y que había sido un almacén de tabaco. Allí integrarían un destacamento que se encargaría de rescatar

víctimas de entre los escombros y desactivar las bombas que no habían estallado.

Las condiciones de vida de los rusos, polacos, franceses, belgas, daneses, checos y alemanes confinados en aquel antiguo almacén serían desastrosas. Estaban mal alimentados y tenían que vivir en condiciones higiénicas muy precarias. Se levantaban a las cuatro y media de la madrugada, se hacía el recuento y entonces comenzaba una larga jornada de trabajo entre las ruinas de la ciudad hasta la puesta de sol. A consecuencia de los desprendimientos y las explosiones de las bombas, morirían unos 800 prisioneros en estas penosas tareas.

Durante meses, Hamburgo confirmó aquella impresión irreal de ser una ciudad medieval azotada por la peste. Los miles de cadáveres que quedaban insepultos en sótanos o bajo los cascotes atrajeron densos enjambres de moscas de reflejos verdes, que se enseñorearon de la ciudad hasta bien entrado el mes de octubre. Los prisioneros encargados de recuperar los cuerpos trataban de eliminar los repugnantes insectos utilizando lanzallamas. Manadas de ratas campaban también a sus anchas entre las ruinas, ahítas de carne putrefacta.



El antiguo almacén de tabaco de Hammerbrook en el que serían alojados en condiciones penosas los prisioneros encargados de las labores de reconstrucción. El edificio es hoy un albergue juvenil. *Foto del autor, diciembre 2016*.



En el interior del albergue se exponen estos plafones informativos que recuerdan el triste pasado del edificio. *Foto del autor, diciembre 2016*.

La destrucción de Hamburgo, que causó 42.600 muertos, provocó un fuerte impacto psicológico en los jerarcas nazis. Hay que tener presente que, hasta ese momento, las cifras de muertos por cada gran bombardeo se habían movido en torno a los 4000, pero en este caso esa cifra se había multiplicado de golpe por diez.

El jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring, quedó en estado de *shock* al conocer los detalles de lo que había ocurrido, paralizado y murmurando palabras ininteligibles. Él era el encargado de que los bombarderos aliados no irrumpiesen en los cielos alemanes, empeñando su palabra en ello, en el caso de que esta tuviera algún valor, y había fracasado estrepitosamente. Hitler reaccionó a la noticia con furia; incapaz de asumir que el incontestable poderío aéreo aliado iba a dejar Alemania arrasada si él seguía empeñado en continuar con una guerra en la que ya no podía vencer, desahogó su rabia acusando a los comandantes británicos de la fuerza aérea de ser judíos.

Recuperada la serenidad, Hitler impartió órdenes precisas para que se divulgaran las consecuencias reales de las incursiones aéreas como la que acababa de sufrir Hamburgo. El Führer, en un insólito rapto de realismo, justificó su decisión afirmando ante sus generales que «la más brutal de las verdades, por cruel que resulte, es más soportable que una situación idílica, pero falsa e inexistente». Al principio, la política informativa del régimen nazi había tratado de ocultar o minimizar los daños que estaban sufriendo las ciudades alemanas bajo la acción de los aviones aliados, pero pronto se vio que esa estrategia tan solo provocaba un incremento de la desconfianza al chocar con la realidad evidente. Los efectos de los bombardeos eran fácilmente constatables y los numerosos testigos se

encargaban de desmentir la edulcorada versión oficial. Por tanto, a los alemanes no se les ocultaría información sobre la tragedia de la ciudad hanseática, por dura y difícil de digerir que fuera.

Por su parte, el ministro de Propaganda, el mefítico Joseph Goebbels, tras conocer los detalles de la catástrofe no se llamó a engaño y admitió ante sus subordinados las primeras dudas sobre la victoria del Reich. «¿Y si perdemos la guerra?», les preguntó, sin esperar una respuesta. El genio diabólico de la propaganda política intuyó que la completa aniquilación de Hamburgo constituía un negro presagio del destino que le esperaba a toda Alemania.



Exterior de lo que fue antes del bombardeo la iglesia de San Nicolás. Su cripta alberga un museo dedicado a aquel terrible episodio. *Foto del autor, diciembre 2016.*



Escultura en el recinto de la Nikolaikirche que recuerda a las víctimas del bombardeo. *Foto del autor, diciembre 2016.*

La destrucción de Hamburgo fue tan dantesca que todavía hoy se perciben claramente las cicatrices de aquel bombardeo. En los barrios que resultaron destruidos, como el de Hammerbrook, poblado entonces por

trabajadores del puerto, en la actualidad no hay prácticamente ningún bloque de viviendas; en su lugar solo hay aparcamientos, pequeñas empresas y edificios de oficinas. Otros barrios antaño populares, como la ciudad vieja de Altona, sencillamente ya no existen, y lo mismo ocurre con diversos monumentos; algunas iglesias antiguas solo han sido restauradas parcialmente por motivos económicos y aparecen aisladas y extrañamente fuera de lugar, al quedar destruidos los alrededores que les servían de contexto histórico.

El punto más emblemático en el que se recuerdan los bombardeos es el Memorial de San Nicolás, en el centro de la ciudad. La iglesia de San Nicolás (*Nikolaikirche*), del siglo XIV y reconstruida varias veces a lo largo de la historia, cuenta con una imponente aguja de estilo neogótico levantada en 1874, que fue durante dos años el edificio más alto del mundo gracias a sus 147 metros. Su altura serviría de referencia a los bombarderos aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque la nave de la iglesia sufrió graves daños el 28 de julio de 1943, desplomándose el techo, ni la aguja ni los muros se derrumbaron. Tras la guerra, se decidió no reconstruir el templo y conservar sus restos como monumento conmemorativo de la guerra. En la cripta, que es utilizada para conferencias y conciertos de música, se puede visitar un museo dedicado a la Operación Gomorra, en el que se explican diversos aspectos de la campaña de ataques aéreos sobre la ciudad, y se muestran objetos rescatados de los bombardeos. También tienen cabida en la exposición las historias personales de los civiles que los padecieron. En la superficie, en el espacio que ocupaba la nave, varias placas y figuras escultóricas recuerdan el horror que vivió Hamburgo aquel trágico verano de 1943.

En suma, lo que antes eran densas zonas de viviendas en las que bullía la vida efervescente propia de una ciudad portuaria hoy son extensiones desangeladas e impersonales partidas por avenidas de cuatro carriles por las que los turismos y los camiones circulan a gran velocidad. Aquel acontecimiento traumático ha quedado grabado para siempre en la identidad de la ciudad.



Desoladora imagen aérea de una Hamburgo totalmente devastada tras el bombardeo. Las cicatrices que dejó en la trama urbana son todavía visibles en la actualidad. *Imperial War Museum*.

El bombardeo de Dresde

A partir de la hecatombe de Hamburgo, serían muchas las ciudades que sufrirían un destino similar. En septiembre de 1943, el centro de Stuttgart quedó arrasado. En Colonia dejó de haber agua, gas, electricidad y comida. Un miembro de una tripulación aliada escribió que Essen parecía «una inmensa olla ardiendo», tras uno de los 272 ataques que sufrió esa ciudad renana.

Los Aliados se cebaron especialmente con Duisburgo, situada en la confluencia de los ríos Rin y Ruhr, al ser un gran centro productor de hierro y acero. Esta ciudad encajó casi trescientos ataques; en noviembre de 1943, en una sola jornada cayó sobre esta ciudad el mismo tonelaje de bombas que la Luftwaffe lanzó sobre Londres en toda la guerra. A pesar de todo, algunos no perdían el humor; en la también castigada Osnabrück, las ruinas fueron apodadas «Plaza de Hermann Göring», en honor de quien había empeñado su palabra en defender los cielos alemanes de las incursiones de la aviación aliada.

Las escenas de horror se repetían invariablemente en todas las ciudades bombardeadas. Un superviviente escribió: «Vi a un hombre que arrastraba un saco del que asomaban cinco o seis bultos como si fueran coles. Eran las cabezas de su familia, una familia entera, a la que había encontrado en

el sótano». Otro testigo aseguró: «Vi personas ardiendo que pasaban corriendo como antorchas vivas». Entre los muertos había nudos de seres humanos tan inextricablemente fundidos por la acción del fuego que se necesitaban herramientas para separar los cuerpos para ser enterrados. Incluso se repitieron los referidos casos de madres perturbadas que no querían abandonar a sus hijos muertos cuando tenían que evacuar una ciudad y arrastraban los cadáveres calcinados o asfixiados en maletas de cartón.

Pero en ninguna ciudad germana bombardeada se llegaría a los límites que se alcanzarían en Dresde, la hermosa y culta capital de Sajonia, denominada la «Florencia del Elba» por sus bellos edificios. La ciudad estaba tan retirada de las zonas de relevancia económica y era tan insignificante para la guerra que había sido hasta entonces ignorada por los bombarderos. Ni siquiera había surgido la necesidad de construir búnkeres antiaéreos. Pero a finales de 1944, los estrategas de la guerra aérea pusieron sus ojos en Dresde, atraídos por su tamaño mediano, con un núcleo histórico comprimido, lo que la hacía especialmente vulnerable a las tormentas de fuego. La ciudad, que contaba con 640.000 habitantes, en febrero de 1945 había aumentado su población a unos 800.000 o quizás un millón, debido a la llegada de refugiados del este. Nadie podía imaginar el apocalipsis de fuego que estaba a punto de caer sobre ella.

En el ataque a esta ciudad, iniciado a las diez y cuarto de la noche del 13 de febrero de 1945, 245 bombarderos pesados británicos Lancaster arrojaron 400.000 bombas incendiarias. Tres horas después, otros 550 aparatos de la RAF lanzaron 200.000 bombas incendiarias y 5000 explosivas. Los aparatos aliados actuarían a placer, sin ningún tipo de oposición, pues no les salió al paso ningún caza ni sufrieron fuego antiaéreo.

Antes del amanecer del 14 de febrero se produjo un tercer ataque, en este caso llevado a cabo por la aviación norteamericana, en el que se lanzarían casi 150.000 bombas incendiarias. También se arrojaron bidones de fósforo para alimentar la tormenta de fuego que estaba devastando la ciudad, generándose unos ciclones que, tal como se ha explicado, se alimentaban a sí mismos mediante la depresión barométrica que provocaban.

Las escenas con las que se encontraron los supervivientes no podían resultar más pavorosas; muchos cuerpos habían quedado reducidos por el

fuego a menos de la mitad de su tamaño normal, mientras que por todas las calles se veían cubos y barreños con miembros y cabezas en el interior, tras haber sido recogidos del suelo por algún alma piadosa. Los cuerpos fueron amontonados en cinco grandes piras de varios metros de altura y se procedió a su inmediata cremación para evitar epidemias.

Se desconoce la cifra total de muertos causada por el bombardeo de Dresde, aunque se habló de 140.000 e incluso 300.000, los cálculos más conservadores apuntarían a que pudieron ser unos 40.000, una cifra que resultaría ser, junto con la de Hamburgo, la mayor pérdida de vidas humanas de una ciudad alemana en la guerra aérea.

Al contrario de lo que pudiera parecer, el impacto de las noticias que llegaban de Dresde sobre el ánimo de la población germana fue mínimo, a diferencia de lo ocurrido con Hamburgo. La destrucción estaba tan extendida por la geografía germana y en un grado tal, que la hecatombe sufrida por la Florencia del Elba ya no impresionó a casi nadie. En esos momentos, el frente se hallaba a solo 120 kilómetros de distancia de Dresde y, aunque la ciudad no albergaba tropas ni poseía industria de guerra, podía convertirse en objetivo de los bombarderos aliados, como cualquier otra ciudad alemana en esos momentos. El bombardeo tan solo sirvió para certificar la más que segura derrota alemana, que ocurriría tres meses después.

Paradójicamente, el devastador ataque aéreo produciría más efectos en el campo aliado. Tras una conferencia de prensa del mando aliado sobre la política de bombardeos celebrada el 16 de febrero, un corresponsal de Associated Press escribió: «Los mandos de las fuerzas aéreas aliadas han tomado la decisión, esperada durante largo tiempo, de llevar a cabo el bombardeo terrorista deliberado de centros de población alemanes como medio cruel de acelerar la caída de Hitler». El artículo recibió una atención destacada en la prensa norteamericana, pero enfureció a los británicos, que lo censuraron. El secretario de Guerra estadounidense, Henry Stimson, exigió una investigación del bombardeo de Dresde. La tormenta llegó a Gran Bretaña: un diputado laborista planteó algunas preguntas incómodas en la Cámara de los Comunes, poniendo así a Dresde en el centro del debate.

Por primera vez, Churchill consideró que se había ido demasiado lejos en la estrategia de los bombardeos de saturación, a pesar de que había sido él quien había pedido antes de la conferencia de Yalta que se adelantaran

los ataques previstos a Dresde y otras ciudades del este de Alemania para impresionar a los rusos.

Así, el 28 de marzo de 1945, el primer ministro trató de detener la campaña, presentando un informe a Portal en el que afirmaba que:

> Me parece que ha llegado el momento de revisar la cuestión del bombardeo de las ciudades alemanas simplemente con el fin de intensificar el terror. De lo contrario, acabaremos apoderándonos de un país completamente arrasado. Siento la necesidad de una concentración más precisa en objetivos militares y no en meros actos de terror y destrucción gratuita.

No obstante, el frenazo impuesto por Churchill encontraría inesperadas resistencias. De hecho, poco después la bella ciudad de Potsdam, cercana a Berlín, fue atacada por medio millar de bombarderos, ante la consternación del premier británico, que creía que esas acciones no se iban a repetir. La dinámica propia de la guerra se demostraba imparable; si la RAF disponía de una flota gigantesca de cuatrimotores pesados, con sus correspondientes tripulaciones, y arsenales llenos de bombas, nada parecía capaz de impedir que todo ello fuera utilizado mientras Alemania no se rindiera, ni siquiera la voluntad del primer ministro. El fenómeno de la guerra total parecía haber adquirido vida propia, pasando a ser un Leviatán al que ya resultaba imposible embridar.

Harris, chivo expiatorio

La política de bombardeo estratégico ideada por Charles Portal y Winston Churchill, y ejecutada por Arthur Harris, había logrado reducir a escombros la mayoría de ciudades alemanas. Entre 400.000 y 600.000 civiles germanos habían muerto a consecuencia de los bombardeos.

Pero ese plan no había conseguido los éxitos esperados. A modo de justificación de esa estrategia que no había logrado decidir la guerra por sí sola, Churchill afirmaría en sus memorias: «Aquellos bombardeos saldaron con creces la deuda que habíamos contraído con el enemigo. Se pagó con intereses que la duplicaron y hasta la multiplicaron por veinte. Sí, el enemigo sufrió represalias a gran escala y fue torturado y acosado por nosotros hasta el extremo».

Con esas descarnadas palabras, Churchill parecía admitir que la campaña de bombardeos solo había servido como desquite por los ataques

de la Luftwaffe a suelo británico, ya que a pesar de los graves daños causados, la industria de guerra no solo no se había paralizado, sino que incluso había aumentado su producción, y en algunos sectores de manera espectacular. Por ejemplo, los británicos lanzaron 150.000 toneladas de bombas en 1943 y 500.000 en 1944; al mismo tiempo, los alemanes produjeron 10.000 aviones de caza en 1943 y 25.000 en 1944. Tampoco la moral de la población se había resentido de forma decisiva y el régimen nazi no tuvo que hacer frente a una auténtica oposición popular, dejando de lado el papel que jugó su aparato represivo en ello. Además, los británicos habían pagado un precio muy alto, 47.000 bajas entre el personal del Mando de Bombardeo, ante la aparente indiferencia de Harris, lo que le había hecho ganarse entre sus hombres el apelativo poco cariñoso de *Butcher*, carnicero.

Tras la guerra, Harris se convirtió en un personaje incómodo, ya que personificaba la política de los inhumanos bombardeos de saturación. Tanto Churchill como Portal supieron desmarcarse rápidamente de la misma, dejando a Harris a los pies de los caballos. Para darle una salida honorable, fue ascendido a Mariscal de la RAF, siendo licenciado en 1946. En los años cincuenta se le otorgarían más honores, pero la figura de Harris se mantendría fuera de las páginas más gloriosas de la historia militar británica. Aunque se le dedicó una estatua en 1992, ocho años después de su fallecimiento, esta se inauguró entre las protestas de los que lo consideraban un criminal de guerra.

Harris se había convertido en el chivo expiatorio de una estrategia controvertida, que ha sido calificada por algunos críticos de crimen de guerra. Tal como se ha apuntado al inicio del capítulo, los bombardeos de saturación pudieron ser crueles por provocar la muerte de miles de inocentes, pero el objetivo último era derrotar a Alemania, no exterminar a una determinada población, aunque es probable que esa distinción no supusiera un consuelo para los que perdieron familia y casa en aquellos devastadores ataques aéreos. En todo caso, la destrucción sistemática de las ciudades germanas no deja de ser una mancha en la manera de hacer la guerra de los Aliados, sobre todo en 1945, cuando Alemania estaba prácticamente derrotada y los bombardeos de sus ciudades completamente indefensas tenían una difícil justificación.

Capítulo 8:
El mayor bibliocausto de la historia

A la hora de valorar los daños causados por la Segunda Guerra Mundial, la atención se dirige sobre las personas que perdieron la vida a consecuencia del conflicto, una cifra que puede rondar los 50 millones de personas. Una parte de ellas fueron víctimas de atrocidades como las que se han ido describiendo a lo largo de las páginas anteriores. Sin embargo, hubo también otras víctimas inocentes cuya desaparición supuso un impacto muy importante en la cultura europea, pero que permanecen en esa trastienda de la historia a la que no se le suele otorgar demasiada atención.

Se calcula que más de 100 millones de libros quedaron destruidos durante la contienda, una terrible pérdida que se ha calificado de *bibliocausto*. La mayoría de esos ejemplares quedaron reducidos a cenizas en los ataques y bombardeos a que fueron sometidas las ciudades europeas. Por ejemplo, en Alemania se destruyeron más de ocho millones de ejemplares de propiedad pública, mientras que las pérdidas privadas no se han podido cuantificar, aunque tuvieron que ser muy elevadas debido a los bombardeos sistemáticos que padecieron sus ciudades en esa campaña aérea ideada por los británicos y cuyas devastadoras consecuencias han sido descritas en el anterior capítulo.

Aunque, al lado de las innumerables atrocidades cometidas contra los seres humanos a lo largo de la guerra, la reducción a cenizas de esos volúmenes resulta sin duda un caso menor, no por eso hay que dejar de lamentar la pérdida de ese inmenso patrimonio histórico y cultural, una pérdida que resultaría en muchos casos irreparable.

Bibliotecas reducidas a cenizas

Entre las destrucciones de libros más significativas producidas durante el conflicto destaca la del incendio de la Biblioteca Estatal Bávara, en Múnich. Esta institución, creada en 1558 como biblioteca de la Corte, contaba con una de las colecciones de manuscritos más importantes del mundo, además de la más amplia colección de incunables de Alemania.

Además, allí habían quedado depositados todos los libros publicados en Baviera desde 1663.

La noche del 10 de marzo de 1943, a consecuencia de un ataque aéreo en el que se emplearon bombas incendiarias líquidas, el edificio central de la biblioteca sufrió un gran incendio. Mientras las brigadas de bomberos trataban de apagarlo, centenares de voluntarios acudieron hasta allí para tratar de salvar el mayor número de ejemplares posible. El incendio fue tan voraz que el histórico edificio quedaría destruido en un 85 %, y los últimos rescoldos no se apagarían hasta cuatro semanas más tarde.



Daños causados por una bomba alemana en el edificio de la Royal Commonwealth Society. El fuego dañó una parte de la biblioteca, perdiéndose importantes documentos del pasado colonial británico.

El balance del desastre fue la quema de medio millón de libros, unas pérdidas equiparables a las de la Biblioteca de Alejandría en el siglo III. Cuatro meses después, 625.000 volúmenes de la Biblioteca Municipal y Universitaria de Hamburgo se convirtieron también en cenizas, en septiembre de 1944 ardieron los 350.000 tomos de la Biblioteca Regional de Kassel y en diciembre de ese mismo año se perdieron del mismo modo 450.000 volúmenes de la Biblioteca Universitaria de Gessen.

En una sola noche, el 4 de diciembre de 1943, Leipzig vería arrasado, además de su barrio antiguo, su célebre Barrio Editorial, la agrupación más grande de casas editoras de toda Europa. Ese bombardeo llevado a cabo por la RAF provocaría además 1800 muertos. Durante días y días estuvieron ardiendo, sin que pudiera dominarse el fuego, millones de libros que estaban almacenados en los depósitos de las editoriales que, desde hacía décadas, publicaban en decenas de lenguas y enviaban libros al mundo entero.

Aunque fueron las bibliotecas alemanas las que sufrieron una mayor destrucción a consecuencia de los bombardeos, durante la ofensiva aérea que llevó a cabo la Luftwaffe sobre las ciudades británicas en 1940 y 1941 también padecieron considerables daños históricas instituciones como, por ejemplo, la biblioteca de la Royal Commonwealth Society. La noche del 16 de abril de 1941, su sede londinense fue alcanzada por una bomba de dos toneladas. Solo hubo que lamentar la muerte de una de las 74 personas que en ese momento se encontraban en el edificio, pero el fuego alcanzó la biblioteca. Entre sus fondos se encontraban documentos de gran relevancia en la historia del Imperio británico, así como una colección de libros de temática colonial en lenguas extranjeras única en Gran Bretaña. Las llamas destruyeron más de 35.000 libros y 260.000 documentos.

Cinco meses antes, durante el tristemente renombrado bombardeo sobre Coventry, su biblioteca se derrumbó, sepultando entre los escombros más de 100.000 volúmenes. En Liverpool, la Central Lending Library quedó totalmente destruida, junto con los libros que atesoraba en sus estantes. La biblioteca de la Universidad de Bristol corrió el mismo destino, desapareciendo 7000 libros, y un ataque a Guildhall supuso la deplorable combustión de más de 25.000 obras.

También la London Library, fundada en 1841, sufrió importantes daños a consecuencia de los bombardeos germanos. A las diez y media de la noche del 23 de febrero de 1944, la biblioteca recibió el impacto directo de una bomba, penetrando por el tejado y descendiendo a través de sus cinco pisos. Aunque se perdieron unos 16.000 libros, los responsables de la institución se sintieron afortunados, ya que la bomba había caído en una esquina del edificio; si le hubiera acertado de lleno, la biblioteca hubiera quedado totalmente devastada. Aun así, se tardarían seis años en completar los trabajos de restauración. Merece figurar en estas líneas un comprometido bibliotecario, Christopher Purnell, que durante toda la guerra durmió en el sótano de la London Library, dispuesto a proteger los libros en caso de un ataque como el que se produjo aquel día.



La librería londinense Holland House, cuya fundación se remonta al siglo XVII, destruida en un bombardeo la noche del 27 de septiembre de 1940. Esta icónica imagen de la proverbial flema inglesa en circunstancias tan adversas sería publicada por los periódicos para fortalecer la moral. La existencia de varias versiones de la misma escena lleva a pensar que quizás se tratase de una escena preparada para la ocasión.

El British Museum se sumaría a este triste listado de pérdidas, con unos 225.000 volúmenes destruidos, aunque ese desastre pudo haber sido mucho mayor si no llega a ser por el denodado esfuerzo del personal del museo, que logró salvar de las llamas muchos más.

El Bibliocausto no conocería de fronteras. En la ciudad francesa de Beauvais serían 42.000 los libros convertidos en cenizas en junio de 1940. La fatalidad quiso que en 1944, durante la campaña aérea para facilitar el previsto desembarco en Normandía, una bomba estadounidense impactase en la Biblioteca de Chartres, provocando la pérdida de 23.000 volúmenes, además de una colección de valiosos incunables y manuscritos. Si ese suceso puede considerarse un lamentable accidente, no se puede decir lo mismo de la acción de un soldado alemán que lanzó una granada al interior de un depósito de Saint-Quentin que daba refugio a miles de libros de la Biblioteca de Metz, entre los que se encontraba una colección de documentos medievales de un valor inestimable, incluyendo una Biblia del siglo XI.

El listado de pérdidas en los fondos bibliográficos franceses, como en el caso alemán, resulta abrumador. La biblioteca de la Asamblea Nacional de París sufrió la destrucción de unos 40.000 libros antiguos, la Biblioteca Nacional de Francia perdió más de 200.000 obras, los bombardeos germanos sobre Estrasburgo arrasaron la biblioteca de su Universidad junto a sus 100.000 volúmenes y otro ataque contra Tours borró de golpe 200.000 obras y un millar de incunables y manuscritos…

A Bélgica regresarían los fantasmas del pasado. El 25 de agosto de 1914, las tropas del káiser incendiaron deliberadamente la Biblioteca Central de Lovaina, usando gasolina y material combustible, destruyendo más de 300.000 libros, 800 incunables y un millar de manuscritos, en una deleznable acción que pasaría a la historia de los ataques a la cultura. A pesar de la indignación que despertó la fechoría entonces en la intelectualidad europea, en mayo de 1940 los alemanes no tuvieron reparos en bombardear con artillería pesada la misma biblioteca, que había sido reconstruida tras la Gran Guerra con fondos norteamericanos. A consecuencia de ello, se perdieron cerca de 900.000 volúmenes y casi un millar de manuscritos. En otra ciudad belga, Tournai, su biblioteca sufrió también la pérdida de millares de volúmenes de libros.

En la vecina Holanda, a resultas del ataque alemán de mayo de 1940, la Biblioteca Provincial de Zelanda vio cómo su fondo quedaba casi totalmente destruido; lo que no consiguió el fuego lo logró la lluvia, ya que la destrucción del edificio dejó los libros a la intemperie.

Italia tampoco escaparía a ese bibliocausto desatado furiosamente sobre la martirizada geografía europea. En Milán, la biblioteca pública perdió unos 200.000 libros a consecuencia de los bombardeos aliados. En Faenza, un incendió devoró más de 400.000 volúmenes. La Biblioteca Nacional Universitaria de Turín quedó reducida a escombros junto con todo su fondo.

En el caso italiano, por encima de las frías cifras, destaca el incalculable valor de los documentos destruidos, algunos de ellos de manera bárbara y premeditada. En 1943, los archiveros de Nápoles habían trasladado 30.000 libros y 50.000 documentos a Montesano, creyendo que así permanecerían a salvo durante las batallas que estaban por llegar. Sin embargo, los alemanes descubrieron el depósito y procedieron a la quema de los textos más valiosos en una pira pública. Así, el 30 de septiembre, fueron pasto de las llamas manuscritos, códices y tratados del Reino de Nápoles, la Casa de Borbón, la Casa de Farnesio o la Orden de Malta, quedando convertidos en apenas unos minutos en humo y cenizas.

Otro país que sufriría una merma de su herencia cultural sería Yugoslavia. Su capital, Belgrado, fue objeto de un despiadado bombardeo aéreo por parte de la Luftwaffe en abril de 1941. A resultas del ataque, la Biblioteca Central de Belgrado quedó totalmente destruida por el fuego.

Se perdieron, además de los miles de libros de su fondo, 1300 manuscritos, decenas de incunables y otros documentos históricos.

Operación de salvamento

Estas descorazonadoras cifras pudieron ser aún mayores si no hubiera habido iniciativas destinadas a salvar fondos bibliográficos. Por ejemplo; de los 40 millones de volúmenes que existían en las bibliotecas científicas de Alemania, 30 fueron evacuados a lugares seguros durante la guerra. Igualmente, cerca de la mitad de los archivos germanos pudieron ser protegidos de los bombardeos, mientras que de la mitad que quedó expuesta a sus efectos, solo sobrevivió un 20 %. Se calcula que en noviembre de 1944 habían sido trasladados 2250 millones de documentos, medio millón de manuscritos y libros oficiales, y 1750 millones de paquetes de actas. Ese ímprobo esfuerzo de salvaguarda del pasado germano llegaría a provocar una carestía de madera para cajas, cuerdas para atar y sacos.

En el marco de esa operación masiva de salvamento, miles de libros fueron depositados en cuevas, palacios en las montañas, cámaras acorazadas, conventos, minas de sal y potasa, e incluso cárceles y sótanos de fábricas de cerveza. No obstante, parte de los fondos se dañaban o incluso perdían durante el transporte en vagones de tren o barcazas. Ya en su destino, muchos libros quedaban arruinados por la humedad, el moho, el polvo de sal, o resultaban igualmente destruidos por incendios o inundaciones. Por ejemplo, la Biblioteca Universitaria de Heidelberg trasladó sus fondos a un palacio que quedaría destruido en un bombardeo y con él todos los libros, mientras que el edificio de la Biblioteca no sufrió ningún ataque.

Quema de libros

Podemos decir que todos aquellos libros fueron víctimas colaterales del conflicto. Sin embargo, otra parte fue destruida de manera deliberada por los propios alemanes, en una campaña en la que no faltó voluntad ni medios. Esa destrucción sistemática de libros tenía su triste precedente en

la quema de libros que perpetraron los nazis el 10 de mayo de 1933, tres meses después de que Hitler alcanzase el poder. Entonces, centenares de estudiantes en numerosas ciudades germanas participaron en fanáticos aquelarres, en los que se quemaron miles de ejemplares de libros «marxistas, judíos y pacifistas» y, por lo tanto, considerados malditos.

El acto más multitudinario tuvo lugar en Berlín, con la presencia del ministro de Propaganda Goebbels, que se encargó de pronunciar una arenga a los exaltados estudiantes. En la gigantesca pira levantada en la Bebelplatz serían arrojados más de 20.000 libros. Entre sus autores destacaban Albert Einstein, Bertolt Brecht, Maxim Gorki, Franz Kafka, Jack London, Voltaire, H.G. Wells o Émile Zola. Goebbels se dirigió a aquellos jóvenes, ignorantes de la manipulación de la que estaban siendo objeto, asegurando que «están haciendo lo correcto cuando, a esta hora de la medianoche, entregan a las llamas el espíritu diabólico del pasado. De estas cenizas se levantará el Fénix de un nuevo espíritu».

Aunque la escenificación del acto había sido perfecta, la imagen de las hogueras en las que se consumían miles de libros causó una pésima impresión en la opinión pública internacional. El repudio a esos actos fue amplio y generalizado, lo que vino en detrimento de la causa nazi. Varios grupos intelectuales se manifestaron en Nueva York contra esas salvajes ceremonias. La revista *Newsweek* habló premonitoriamente de un «Holocausto de libros» y la revista *Time* acuñó el referido término de bibliocausto. Hasta los japoneses expresaron su condena.

Einstein, que había podido instalarse en Estados Unidos antes de que los nazis llegaran al poder, sacó a colación una frase acuñada por el poeta Heinrich Heine en un lejano 1823: «Allí donde queman libros, tarde o temprano también quemarán seres humanos». Sigmund Freud, cuyas obras habían sido igualmente arrojadas a la pira, dijo irónicamente a un periodista que semejantes hogueras constituían un avance en la historia humana: «En la Edad Media ellos me habrían quemado. Ahora se contentan con quemar mis libros».

Goebbels, que era tan malvado como astuto e inteligente, fue consciente del grave error cometido organizando aquellas piras de libros. El genio malévolo de la propaganda política no volvería a promover esa barbarie que había causado horror en el mundo civilizado. No obstante, aún se tardaría unos días en detener esa inercia destructiva, por lo que en los días siguientes todavía hubo quemas de libros en varias universidades del país.

El Departamento Rosenberg

Los nazis habían dejado a un lado las quemas públicas de libros por la mala imagen que daba a su causa, pero una vez que estalló la Segunda Guerra Mundial poco importaba ya la opinión internacional. Por tanto, se dio luz verde para purgar las bibliotecas de los países que iban quedando sometidos, destruyendo los libros de los autores malditos y confiscando todo aquello que podía resultar de interés para Alemania.

De esa infame misión se encargaría el denominado Departamento Especial del Reichsleiter Alfred Rosenberg (*Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg*, ERR), una organización del partido nazi que fue creada como herramienta de apropiación de patrimonio cultural. El proyecto estaba en manos del político e ideólogo nazi de quien tomaba su nombre. Su misión consistiría en confiscar —y en su caso, destruir— libros, además de otros objetos de arte, en los territorios ocupados. Curiosamente, estaba previsto que una amplia selección de material bibliográfico considerado contrario a la ideología nazi, como textos comunistas, judíos, masónicos o simplemente democráticos, fuera salvado de la destrucción para ser depositado como objeto de investigación en una monumental universidad nacionalsocialista que Rosenberg quería construir después de la guerra junto al lago Chiemsee, en Baviera.

Por el momento, los textos judíos fueron enviados al Instituto para el Estudio de la Cuestión Judía, una institución del Partido Nazi fundada en abril de 1939 en Fráncfort, e inaugurada oficialmente en marzo de 1941, que sería la encargada de conservar ese material. En agosto de 1943, el instituto llegaría a tener medio millón de ejemplares, y contaría con expertos judíos obligados a colaborar en la catalogación de ese ingente material. Al frente estaría Johannes Pohl, un antiguo cura católico que había sido alumno del Instituto Bíblico Pontificio en Roma, pero que dejó el sacerdocio para consagrarse en cuerpo y alma al nazismo. Pohl se había especializado en el estudio del mundo hebreo e incluso en 1932 había residido en Jerusalén.

Aunque resulte sorprendente, no era raro encontrar nazis que sintiesen una insólita fascinación por la cultura judaica. Por ejemplo, el famoso criminal de guerra Adolf Eichmann, uno de los principales organizadores

del exterminio de los judíos, durante su juventud había aprendido *yiddish* e incluso a interpretar el Talmud, y había visitado Palestina en 1937. Según el enfermizo razonamiento de Rosenberg, ante la inminente desaparición de los judíos, era necesario conservar libros, rollos de la Torá y objetos de culto como una muestra histórica de lo que habían sido y justificar así su exterminio, aunque seguramente en el fondo anidaba una inconfesable admiración por un pueblo que había logrado mantener intacta su identidad a lo largo de más de tres mil años, rehaciéndose de las sucesivas persecuciones de que había sido objeto. En una desconcertante ironía de la historia, los nazis, los más acérrimos y encarnizados enemigos del pueblo hebreo que nunca hayan existido, lograron crear la biblioteca judía más grande del mundo en su momento.

El ERR actuó en Francia, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Polonia, los estados bálticos, Italia, Grecia y en el territorio de la Unión Soviética que quedó bajo control germano. Contaba con una directiva especial del Führer, del 5 de julio de 1940, por el que se le autorizaba a confiscar manuscritos y libros de todos los archivos y bibliotecas nacionales.

Aunque al principio el ERR era un órgano del Partido Nazi y tenía su sede en París, a partir de marzo de 1941 sería dirigido desde Berlín y quedaría bajo el ministerio de Asuntos Exteriores, para facilitar así el control sobre todos los territorios ocupados. La de Bibliotecas sería una de las cinco ramas en la que quedó dividido el organismo; las otras cuatro serían las de Artes Visuales, Música, Historia e Iglesias.

Destrucciones y saqueos

En Europa Oriental, el ERR, después de confiscar el material considerado de interés, quemó adrede la desorbitada cantidad de 375 archivos, 402 museos, 531 institutos y 957 bibliotecas. Según cálculos estimativos, los nazis destruyeron la mitad de todos los libros existentes en Checoslovaquia y Polonia, además de unos 100 millones de ejemplares en la Unión Soviética, la mayoría pertenecientes a bibliotecas públicas.

Por ejemplo, en Bielorrusia más de 200 bibliotecas sufrieron daños irreparables durante la ocupación. Se calcula que el 83 % de los ejemplares de la Biblioteca Nacional fueron destruidos. Después de la guerra, unos 600.000 volúmenes fueron encontrados en Alemania, Polonia

y Checoslovaquia, siendo retornados. En cambio, un millón de libros, incluyendo algunos muy valiosos, nunca se localizaron. En Smolensk, los alemanes quemaron todas las bibliotecas de la ciudad, reduciendo a cenizas 646.000 volúmenes.

En Lituania, un bibliotecario que había sido hecho prisionero por la Gestapo se suicidó para no verse obligado a colaborar con los alemanes en el saqueo de las bibliotecas de Vilna. Unos 100.000 ejemplares fueron quemados o convertidos en pasta de papel y unos 20.000 fueron enviados a Alemania. En enero de 1942, el propio Johannes Pohl se desplazó a Vilna para coordinar el robo y la destrucción del patrimonio de la comunidad judía. Tras la guerra, la mayor parte de ese material ya no regresaría a Lituania, puesto que la comunidad judía local había sido prácticamente exterminada; fue enviado a una biblioteca judía de Nueva York.

Sin que sirviera de precedente, los alemanes que ocupaban Cracovia decidieron mantener íntegra su rica biblioteca principal, registrándose más de 35.000 préstamos; eso sí, los polacos tenían prohibido el acceso. Pero en 1944, con los soviéticos aproximándose cada vez más, los alemanes decidieron trasladar sus fondos de referencia, unos 25.000 ejemplares, a Alemania. Los bibliotecarios polacos trataron de sabotear el saqueo, llenando las cajas con periódicos viejos, pero la mayor parte de la colección fue confiscada. Afortunadamente, tras la guerra se pudieron recuperar la mayoría de volúmenes. Lo que ya no se pudo recuperar fue la cantidad de históricos documentos de la comunidad judía que habían sido destruidos. Por ejemplo, en Lublin, los textos talmúdicos que habían pasado de generación en generación fueron reunidos en la plaza del mercado. Durante veinte horas, el fuego se fue alimentando de ese combustible sagrado. Para dar idea del valor que tenían esos textos para la comunidad hebrea, sus lectores acostumbraban a utilizar unos guantes con el fin de garantizar su conservación. Los gritos y llantos de los judíos que asistieron impotentes a la escena fueron tan desgarradores que dejaron mudos a los alemanes, quienes hicieron traer una banda de música para no decaer en su empeño.

Las bibliotecas checoslovacas perdieron la mayor parte de los 8 millones de títulos con que contaban antes de la guerra. Los alemanes se dedicaron a confiscar y destruir los libros de geografía e historia, con el objetivo de laminar la identidad checa. Igualmente, los libros de autores checos fueron quemados o convertidos en pasta de papel. Los 700.000

volúmenes de la histórica Universidad Carolina de Praga, fundada en el siglo XIV, fueron robados en bloque y llevados a Alemania.

En Grecia, el ERR mostró un especial interés en las colecciones de libros judíos de la comunidad hebrea de Salónica, que fueron confiscadas y enviadas al instituto de Fráncfort. Aun así, hubo miembros de la comunidad que lograron ocultar sus bibliotecas privadas. En cambio, la Universidad de Atenas sufrió la destrucción de la práctica totalidad de sus fondos. Los ejemplares de las bibliotecas pertenecientes a tres colegios americanos fueron utilizados por los alemanes como combustible en una central de calefacción.

En Italia, la ocupación germana a partir de septiembre de 1943 trajo el saqueo de sus valiosísimas bibliotecas. En Roma, los agentes del ERR inspeccionaron los fondos de la sinagoga, cuyas colecciones testimoniaban dos mil años de presencia judía en la Ciudad Eterna. El 14 de octubre de 1943, dos trenes especiales se encargaron de transportar ese histórico material al instituto de Fráncfort. Los judíos de Roma dedujeron que ese saqueo era el preludio de su propia deportación y no se equivocaban; solo dos días después, los trenes comenzaron a llevarse personas en lugar de libros, con destino a los campos de exterminio. Los alemanes también se llevaron de la capital italiana bibliotecas especializadas en arqueología, embaladas en cerca de dos mil cajas de madera, que al final de la guerra serían localizadas en una mina de sal en Austria y devueltas a Roma, aunque parte de la colección había quedado dañada por una inundación en las galerías.

En Holanda, el ERR se llevó a Alemania la biblioteca Klossiana, especializada en masonería, así como el archivo internacional de los movimientos feministas al completo, establecido en Ámsterdam en 1935. Pero el botín más importante fueron los fondos de la potente comunidad judía holandesa, que fueron saqueados a conciencia.

Ni Noruega se salvó de la destrucción de su riqueza bibliográfica; medio centenar de bibliotecas públicas fueron arrasadas por los alemanes antes de abandonar el país nórdico. En cambio, los noruegos pondrían después especial empeño en conservar las publicaciones germanas, como testimonio de la etapa de la ocupación.

En los países ocupados, las bibliotecas que permanecieron abiertas fueron reorganizadas para servir al programa nacionalsocialista. Las bibliotecas polacas fueron reestructuradas de acuerdo con la línea de

pensamiento nazi mediante un proceso de registros de germanización, ampliando las colecciones con literatura aprobada por los nazis y eliminando todos los materiales considerados indeseables. Tras la invasión de Holanda, libros alemanes recién publicados eran expuestos con el fin de impresionar al público con las hazañas de los vencedores. En París, muchas bibliotecas fueron simplemente clausuradas.

Listas de libros prohibidos

El 18 de julio de 1940, los alemanes crearon en la Francia ocupada el Propaganda-Abteilung Frankreich, o Departamento de Propaganda en Francia. Al frente de este órgano se situó a Heinz Schmidtke, hombre de confianza de Goebbels. Su función era supervisar las publicaciones, las emisiones radiofónicas y los espectáculos, con el objetivo de quebrar la moral de la población civil francesa, lograr que se plegase a las exigencias del ocupante germano y convencerle de la superioridad de la cultura alemana. Este organismo encargado de la represión ideológica contaba con un millar de empleados y un presupuesto de un millón de marcos.

Una de las primeras iniciativas del Departamento de Propaganda fue establecer la denominada Lista Bernhard, que constaba de un total de 143 libros prohibidos. A partir del 27 de agosto de 1940 se llevaron a cabo registros en todas las librerías parisinas. Se presentaban los agentes alemanes acompañados de un policía francés, entregaban la lista al librero y le daban media hora para reunir los ejemplares que estuvieran en esa lista. Luego, los volúmenes eran confiscados. Unos 20.000 ejemplares fueron de este modo retirados de la circulación. En la Lista Bernhard, confeccionada en Berlín, figuraban principalmente títulos de autores alemanes antinazis, como Thomas Mann y Heinrich Mann, así como otros de autores franceses considerados por los nazis como antialemanes, como Louis Aragon o André Malraux. Esa lista tuvo una segunda versión, con veinte títulos más.

El 28 de septiembre de 1940 se publicó una lista mucho más extensa. Recibiría el nombre de Lista Otto, en honor del embajador germano en París, Otto Abenz. Esta, a diferencia de la Lista Bernhard, fue confeccionada en París, con la ayuda de editores franceses. Este nuevo índice de libros prohibidos comenzó siendo de 1060 títulos, pero fue

ampliándose progresivamente. Curiosamente, en él aparecía la versión del *Mein Kampf* que un editor había publicado en Francia en 1934 sin la autorización de Hitler con el título de *Mon Combat*, y cuya traducción al francés había respetado los pasajes considerados antifranceses. En la traducción oficial del *Mein Kampf*, que era la única autorizada a circular en Francia, se habían expurgado esos párrafos para tratar de ganarse a los franceses a la causa germana.

Por tanto, junto a la insólita presencia del propio Adolf Hitler, figuraban autores como Heinrich Heine, Stefan Zweig, Sigmund Freud, Carl Gustav Jung, Karl Marx o León Trotski. El balance de esta nueva razia en librerías y bibliotecas fue la confiscación y posterior destrucción de 713.382 ejemplares. Una segunda edición de la lista, divulgada el 8 de julio de 1942, tendría 1170 títulos prohibidos. El 10 de mayo de 1943 se publicaría un anexo a la lista con los nombres de 739 «escritores judíos en lengua francesa».

En Europa occidental, la destrucción de libros podía haber sido mayor si no hubiera sido por las medidas de prevención que tomaron muchos bibliotecarios antes de la llegada de las tropas germanas. Conscientes del peligro que corrían sus fondos bibliográficos, procedieron a ocultar en cuevas, bodegas o castillos los ejemplares que figuraban en la lista negra de los nazis. En un giro del destino, no pasaría mucho tiempo hasta que los propios alemanes, como hemos visto, tuvieran que proteger también sus libros de la destrucción, en este caso provocada por los bombardeos aliados.

El Depósito de Offenbach

Al terminar la guerra, los norteamericanos se encontraron en Alemania con millones de ejemplares saqueados, procedentes de toda Europa. Con la intención de devolverlos a sus legítimos propietarios, establecieron un primer centro de recogida y distribución en la Biblioteca Rothschild de Fráncfortt. Pero pronto se vio que aquella biblioteca no servía para ese propósito y se buscó un edificio más grande. Se encontró en la ciudad de Offenbach, en un almacén de cinco plantas que había pertenecido a la empresa química IG Farben. Allí se creó el denominado Depósito de Archivos de Offenbach (Offenbach Archival Depot).

Hacía falta personal especializado para esa hercúlea tarea, por lo que el general Dwight Eisenhower firmó una orden en septiembre de 1946 para reclutar a antiguos bibliotecarios entre los oficiales del Ejército norteamericano que todavía estaban destinados en Europa. Ese personal se encargaría de catalogar y devolver los libros a sus lugares de procedencia.

Los libros del Instituto para el Estudio de la Cuestión Judía habían sido trasladados por los alemanes a sótanos y bodegas de edificios particulares de Fráncfort por temor a los bombardeos. Poco a poco fueron recuperados y concentrados en el Depósito de Offenbach. A los norteamericanos les sorprendió el perfecto estado en el que se encontraban las colecciones, en las que no se había escatimado medios para su correcta conservación. Ese exquisito cuidado con los libros y objetos de culto hebreos contrastaba trágicamente con el terrible destino que habían sufrido la gran mayoría de sus antiguos poseedores.

Al Depósito de Offenbach también fueron a parar las bibliotecas personales de los principales jerarcas nazis, como Hitler, Hermann Göring o Heinrich Himmler, entre otros. La mayor parte de este material sería enviado desde allí a la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Por otra parte, los norteamericanos decidieron no entregar a los soviéticos el millón de libros que habían pertenecido a las comunidades judías de los países bálticos y, tal como se ha apuntado, la mayor parte de ellos fueron entregados a la comunidad judía de Nueva York.

En abril de 1949, el Depósito de Offenbach dio por terminada su labor, después de devolver a sus propietarios más de tres millones de libros que les habían sido arrebatados. Sin embargo, nada se pudo hacer ya por las decenas de millones de libros que habían sido destruidos por los nazis desde aquel fatídico 10 de mayo de 1933 en el que comenzó el mayor bibliocausto de la historia.

Capítulo 9:
La masacre de Katyn

En abril de 1943, las tropas germanas controlaban todavía una parte considerable de suelo ruso. Aunque el invierno anterior había contemplado la trágica derrota del VI Ejército en Stalingrado, lo que supondría el punto de inflexión en la guerra, la Wehrmacht disponía aún de fuerzas suficientes para tomar la iniciativa. Ya se estaba preparando la ofensiva de verano que debía, de una vez por todas, propinar un buen golpe al Ejército Rojo, aunque eran pocos, aparte de Hitler, los que pensaban que la Unión Soviética podía ser ya derrotada. Los más realistas esperaban ganar ese verano alguna batalla importante para forzar a Moscú a negociar la paz, pero la ansiada victoria total parecía ya inalcanzable.

Mientras tanto, la gran preocupación para los alemanes era la proliferación de grupos de partisanos en la retaguardia. Estos guerrilleros cortaban carreteras, tendían emboscadas, atacaban columnas y minaban cada vez más la moral de los combatientes germanos, como hemos visto en el capítulo dedicado a la limpieza étnica en Volinia. Sin embargo, en unos bosques cercanos a Smolensk, a orillas del Dniéper, la preocupación era de distinto signo; una jauría de lobos tenía atemorizados tanto a los habitantes de la zona como a los soldados.

El mando alemán decidió acabar con esa amenaza y envió un destacamento para eliminar a los lobos. Los soldados se adentraron en el bosque de Katyn a la caza de los animales, pero se encontrarían allí con una macabra sorpresa. En un lugar conocido como Colina de las Cabras, junto a una gran cruz de madera de abedul, podían verse huesos humanos que sobresalían del suelo. La cruz la habían erigido en la primavera de 1942 una brigada de trabajadores de la Organización Todt[7]. Esas brigadas, a las que se les había encargado recoger restos bélicos en la zona, estaban constituidas en su mayoría precisamente por prisioneros polacos. Aquellos polacos fueron los primeros en oír hablar, por boca de los campesinos locales, de la existencia de unas fosas que contenían un gran número de cadáveres. Este hecho era conocido por los lugareños, quienes sabían que la Colina de las Cabras había sido utilizada durante años para llevar a cabo

ejecuciones masivas; de hecho, las mujeres de aquella zona amenazaban a sus hijos con llevarlos a la Colina de las Cabras si no se portaban bien.

Aquel tétrico lugar ya había sido utilizado por la policía secreta soviética desde 1929 para eliminar discretamente a los enemigos del régimen. A orillas del Dniéper se construyó una *dacha* que servía de refugio al comando de ejecución y más tarde fue cercada una gran porción de terreno. Había sido inaugurada por los hombres de la Checa, la primera policía política soviética, a quienes posteriormente habían sustituido en sus funciones los de la GPU y, en 1934, los del NKVD. Todos ellos darían un uso intensivo al bosque de Katyn. A partir de la primavera de 1940, las gentes del lugar habían observado la presencia continua de centinelas y perros policía a lo largo del perímetro del cercado. Pero con la retirada soviética y la llegada de los alemanes, en julio de 1941, el bosque había vuelto a quedar accesible, permitiendo así descubrir el horror que se ocultaba en él.

Las autoridades alemanas, al conocer los relatos de los aldeanos, hicieron cavar en la zona sospechosa, apareciendo los restos de algunos de los oficiales asesinados, que aún vestían el uniforme polaco. De todos modos, entre las principales preocupaciones del mando alemán no figuraba la de identificar algunos cadáveres aparecidos en un bosque, por lo que los trabajos fueron interrumpidos. Lo único que se hizo fue ordenar a los trabajadores polacos que señalasen el lugar levantando la citada cruz de abedul.



Trabajos de excavación en una fosa común del bosque de Katyn, dejando al descubierto los cadáveres de los oficiales polacos asesinados por los soviéticos.

En la primavera de 1943, el redescubrimiento de los restos óseos por el destacamento encargado de acabar con los lobos sí que llamó la atención del mando alemán. El afloramiento de una mayor cantidad de huesos comenzaba a revelar la insospechada dimensión del hallazgo. El mando germano envió un médico forense, quien confirmó que se trataba de huesos humanos. Así pues, se decidió reanudar las excavaciones, sobre todo en una zona donde crecían abedules jóvenes; bajo sus raíces, los cadáveres de los oficiales polacos constituían un macabro pero vivificante abono. Esos primeros trabajos indicaron que se trataba de una gran tumba colectiva, que podía albergar miles de cadáveres. El horror había comenzado a salir a la luz.

El 13 de abril de 1943, Radio Berlín emitía la noticia siguiente: «Llegan informaciones de Smolensk según las cuales los habitantes de aquella localidad de la Unión Soviética han revelado a las autoridades alemanas la existencia de un lugar cercano donde los bolcheviques del NKVD habían procedido a la ejecución en masa de 10.000 oficiales polacos».

Esa emisión de la radio germana ponía al descubierto una de las grandes matanzas perpetradas durante la Segunda Guerra Mundial. A partir de ahí comenzaría un cruce de acusaciones entre alemanes y soviéticos, en el que cada uno achacaría al otro la responsabilidad de la masacre.

Campos de prisioneros

El 17 de septiembre de 1939, tal como ha sido ya referido, las tropas soviéticas entraron en territorio polaco dos semanas después de que lo hubieran hecho los alemanes.

La Unión Soviética se apoderaba así de una franja de varios centenares de kilómetros, desde Lituania hasta Rumanía, poblada por unos 13 millones de habitantes. No obstante, para los soviéticos no se podía hablar de invasión, ya que consideraban que ese territorio les había sido arrebatado tras la Primera Guerra Mundial. Para eliminar cualquier vestigio polaco en la zona, el nombre de Polonia fue borrado de los mapas, y se procedió a repartirlo entre las repúblicas soviéticas de Bielorrusia, al norte, y Ucrania, al sur.

En los últimos días de la campaña, los oficiales polacos tenían ante sí la disyuntiva de rendirse a los alemanes o a los soviéticos, lo que parecía lo

mismo que elegir entre el fuego y las brasas. Pero, ante la perspectiva de caer en manos de los alemanes, quienes se habían mostrado despiadados contra la población civil, los oficiales polacos prefirieron rendirse a los soviéticos, quienes aparentemente ofrecían un perfil más conciliador. Así, el general ruso Semión Timoshenko llegó a prometer en una proclama a los soldados polacos un salvoconducto para llegar a Hungría, desde podrían «reemprender la guerra contra los alemanes». Los oficiales polacos capturados fueron reunidos y conducidos a campos de internamiento en territorio soviético, pero entre los polacos existía el convencimiento de que se trataba de una medida provisional y que pronto iban a recuperar la libertad.

Los oficiales polacos fueron trasladados a tres campos situados en Ucrania: Kozelsk, Starobelsk y Ostaskov. El campo de Kozelsk se encontraba a 250 kilómetros al sudeste de Smolensk. En noviembre de 1939 albergaba ya a unos 5000 oficiales polacos. Entre ellos se contaban 4 generales, 1 contralmirante, un centenar de coroneles, 300 comandantes, 1000 capitanes, 2500 tenientes, 500 suboficiales, 200 oficiales pilotos y 50 oficiales de marina. Tan importante como el cuadro de hombres de armas era el integrado por profesionales e intelectuales; entre los oficiales de reserva se podían encontrar 21 profesores de universidad, 300 médicos, varios cientos de magistrados, además de escritores, poetas, periodistas y hombres de negocios. Con ello, los soviéticos disponían en ese recinto de una parte significativa de la intelectualidad polaca. Curiosamente, entre todos los prisioneros solo había una mujer, la hija de un general.

El campo de Starobelsk se había instalado en un antiguo convento, en el que habían quedado confinados unos 4000 oficiales. El tercer campo, Ostaskov, estaba emplazado también en un edificio de carácter religioso, un monasterio situado en una isla del lago Seliger, al nordeste de Kalinin. Allí permanecían recluidos unos 6000 detenidos, la mayoría de ellos miembros de la burguesía polaca.

Ante los soviéticos se abría una espléndida oportunidad. Tenían en su poder a una parte importante de las fuerzas vivas del país; si conseguían ganarse su favor, se facilitaría enormemente que Polonia cayese bajo la influencia soviética. Pero la intención de someter a Polonia no había surgido de manera improvisada, sino que hundía sus raíces en los primeros años del Período de Entreguerras. Tras la Primera Guerra Mundial, los soviéticos intentaron exportar la revolución proletaria hacia el oeste pero,

debido a la victoria polaca en la guerra entre Polonia y la Rusia bolchevique en 1920, se tuvo que abandonar esa idea. Esa frustración sería especialmente dura para Stalin, quien fue criticado por sus errores cometidos en el frente polaco.

Para las autoridades soviéticas, y el propio Stalin, su vecino occidental se convertiría en el enemigo principal. Durante las implacables purgas estalinistas de los años 1937 y 1938, el dictador soviético aprovechó para lanzar una política de limpieza étnica en las regiones occidentales del país, llevando a cabo un genocidio silencioso que acabaría con la vida de unos 70.000 ciudadanos soviéticos de origen polaco. Se calcula que uno de cada diez represaliados durante esas purgas tenía sangre polaca. Ahora se presentaba la posibilidad de sumar a Polonia a la órbita comunista y despejar así el camino de la expansión hacia el oeste; con las fuerzas vivas polacas confinadas en varios campos de prisioneros, el sometimiento de Polonia se llevaría a cabo sin ninguna duda, de grado o por la fuerza.

Así, un destacado oficial de inteligencia del NKVD, Vasily Zarubin, encargado de los asuntos polacos, ideó un plan que pretendía la denominada *recuperación política* de los detenidos. El primer obstáculo a vencer era la tradicional influencia de la iglesia católica entre los polacos, que se extendía a los prisioneros mediante los capellanes militares que compartían cautiverio con ellos. Por tanto, se hizo desaparecer misteriosamente a todos los sacerdotes que celebraban misa en los campos, dejando así el terreno libre para que fuera calando el adoctrinamiento político, en forma de charlas y publicaciones puestas a disposición de los prisioneros. Además, se procuró mejorar la alimentación y las condiciones de vida en los campos.

A pesar de los esfuerzos realizados por Zarubin, los polacos no se mostraron receptivos a abrazar la causa soviética y el programa de recuperación política de los prisioneros fue considerado un fracaso. Lo que no podían sospechar los oficiales polacos es que, rechazando ese plan de adoctrinamiento y permaneciendo fieles a su país, habían firmado su sentencia de muerte.

Orden de ejecución

El siniestro Lavrenti Beria estaba al mando de la policía y del NKVD. Desde su despacho de burócrata, y tras sus gafas redondas de intelectual, había acumulado una larga experiencia enviando a la muerte a miles de personas. A principios de los años veinte ya se había unido a la Checa, destacando por lanzar represiones masivas e implacables. Obtuvo la plena confianza de Stalin, quien le encargaría la aniquilación de sus enemigos políticos.

El 5 de marzo de 1940, Beria envió a Stalin un memorando de cuatro páginas en el que proponía la eliminación de los oficiales polacos. El documento, emitido por el Comisariado Nacional para Asuntos Internos con el número de referencia 794/B, estaba marcado como «alto secreto».

En el escrito presentado por Beria se podía leer: «Entre los presos hay 14.736 antiguos oficiales, funcionarios del Gobierno, terratenientes, policías, gendarmes, guardianes de prisiones, colonizadores de regiones fronterizas y oficiales de inteligencia». Según el documento, esos prisioneros estaban «llenos de odio por el sistema de gobierno soviético» y «continuaban su trabajo de agitación antisoviética». Para Beria, «todos ellos están esperando a quedar libres para combatir el poder soviético». También se aseguraba que el NKVD había descubierto varias organizaciones subversivas entre los prisioneros. Seguidamente se establecía una clasificación de los oficiales polacos según el papel que jugaban en esa supuesta agitación, ya fuera como dirigentes, espías o saboteadores, entre otras categorías. El documento sometido a la aprobación de Stalin calificaba a todos ellos de «sólidos e irremediables enemigos de la autoridad soviética».

Sobre el destino propuesto para los oficiales polacos, el memorando se mostraba calculadamente ambiguo. Solicitaba que «se examinen los casos usando el procedimiento especial» por una comisión formada por Beria y otros tres hombres, aunque curiosamente el nombre de Beria figuraría tachado con lápiz azul. Para los culpables de esas actividades antisoviéticas, Beria solicitaba para ellos, en este caso sin ninguna ambigüedad, «el castigo más extremo: la muerte por fusilamiento».

El documento estaba firmado por el propio Beria, siendo rubricado también por Stalin, así como por otros dirigentes: el mariscal y Primer Comisario del Pueblo de Defensa de la Unión Soviética, Kliment Voroshílov, y el miembro del Politburó —el comité ejecutivo del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)— Anastás Mikoyán con lápiz

azul, y el ministro de Asuntos Exteriores, Viacheslav Molotov, con lápiz normal. Los nombres de Mijaíl Kalinin, presidente del Presidium del Soviet Supremo, y de Lázar Kaganóvich, miembro del Politburó y en ese momento ministro del Petróleo, estaban apuntados en el margen, con la lacónica anotación *za* («aprobado»).



Lavrenti Beria tenía plena confianza de Stalin para eliminar a sus enemigos políticos, reales o supuestos. Él se encargaría de organizar el asesinato de los oficiales polacos, culpables de «agitación antisoviética».

Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre las circunstancias en que se tomó esta decisión, y si esta fue comprendida en todo su terrible alcance por los firmantes. Todas las posibilidades están abiertas. Es posible que la idea de ejecutar a los prisioneros polacos surgiese de Stalin y este pidiese a Beria que se encargase de los aspectos formales, haciéndola pasar por una propuesta de su departamento para diluir así la responsabilidad última del dictador. Tal vez fue Beria quien decidió eliminar a los oficiales polacos y obtuvo la conformidad de Stalin. O quizás Beria tomó la decisión y manipuló a Stalin para que refrendase la orden, ocultándole el verdadero alcance de la operación y maquillándola

como una acción encaminada a doblegar la voluntad de los prisioneros polacos.

A tenor de la reacción posterior de Stalin cuando se conocieron los detalles de lo sucedido, gana enteros esta última posibilidad. Es probable que el dictador soviético diese carta blanca a Beria pensando que un poco de mano dura iría bien para que los polacos comprendiesen que debían mostrarse más dóciles con sus captores. Quizás el zar rojo entendió que esa campaña de persuasión incluiría alguna ejecución como aviso para navegantes, sin llegar a pensar que en realidad había firmado una orden de exterminio que alcanzaría a la práctica totalidad de ellos. No obstante, teniendo en cuenta el negro historial de Beria, es difícil imaginar que Stalin le concediese la potestad de aplicar la máxima pena a los prisioneros polacos sin sospechar que este la podía utilizar para eliminarlos a todos. En todo caso, tan solo podemos lanzar suposiciones al respecto.

Una vez decidida en la cúpula del poder soviético la suerte de los prisioneros polacos, el NKVD se puso manos a la obra. Como hemos visto, en la orden firmada por Stalin se indicaba que se examinarían los casos por una comisión formada por cuatro personas «usando el procedimiento especial», lo que invita a pensar que cada caso de actividad antisoviética debía ser estudiado por esa comisión antes de emitir un veredicto, que podía ser el de condena a muerte. Sin embargo, a la luz de los hechos, el apuntado «procedimiento especial» era el eufemismo utilizado para el simple asesinato. Así lo entendió de inmediato el NKVD, que se dispuso a ejecutar esa misión, considerada, en el lenguaje de esta organización, *Mokraya rabota*; literalmente, «trabajo húmedo», lo que significaba que era una tarea en la que iba a correr la sangre.

El trabajo que tenían por delante los hombres de Beria no era tan sencillo como podía parecer. Se debía ejecutar fríamente a unos 15.000 hombres, casi todos ellos jóvenes y en buen estado físico. Cuando los oficiales polacos comprendiesen que iban a ser asesinados, posiblemente ofrecerían resistencia, poniendo así en riesgo la rapidez, discreción y eficacia que requería la operación. Sin embargo, el NKVD acumulaba una larga experiencia en misiones de este tipo, lo que iba a facilitar que la eliminación de los prisioneros polacos discurriese sin ningún contratiempo. Para ello, recurrieron en primer término al engaño, jugando con la esperanza de los polacos de ser liberados y, después, a la separación

y fragmentación del colectivo de prisioneros para impedir cualquier conato de resistencia.

El último viaje

El 3 de abril de 1940, los soviéticos comenzaron a sacar a los prisioneros del campo de Kozielsk y dos días después a los de los campos de Ostashkov y Starobielsk. Los polacos no podían pensar en ese momento, ni por asomo, que acababa de comenzar su camino a la tumba. Entonces consideraban que seguían vigentes los acuerdos de Polonia con franceses y británicos y, en todo caso, la Unión Soviética no había estado oficialmente en guerra con su país. Por tanto, creían que su liberación ya no podía tardar y el que sus captores comenzaran a sacarles de los campos confirmaba lo que esperaban.

Los soviéticos, por su parte, aprovecharon esa predisposición positiva de los polacos para tejer fácilmente el engaño que debía facilitar la tarea genocida. Informaron a los prisioneros que iban a ser puestos en libertad de manera gradual. Cada día un grupo abandonaría el lugar de encierro para subir a unos camiones que les conducirían a la estación de ferrocarril más cercana. El primer grupo incluyó a varios generales, que fueron despedidos por una guardia de honor formada por sus hombres, en un ambiente de alegría. Para darle más realismo a la farsa, a cada prisionero se le entregaron como provisiones de viaje 800 gramos de pan, algo de azúcar y tres arenques envueltos en papel.

A lo largo de los días siguientes se repetiría la misma rutina. Sobre las diez de la mañana se recibía en la oficina del campo una llamada de Moscú, en la que se dictaba el nombre de los prisioneros que debían abandonarlo ese día. Esta tarea llevaba algún tiempo, ya que la lista podía estar integrada por hasta trescientos nombres; además, la transcripción de los nombres polacos siempre entrañaba alguna dificultad para los rusos. Finalmente, con la lista en la mano, un guardia se presentaba en el recinto de los prisioneros y comenzaba a pronunciar los nombres de los que ellos creían afortunados; estos se despedían apresuradamente de sus compañeros de cautiverio para recoger las provisiones de viaje e iniciar el anhelado regreso al hogar.

Los polacos estaban convencidos de que volvían a casa, a pesar de que había algunas circunstancias que permitían sospechar que ese no era precisamente el destino. A la salida del recinto en el que habían estado confinados, los guardias del NKVD les vigilaban apuntándoles con sus armas, entre los ladridos de los amenazadores perros que sujetaban con las correas. Además, los camiones que les llevaban a la estación más próxima daban un rodeo para no atravesar ningún núcleo poblado, lo que mostraba un interés especial en que no hubiera testigos de su traslado.

Las condiciones en las que los polacos iban a tener que hacer el viaje no eran las más adecuadas, ya que este se efectuaba en viejos vagones-prisión de la época zarista. Estos vagones, llamados *stolypinkas* por Piotr Stolypin, ministro del zar Nicolás II, eran los utilizados por el régimen soviético para trasladar presos a los remotos campos de trabajo de Siberia. No tenían ventanas y estaban divididos en celdas separadas por barrotes, dejando un pasillo en uno de los lados. Los guardias se situaban en el espacio libre que quedaba en el extremo del vagón. Cada una de las celdas tenía espacio para seis u ocho personas, pero en este caso fueron ocupadas por hasta dieciséis prisioneros polacos.

Durante el viaje, en total oscuridad, no se les volvió a dar comida y los guardianes solo les permitieron hacer sus necesidades en contadas ocasiones. Sin embargo, esas incomodidades eran soportadas por los oficiales polacos con buen ánimo al creer que estaban cada vez más cerca de su soñada liberación.

Para conocer lo que sentían los oficiales polacos contamos con el diario de uno de ellos, Waclaw Kruk. El 8 de abril anotó:

> En los primeros días de abril comenzaron a mandar transportes, al principio no muy grandes. (…). Ayer fue el transporte con oficiales de mayor rango: tres generales, una veintena de coroneles y el mismo número de mayores. Viendo el modo del transporte, teníamos pensamientos positivos. Hoy ha llegado mi turno. (…). En la estación nos metieron en vagones-prisión, bajo estricta guardia. En mi celda somos trece. Aún no conozco a los compañeros del calvario. Ahora estamos aguardando la partida. Antes me sentía optimista, pero ahora creo que este viaje no es nada bueno. (…). Esperamos con paciencia. Vamos camino a Smolensk. El día es soleado. En los campos aún hay mucha nieve.

Al día siguiente, Kruk anotaba en su diario:

> Es difícil ver en qué dirección vamos. (…) Me temo que vayamos al norte o noreste, juzgando por el clima. (…) Ayer por la mañana nos dieron una ración de pan y azúcar, así como agua fría. Ya es casi mediodía y no nos han dado nada más. El entorno también se ha vuelto horrible. No

dejan hacer nada. Solo se puede ir al baño cuando los guardias así lo deciden, no ayudan en nada peticiones ni gritos (…). Ya es casi de noche, pasamos Smolensk, llegamos a la estación de Gniezdovo. Parece que aquí nos vamos a bajar, porque hay muchos militares. En todo caso hasta ahora no nos han dado nada de comer. Desde el desayuno de ayer, hemos vivido con un pedazo de pan y un poco de agua.

Esa referencia a la falta de comida es la última anotación que presenta el diario de Kruk, encontrado en un bolsillo de su uniforme cuando su cadáver fue exhumado por los alemanes.

Otro testimonio sería el del pintor y escritor Józef Czapski, quien también dejaría constancia por escrito de sus impresiones. Sin embargo, él tendría más suerte, ya que se libraría de ser asesinado en Katyn. En vez de ser ejecutado, fue trasladado a otro campo, pero su viaje también lo realizó en las mismas penosas condiciones de sus compañeros, que no tendrían la misma fortuna que él.

Así, el artista explicaría posteriormente en sus memorias, tituladas Recuerdos de Starobielsk, que abandonó el campo de prisioneros de Starobielsk el 12 de mayo de 1940, junto a otros dieciséis oficiales:

Ya en la estación —relata Czapski— comenzaron las sorpresas, nos metieron en vagones-prisión, más de diez en compartimientos muy estrechos, casi sin ventanas, con rejas gruesas. Descubríamos textos en polaco en las paredes, como por ejemplo «Nos bajaron cerca de Smolensk». Los guardias se comportaban con nosotros de un modo brutal. En general nos dejaban ir al baño solo dos veces en veinticuatro horas. Nos alimentaban exclusivamente con arenques pequeños y agua. Hacía muchísimo calor, la gente se desmayaba, pero los guardias se mostraban totalmente indiferentes, preparados bien para su profesión.

Tras dos días de viaje, el tren llegaba de madrugada a la estación de Gniezdovo. El diario de otro oficial polaco que sí fue asesinado en Katyn, Adam Solski, refleja la incertidumbre que vivió en esos momentos y no puede evitar deslizar un inquietante presagio: «Unos minutos antes de las cinco de la mañana nos despiertan en los vagones-prisión y tenemos que prepararnos para salir. Se supone que nos van a llevar a algún lado. ¿Y luego?».

En la estación iban siendo sacados de los vagones en grupos de treinta. Los polacos, cegados por la luz del día tras estar dos días en completa oscuridad, rodeados de perros y apuntados por las armas de los vigilantes, eran impelidos a subir a unos siniestros autobuses, conocidos como *chornyi voron*, o «cuervos negros». Estos furgones policiales Mercedes-Benz, de fabricación alemana, destinados al traslado de detenidos, estaban

pintados de negro y no tenían ventanillas. Su interior estaba dividido en pequeñas celdas en las que a duras penas cabía un hombre, situadas a lo largo de un pasillo. En su diario, Solski los califica de «horribles». Estos autobuses serían los utilizados por la policía política soviética hasta los años cincuenta. Al ver los vehículos, algunos polacos tuvieron un presentimiento tan negro como el color en el que estaban pintados y se resistieron a subir a ellos, pero los guardianes emplearon a fondo los puños y las culatas de sus fusiles para obligarles a subir.

Aunque los testimonios recogidos posteriormente por los alemanes de entre las gentes del lugar, así como la descripción recogida en el cuaderno de uno de los oficiales ejecutados, señalan que se utilizaron «cuervos negros» para el traslado de los prisioneros, un polaco que finalmente se libró de ser enviado a la muerte, el doctor Stanislaw Swianiewicz, aseguraría que cuando él llegó a la estación de Gniezdovo, el 30 de abril, se empleó un autobús convencional con las ventanillas cegadas rudimentariamente con una capa de cemento.

El trayecto en autobús cubría apenas 4 kilómetros, 3 a lo largo de la carretera que unía Smolensk con Vitebsk, y 1 más tras torcer a la izquierda en dirección al río Dniéper. Allí se levantaba una *dacha* que había sido construida por el NKVD en 1934 para alojar al personal que llevaba a cabo las ejecuciones; los alemanes, cuanto tomaron el lugar, la denominarían *Schlösschen* o «pequeño castillo». El diario de Adam Solski hace referencia a esa *dacha*, en una apresurada anotación: «Nos trajeron a un bosque, algo parecido a un sitio veraniego». Solski pudo escribir que el autobús se detuvo al lado de la casa y que tuvieron que bajar. Allí fueron registrados: «Aquí una revisión detallada. Me quitaron el reloj en el que eran las 6:30. Me pidieron la alianza (…). Me quitaron los rublos, el cinturón, la navaja…». También tuvieron que dejar allí los cinturones y los objetos de valor, como los anillos, las estilográficas y la moneda rusa que tuvieran en su poder. El dinero polaco no les interesaba. A pesar del exhaustivo registro, Solski pudo conservar un lápiz y la libreta en la que anotó esas últimas observaciones, antes de ser asesinado, ya fuera en la misma casa o junto a la fosa en la que sería sepultado.

Los alemanes contaron con el testimonio de un civil ruso, Ivan Krivozertsev, que aseguró haber visto cómo los polacos eran sacados de los autobuses y conducidos a la *dacha*, en donde se apuntaban sus nombres en una lista. Según Krivosertsev[8], algunos polacos eran asesinados en la

misma casa y a otros se les llevaba al bosque cercano para ser allí ejecutados, aunque él dijo no haber escuchado ningún disparo.

Los que fueron asesinados en la casa pudieron ser víctimas del método favorito del NKVD. El hombre que iba a ser ajusticiado era introducido por dos hombres en una celda acolchada insonorizada, conocida como *habitación Lenin*. El color del interior era rojo, para disimular las manchas de sangre o quizás como homenaje a la Revolución. Mientras cada uno agarraba al condenado de un brazo, y después de que se le obligase a arrodillarse de cara a la pared, un tercero que se encontraba ya en el interior, con un gran delantal de cuero para no mancharse, se acercaba sin mediar palabra y le disparaba maquinalmente en la base del cráneo. El cuerpo era sacado al exterior por una trampilla y cargado en un camión. El suelo de cemento solía ser inclinado para facilitar así el drenaje de la sangre. Tras un rápido manguerazo, la sala estaba preparada para que pasara el siguiente. De la rapidez de todo el proceso da idea el que en una hora podían ser ejecutados hasta veinte prisioneros.

Hasta hace poco tiempo se creía que la mayoría de polacos habían sido ejecutados junto a las fosas, arrodillados en el borde, o en las mismas fosas, después de que se les obligase a tumbarse sobre sus camaradas muertos, como solían hacer los alemanes en estos casos y ha quedado detallado en el capítulo dedicado a la matanza en el barranco de Babi Yar. Pero se han encontrado pocos casquillos de bala en las proximidades de las fosas, lo que reforzaría la idea de que los asesinatos se llevaron a cabo en el «pequeño castillo». No obstante, el gran número de ejecuciones lleva a pensar que pudieron haberse utilizado varias de esas *habitaciones Lenin*, ya fuera en el mismo edificio o en otros similares que rodeaban el bosque de Katyn. Igualmente, el hecho de que unos cadáveres apareciesen con las manos atadas a la espalda y otros no hace pensar que el método de ejecución pudo ser diferente según el caso.

A pesar de que determinar cómo se llevaron a cabo las ejecuciones es un punto fundamental, resulta sorprendente que, como podemos comprobar, solo podamos hacer especulaciones al respecto. De hecho, no existen evidencias de que los asesinatos se produjeran en esa *dacha*. El informe elaborado por los alemanes no señalaba ninguna prueba de que hubiera sido así. El edificio resultó destruido en los combates que tendrían lugar durante la retirada alemana, por lo que es prácticamente imposible aventurar lo que allí pudo ocurrir, si es que ocurrió algo. Tan solo quedó en

pie una construcción anexa que servía de garaje, aunque no parece que desempeñase ningún papel en las ejecuciones. En la década de los noventa, investigadores polacos solicitaron a las autoridades rusas realizar trabajos arqueológicos en la *dacha* y sus alrededores para buscar indicios que permitiesen reconstruir lo allí sucedido, pero el permiso les fue denegado. Quizás algún día, cuando se dé luz verde para poder investigar sobre el terreno, se pueda desentrañar ese misterio.

Por tanto, sigue siendo una incógnita algo tan elemental como el método empleado por el NKVD para ejecutar a más de cuatro millares de personas. Sea como fuere, de lo que no hay duda es de que los asesinos habían perfeccionado un sistema rápido y eficaz, que les permitió acabar sin ningún contratiempo con la vida de tantas personas jóvenes, que en teoría podían haber opuesto alguna resistencia más o menos organizada.

Sobre este asunto, un antiguo oficial de seguridad soviético, Oleg Zakirov, que a principios de los años noventa trabajaba en la rehabilitación de miembros del KGB, pudo haber establecido el método empleado por el NKVD para asesinar a los prisioneros polacos. En sus conversaciones con antiguos miembros de la policía secreta soviética, uno de ellos, el mayor N.N. Smirnov, dijo haber hablado con uno de los que participó directamente en la matanza, un tal S.M. Mokrhitsky. Según Smirnov, Mokrhitsky le había relatado que los polacos eran conducidos a un recinto vallado en donde se pasaba lista. Luego se les decía que podían sentarse en un banco a fumar un cigarrillo, con la espalda apoyada en el muro de una pequeña construcción. En ese momento, se levantaba una trampilla que dejaba la parte de atrás de la cabeza de los prisioneros al alcance de las armas de un pelotón de ejecución. Los tiradores disparaban todos a la vez a la base del cráneo, hacia arriba, ya que la trampilla estaba situada en un plano algo inferior. Después, los cadáveres eran arrastrados hasta las fosas.

Resulta difícil conceder veracidad al testimonio indirecto de N.N. Smirnov, ya que este método de ejecución resulta un tanto insólito, pero la realidad es que la casi totalidad de los cadáveres presentan la misma trayectoria de bala, entrando por la parte baja del cráneo y saliendo por la parte superior de la frente, lo que parece apoyar esta hipótesis, que es defendida también por varios autores.

En total, en Katyn los soviéticos asesinaron a 4421 polacos, que fueron enterrados en ocho fosas, con una profundidad de entre 2 y 4 metros. La mayor de estas fosas, en forma de L, constaba de doce niveles de

cadáveres hasta alcanzar un número de 2800. Las cabezas de las víctimas de un nivel coincidían con los pies de las del siguiente, lo que demuestra que fue un proceso sistemático, alejado de cualquier improvisación. El NKVD realizó su «trabajo húmedo” a la perfección.

«¡Hemos cometido un grave error!»

Con el asesinato de los oficiales polacos, los soviéticos habían asestado un duro golpe a la nación polaca, del que tardaría mucho tiempo en recuperarse. La desaparición del cuerpo de oficiales, así como de un gran número de médicos, catedráticos, juristas e intelectuales suponía la decapitación del pueblo polaco, facilitando así su sometimiento a los dictados de Moscú. Polonia había dejado de existir, triturada entre los colosos germano y soviético, a consecuencia del acuerdo secreto al que ambos habían llegado para repartírsela.

Pero el 22 de junio de 1941, a raíz de la invasión de la Unión Soviética por el ejército germano, la actitud de Moscú hacia Polonia y los polacos sufrió un giro radical. Para derrotar a las tropas de Hitler, hasta entonces imbatidas en el campo de batalla, todo esfuerzo iba a ser poco, por lo que cualquier aportación que pudieran hacer los polacos era bienvenida.

Stalin comprendió entonces que debía pedir ayuda a aquellos a quienes había traicionado dos años atrás. Así, los soviéticos se dispusieron a sellar una alianza con el Gobierno polaco exiliado en Londres, representado por el primer ministro y jefe de sus Fuerzas Armadas, el general Wladislaw Sikorski, quien, curiosamente, había logrado en 1920 poner en retirada al ejército bolchevique cuando este esperaba una fácil victoria contra Polonia. Ese éxito militar le supuso adquirir un gran prestigio, no solo en su país, sino también en el extranjero. Sikorski fue nombrado primer ministro en 1922, pero en 1923 pasaría a ser ministro de la Guerra, un cargo que desempeñaría durante un año. Su carrera política se vería truncada en 1926, al quedar relegado del Gobierno tras el golpe de estado del mariscal Jozef Pilsudski.

Cuando los alemanes invadieron Polonia, Sikorski seguía alejado de las esferas de poder. Quizás por este motivo se le negó la posibilidad de mandar las tropas que defendían Varsovia, aunque él era quizás la persona más adecuada para ello. Una vez derrotado el ejército polaco, Sikorski se

exilió en París, tomando sobre sus hombros el peso de la representación de su país y asumiendo el mando de las tropas polacas que lucharían junto a los Aliados. Ante el avance alemán sobre la capital gala, se trasladó a Londres, en donde recibiría esa propuesta de los que habían invadido su país en 1920 y en 1939.

Los desconfiados polacos eran remisos a dejarse abrazar por los rusos cuando hacía menos de dos años estos se habían repartido Polonia con los nazis y cinco meses después habían puesto en marcha las deportaciones de civiles que hemos visto en el segundo capítulo. Pero las presiones de los aliados occidentales acabarían logrando que el Gobierno de Sikorski aceptase a regañadientes la interesada oferta de amistad de Moscú.

La única condición que puso el Gobierno polaco para aceptar la oferta rusa fue el retorno a la situación anterior a la invasión de 1939 por el Ejército Rojo. El acuerdo entre ambos gobiernos fue firmado el 14 de agosto de 1941, y en él se preveía, como se apuntó en el el segundo capítulo, la referida concesión de una amnistía general para todos los ciudadanos polacos que por aquel entonces estuvieran detenidos en territorio soviético. Sikorski tenía ante sí la tarea de reorganizar su ejército para ponerlo a disposición de los Aliados, y para ello necesitaba a los oficiales que supuestamente se encontraban todavía prisioneros de los soviéticos.

Sin embargo, pronto se hizo evidente para los soviéticos que el haber liquidado a miles de oficiales polacos iba a suponer, tarde o temprano, un pequeño obstáculo para esa colaboración amistosa. Algunos altos oficiales fueron excarcelados y recibidos por el Estado Mayor polaco con muestras de alegría, pero los polacos, para poder reconstruir los cuadros de su Ejército, que había quedado totalmente destruido, exigieron la recuperación del resto de los oficiales que habían estado confinados en Kozelsk, Starobelsk y Ostaskov. La petición polaca nunca obtenía de Moscú respuestas concluyentes, tan solo vagas afirmaciones de que ya habían sido liberados de donde fuera que estuviesen confinados, pero que había que tener paciencia al haber problemas con el transporte.

Los oficiales polacos que se habían librado en su día de ser conducidos al bosque de Katyn para ser exterminados, y que ahora habían sido liberados, estaban muy intranquilos sobre el destino de sus compañeros. Uno de ellos era el referido oficial Józef Czapski, quien había sido trasladado al campo de Pawliszczew Bor. Según explicaría posteriormente

en sus memorias, allí se encontró con «200 compañeros de Kozielsk, 120 de Ostaszków y 63 de Starobielsk. (…). Al cabo de unas semanas nos llevaron a todos a Griazoviec cerca de Vólogda, donde nos mantuvieron hasta agosto de 1941».

Czapski y sus compañeros de cautiverio consideraron muy extraño no tener ninguna noticia de sus otros compatriotas:

> Al principio estábamos convencidos de que nuestros compañeros habían tenido el mismo destino que nosotros, que habían sido enviados a campos pequeños similares, esparcidos por toda Rusia. Sin embargo, pronto comenzamos a dudar de que hubiera sido así, ya que casi en todas las postales que nos enviaban desde Polonia nos hacían preguntas intranquilas acerca de nuestros compañeros de Starobielsk, Kozielsk y Ostaszków desde el momento en el que los habíamos dejado. Por esas postales de Polonia, llegamos a la conclusión de que éramos los únicos presos de los tres campos de los que se había tenido noticias después de abril de 1940.

En octubre de 1941, un grupo de oficiales polacos fieles al régimen de Moscú fue seleccionado para llevar a cabo una operación militar contra los invasores alemanes. Uno de los polacos sugirió al segundo jefe del NKVD, Vsevolod Merkulov, en presencia de Lavrenti Beria, utilizar en la misión a los oficiales polacos recluidos en los campos de prisioneros de Starobelsk y Kozelsk. Al escuchar eso, Merkulov contestó: «¡Esos no! ¡Hemos cometido un grave error con esos!».

La intranquilidad entre los polacos que se encontraban en territorio ruso organizando la incorporación a las filas del Ejército soviético iba en aumento. Czapski explicaría en sus memorias que:

> Al campo de verano en Tock llegaban cada día miles de personas, y establecimos algo así como una oficina de información. Mi tarea consistía en entrevistar a cada recién llegado. Todos ellos, de Vorkutá, Magadán, Kamchatka o Karaganda, mencionaban siempre dos cosas. Buscaban a sus familias trasladadas y daban listas enteras de compañeros que aún se encontraban en los campos y no fueron liberados. Desde el primer momento preguntaba a todos los que llegaban si no habían trabajado con cualquiera de nuestros compañeros de Starobielsk, Kozielsk u Ostaszkow. Seguíamos pensando que iban a aparecer en cualquier momento… Pero no solo no llegaba ninguno de ellos, ni siquiera tuvimos alguna noticia, aparte de informes contradictorios de segunda mano. Desde el momento en el que el general Anders empezó a formar el ejército, insistía en reclamarlos a las autoridades soviéticas. Le daban siempre las mismas y vanas promesas.

Pese a esos descorazonadores indicios, a Czapski y sus compañeros les quedaba:

Una llama de esperanza, alimentada por los guardias del NKVD asignados a nuestro ejército; esperábamos que nuestros compañeros, trasladados a islas lejanas, nos iban a alcanzar en julio-agosto, o sea, en el único período cuando es posible la navegación en esos mares. Miles de veces nos decían en secreto «no digan nada, tengan paciencia, sus compañeros regresarán en julio o agosto». Pero pasaron los meses de julio y agosto y nadie regresó.

Las autoridades polacas no dejarían de presionar, presentando detalladas relaciones de nombres, de datos, de referencias precisas relativas a los oficiales desaparecidos. Incluso el embajador polaco acreditado en Moscú, tras innumerables gestiones, logró ser recibido por Stalin. Ante su interlocutor, el dictador soviético telefoneó a la policía secreta con el objeto de recabar puntual información sobre los oficiales polacos; tras una corta espera, Stalin frunció el ceño y se le ensombreció el rostro. Visiblemente contrariado, Stalin regresó a su mesa y cambió de conversación, ante la perplejidad del embajador.

No sabemos si la escena fue una convincente actuación de Stalin, quien ya debía saber de sobras el destino de los oficiales polacos, o realmente desconocía hasta ese momento que Beria se hubiera extralimitado en el cumplimiento de su misión de doblegar a los prisioneros. Sea como fuere, Stalin no estaba dispuesto de ningún modo a admitir el crimen cometido y prefirió seguir apostando por una táctica dilatoria.

Cansado de la actitud evasiva de los soviéticos, el general Sikorski decidió tomar el toro por los cuernos y, acompañado del general Anders, se plantó en Moscú para entrevistarse con Stalin. Los polacos le entregaron personalmente una lista con los más de 4000 oficiales que debían encontrarse en los tres campos de prisioneros citados, pero que, por las noticias que tenían, ya no estaban allí.

La tensa reunión, en la que también se encontraba presente el ministro de Exteriores soviético, Molotov, discurrió como sigue, según las notas tomadas por los polacos:

Sikorski: Quiero constatar ante el señor presidente que su decreto sobre la amnistía no se ha cumplido. Muchos de nuestros mejores hombres se encuentran todavía en las cárceles y campos de concentración.

Stalin: (Tomando notas) eso es imposible. La amnistía fue declarada para todos los polacos y todos están libres. (Las últimas palabras las dirige a Molotov. Este hace un gesto de afirmación).

Anders: Su opinión no corresponde a la realidad. En mi ejército tengo hombres que fueron liberados hace pocas semanas y todos ellos afirman que en los campos y cárceles se encuentran todavía miles de prisioneros.

Sikorski: A nosotros no nos corresponde presentar las listas de esos hombres; son los comandantes de los campos quienes tienen las listas completas. De todos modos, tengo aquí una lista con los nombres de 4000 oficiales, deportados por la fuerza, que todavía se encuentran en los campos de concentración y en las cárceles. Esta lista es incompleta, ya que fue compuesta a base de los recuerdos de los oficiales ya liberados. He ordenado comprobar si algunos de estos oficiales se encuentran en Polonia. Resulta que no hay ni uno solo. Tampoco están en los campos de prisioneros de Alemania. Estos hombres tienen que estar aquí. Ninguno de ellos ha venido.

Stalin: Imposible. Se habrán escapado.

Anders: ¿A dónde han podido escapar?

Stalin: Pues… a Manchuria.

Anders: Todos no habrían logrado huir. A gran parte de los oficiales cuyos nombres se encuentran en esta lista los conozco personalmente. Entre ellos se encuentran mis subordinados y los oficiales del Estado Mayor.

Stalin: Seguramente se encuentran en libertad, pero todavía no han llegado.

Sikorski: Rusia es muy grande y también grandes son las dificultades. Posiblemente, las autoridades locales no han cumplido sus órdenes. Si alguno de estos oficiales hubiera abandonado el territorio de la URSS ya me habría enterado de ello.

Stalin: Ustedes tienen que convencerse de que el Gobierno soviético no tiene el menor interés de detener ni a un solo polaco.

Molotov: Creo imposible que vuestra gente se encuentre todavía en campos de concentración.

Anders: Sin embargo, sé con toda seguridad que hay muchos.

Stalin: Hay que solucionar este asunto. Las autoridades de la administración recibirán órdenes especiales. Pero no olviden ustedes que estamos en guerra.

El desarrollo de la conversación hizo creer a los representantes polacos que sus compatriotas se encontraban todavía confinados en los campos de prisioneros. Sikorski y Anders demostraron una gran ingenuidad al creer que Stalin les estaba ocultando que seguían cautivos. Es muy posible que ni se les pasase por la cabeza que hubieran podido ser asesinados. Para ellos era inconcebible que se hubiera podido ejecutar a sangre fría a 4000 prisioneros de guerra. No obstante, hubieran debido de prestar una atención especial a las tenebrosas palabras con las que Stalin dio por concluida la conversación, advirtiéndoles que no debían olvidar que

estaban en guerra, lo que, en último término, parecía justificar el terrible destino de sus compañeros de armas.

La delegación polaca se marchó de Moscú convencida de que Stalin les había mentido y que en realidad se negaba a liberar a sus compatriotas. La desconfianza entre ambos gobiernos se prolongaría a lo largo del tiempo. Teniendo en cuenta que Sikorski estaba refugiado en Londres, esta fuente de tensión resultaba muy perjudicial para la colaboración entre británicos y soviéticos.

Cruce de acusaciones

La noticia del descubrimiento de las fosas, relatado al inicio del capítulo, llegó en el momento en el que los alemanes más lo necesitaban, y en el más inoportuno para los soviéticos. Con la traumática derrota en Stalingrado todavía reciente, los alemanes habían comprendido que se enfrentaban a un enemigo muy poderoso al que sería difícil derrotar en el campo de batalla. La revelación de la masacre suponía introducir una cuña entre los soviéticos y los aliados occidentales. Estos últimos difícilmente podrían mantener una alianza con Stalin después de saber que había tratado de descabezar Polonia, cuya invasión por los alemanes había motivado precisamente la entrada en guerra de franceses y británicos. Sin duda, la actitud a tomar tras la salida a la luz del asesinato de los oficiales polacos iba a suponer para los líderes occidentales un quebradero de cabeza que podía llegar a provocar la ruptura de la alianza con los soviéticos.

Goebbels puso en liza toda su artillería propagandística para tratar de abrir esa brecha entre los Aliados. En este caso, y sin que sirviera de precedente, no tendría que poner en marcha su sucia máquina de mentiras, sino que podría decir simplemente la verdad. Así, las ondas de Radio Berlín no ahorraron detalles sobre lo que se venía encontrando en las fosas de Katyn:

> Todos los cadáveres llevan el uniforme del Ejército polaco, las manos atadas y presentan un agujero en la nuca producto de un disparo de pistola. La identificación no será difícil porque, por la particular naturaleza del terreno, los cuerpos se encuentran en estado de momificación y llevan todavía encima los documentos personales. Ha sido posible encontrar entre los restos los del general Smorawinski de Lublin. Estos oficiales, que originariamente estaban detenidos en un

campo de prisioneros en Kozelsk, fueron transferidos en trenes de ganado a Smolensk, en febrero y marzo de 1940. Más tarde fueron trasladados a la Colina de las Cabras, donde fueron asesinados. Se calcula que el número de oficiales ejecutados asciende a unos 10.000, número que se corresponde con todos los cuadros del Ejército polaco arrestados por los soviéticos.

Conscientes del impacto que iba a tener en la consideración de la Unión Soviética la revelación de los detalles de aquella masacre ocurrida tres años antes, Stalin decidió apostarlo todo a una negación categórica de la responsabilidad soviética en la matanza.

Por tanto, a partir de ese momento, todos los esfuerzos se centraron en tratar de convencer a la opinión internacional de que el asesinato de los oficiales polacos había tenido lugar en el otoño de 1941. Para saber si se trataba de un crimen alemán o soviético, lo único que había que hacer era algo tan aparentemente sencillo como fechar el momento de las ejecuciones. Si estas se habían producido antes de julio de 1941, que fue cuando las tropas germanas llegaron a la zona, la responsabilidad sería soviética. Si eran posteriores a esa fecha, la culpa recaería sobre los alemanes.

Así, los soviéticos tuvieron que rectificar sus anteriores declaraciones referentes a que ignoraban el paradero de aquellos prisioneros. Como la disparatada versión de la huida a Manchuria, referida por Stalin con toda seriedad a los incautos representantes polacos, o la que aseguraba que ya habían sido liberados y que estaban en camino, eran ahora ya insostenibles, desde Moscú se apuntó una nueva versión que explicaba el hecho de que los oficiales polacos se hallasen en poder de los alemanes. Según se dijo, los prisioneros polacos se encontraban trabajando en la construcción de carreteras cuando fueron capturados por las tropas germanas en su avance, lo que hacía recaer sobre los alemanes la responsabilidad de la masacre. Sin embargo, como era de esperar, la datación de los hechos abriría un período de intercambio de acusaciones de responsabilidad entre las autoridades soviéticas y el alto mando alemán.

El informe de la Cruz Roja

Los alemanes, en un destacado ejercicio de cinismo, decidieron extraer la máxima rentabilidad de tan espantoso hallazgo, a pesar de que ellos

mismos habían procedido a ejecutar a miles de civiles en territorio soviético, incluidos ancianos, mujeres y niños, y a enterrar los cuerpos en enormes fosas comunes, tal como habían hecho en Babi Yar.

Aunque los trabajos iniciales fueron realizados por personal especializado alemán y con ayuda de obreros rusos, las autoridades alemanas impulsaron la formación de una comisión médica internacional, integrada por especialistas de diversas universidades europeas. De dirigir esta comisión se encargaría un médico forense de Cracovia, el doctor Marian Wodzinski, perteneciente a la delegación de la Cruz Roja polaca.

Debido al tiempo transcurrido, el trabajo de exhumación e identificación de cadáveres se presentaría bastante laborioso. Algunas fosas se habían llenado de agua, lo que dificultaba la tarea de recuperar los cuerpos. En otras fosas, los cadáveres de las capas inferiores estaban tan aplastados y pegados unos a otros, que en ocasiones resultaba muy difícil separarlos sin causarles mutilaciones, ya que los miembros se desprendían con facilidad.

Los cuerpos eran sacados en camillas de madera e iban siendo colocados al lado de la fosa para su identificación. A cada cuerpo se le asignaba una chapa metálica con un número. Cuando los médicos lo consideraban oportuno, al cadáver se le practicaba un examen en un laboratorio forense.

Una característica relevante para tratar de averiguar lo sucedido era el hecho de que buena parte de los cadáveres aparecieron con las manos atadas a la espalda. Sin embargo, esa circunstancia variaba según la fosa examinada; en la más grande, solo uno de cada veinte tenía las manos atadas, en otras dos fosas esa proporción era mayor, mientras que en dos de las sepulturas todos los cadáveres llevaban ataduras. Por contra, en tres fosas no había ningún cadáver con las manos atadas. Por regla general, eran los oficiales jóvenes y los cadetes los que llevaban ataduras, al prever que podían ofrecer más resistencia o intentar huir. Tal como se ha apuntado anteriormente, esa circunstancia tal vez indique que el modo de ejecución variaba según el caso.

Las cuerdas empleadas para atar las manos de los polacos asesinados eran finas, del tipo de las que se usan para atar paquetes. Tenían de 3 a 4 milímetros de diámetro y su longitud era de entre 1,75 a 1,95 metros. En la mayoría de casos, el tipo de nudo empleado para atar las manos era idéntico, lo que indica que se seguía un método estipulado, denotando la

intervención de hombres experimentados en ese cometido. Así, la cuerda era primeramente doblada, luego se hacía con ella un lazo, colocándolo en la muñeca de una mano y apretando fuertemente; entonces se unía a la otra mano, rodeándola doblemente con la cuerda y formando otro doble lazo. Esto hacía que, con el menor movimiento de las manos, los nudos se estirasen aún más. Los verdugos demostraron no tener ningún tipo de consideración por sus víctimas; se les ataba las manos con tanta fuerza que con frecuencia la cuerda llegaba a cortar la piel.



Los alemanes colocan los cuerpos hallados en las fosas en ataúdes. Goebbels utilizaría esas imágenes en una campaña internacional de propaganda contra los soviéticos para tratar de minar la alianza enemiga.

En una de las fosas, casi todos los cadáveres llevaban, además de las ataduras, sus capotes o guerreras puestos sobre la cabeza y sujetos con la cuerda alrededor del cuello. Uno de los extremos de esta cuerda se unía a la atadura de las manos, así que cada movimiento de brazos o de cabeza producía una mayor tensión de las ligaduras. El lazo en el cuello estaba siempre muy apretado. El examen forense demostró que en todos estos casos las víctimas pasaban por grandes sufrimientos antes de morir, ya que algunos cuerpos llegaban a presentar las articulaciones retorcidas.

En algunos casos se introducían astillas en la boca que, una vez examinadas al microscopio, se comprobó que eran de madera de pino. La boca estaba cerrada, por lo que habían sido introducidas en la boca de la

víctima antes de morir; seguramente se quiso así acallar a los que trataban de alertar a sus compañeros o de maldecir a sus verdugos. Tanto las ataduras como las bocas llenas de astillas se encontraron también en las tumbas anteriores a la matanza de oficiales polacos, lo que demostraba que hacía tiempo que esos mismos métodos eran empleados por los verdugos del NKVD.

Después de desenterrar 982 cadáveres, identificar al 70 % de ellos, y practicar decenas de autopsias, la comisión internacional consideró que tenía suficientes elementos de juicio para emitir la siguiente conclusión:

> Todos los cadáveres revelan, como causa de muerte, disparos en la nuca. De los documentos hallados en los cadáveres se deduce que las ejecuciones tuvieron lugar durante los meses de marzo y abril de 1940. En ello coinciden totalmente los hallazgos consignados en el Protocolo, encontrados en las zanjas y en cada uno de los cadáveres de los oficiales polacos.

Esta conclusión estaba firmada por doce prestigiosos doctores, y no dejaba ninguna duda de la autoría soviética. Todos los documentos encontrados en los uniformes de los asesinados —agendas, diarios, cartas o periódicos— eran anteriores a marzo o abril de 1940. La posibilidad de que los alemanes hubieran asesinado a los polacos en 1941 y que hubieran manipulado la documentación en poder de cada uno de ellos para simular que fueron ejecutados un año y medio antes, habría requerido de un trabajo tan complejo y minucioso que resultaba impensable. En las agendas, por ejemplo, las anotaciones siempre terminaban en esos meses de 1940, por lo que era absurdo pensar que los alemanes hubieran procedido a borrar cuidadosamente todas las entradas posteriores a esas fechas, sin dejar ningún indicio de la falsificación. La culpabilidad soviética había quedado demostrada de manera firme, precisa e incontestable.



Objetos personales hallados en los cuerpos de los oficiales polacos son expuestos públicamente por los alemanes para facilitar las labores de identificación.

Los trabajos de exhumación e identificación de los cadáveres se prolongarían hasta el 7 de junio de 1943. En total se encontraron 4413 cadáveres, de los que 2815 pudieron ser identificados gracias a los papeles encontrados en los bolsillos, ya fueran carnés, partidas de nacimiento o cartas, aunque en muchos casos estos documentos aparecían ocultos en las polainas, junto con billetes polacos. También se encontraron objetos de valor; como se ha indicado, según las últimas anotaciones encontradas en los papeles de los asesinados, estos objetos los tenían que entregar antes de la ejecución, pero hubo algunos que consiguieron llevárselos consigo a la tumba para que no cayeran en manos de sus asesinos.





Algunas pertenencias de los polacos asesinados en Katyn, como las espuelas de un oficial de Caballería o unos botones dorados. Se exponen en el Museo de la Segunda Guerra Mundial de Gdansk. *Foto del autor, octubre 2017*.

A pesar de los exhaustivos informes de la Cruz Roja polaca, la fría descripción de lo hallado en las fosas de Katyn no reflejaba todo el horror que allí se podía contemplar. Un escritor polaco, Józef Mackiewicz, lo trasladaría al papel en un estremecedor testimonio, publicado el 3 de junio de 1943 en el periódico polaco *Goniec Codzienny («Mensajero Diario»)*, en un artículo titulado con el pleonasmo *Lo vi con mis propios ojos*:

Desde el primer momento un olor horrible me dio náuseas, luego, con toda la fuerza de voluntad logré calmarme. Fuimos por un camino lleno de cadáveres exhumados y allá, detrás de un pino grueso, miré hacia abajo. Horrible… Horrible. Uno, dos, tres cadáveres ya pueden causar una impresión aplastante. Ahora imagínense miles de ellos, miles y todos en los uniformes de oficiales polacos… ¡La flor de inteligencia, caballeros de la Nación! Forman capas hacia adentro, capas de cuerpos humanos, unos encima de otros. Están dispuestos como sardinas, cabezas encima de las piernas, aplastados, planos en el jugo de los cadáveres, que en el fondo de algunos hoyos se puede divisar como un líquido verde, muerto, en el que ya no se reflejan ni las copas de los árboles, ni las nubes del cielo. Nos quitamos las gorras y nos quedamos inmóviles, unos pájaros cantaban en el pino. La lluvia cesó, el bendito viento se llevó el horrible olor para otro lado. Y hasta por un momento salió el sol.

El impacto que produjo en Mackiewicz la visión de ese espantoso espectáculo fue, sin duda, muy acusado:

En momentos como este, vivir parece cinismo. La primavera por encima del hoyo de manos y piernas entrelazadas, caras distorsionadas, pelo pegado, zapatos de oficial, uniformes podridos, cinturones. Solo queda pensar que cada una de estas posiciones, retorcimiento de rodilla, movimiento de cabeza, fue el último ademán del sufrimiento, miedo, dolor… los peores sentimientos humanos, qué sé yo.

Una muerte oportuna

Las pruebas concluyentes de la culpabilidad soviética en la matanza de oficiales polacos en Katyn situaban a los aliados occidentales en una posición muy delicada, tal como deseaban instigar los alemanes con sus revelaciones. Aceptar las conclusiones de la comisión médica internacional suponía acusar a los soviéticos de ese crimen, lo que sin duda iba a poner en peligro la solidez de la alianza con Stalin. En esos momentos, Stalin reclamaba la apertura de un segundo frente en Europa, pero los aliados occidentales no se veían todavía en condiciones de lanzar un gran desembarco, por lo que casi todo el peso de la lucha contra los alemanes recaía en el Ejército Rojo. De admitir los aliados occidentales la culpabilidad soviética, las inevitables fricciones podían acabar llevando a Stalin a descabalgarse de la alianza y buscar la posibilidad de un acuerdo con los alemanes para poner fin a la guerra.

Por tanto, los aliados occidentales sabían que debían ser muy cautos en el asunto de Katyn, para que no peligrase la alianza con los soviéticos, sin la que resultaría imposible derrotar algún día a Hitler. Mirar para otro lado ante la visión horripilante de esa abyecta fechoría soviética suponía traicionar a los polacos. Pero, ante la disyuntiva de permanecer unidos en el esfuerzo bélico o rebajar unos grados el compromiso moral con el Gobierno polaco en el exilio, los aliados no tuvieron ninguna duda lo que debían hacer. La prioridad absoluta era ganar la guerra, por lo que el predecible y justificado berrinche polaco se dio por descontado y amortizado.

El general Sikorski consiguió reunirse con Churchill, y le manifestó lo que el primer ministro británico ya sabía, que las evidencias encontradas apuntaban, irrefutablemente, a los soviéticos como los culpables de ese horrendo crimen. El representante polaco le aseguró que tenía muchos y muy concretos elementos de juicio que incriminaban a los soviéticos. Churchill, pragmático, prefirió no entrar a fondo en el asunto, manifestándole que lo mejor que podía hacer era olvidarlo y pasar página. Según sus memorias, el premier británico le dijo con descarnado realismo: «Si están muertos, nada de cuanto pueda usted hacer les devolverá la vida». Sikorski le contestó que no podía contener a sus compatriotas, quienes ya habían revelado a la prensa todos los informes que poseían.

El general polaco, decepcionado, intentó al menos recabar su apoyo en el enfrentamiento que mantenía con Moscú, que había decidido crear un Gobierno polaco títere con sede precisamente en la capital soviética. Churchill tenía claro que el objetivo primordial era derrotar a Alemania y, para conseguirlo, los rusos resultaban infinitamente más útiles que los polacos, por lo que no aceptó ningún compromiso en ese sentido.

Sin advertir al Gobierno británico de sus intenciones, el Gobierno polaco en el exilio publicó el 17 de abril un comunicado en el que daba cuenta de la gestión que había realizado cerca de la Cruz Roja Internacional en Suiza, a fin de que esta enviase una delegación a Katyn para realizar una investigación sobre el terreno. La nota era extremadamente cauta, con el fin de no soliviantar a Moscú, y ni tan siquiera acusaba directamente a los soviéticos de la matanza. Con una generosa ambigüedad, afirmaba: «No hay polaco que no estuviera profundamente conmovido por la noticia difundida por la propaganda alemana sobre el descubrimiento cerca de Smolensk, en una fosa común, de los cuerpos masacrados de los oficiales polacos desaparecidos en la URSS, y sobre el sufrimiento que padecieron».

En el comunicado se hacía especial hincapié en el rechazo a que los alemanes pudieran sacar provecho del descubrimiento de la masacre:

> El Gobierno polaco, en nombre de la nación polaca, les niega a los alemanes el derecho de aprovecharse del crimen atribuido a otros para buscar argumentos en defensa propia. El disgusto, lleno de hipocresía, de la propaganda alemana no va a encubrir en los ojos del mundo los crímenes crueles, repetidos y aún existentes, efectuados en la nación polaca (…). El Gobierno polaco se indigna con todos los crímenes realizados en contra de los ciudadanos polacos y niega el derecho de aprovecharse de estas víctimas en un juego político por cualquiera que también es culpable de crímenes contra la nación y el país polacos.

El 20 de abril de 1943, el embajador polaco en Moscú, Tadeusz Romer, recibió de su gobierno orden de preguntar a los rusos cuál era su respuesta a las acusaciones germanas, lo que no sentó nada bien a los soviéticos, quienes ya tenían en el punto de mira al Gobierno polaco en el exilio tras su apelación a la Cruz Roja Internacional para que investigase la matanza.

En medio de un ambiente muy tenso, el embajador soviético en Londres, Ivan Maisky, se dirigió a la casa de campo de Churchill, en Chartwell, en donde este se encontraba descansando. El premier británico fue avisado por teléfono de que Maisky ya estaba en camino, lo que daba idea de la urgencia de la reunión. Según explicó Churchill en sus

memorias, Maisky «dio muestras de una agitación inusitada en él». El embajador soviético le dijo, en nombre de Stalin, que «después de las odiosas acusaciones hechas públicas y apoyadas por el Gobierno polaco de Londres, según las cuales Rusia era responsable del asesinato en masa de los oficiales polacos prisioneros, el acuerdo de 1941 iba a ser denunciado sin pérdida de tiempo». Churchill, alarmado, intentó reconducir la situación reconociendo que «los polacos habían sido imprudentes al prestarse a tales maniobras», pero dijo que esperaba sinceramente que «un despropósito de este género» no llevaría aparejada una ruptura de sus relaciones con la Unión Soviética. Para ayudar a que las aguas volvieran a su cauce, Churchill redactó un telegrama para Stalin en este sentido.

Maisky empezó a argumentar sobre la falsedad de la acusación y expuso a Churchill diversas razones para demostrarle la imposibilidad material de que los rusos hubiesen cometido semejante crimen. La información de que disponía Churchill desmentía uno por uno los débiles e insostenibles argumentos expuestos por el embajador soviético. Está claro que él tenía pocas dudas sobre la culpabilidad soviética en la matanza de Katyn, pero era consciente de que tratar de discutir esos argumentos solo iba a lograr tensar más la situación, cuando lo único importante era que las potencias aliadas permaneciesen unidas para derrotar a Alemania. Así, su respuesta a Maisky fue clara: «Tenemos que vencer a Hitler y este no es el momento de enzarzarse en disputas y acusaciones».

Pero la actitud conciliadora de Churchill no fue suficiente para reconducir las relaciones entre el Gobierno polaco en el exilio y el soviético. El líder británico no pudo evitar la ruptura. Así, el 25 de abril de 1943 los soviéticos rompieron relaciones con el Gobierno presidido por el general Sikorski, calificando «el comportamiento del Gobierno polaco para con la URSS en el último período como anormal y abusivo en cuanto a todas las reglas y costumbres entre dos países aliados», según la nota que el ministro de Exteriores Molotov presentó al embajador polaco en Moscú. En esa comunicación, Molotov se quejaba de que el Gobierno polaco había apoyado «la campaña de mentiras, hostil con la URSS, desarrollada por los nazis en relación con el asesinato de los oficiales polacos, y del que ellos mismos son los responsables».

Molotov lamentaba también en su nota que «el Gobierno polaco no solo dio fe a la mentira nazi contra la URSS, sino que tampoco vio la necesidad de dirigirse al Gobierno soviético para solicitarle o demandarle

aclaraciones en este caso”, lo que era falso, ya que cinco días antes el propio embajador polaco había requerido esa información. En cuanto al papel de la Cruz Roja Internacional, la nota aseguraba de forma confusa que esta:

> Se siente obligada a aceptar la invitación de ambos gobiernos, el polaco y el nazi, a participar del teatro de esa investigación por el sistema terrorista que está llevando a cabo el exterminio masivo de una población pacífica, dirigido por Hitler. Está claro que este tipo de investigaciones, llevadas a cabo a espaldas del Gobierno soviético, no pueden despertar confianza en nadie que tenga un sentido mínimo de honestidad.

Finalmente, la nota firmada por Molotov certificaba la ruptura de Moscú con el Gobierno polaco exiliado en Londres:

> El Gobierno soviético es consciente del hecho de que el Gobierno polaco está realizando la campaña hostil en contra de la Unión Soviética para presionar al Gobierno soviético, usando la falsedad nazi para adquirir territorios de la Ucrania soviética, Bielorrusia soviética y Lituania soviética. Todas estas circunstancias obligan al Gobierno soviético a pensar que el Gobierno polaco actual, deslizándose a un camino de cooperación con el Gobierno de Hitler, ha dejado de mantener relaciones de amistad con la Unión Soviética, adoptando una actitud hostil hacia nosotros. Debido a todo ello, el Gobierno soviético ha decidido romper las relaciones con el Gobierno polaco.

A esta decisión le siguió la constitución de un ejecutivo polaco títere con sede en la propia Moscú, cerca del Kremlin y de la prisión central del NKVD, la Lubianka, lo que aseguraba una lealtad perruna. Churchill reconocería en sus memorias que esa ruptura «dio origen a muchos inconvenientes», aunque lo que es seguro es que los inconvenientes hubieran sido mucho mayores si la tensión hubiera finalmente estallado entre los propios aliados. Como bien había manifestado al embajador Maisky, lo único importante era acabar con Hitler a cualquier precio, aunque eso supusiese sacrificar injustamente a los polacos.

Adelantándose a ese movimiento de Stalin, los británicos ya habían logrado hacer salir de Rusia a importantes contingentes de combatientes polacos, así como a sus mujeres e hijos. Gracias a ello fue posible constituir y equipar en Irán tres divisiones polacas que quedarían a las órdenes del general Anders.

El presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt, al igual que Churchill, no tenía muchas dudas sobre quién había asesinado a los oficiales polacos. Desconfiando de las aseveraciones que llegaban de

Moscú, había decidido hacer sus propias averiguaciones. Para ello encargó a un hombre de confianza, el capitán George Earle, viejo amigo de la familia, que investigase discretamente entre los contactos que poseía en Bulgaria y Rumanía. La conclusión del informe elaborado por el capitán Earle no pudo ser más clara; habían sido los soviéticos, sin ningún género de dudas. Earle pidió permiso al presidente para hacer público el informe, pero Roosevelt le ordenó por escrito que no lo hiciera, ya que era auténtica dinamita. Para ganar tranquilidad, a pesar de la amistad que les unía, Roosevelt decidió destinar a Earle a la remota Samoa Americana.

Ya estaba fijada la línea que los aliados occidentales iban a seguir sobre el feo asunto de Katyn: culpar a los alemanes de la masacre, aun sabiendo que no habían sido ellos. El ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, se sumó a esa estrategia, asegurando públicamente que, tal como defendían los rusos, se trataba de un montaje hábilmente orquestado por los nazis. El ministro se presentó en el Parlamento el 4 de mayo de 1943 y dijo que el Gobierno británico estaba convencido de que la culpa de lo sucedido era del enemigo común, Alemania. Eden añadió que deploraba «el cinismo con que el Gobierno alemán acusaba a la Unión Soviética, con el velado propósito de romper la unidad entre los Aliados».

Aunque de cara al exterior el Gobierno británico sobreactuaba denunciando la supuesta culpabilidad alemana, de puertas adentro era consciente de que era mejor pasar página lo más pronto posible. Así, el embajador británico ante el Gobierno polaco en el exilio, sir Owen O’Malley, sugirió a Anthony Eden: «Hemos de tener siempre presente lo que ocurrió en Katyn, pero no hablar de ello jamás». Por su parte, Churchill comentó ante sus ministros: «Serán necesarios al menos veinte años para aclarar este hecho». De este modo, dejando la resolución del caso para tan largo plazo pese a que los hechos estaban ya más que claros, el líder británico impartía la consigna de olvidar el asunto, tan lamentable como irreversible, y ocuparse de otros más perentorios.

En esos momentos en los que el Gobierno británico había aceptado comulgar con la rueda de molino soviética y dejar a los polacos en la estacada, el general Sikorski, que no renunciaba a conocer lo que realmente había sucedido en Katyn, pasó a convertirse en una figura incómoda para los Aliados. Pero fue precisamente entonces cuando se produjo la desaparición del líder polaco, ciertamente oportuna para los intereses británicos.

Sikorski había partido en avión de la ciudad inglesa de Bristol el 25 de mayo de 1943 rumbo a El Cairo, para inspeccionar las tropas polacas allí destinadas. El 3 de julio emprendió el vuelo de regreso, haciendo escala en Gibraltar. Sikorski fue recibido allí con todos los honores por las autoridades de la colonia y al caer la noche se dispuso a seguir viaje rumbo a Inglaterra. Pero, nada más despegar, el aparato, un B-24 *Liberator*, se estrelló en el mar, falleciendo el general polaco en el accidente.

El cadáver de Sikorski pudo ser rescatado del agua y finalmente fue trasladado a Inglaterra. La RAF envió una comisión investigadora a Gibraltar con la misión de establecer las causas del accidente. Después de entrevistar a 28 testigos, incluyendo al piloto, que fue el único superviviente, se elaboró un informe en el que se responsabilizaba del mismo a un fallo suyo. Los expertos de la RAF descartaron que se hubiera producido un sabotaje, puesto que el aeroplano había estado custodiado en todo momento precisamente por miembros de la Fuerza Aérea. Aun así, el informe dejó algunos interrogantes, como la misteriosa identidad de uno de los pasajeros cuyo cuerpo nunca se encontró, o el hecho de que el piloto llevase puesto el chaleco salvavidas cuando no era su costumbre. El que casualmente esa misma mañana el embajador soviético en Londres hubiera realizado una escala técnica en Gibraltar es otro elemento que ha despertado suspicacias sobre la posibilidad de una conspiración.

La desaparición de Sikorski, fuera debido a un accidente o un sabotaje, supuso un alivio para los soviéticos, ya que de este modo se despejaba el camino para que acabara prevaleciendo su versión sobre lo ocurrido en Katyn. Pero el alivio no sería menor para los británicos, al librarse de un elemento que estaba perjudicando las relaciones con su aliado.

La comisión soviética

A pesar de que todas las pruebas apuntaban a la responsabilidad soviética en la matanza de Katyn, los Aliados occidentales se avenían a actuar, por el bien de la alianza, como si hubieran sido los alemanes los que hubieran cometido el crimen. Por su parte, los soviéticos estaban dispuestos a todo para que prevaleciese su versión, y más cuando el avance imparable del

Ejército Rojo iba a permitir alcanzar el lugar en el que se hallaban las fosas.

Así lo veía también Goebbels. El 29 de septiembre de 1943 dejó anotado en su diario: «Desgraciadamente, vamos a tener que entregar Katyn. Sin duda, los bolcheviques pronto van a encontrar las *pruebas* de que nosotros ejecutamos a esos 12.000 polacos. Este episodio nos va a provocar un problema en el futuro». Goebbels no se equivocaba. Su comentario destilaba una amargura seguramente provocada por el hecho de que él, un maestro de la manipulación y la mentira, iba a tener que sufrir una campaña similar por parte de sus enemigos, dispuestos a darle de su propia medicina.

En cuanto las tropas soviéticas tomaron el área de Smolensk, unos días después de que Goebbels anotase esa entrada en su diario, los agentes del NKVD desplazados al bosque de Katyn pusieron en marcha la pertinente operación de encubrimiento de los crímenes cometidos tres años y medio antes. Así, desmantelaron un cementerio que los alemanes habían permitido construir a la Cruz Roja polaca, y todas las evidencias que señalaban a los soviéticos como los autores de la matanza fueron expurgadas. Los testigos que habían colaborado con los alemanes fueron interrogados y convenientemente aleccionados para que apoyasen la nueva versión de los hechos. Como todos los documentos encontrados en los cuerpos de los oficiales polacos databan de antes de la primavera de 1940, los agentes introdujeron documentos falsos fechados hasta el otoño de 1941.

Además de manipular las pruebas, los soviéticos se apresuraron a crear una comisión investigadora, con el académico Nikolay Burdenko al frente. Debía ser la primera vez en la historia que el nombre de una comisión de investigación ya prefiguraba sin lugar a dudas las conclusiones de la misma: «Comisión Especial para la Determinación e Investigación de la Ejecución de Prisioneros Polacos de Guerra por los Invasores Alemanes en el Bosque de Katyn».

El presidente de esta comisión de kilométrico título, Nikolay Burdenko, tenía 67 años y era veterano de todas las guerras en las que había participado Rusia desde la guerra Ruso-japonesa. Burdenko poseía un gran prestigio científico; estaba considerado el padre de la neurocirugía rusa y era miembro de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética desde 1937. Además de su bagaje científico, había demostrado su lealtad al

régimen soviético, siendo Cirujano General del Ejército Rojo desde 1939, ganando el Premio Stalin en 1941 y el título de Héroe del Trabajo Socialista en 1943.

Así pues, los soviéticos habían encontrado en Burdenko el hombre ideal para encabezar la comisión que iba a tener como objetivo demostrar al mundo que las conclusiones de la Cruz Roja polaca eran falsas y que los autores de la masacre de Katyn habían sido los alemanes. Para ganar credibilidad, la comisión contaba con otros nombres ilustres, como el del escritor Alexei Tolstoi, pariente lejano del famoso literato, pero no se permitió la incorporación de expertos extranjeros.

Tras los estudios de la comisión Burdenko, los soviéticos convocaron una rueda de prensa internacional, que tendría lugar el 22 de enero de 1944 en Katyn. Como no era difícil pronosticar, los resultados de la comisión demostraban sin dejar un resquicio a la duda que los autores de la masacre habían sido los alemanes, y que esta había tenido lugar «en el otoño de 1941».

La comisión intentó rebatir las pruebas presentadas anteriormente por los alemanes: «Los agresores nazis, valiéndose de la persuasión, intentos de sobornos, amenazas y torturas bárbaras, pretendían encontrar “testigos” entre los ciudadanos rusos, quienes declararían falsamente que los presos de guerra polacos fueron asesinados por los soviéticos en la primavera de 1940».

Según las conclusiones de la comisión, los cadáveres que habían sido exhumados en Katyn procedían de otro lugar: «El poder ocupante nazi, en la primavera de 1943, traía de otros lugares cadáveres de los presos matados por ellos en otros sitios y los echaban a las tumbas del bosque de Katyn, procurando de esta manera cubrir las huellas de sus propios crímenes e incrementar el número de “las víctimas de las bestialidades soviéticas” en el bosque de Katyn». También se aseguraba que las ejecuciones habían sido llevadas a cabo por prisioneros rusos que fueron también asesinados, y que los alemanes habían hecho desaparecer todos los documentos con fecha posterior a la primavera de 1940 para evitar ser acusados.

En las conclusiones de la comisión se afirmaba que los alemanes habían tramado ese montaje debido «al empeoramiento de la situación política y militar que se había producido a principios del año; con fines provocadores, los alemanes llevaron a cabo varias acciones con el objetivo

de atribuir sus propios crímenes a los órganos del poder soviético y abrir un conflicto entre polacos y rusos». La comisión soviética concluía que «matando a tiros a los presos polacos en el bosque de Katyn, los agresores nazis perpetraban su política de liquidar físicamente a las naciones eslavas».

El único argumento de la comisión Burdenko que se correspondía con la realidad era la evidencia de que muchas de las balas encontradas eran de procedencia germana. Esto era cierto; la munición empleada en los fusilamientos era alemana, de la fábrica Genschow. Pero ese dato no era concluyente, ya que esas balas se habían estado exportando a Polonia y a la Unión Soviética antes de la guerra. No se sabe si la munición usada en Katyn procedía de las existencias soviéticas o de las polacas, capturadas por los rusos después de ocupar Polonia oriental, pero el hecho de que las balas fueran alemanas supuso una ayuda inestimable a la hora de tratar de convencer a la opinión internacional de la culpabilidad germana.

También fue de mucha ayuda para los soviéticos que tres periodistas norteamericanos y Kathleen Harriman, hija del embajador de Washington en Moscú, Averell Harriman, acudiesen a la rueda de prensa de Burdenko, apoyando con su presencia la versión soviética. Conscientes de la importancia del apoyo internacional para el éxito de su estrategia de encubrimiento, los soviéticos invitaron a una docena de periodistas norteamericanos a Katyn, acompañados de la hija del embajador y un secretario de la embajada, John Melby. El informe que Melby remitió a Washington es esclarecedor; en él explicaba que los supuestos testigos de la masacre relataron los hechos ante él de forma automática, como si lo hubieran memorizado, y no se le permitió dirigirles ninguna pregunta. No obstante, en su informe, Melby concluía que los argumentos de los soviéticos eran «convincentes». El informe elaborado por Kathleen Harriman también apuntaba en el mismo sentido. Tras la guerra, ambos asegurarían que, a pesar de sus dudas fundadas sobre la versión soviética, habían preferido reflejar en sus informes lo que creían que el Departamento de Estado norteamericano deseaba escuchar. En cambio, los periodistas no se sintieron tan comprometidos y se mostraron mucho más escépticos.

Una semana después de la presentación de las conclusiones de la comisión, los soviéticos celebraron una ceremonia religiosa y militar en la que participó una representación de las unidades polacas que combatían en

el Ejército Rojo, con el nombre de Ejército Polaco Popular. Un jefe de batallón polaco, Tadeusz Pióro, tomó unas notas que serían publicadas en 1989. Aunque Pióro combatía en las filas del Ejército Rojo, en sus anotaciones parece deslizar algunas dudas sobre la inocencia de los soviéticos, ya que se refiere a los «oficiales polacos asesinados por los alemanes en otoño de 1941» remarcando «según las notas oficiales».

El soldado polaco relata su llegada al lugar de la ceremonia:

> Llegamos caminando a un claro en el que se encontraba una tumba de tierra, enorme y recién hecha, y encima de la nieve que la cubría había un águila y un texto que rezaba: "¡Respeto a los caídos! 1941". En el medio había una cruz grande hecha de madera. Durante la misa —continúa su relato Pióro— empecé a caminar por el bosque que rodeaba la tumba. Aquí y allá había pedazos de cinturones de oficiales medio enterrados en el musgo y cubiertos por la nieve, águilas oxidadas, restos de las gorras podridas con manchas de oxidación y pedazos de cuerdas y alambres. Me vino a la mente la idea de ir al pueblo más cercano para enterarme un poco más acerca de lo ocurrido. Pero esto resultó imposible: en todas las salidas del bosque había puestos del NKVD, el único camino abierto fue por el que llegamos de Smolensk.

Como se ve, los soviéticos utilizaron a los soldados polacos para consolidar la gran mentira urdida en torno al trágico destino de sus compatriotas. El jefe de la 1ª División del Ejército Polaco Popular, Zygmunt Berling, pudo intervenir en la ceremonia, dirigiendo estas palabras a sus hombres:

> Nos encontramos en la tumba de 11.000 de nuestros hermanos, oficiales y soldados del Ejército Polaco. Los alemanes los mataron a tiros, como si fueran bestias, los mataron con las manos atadas. Nuestros enemigos empedernidos, los alemanes, pretenden destruir toda nuestra nación para quitarnos las tierras en las que nosotros, los polacos, vivimos desde hace siglos. Por ello los alemanes destruyen y asesinan a nuestros hermanos, persiguen, matan y cuelgan a la inteligencia polaca, expulsan a los campesinos de sus tierras polacas. Por eso han matado aquí, en el bosque de Katyn, a los oficiales y a los soldados polacos. La sangre de nuestros hermanos derramada en este bosque pide venganza.
>
> Ahora tenemos en las manos —proseguía la encendida arenga de Berling— las armas que nos está dando nuestro aliado, la Unión Soviética, a la que los alemanes intentaron culpar torpemente por el crimen por ellos efectuado. Tenemos que usar estas armas para liberar a la patria subyugada y para vengarnos por este horrendo, asombroso crimen, hecho aquí por los alemanes. Recuerden, oficiales y soldados, la voz de nuestros hermanos asesinados nos está llamando. ¡La tenemos que escuchar!

Los soviéticos quedaron muy satisfechos con la ceremonia, en donde se había escenificado la unión con los polacos contra el enemigo común. Además, ese acto de hermanamiento fue filmado; la película sería

exhibida en Polonia tras la ocupación soviética para ganarse el favor de los polacos.

Con el éxito de la farsa brillantemente escenificada en Katyn, los soviéticos esperaban dar por cerrado el asunto. Sin embargo, con el paso de las semanas, las conclusiones de la comisión Burdenko quedaban cada vez más en evidencia. Esos argumentos serían rebatidos, uno a uno, por los representantes polacos trasladados expresamente a Katyn. Los polacos demostraron que la versión soviética no se sostenía por ningún lado. Intentaron interrogar a los testigos que habían aportado las informaciones recogidas en el informe, pero se encontraron con que la mayoría de ellos estaban ilocalizables, puesto que, según les dijeron, habían desaparecido o fallecido. Los testigos con los que pudieron finalmente hablar entraban en contradicciones. Por otro lado, las autopsias practicadas a los cadáveres confirmaban que habían fallecido en la primavera de 1940, desmontando así la versión soviética. Y, en todo caso, los comisionados polacos confirmaron la imposibilidad de que los alemanes hubieran manipulado los documentos que se encontraban en los bolsillos de los asesinados, eliminando toda referencia posterior a esa fecha. Por último, los polacos demostraron que las balas alemanas con las que sus compatriotas fueron ejecutados ya formaban parte del arsenal soviético antes de la guerra.

El propio Churchill se referiría en sus memorias a la insostenible versión soviética. Según el líder británico, el informe de la comisión Burdenko aseguraba que:

> Los tres campos de concentración no fueron evacuados oportunamente, a causa de la rapidez del avance alemán, y que los prisioneros polacos cayeron en poder de los nazis y fueron exterminados por ellos. De acuerdo con esta versión —prosigue Churchill en su escrito—, cerca de 15.000 oficiales y soldados polacos, de quienes no se tenía la menor noticia desde la primavera de 1940, cayeron, en julio de 1941, en manos de los alemanes, quienes los asesinaron sin que uno solo de ellos lograse escapar y dar cuenta de lo sucedido, ya fuese a las autoridades rusas, al cónsul polaco en la Unión Soviética o al movimiento clandestino de resistencia en Polonia. Si consideramos las posibilidades de evasión que habría ofrecido la confusión ocasionada por el avance alemán, y la retirada de los guardianes rusos de los campos, y si recordamos las gestiones que se llevaron a cabo después, durante el período de la colaboración ruso-polaca, convendremos en que es necesario un verdadero acto de fe para creer en la indicada teoría.

Pese a las fundadas dudas que despertaban las conclusiones de la comisión Burdenko, la controversia por la responsabilidad en la matanza de Katyn iría diluyéndose progresivamente. La unidad de los aliados había

quedado preservada y el fin de la guerra estaba cada vez más próximo, por lo que la crisis provocada por el descubrimiento de la masacre podía darse por superada.

Katyn en Núremberg

Tras la derrota de Alemania en mayo de 1945, parecía que el asunto de Katyn iba a olvidarse definitivamente, pero no sería así. Un oficial norteamericano, el coronel norteamericano John H. Van Vliet, prisionero de guerra de los alemanes, había sido utilizado por estos como testigo durante los trabajos de la comisión médica internacional en Katyn. De regreso a Estados Unidos, Van Vliet entregó al Estado Mayor de Inteligencia un informe en el que corroboraba todo lo que había afirmado cuando estaba prisionero, proporcionando datos fehacientes que demostraban que había sido un crimen soviético. Al igual que había ocurrido con el informe del capitán Earle, del que no sabemos si todavía estaba disfrutando de su exilio en los Mares del Sur, el de Van Vliet tampoco se hizo público para no provocar roces con Moscú. En esos momentos, aunque la guerra en Europa había terminado, todavía continuaba la guerra contra Japón, por lo que los norteamericanos no querían enemistarse con Stalin, de quien podían requerir ayuda en Extremo Oriente.

Por su parte, los soviéticos estaban dispuestos a aprovechar su posición de fuerza, con sus tropas ocupando la mitad del continente europeo, para lograr que se instalase definitivamente su mentira histórica. Así, a finales de 1945, seis soldados alemanes fueron juzgados por un tribunal militar soviético en Leningrado, acusados de crímenes de guerra. A uno de ellos, Arno Diere, le tocó el triste papel de chivo expiatorio; fue convenientemente persuadido para que admitiese que había participado en la masacre de Katyn, aunque al menos se le permitió alegar que se había limitado a cavar las fosas y que no había ejecutado a nadie. Gracias a eso, solo fue condenado a quince años de trabajos forzosos, en lugar de la pena capital.

El negro episodio de Katyn reaparecería durante el proceso de Núremberg. Aunque los aliados occidentales no eran partidarios de juzgar este crimen, conscientes de que podían quedar todos en evidencia, los

soviéticos se empeñaron en que fuera también juzgado. Para ello se representó una farsa que tenía como objetivo desterrar las dudas que existían sobre la autoría germana y establecerla de forma definitiva para que figurase así en los libros de historia. El papel de la acusación pública fue asignado a un coronel soviético, a pesar de que la Unión Soviética era parte sospechosa en el asunto. La acusación se basó en el informe de la comisión Burdenko, dando validez a sus conclusiones, así como en la confesión arrancada al soldado Arno Diere. Por otro lado, para desmontar las conclusiones de la comisión médica internacional, los soviéticos lograron que uno de los firmantes, el médico búlgaro Markov, se retractase de su firma; dicho médico tenía pendiente en su país un proceso estalinista por su participación en la comisión médica auspiciada por los alemanes, por lo que no le quedaba otra opción. En cuanto a los representantes polacos que habían logrado desmontar todas las conclusiones de la comisión Burdenko, estos fueron apartados del asunto. En Polonia, todos los periódicos fueron obligados a publicar el comunicado soviético en el que se endosaba la responsabilidad a los nazis.

Para responder al acta de acusación, la defensa presentó al tribunal el Libro Blanco publicado a raíz de las investigaciones de la comisión auspiciada por los alemanes, que no dejaba lugar a dudas de la responsabilidad soviética. Además, la confesión del soldado Arno Diere presentaba tantas incongruencias que difícilmente podía ser tomada en serio por el tribunal. La acusación se estaba desmoronando a ojos vista. Así pues, lo que en principio era un juicio a los criminales nazis estaba a punto de convertirse en un proceso contra una de las potencias vencedoras. Los Aliados occidentales veían abochornados cómo los soviéticos se estaban quedando con el trasero al aire, pero estos seguían decididos a juzgar y condenar por la matanza de Katyn al primer nazi que les fuera bien para la ocasión. Finalmente, los Aliados occidentales conseguirían disuadirlos de seguir adelante con un burdo montaje que amenazaba con volverse en contra de los propios soviéticos y, por extensión, de todos ellos.

Churchill, quien para entonces ya no tenía responsabilidades de gobierno, reflejaría este episodio en sus memorias mostrándose muy indulgente con los que habían sido sus aliados. Recurriendo al fino sentido del humor británico escribió:

El Gobierno soviético no aprovechó la ocasión para poner de manifiesto la falsía de la horrible acusación lanzada contra él y considerada como cierta por amplios sectores de opinión, ni tampoco para achacar en forma concluyente la responsabilidad del mismo al Gobierno alemán, algunos de cuyos principales miembros estaban sentados en el banquillo para ser luego condenados a muerte.

En el fallo del Tribunal Internacional de Núremberg no se aludiría para nada a Katyn en la sección relativa al trato de los prisioneros de guerra por la Alemania nazi. De este modo, aunque los soviéticos no habían conseguido que los alemanes fueran declarados responsables de la matanza, tal como deseaban, las potencias occidentales respiraban tranquilas al no tener que refrendar una mentira que amenazaba con deslegitimar todo el macroproceso. Sin embargo, ese cierre en falso de la cuestión de Katyn provocaría que la controversia se prolongase a lo largo de casi medio siglo.

Comisiones de investigación

Con la discreta retirada del expediente de Katyn de los asuntos a juzgar en Núremberg, nada apuntaba a que surgiera una iniciativa encaminada a dilucidar la responsabilidad en aquellos hechos. Tras el chasco de no haber logrado que la culpabilidad germana hubiera quedado certificada, los soviéticos no estaban interesados en seguir insistiendo en buscar falsos culpables. En cuanto a los aliados occidentales, Katyn era un asunto tan incómodo como vergonzante, que tan solo invitaba a pasar página y dejar que el paso del tiempo fuera borrando su recuerdo.

Sin embargo, en Estados Unidos, la comunidad polaca no estaba dispuesta a olvidarse de aquel crimen. Era habitual que se publicasen artículos referidos a Katyn en el principal periódico dirigido a esta comunidad, el *Nowy Swiat* «Nuevo Mundo»), pero, al estar escrito en polaco, estas informaciones no llegaban al conjunto de la población norteamericana. No obstante, aunque se hubieran publicado en inglés, es muy probable que el público no supiera a qué se referían, ya que desde 1943 el Gobierno de Washington, así como el de Londres, habían presionado a los medios de comunicación para que el tema de Katyn fuera ignorado, con el fin de salvaguardar la alianza con los soviéticos.

Pero, llegados a 1948, la situación sería muy diferente a la que había justificado ese pacto de silencio. Los soviéticos habían impuesto un bloqueo sobre Berlín, una medida de fuerza que había hecho crecer hasta límites insospechados la tensión con los antiguos aliados. Ya no parecía haber ninguna razón para mantener el apagón informativo sobre Katyn. Además, desde la Unión Soviética se filtró la información de que Nikolay Burdenko, el que fuera presidente de la comisión soviética de investigación, había confesado a su círculo próximo poco antes de morir, el 11 de noviembre de 1946, que el informe de la comisión que él había dirigido era falso, y que lo había confeccionado siguiendo las directrices de Stalin, lo cual tampoco debió suponer una tremenda sorpresa.

Así, la comunidad polaca en Estados Unidos, representada por el Congreso Polaco-Americano *(Polish-American Congress*, PAC), creyó llegado el momento de investigar de verdad la masacre. El 13 de noviembre de 1949, el PAC envió un telegrama al embajador norteamericano en la ONU, Warren Austin, solicitando que se abriese una investigación «inmediata e imparcial de uno de los crímenes más atroces de la historia». Para frustración de los polacos, la petición fue ignorada, demostrándose que Katyn continuaba siendo un berenjenal en el que nadie quería aventurarse. No hay que olvidar que el Gobierno de Roosevelt había sido cómplice de la maniobra de encubrimiento llevada a cabo por los soviéticos, admitiendo como válidas las burdas conclusiones pergeñadas por Moscú e ignorando todos los informes que alertaban de esa maquinación. En caso de que se abriese esa investigación imparcial, no tardaría en salir a la luz esa complicidad, por lo que no era mala idea dejar las cosas como estaban.

Por suerte para la comunidad polaca, un periodista norteamericano, Julius Epstein, hizo bandera de la necesidad de reabrir las investigaciones sobre Katyn. En julio de 1949, Epstein publicó en el *New York Herald Tribune* una serie de artículos sobre la matanza, en los que defendía la creación de una comisión de investigación. Sus escritos atrajeron no solo la atención del gran público, sino de los propios congresistas; es muy significativo el que buena parte de ellos reconociesen que no habían oído hablar nunca de Katyn, lo que demuestra el éxito del bloqueo informativo instaurado desde el Gobierno. Gracias a la presión ejercida por Epstein, los representantes del PAC pudieron reunirse con el congresista demócrata por Indiana Ray J. Madden, con quien elaboraron una resolución conjunta por

la que se exigía al Gobierno soviético que aceptase una investigación de la Cruz Roja Internacional. En la resolución también se instaba a que los culpables tuvieran que rendir cuentas ante un tribunal penal internacional. A pesar de la buena disposición del animoso Madden, el político vio como la propuesta era recibida con frialdad por el resto de congresistas. La falta de apoyos hizo que la puerta a una investigación oficial continuara permaneciendo cerrada.

Mientras se llevaban a cabo estas gestiones, Epstein trataba de seguir llamando la atención sobre la masacre. Así, el periodista se dirigió al Departamento de Estado con la propuesta de producir un programa sobre Katyn para la emisora de radio *Voice of America*, que podía ser sintonizada de manera clandestina en Polonia. Para sorpresa de Epstein, le contestaron que no estaban interesados en dicho programa, sin darle mayor explicación. Epstein hizo entonces sus averiguaciones entre el personal de la emisora; el jefe de la sección polaca de la emisora le confesó que «podría levantar más odio en Polonia contra Stalin y que, en todo caso, no tenían luz verde de Washington para utilizar nada sobre Katyn».

Para Epstein y la comunidad polaca estaba claro que el Gobierno norteamericano no iba a mover un dedo para investigar los trágicos hechos; en un momento en el que la tensión con los soviéticos era máxima y la amenaza de una nueva guerra pendía amenazadora sobre Europa, excitar los ánimos de Stalin sacando a la luz la verdad sobre Katyn no parecía ser la actitud más prudente. Esa ofensiva en pos de la verdad iba a ser interpretada por Moscú como un ataque, lo que podía generar una escalada de acusaciones que, quién sabe, podría acabar desencadenando ese temido conflicto. Pero a Epstein no se le pasaba por la cabeza rendirse. Si no iba a poder contar con el apoyo del Gobierno, impulsaría la creación de una comisión de investigación no oficial. Para ello contaría con el que fuera embajador norteamericano en Varsovia, Arthur Bliss Lane, quien se mostró entusiasmado por la idea.

Bliss Lane era un diplomático de fuerte personalidad, que había sido embajador en varios países hasta que en 1944 lo fue, primero, ante el Gobierno polaco en el exilio de Londres y, tras la guerra, en la capital polaca. Decepcionado ante el curso que estaban tomando los acontecimientos en Polonia, Bliss Lane se mostró muy crítico con su propio país y con los británicos por permitir que Moscú hubiera logrado instalar en Varsovia un gobierno comunista, además de la amputación de

los territorios situados al este, anexionados por los soviéticos. Bliss Lane no pudo soportar más lo que él consideraba una traición de las potencias occidentales a Polonia y acabó dimitiendo en febrero de 1947. A partir de entonces, el diplomático empleó sus esfuerzos en defender la causa de la Polonia libre, lo que incluía la investigación de la matanza de Katyn, coincidiendo así con la iniciativa de Epstein.

Bliss Lane y Epstein acordaron la creación del Comité Americano para la Investigación de la Masacre de Katyn (American Committee for the Investigation of the Katyn Massacre), de la que el diplomático sería el presidente y el periodista el secretario. Los miembros de la comisión serían el antiguo jefe de los servicios de inteligencia (Office of Strategic Services, OSS), William Donovan, y un antiguo agente suyo en Suiza, Allen Dulles, además de dos prestigiosos periodistas y el presidente del Congreso Polaco-Americano. La comisión fue presentada en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York el 21 de noviembre de 1949. Aunque Bliss Lane y Epstein sabían que no iban a contar con ninguna ayuda de la administración, lo que no se podían esperar es que esta tratase de torpedear sus trabajos. Por ejemplo, el Departamento de Estado no permitió que las sesiones fueran retransmitidas por radio, o se rechazó la exención de impuestos de que disfrutaban este tipo de iniciativas al considerar que la comisión «no tenía valor educacional».

Superando estos y otros obstáculos, la comisión presidida por Bliss Lane volvió a examinar los documentos de que se disponían sobre la masacre y procedió a recoger valiosos testimonios. Este sería el caso, por ejemplo, del citado coronel Van Vliet, de quien se había rechazado su informe nada más acabar la guerra en Europa. A pesar de su odio por los alemanes, provocado por las múltiples vejaciones a las que había sido sometido durante su cautiverio, Van Vliet declaró ante los comisionados norteamericanos que no tenía dudas respecto a la responsabilidad rusa en los hechos de Katyn: «Odiaba a los alemanes, no quería creerles. Con grandes reticencias tuve que reconocer que habían sido los rusos los que cometieron aquella matanza».

Entre otras cosas, Van Vliet expresó su extrañeza ante el hecho de que los oficiales polacos desenterrados llevaran botas casi nuevas, sobre todo teniendo en cuenta que, según la versión soviética, los prisioneros llevaban más de dos años detenidos en los campos de concentración y «construyendo carreteras» antes de ser asesinados.

El teniente coronel Donald Stuart, otro oficial norteamericano obligado por los nazis a asistir a la exhumación de los cadáveres, testificó ante la comisión asegurando que «dejé Katyn convencido de que los rusos mataron a aquellos hombres. Esa masacre no podía ser una total falsificación».

Otro testimonio fue el del oficial norteamericano Henry Szymanski, que declaró haber hablado con centenares de personas que estaban al corriente de las muertes. Pero la declaración definitiva la hizo un prófugo polaco que testificó con el rostro cubierto ante el temor a posibles represalias hacia su familia, que en aquel momento vivía en Polonia:

> Soy testigo de, al menos, doscientas muertes en el bosque de Katyn. Un compañero y yo encontramos un escondite cercano a la fosa común, desde donde vimos a los oficiales polacos, conducidos cada uno por dos soldados rusos hasta la fosa, con las manos atadas a la espalda. Mientras un guardia sostenía al prisionero, el otro evitaba que gritase llenándole la boca de serrín. Si alguno se resistía, era asesinado en el acto. Los demás eran lanzados vivos al fondo de la fosa, donde morían asfixiados.

El coronel del Ejército soviético Vasili Ershov, huido de su país, ratificó este testimonio ante la comisión norteamericana, y añadió que los soldados rusos responsables de las ejecuciones habían consumido asombrosas cantidades de vodka antes y después de la masacre.

A la luz de los documentos y los testigos, que apuntaban inequívocamente a los soviéticos, el propio Arthur Bliss concluyó: «No se puede tener ninguna duda sobre la responsabilidad del Kremlin por lo que hoy se considera como uno de los más ominosos delitos de nuestro tiempo». Como era de prever, la iniciativa de Bliss Lane y Epstein no había sentado nada bien en Moscú, desde donde se lanzó una dura campaña de prensa para denunciar lo que se consideraba un ataque en toda regla a la Unión Soviética.

Aunque al principio el Gobierno norteamericano no había visto con buenos ojos la creación de esa comisión de investigación, para no aumentar la extraordinaria tensión que ya existía con los soviéticos, el estallido de la guerra de Corea en junio de 1950 provocaría un cambio de actitud. Cuando se supo que los norcoreanos estaban ejecutando a prisioneros estadounidenses con disparos en la base del cráneo[9], y corrió el rumor de que los soviéticos les estaban asesorando para llevar a cabo estas masacres —algo muy improbable, ya que Moscú no quería involucrarse en la lucha sobre el terreno, dejando ese ingrato papel a los chinos—, en

Washington saltaron las alarmas. Se extendió el miedo a que los norcoreanos llevaran a cabo matanzas masivas de prisioneros siguiendo el mismo método empleado entonces, que había demostrado una letal eficacia. Un miembro del Congreso llegó a decir que «Katyn puede haber sido un borrador para Corea».

Aprovechando el viento de cola procedente de Corea, la comunidad polaca aumentó sus esfuerzos para conseguir que el crimen de Katyn fuera investigado por una comisión especial. No sería casualidad que quien más presionase para lograrlo fuera el congresista republicano por Illinois Timothy Sheehan, quien contaba con una fuerte presencia de polaco-americanos en su distrito electoral. El 26 de junio de 1951, Sheehan realizó la petición formal para que se crease un comité de trece miembros con el fin de proceder a la investigación de aquellos hechos.

La creación de la comisión quedó atascada por las rígidas normas que regían la aceptación de una iniciativa de este tipo, pero la presión de la comunidad polaca ejercida personalmente sobre los congresistas, así como mediante el envío de miles de cartas, logró que esos obstáculos fueran superados, obteniendo así la deseada luz verde. Así pues, se decidió crear una nueva comisión de investigación sobre Katyn, pero en este caso oficial y con el apoyo de la Administración. El Gobierno, en este caso, sí vio con buenos ojos una iniciativa que, por un lado, contribuiría a frenar la posibilidad de que se repitiese una matanza como la de Katyn en suelo coreano y, por otro, presentaría la cara más negra del comunismo en un momento en que se estaba librando no solo un conflicto bélico, sino una batalla ideológica.

En septiembre de 1951, la Cámara de Representantes designó finalmente un comité presidido por el referido congresista por Indiana, Ray J. Madden, para tratar de esclarecer la verdad sobre Katyn. Con el fin de reunir la máxima información y dar oportunidad a todas las partes para defenderse, la comisión envió de inmediato cartas de invitación a los gobiernos de la Unión Soviética, Polonia, la República Federal de Alemania y el Gobierno polaco en el exilio de Londres. El Gobierno de Bonn y el de los polacos exiliados respondieron afirmativamente, pero los de Varsovia y Moscú se negaron a participar, lo que no constituyó ninguna sorpresa.

A pesar de que los soviéticos habían declinado la invitación, en febrero de 1952 el Departamento de Estado pidió a la embajada soviética en

Washington que comunicase a su gobierno un requerimiento para que proporcionase información sobre Katyn. Tampoco provocó ningún asombro que a los pocos días la embajada devolviese la petición, calificándola de «contraria a las reglas internacionales» y de «insulto» a la Unión Soviética. La nota también decía que el asunto ya había sido investigado por una comisión especial —se refería a la farsa a la que se prestó Burdenko— que había establecido que «los culpables eran los criminales nazis». En la nota se argumentaba que las conclusiones de la comisión habían sido publicadas el 26 de enero de 1944 y que los norteamericanos no habían expresado nunca ninguna reserva hasta este momento —había que admitir que en eso tenían razón—, lo que solo podía responder al ánimo de causar daño a la Unión Soviética, aunque fuera «rehabilitando a los criminales nazis». Como también era de prever, se lanzó en la URSS una nueva campaña de prensa, ampliada a todos los países satélites, publicando las conclusiones de la más que desacreditada comisión Burdenko como si fueran las Tablas de la Ley. Coincidiendo no por casualidad con esta campaña orquestada, aparecieron también informaciones que acusaban a los norteamericanos de crímenes de guerra en Corea, revelando las supuestas ejecuciones de prisioneros de guerra chinos y norcoreanos.

A las sesiones de la comisión Madden comparecieron 81 testigos y se presentaron un centenar de declaraciones por escrito, lo que demuestra que hubo una firme voluntad de descubrir la verdad. Fue loable también el esfuerzo por averiguar hasta qué punto la administración norteamericana conocía durante la guerra la verdad sobre Katyn y si colaboró en su encubrimiento. Incluso tuvo que comparecer el entonces embajador norteamericano en Moscú, Averell Harriman. A este esfuerzo no era ajeno el hecho de que los republicanos utilizasen el caso como munición política contra los demócratas, a quienes se acusaba de ser blandos con los soviéticos en un momento en el que el anticomunismo gozaba de un gran predicamento. El que, durante la guerra, el presidente Roosevelt hubiera transigido con las mentiras de Moscú reforzaba esas acusaciones contra los demócratas. Por su parte, Madden trató incluso de que la ONU llevase el caso de la masacre de Katyn ante el Tribunal Internacional de Justicia.

Aunque el objetivo de la comisión era averiguar la verdad sobre Katyn, no se pudo obviar un punto también doloroso para la comunidad polaca, como era la traición que había sufrido su país a manos de los Aliados

occidentales. La situación fue aprovechada para denunciar los acuerdos de Yalta de febrero de 1945, en donde se diseñó la Europa de posguerra. Los polaco-americanos aún estaban resentidos con el difunto presidente Roosevelt, quien había obtenido su apoyo para las elecciones de noviembre de 1944 prometiéndoles que Polonia sería independiente y que habría justicia para su país. Sin embargo, apenas tres meses después, en la conferencia de Yalta, Roosevelt y Churchill entregaban Polonia a Stalin.

Los trabajos de la comisión Madden finalizaron en diciembre de 1952. Sus conclusiones, al igual que las de la comisión presidida por Bliss Lane, no dejaban tampoco ninguna duda de que los autores de la matanza de Katyn habían sido los hombres del NKVD. En ellas se instaba también a que los soviéticos fueran juzgados por estos crímenes por un tribunal penal internacional. Además, se recriminaba al anterior Gobierno demócrata que se hubiera encubierto ese crimen en aras de mantener la alianza militar con los soviéticos durante la guerra.

La muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, impondría un nuevo giro en los acontecimientos en torno a Katyn. Desaparecido el dictador soviético, los norteamericanos consideraron que la mejor opción era apostar por la distensión, y permitir así que la sucesión del dictador posibilitase una apertura del régimen, por lo que insistir en el asunto resultaba contraproducente. Por otra parte, con la conclusión de la guerra de Corea con un armisticio el 27 de julio de ese mismo año, el peligro de que se reeditase aquella matanza con los soldados norteamericanos como víctimas había pasado. Nuevamente, la *realpolitik* se imponía a la búsqueda de la verdad.

Resistiendo el olvido

El sucesor de Stalin al frente de la Unión Soviética, Nikita Kruschev, en su deseo de distanciarse de su predecesor en el Kremlin, albergaba la intención de revelar la verdad sobre Katyn. Esa iniciativa se inscribía en el proceso de desestalinización por el que pretendía dejar atrás los excesos cometidos durante la larga etapa anterior. Pero Kruschev no siguió adelante con su plan por culpa, paradójicamente, de las reticencias polacas. El dirigente polaco Wladyslaw Gomulka consideró que desvelar la verdad iba a minar la credibilidad de los soviéticos en Polonia, lo que

con toda probabilidad iba a socavar la legitimidad del Gobierno comunista local, que él presidía.

La intención inicial de Kruschev de asumir en nombre de la Unión Soviética la responsabilidad por los crímenes de Katyn viraría a una posición de complicidad con el encubrimiento. El 3 de marzo de 1959, el entonces jefe del KGB, Alexander Sherepin, propuso a Kruschev en una nota la destrucción de las fichas personales de un total de 21.857 prisioneros de guerra polacos, incluidos los ejecutados en Katyn. El motivo esgrimido por Sherepin era que estos archivos no tenían «valor operacional» y que era dudoso que pudieran ser de alguna utilidad para «nuestros amigos polacos». No obstante, «para responder potenciales cuestiones» —afirmaba la nota presentada a Kruschev—, se sugería que se conservasen los protocolos del NKVD en donde se establecían las sentencias a los prisioneros.

Se desconoce el alcance real de la destrucción de documentos propuesta por Sherepin. Según un veterano de la KGB, Kruschev no solo accedió a que fueran destruidas las fichas personales de los prisioneros, sino que ordenó la eliminación de los documentos del NKVD relativos a la masacre. Sin embargo, los historiadores polacos tienen dudas de que esa destrucción se llevase finalmente a cabo, ya que, de hecho, tras la caída de la Unión Soviética fue hallada documentación abundante sobre los prisioneros de guerra polacos. En cuanto a la documentación de la KGB, aunque no existe constancia de que se hubieran destruido, la realidad es que hasta ahora no han sido localizados.

El aperturista Kruschev había desaprovechado la oportunidad de acabar con la gran mentira urdida en torno a Katyn. Aprovechando el progresivo desinterés de Occidente por la cuestión una vez finalizados los trabajos de la comisión Madden, los soviéticos tuvieron más facilidades para consolidarla. La historia oficial soviética continuaría responsabilizando a los alemanes de la masacre de Katyn, aunque la estrategia consistió en dejar que el paso del tiempo acabase por relegar aquellos controvertidos acontecimientos al olvido.

Aun así, esporádicamente surgirían iniciativas destinadas a recordar a los soviéticos que la verdad acabaría un día por resplandecer; así, en noviembre de 1954, el soldado Arno Diere, que había sido liberado de su cautiverio en la Unión Soviética, se retractó de su testimonio por el que se autoinculpaba de haber participado en la masacre de Katyn, afirmando que

esa confesión le había sido arrancada mediante torturas. Igualmente, el 7 de julio de 1957, el semanario alemán *7 Tage* publicó el informe de un oficial del NKVD de Minsk que confirmaba la responsabilidad de su siniestra organización en el exterminio de los oficiales polacos de Kozielsk, Starobielsk y Ostaszkow.

En donde se aplicó con más denuedo esa política de olvido oficial en torno a Katyn fue precisamente en Polonia. El Gobierno polaco se aplicó a fondo para que la masacre de Katyn fuese borrada del pasado. Para ello, Katyn pasó a ser considerado un tema tabú. En el denominado *Libro negro del censor*, el instrumento con el que el Gobierno controlaba todo lo que se publicaba en el país, se estipulaba que cualquier mención a Katyn estaba prohibida. Igualmente, no se podía encontrar ninguna referencia a este episodio en los libros de historia. Además, quien se plantease debatir públicamente sobre ese asunto sabía que se arriesgaba a ser detenido y significarse como enemigo del régimen comunista, con las indeseadas consecuencias que ello acarreaba.

Ese plan para borrar Katyn de la historia de Polonia causó un especial dolor en los familiares de aquellos oficiales que habían sido asesinados. Para ellos aún continuaba en cierto modo el calvario que comenzó cuando tuvieron que separarse para siempre en aquel ya lejano 1939. La hija de uno de los ejecutados en Katyn, Alicja Patey-Grabowska, recordaba que:

> Recibimos una única carta. Fue escrita el 26 de noviembre del año 1939 en Kozielsk y nos llegó unas semanas después. Mamá nos la leyó en repetidas ocasiones. Papá escribía que estaba vivo, que se sentía bien, que pensaba mucho en nosotros, que se preocupaba y nos echaba de menos. Nos declaraba amor, mandaba besos a mamá… Pedía que no nos preocupáramos por él, ya que llegaría el momento en el que estaríamos de nuevo juntos…

Esa carta, según Alicja, les acompañó en los momentos más difíciles, ya que:

> Demostraba que papá seguía vivo. Incluso en la primavera de 1943, cuando los alemanes imprimían, después de la exhumación de los cadáveres, las cartas de los oficiales polacos asesinados en el bosque de Katyn por el NKVD, no creíamos completamente en su muerte. Esta carta sobrevivió en el bolsillo de mamá al Levantamiento de Varsovia y luego al desplazamiento forzado.

Con el final de la guerra, Alicja y su madre llegaron al triste convencimiento de que el padre de familia no regresaría jamás a casa. Pero al dolor de la pérdida se unió el desdén, cuando no el acoso, con el

que el régimen comunista de Polonia trató a las familias de los oficiales ejecutados. Aljcia explicaría que:

> En 1948 mamá empezó a solicitar una pensión por su marido muerto. Le dijeron que sí, efectivamente, le correspondía, pero tenía que traer la documentación adecuada, lo que incluía cualquier documento que conservase de él. En un juzgado de Varsovia entregó lo que pudo, entre otras cosas los recuerdos más preciados para ella: la carta que había sobrevivido al Levantamiento de Varsovia y su fotografía. Prometieron devolverle todo en una semana. Al cabo de una semana le dijeron que volviera en quince días, luego que regresara en un mes, finalmente le aconsejaron que cerrara el pico. Las únicas reliquias que le quedaban de su marido se habían perdido…

Finalmente, a la madre de Alicja no le concederían la prometida pensión. Según Alicja, «le entregaron un documento que rezaba que su marido había fallecido de manera natural el 9 de mayo de 1946, habiendo tenido cinco años de descanso en el trabajo, por lo que la pensión no le correspondía»[10]. Bajo el régimen comunista, los familiares de las víctimas de la masacre de Katyn quedarían marcados.

El único modo de honrar a las víctimas de Katyn era acudir al cementerio de Powazki, en Varsovia, en donde había un pequeño monumento. Aunque no poseía ninguna inscripción, todos sabían a quién estaba dedicado, y recibía decenas de visitas al día. El monumento siempre estaba lleno de flores frescas.

Ya en la década de los sesenta, los soviéticos inauguraron otro monumento, este oficial, en recuerdo de los oficiales polacos asesinados. Pero los rusos no levantaron el monumento en el bosque de Katyn, sino en una población distinta pero con un nombre muy parecido, Jatyn (en inglés se escribe Khatyn, por lo que su semejanza con Katyn es aun mayor). En esa población bielorrusa, cercana a Minsk, los alemanes habían fusilado partisanos, lo que servía para acrecentar la confusión, el objetivo buscado por los soviéticos con esa astuta maniobra de propaganda.

Los representantes extranjeros que visitaban la Unión Soviética, incluido el presidente norteamericano Richard Nixon en mayo de 1974, eran conducidos a ese lugar que nada tenía que ver con Katyn. La estrategia de lanzar tinta de calamar aparentemente daría sus frutos; dos periodistas norteamericanos que seguían el viaje de Nixon escribieron en sus diarios que el presidente había visitado Katyn (sic), donde «149 rusos habían sido encerrados en un granero y quemados vivos por las tropas nazis el 22 de marzo de 1943». Parecía que, finalmente, la mentira había

vencido y que la historia había sido reescrita con éxito, aunque al menos el *New York Times* sí que se percató del intento de engaño, asegurando que Nixon había visitado «Khatyn, un monumento soviético, no el bosque de Katyn». De todos modos, a la opinión pública le costaba comprender la trascendencia que encerraba una h de más o de menos en un topónimo ruso, por lo que no se produjo ningún giro apreciable en la cuestión.

Durante esa época de deshielo tras la Guerra Fría, las referencias a la matanza en Occidente serían esporádicas, como el documental que la cadena británica BBC había emitido el 21 de abril de 1971, tres años antes de la visita de Nixon al falso Katyn. En esa ocasión, el programa sí había logrado un impacto en la opinión pública británica, lo que llevó a que el caso llegara hasta el parlamento. Sin embargo, no se llegó a adoptar ninguna resolución, probablemente debido a las presiones ejercidas por la Unión Soviética. Desde Moscú se denunció esa «campaña acerca de ideas ya hace tiempo desmontadas de la propaganda de Goebbels sobre el llamado *crimen de Katyn*».

La verdad se abre paso

Gracias a iniciativas como la de la BBC, el recuerdo de Katyn seguía vivo. Pero los polacos exiliados en Gran Bretaña desde el final de la Segunda Guerra Mundial no se conformaban con la emisión de un programa de televisión. De ellos surgió la idea de erigir en la capital británica un monumento de homenaje a las víctimas de la masacre en el que se leyese: «Katyn 1940». Con esta inscripción, pese a su laconismo, se acusaba directamente a los soviéticos de la matanza, puesto que la invasión alemana se produjo al año siguiente. El encargado de grabarla no tendría mucho trabajo, pero seguramente nunca expresaría más cosas con menos letras. Esta propuesta fue interpretada en la Unión Soviética como una nueva acción hostil.

En lo que parecía ser ya un rutinario ataque de cólera, el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético presentó el 13 de septiembre de 1972 una airada queja formal ante la embajada británica en Moscú, en la que se subrayaba que «la idea, inspirada por algunos círculos, de erigir en Londres un monumento a las víctimas de Katyn, despierta en la Unión Soviética una indignación justificada». Según la nota, «en particular

indigna el tipo de textos que —de acuerdo con las informaciones que tenemos— fueron aceptados para el monumento en cuestión», en referencia a la inscripción «Katyn 1940». Para los soviéticos, al fechar la matanza en 1940, «se distorsionan de una manera vulgar los hechos históricos acerca de los verdaderos culpables de la tragedia de Katyn y de hecho reproducen los inventos viles difundidos por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial con el fin de encubrir los crímenes sangrientos de la Gestapo». Por último, la nota señalaba que «en Moscú se espera que el Gobierno inglés tomará las medidas necesarias para poner fin a la campaña hostil contra la Unión Soviética, desarrollada en relación con el levantamiento en Londres de un monumento a las víctimas de Katyn».

A pesar de las presiones de Moscú, el Gobierno británico no impidió que los exiliados polacos erigieran el monumento dedicado a la memoria de sus compatriotas. El 19 de septiembre de 1976, en el pequeño cementerio londinense de Gunnersbury se apretujaban centenares de personas dispuestas no solo a homenajear a las víctimas sino a demostrar a los soviéticos y al mundo que iban a seguir defendiendo la verdad. En la ceremonia, sencilla, breve y emotiva, se descubrió un obelisco de mármol negro en el que se podía leer en grandes letras doradas «Katyn 1940». En pocas ocasiones un lugar y una fecha habían expresado un mensaje tan contundente.

Para evitar un enfrentamiento diplomático con la URSS, el Gobierno laborista británico no envió ninguna representación a la ceremonia, una actitud por la que sería muy criticado. Los asistentes echaron en falta la presencia de oficiales del Ejército británico, pero el Gobierno había prohibido expresamente su presencia. Algunos parlamentarios acudieron a título individual. Afortunadamente, el acto tuvo un gran eco en la prensa; los principales periódicos publicaron una fotografía del monumento en donde aparecía claramente «Katyn 1940». Alguien definió el obelisco como «un dedo que señala a la Unión Soviética como culpable».

En Polonia la verdad también trataría de abrirse paso, aprovechando los vientos de libertad que soplaban desde la elección en 1978 de Karol Wojtyla como nuevo papa. A partir de ese momento, los opositores al régimen comunista irían cada vez más lejos en su desafío al régimen. Las organizaciones obreras, como el sindicato Solidaridad, no se olvidarían de reclamar el esclarecimiento de los hechos y el reconocimiento de la culpabilidad soviética.

Con motivo del 40º aniversario de la masacre, en abril de 1980, las diferentes organizaciones realizaron actos de reivindicación. Una de ellas, el Comité de la Protección de los Obreros, publicó un escrito en el que se afirmaba que «pocos han creído en las mentiras primitivas de la propaganda soviética que intentaba echar la culpa por el crimen de Katyn a los nazis. Desde hace mucho tiempo la cuestión de los responsables del crimen está resuelta, aunque sus ejecutores directos e indirectos no han sido castigados». Esta organización denunciaba en su escrito la actitud de su Gobierno: «Las autoridades de la República Popular Polaca no solo no están interesadas en revelar la verdad sobre el crimen de Katyn y otros crímenes de genocidio efectuados por la URSS, sino al contrario; todos aquellos que lo solicitan, sufren represiones».

Por su parte, el sindicato Solidaridad desafió abiertamente al Gobierno comunista levantando un monumento con la misma inscripción acusatoria que figuraba en el obelisco de Londres, «Katyn 1940». Esta acción se unió a otras que amenazaban con llevarse por delante el sistema, como una ola de huelgas que tuvo lugar en el verano de 1981. El desafío de los sindicatos, cada vez más audaz, llevaría en diciembre de ese año al entonces presidente del Gobierno, el general Wojciech Jaruzelski, a declarar la ley marcial. Los principales líderes de la oposición fueron encarcelados.

De este modo, el afloramiento de la verdad sobre Katyn sufrió un inesperado parón, que se convirtió en retroceso cuando en 1983 el Gobierno de Varsovia respondió erigiendo a su vez otro monumento que decía: «A los soldados polacos, víctimas del fascismo hitleriano, que descansan en el suelo de Katyn». Era una maniobra desesperada para tratar de seguir dando alguna credibilidad a aquella mentira histórica, aunque en el fondo lo que se buscaba era apuntalar un sistema carcomido, el comunista, que amenazaba derribo. Mientras, la Unión Soviética permanecía anclada en la gerontocracia más inmovilista, de la que no podía esperarse ningún movimiento encaminado a admitir la verdad.

Sin embargo, todo cambiaría en 1985, con la llegada de Mijaíl Gorbachov al poder. Dos años después, el nuevo y carismático líder soviético acordó con el presidente Jaruzelski constituir una comisión mixta polaco-soviética para tratar temas que habían estado sometidos a censura. Esa iniciativa formaba parte de la nueva política de apertura emprendida por Gorbachov, la denominada *perestroika*. Para dejar atrás

décadas de férrea censura, el nuevo hombre fuerte de Moscú había apostado por la *glásnost* o transparencia, aunque pronto se verían sus límites.

Los historiadores polacos aprovecharon la constitución de esa comisión para tratar de introducir el asunto de Katyn y establecer, de una vez por todas, la verdad. Pero chocaron con el obstruccionismo de la comisión; la parte soviética aseguraba no tener poder de decisión para poner en tela de juicio la versión oficial y, en todo caso, decía no disponer de materiales que pudieran servir de apoyo para ponerla en duda. Estaba claro que Gorbachov consideraba que todavía no había llegado el momento de abordar un episodio tan sensible, prefiriendo que quedase fuera de la agenda. A pesar de la decepción que supuso en Polonia el dejar pasar esa oportunidad para superar un pasado tan hiriente, el que se hubiera podido plantear esa posibilidad ya era un logro impensable tan solo unos años atrás. La vía de agua, por pequeña que fuera, estaba por fin abierta. Así, la presión sobre Gorbachov iría en aumento para que accediese a poner el espinoso asunto de Katyn sobre la mesa y reconociese la responsabilidad soviética.

En 1988, un grupo de intelectuales polacos solicitó públicamente el acceso a los documentos oficiales referidos a la matanza. Lo que más preocupó a las autoridades soviéticas fue que esas peticiones llegaron no solo de los intelectuales que se habían significado por ser opositores al Gobierno, sino también por los que estaban considerados como cercanos al régimen comunista. Se llegaron a producir manifestaciones en las calles de Varsovia exigiendo una respuesta de Moscú. El edificio de mentiras construido en torno a la masacre, antaño tan sólido, aparecía cada vez más agrietado.

En respuesta a las presiones procedentes de Polonia, los soviéticos llevaron a cabo otro intento desesperado y patético por asentar definitivamente su versión manipulada de los hechos pero, en esta ocasión, se saldaría con un hilarante fiasco. En noviembre de 1988, el Gobierno anunció la próxima construcción de un monumento en Katyn para recordar a «los oficiales polacos que junto a 500 prisioneros soviéticos fueron fusilados por los fascistas en 1943 cuando nuestro ejército se aproximaba a Smolensk». Con esa declaración, los soviéticos evidenciaban su nerviosismo, ya que habían cometido el incomprensible lapsus de situar la fecha de las ejecuciones en 1943, cuando la versión que siempre habían

tratado de imponer era que habían sido asesinados por los alemanes en 1941.

A comienzos de 1989, los soviéticos tenían claro que era necesario tomar la iniciativa para reconocer de algún modo la verdad, ya que, de seguir sosteniendo esa mentira, las relaciones con Polonia iban a verse todavía más afectadas y, en último término, la credibilidad de las promesas de transparencia contraídas por Gorbachov iban a quedar irremediablemente en entredicho. En una nota interna del Partido Comunista de marzo de 1989 se aseguraba que:

> Posiblemente no podremos evitar el tener que explicar a las autoridades de la República Popular Polaca los casos trágicos del pasado. El tiempo, en este caso, no es nuestro aliado. Tal vez sea útil decir cómo fue realmente y quiénes son los culpables, y de esta manera cerrar el caso. Los costos de este modo de actuar a la larga serían menores en comparación con las pérdidas causadas por la actual falta de claridad y cooperación.

Pero, pese a las buenas intenciones expresadas, aunque fuera con prudentes eufemismos, la realidad era que no se producía ningún avance tangible.

Por su parte, los polacos seguían presionando para dar pasos adelante en el reconocimiento de la culpabilidad soviética. En abril de 1989 se trasladó desde Katyn una urna con tierra, a modo de cenizas simbólicas, para depositarlas en el cementerio central de Varsovia. Al mismo tiempo, se cambió la inscripción que presentaba el monumento oficial erigido en la capital polaca en 1983 («A los soldados polacos, víctimas del fascismo hitleriano, que descansan en la tierra de Katyn»), suprimiendo la referencia a los alemanes. También se formularon quejas sobre la incapacidad de la parte soviética de la comisión mixta de científicos para abordar el tema de Katyn, a pesar de los intentos repetidos de la parte polaca, quienes habían aportado pruebas de la inconsistencia que ofrecían las conclusiones apuntadas en su día por la comisión Burdenko.

Para aumentar la presión sobre Gorbachov, en marzo de 1990, con ocasión del 50º aniversario de la matanza que estaba próximo a conmemorarse, el denominado comité de Katyn, compuesto por historiadores e intelectuales polacos, le dirigió una carta pidiéndole que «en los próximos días la URSS le entregue al parlamento de la República Polaca todos los documentos relacionados con el crimen de Katyn». Para los miembros de dicho comité, era necesario que de una vez por todas «se

revele la verdad, se busque a los responsables y se saquen las consecuencias de los culpables del crimen de genocidio de los más de 15.000 indefensos presos polacos».

Medio siglo de mentiras

A la vista de los hechos, ya no era posible hacer oídos sordos a las demandas procedentes de Polonia. La voladura controlada del edificio de mentiras se iniciaría en octubre de 1990 durante una reunión en el Kremlin con el presidente Jaruzelski, en el que Gorbachov reconoció por primera vez la responsabilidad soviética en la matanza, pero situándola únicamente en el NKVD y su jefe, Lavrenti Beria, quien supuestamente habría actuado a espaldas de Stalin. Así, la prueba que incriminaba al dictador soviético, el referido memorando que contaba con su firma, fue ocultada. La matanza de Katyn pasaba a ser, por tanto, uno más de los excesos cometidos durante la época estalinista, pero no afectaba supuestamente a la legitimidad del sistema como tal. La agencia oficial de noticias soviética TASS subrayó que la culpa correspondía a Beria y a Merkulov, dejando fuera a Stalin. Aun así, no hubo ningún pronunciamiento oficial por parte del Gobierno soviético.

Mientras tanto, la verdad también se iba abriendo paso lejos de Polonia y la URSS. En Estados Unidos, un investigador de origen polaco, Wlaclaw Godziemba-Maliszewski, había encontrado pruebas de la culpabilidad soviética. En los Archivos Nacionales de College Park, en Maryland, había hallado un estudio elaborado por un analista de la CIA, Robert G. Poirier, en 1981, basado en fotografías tomadas por la Luftwaffe antes, durante y después de la ocupación alemana del bosque de Katyn. Del análisis de las fotografías se desprendía que no había habido ninguna alteración del terreno con la llegada de los alemanes a la zona, lo que descartaba que ellos hubieran excavado las fosas y que, por tanto, hubieran perpetrado la matanza masiva de prisioneros polacos. En cambio, esas alteraciones sí que quedaban de manifiesto en las imágenes tomadas en la primavera de 1940, lo que señalaba inequívocamente a los soviéticos como los responsables de la masacre.

El investigador polaco encontró algunas fotografías más de Katyn que certificaban las conclusiones del informe de Poirier, además de localizar a

algunos testimonios oculares de lo ocurrido. A principios de 1991, Godziemba envió toda esa documentación a varios científicos polacos, y estos presentaron las pruebas al ministro de Justicia de su país. Los jueces polacos comenzaron a moverse, exigiendo que se revelara de una vez la verdad, e incluso un fiscal viajó a Katyn para proseguir allí las investigaciones.

Pero no solo los polacos estaban interesados en descubrir la verdad. En mayo de 1992, un grupo de investigadores independientes rusos descubrieron en un bosque cercano a Jarkov una fosa común que contenía 3891 cuerpos de oficiales polacos procedentes del campo ucraniano de Starobielsk. En junio de ese año, las autoridades rusas descubrieron treinta fosas comunes en Miednoje, a unos 150 kilómetros al noroeste de Moscú, con los restos de 6287 prisioneros polacos del campo de Ostashkor.

Gorbachov, a pesar del valor demostrado con su política de reformas, no se había atrevido a levantar la pesada alfombra de Katyn, presionado por las fuerzas conservadoras. Pero su sucesor en el Kremlin, Boris Yeltsin, sí lo haría. El 14 de octubre de 1992, Yeltsin entregó al antiguo dirigente de Solidaridad, Lech Walesa, las copias del denominado «Paquete número 1», que incluían la orden firmada por Stalin que Gorbachov había escamoteado dos años antes al presidente polaco. Yeltsin escenificó la asunción de responsabilidad por los crímenes de Katyn al año siguiente, cuando acudió al cementerio militar de Varsovia, en donde se arrodilló ante un sacerdote polaco y besó la cinta de una corona situada bajo una cruz que recordaba a los asesinados en Katyn. La verdad había triunfado por fin, aunque fuera con más de medio siglo de retraso.

La asunción definitiva de la responsabilidad de aquel crimen, después de tantos años de mentiras y ocultación, parecía que iba a ser completeta. Así se apuntaba tras la publicación el 2 de agosto de 1993 de las conclusiones de un comité de expertos impulsado desde el Gobierno de Moscú, compuesto por especialistas rusos en historia, medicina y legislación militar. El dictamen no dejaba lugar a dudas:

> La matanza en abril-mayo de 1940 de 4522 presos polacos (…) fue el crimen más grave en contra de la paz, en contra de la humanidad. Fue un crimen de guerra por el que debieron haber sido responsabilizados Stalin, Molotov y otros miembros del Politburó quienes tomaron la decisión de aniquilar masivamente a gente inocente.

La comisión de expertos calificaba la ejecución masiva de «genocidio» e instaba a «la rehabilitación total por ser víctimas inocentes de las represiones de Stalin, con una recompensa justa por pérdidas morales y materiales».

Aunque parecía que con el reconocimiento de la responsabilidad soviética en la matanza de Katyn quedaba asumido por completo, no sería así. Durante un acto celebrado en Varsovia, Yeltsin se había comprometido a castigar a los culpables que aun estuvieran vivos y en indemnizar a las víctimas, tal como estipularía el informe del comité de expertos, pero la intención del líder ruso por reparar esa injusticia histórica se vería después diluida a la luz de una nueva interpretación de los hechos. Así, según Yeltsin, la responsabilidad de la matanza no debía recaer sobre el pueblo ruso, sino sobre el sistema comunista, del que el pueblo ruso había sido también víctima.

Esa catarsis, tantos años postergada, tendría también su plasmación en el propio bosque de Katyn. Se procedió a la localización de nuevas fosas y a las consiguientes exhumaciones. La doctora Ewa Gruner-Zarnoch, hija de uno de los oficiales allí ejecutados, participó en 1995 y 1996 en esa penosa tarea. «Algo dentro de mí me advertía de no ir allá, pero no me imaginaba que iba a ser una tarea tan horrorosa», explicaría seis años más tarde.

> Fuimos al terreno de la exhumación —relataba Ewa—. Debido a los trabajos empezados previamente, por todos lados se asomaban huesos de la tierra: aquí una mandíbula, ahí un pedazo de cráneo, allá un fémur. Tenía miedo de pisar los restos, tal vez estaban allí los huesos de mi padre. Iba de puntillas… La profanación de este lugar fue mayor por las botellas, la suciedad y la basura, restos de hogueras, paseos recreativos —de hecho fueron terrenos de vacaciones de la KGB—.

Según la doctora Gruner-Zarnoch, «las condiciones de trabajo fueron extraordinariamente difíciles. Inimaginables, es imposible describirlas. En hoyos hondos, llenos del líquido de los cadáveres, llovía sobre nosotros, caían varios cuerpos…».

El recuerdo de su padre estaba siempre presente:

> Durante los trabajos de exhumación deseaba mucho encontrar los restos u objetos pertenecientes a mi padre. Sabía que podía tener una alianza de oro, anillo de su familia, reloj, pitillera con las letras JG, así como las fotografías de una mujer morena de pelo largo y de una niña de 5 años de pelo corto y claro… ¡No me acordaba de mi padre en absoluto! Fue para mí una mancha blanca. Y debía acordarme de él. ¡Cuando nos separamos yo tenía 5 años! Después

de la guerra, como niña, lo amputé de mi memoria. Fue como un recuerdo triste y doloroso. No se podía hablar de él, había que taparlo como si fuera un criminal. Ni siquiera mamá quería hablarme sobre él por el miedo de que yo no pudiera mantener la boca cerrada. Mientras crecía, empecé a buscar información sobre él. Veía documentos, fotos, leía artículos de preguerra, escuchaba lo que contaban los familiares y los conocidos. Y de repente descubrí que su vida había sido heroica.

La experiencia de la doctora Gruner-Zarnoch fue traumática: «Me marché antes de tiempo. En realidad hui. Pensé que si no salía de allí me iba a volver loca. Me sentía aprisionada. Dejé mi tarjeta a tan solo tres personas, así como los datos de mi padre y detalles acerca de los objetos que podía tener en los últimos momentos de su vida». Sin embargo, el enfrentarse al horror de aquellas fosas como prueba de afecto al padre que desapareció de su vida tan pronto tuvo finalmente su recompensa: «Al cabo de unos días después de mi regreso a Szczecin, donde vivo, me llegó una noticia: ¡Encontraron el anillo con las letras JG y el reloj!».

Una herida abierta

A pesar del reconocimiento en 1992 de la responsabilidad de la extinta Unión Soviética, a lo largo de los años siguientes Katyn seguiría siendo un obstáculo en las relaciones entre Polonia y Rusia. A finales de los años noventa se fueron descubriendo al este de los Urales nuevas fosas con polacos ejecutados por el NKVD, lo que demostraba que Katyn no había sido un hecho aislado, sino que era parte de un ambicioso plan de exterminio.

La publicación de nuevos informes sobre las actividades del NKVD en territorio polaco entre 1944 y 1946 confirmaba que desde Moscú se había llevado a cabo un plan para descabezar a la nación polaca, con el fin de garantizar su sumisión al poder soviético. El intento de varios parlamentarios polacos de obtener una declaración oficial de que el Gobierno soviético había llevado a cabo un genocidio fue infructuoso, probablemente debido a las presiones de los nostálgicos del comunismo, que temían que aquel régimen pudiera equipararse al nacionalsocialista.

Así, el 11 de marzo de 2005, un representante de la Fiscalía General Militar rusa informó públicamente sobre el cierre definitivo de la investigación del crimen de Katyn, al constatar que esos hechos «no

podían ser calificados de genocidio» y por «el fallecimiento de las personas declaradas culpables en el caso». Igualmente, los militares rusos se declaraban «incapaces para investigar el asesinato de unos 4000 polacos en territorio bielorruso, todavía no identificados», remitiendo la investigación a los órganos de justicia de ese país. Al mismo tiempo, se declaraba como «secreta» buena parte de la documentación relativa a Katyn que todavía se halla en los archivos rusos.

Ese cierre en falso de la investigación fue considerado inaceptable por Memorial, la asociación rusa de defensa de los derechos humanos, que exigía que se conociese el nombre de los que participaron en la masacre, la identificación de todos los oficiales polacos asesinados y la calificación de los hechos como genocidio, crimen de guerra o crimen contra la humanidad. Según una declaración de la junta de dicha asociación del 4 de abril de 2005, «cerrar la investigación sin calificación alguna es el mejor modo de no aceptar ninguna responsabilidad por el crimen».

Aunque resulte inaudito, todavía hay en Rusia quien defiende que fueron los alemanes los responsables de la matanza de Katyn. En contra de lo que pudiera pensarse, esos sectores no son marginales, sino que agrupan a un gran número de historiadores, periodistas, juristas y destacados políticos. Para ellos, si la ejecución de los polacos hubiera sido perpetrada efectivamente por el NKVD, este asunto hubiera sido utilizado de manera inmediata por Kruschev en el proceso de desestalinización. Para desmontar la «versión polaca», aseguran que algunos documentos claves sobre la masacre de Katyn, como la nota de Beria a Stalin y la de Shelepin a Kruschev, son falsificaciones.

Si la responsabilidad última de la matanza de Katyn motiva estas controversias, también se ha desarrollado un debate sobre el grado de conocimiento que tuvieron entonces los Aliados occidentales. En septiembre de 2012, el Archivo Nacional de Estados Unidos hizo públicos cerca de un millar de documentos sobre la masacre, hasta entonces secretos; esta documentación confirma que Roosevelt y Churchill tenían la certeza de que se trataba de un crimen soviético, pero de cara al exterior, tal como hemos visto, responsabilizaban a los alemanes para que su alianza con Stalin no se viera afectada. Además, los mensajes en clave enviados por prisioneros aliados en manos de los alemanes que habían podido ver las fosas de Katyn, y que habían llegado a manos de los aliados occidentales, no dejaban dudas de la responsabilidad soviética.

Aunque los investigadores habían solicitado en repetidas ocasiones la desclasificación de esos documentos, no había sido hasta entonces, siete décadas después, cuando el Gobierno norteamericano había accedido por fin a hacerlos públicos. En cambio, una parte de los documentos en poder del Gobierno ruso relativos a Katyn continúan aún sin ser desclasificados. En 2011, de los 183 tomos de que consta esta documentación, habían sido entregados 148 a los polacos. Según la Fiscalía rusa, el resto de los documentos sería entregado también a Varsovia, «una vez pierdan su carácter confidencial».

El caso de la responsabilidad por los crímenes de Katyn parece lejos de resolverse definitivamente. En abril de 2012, el Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo declaró, en respuesta a una demanda de los familiares de los oficiales polacos asesinados presentada en 2007, que la masacre de Katyn constituía un «crimen de guerra». Sin embargo, a las peticiones de que el tribunal exigiese a Rusia que reabriese la investigación cerrada en 2005 se respondió con el inaudito argumento de que la Convención Europea de Derechos Humanos solo regía en Rusia desde 1998, ocho años después de que comenzasen las primeras investigaciones, por lo que no era aplicable.

En febrero de 2013, una docena de familiares, con el respaldo del Gobierno polaco, acudió ante el Tribunal de Derechos Humanos para reclamar que se reabriese el caso. Las implicaciones de esa reapertura no escapan a nadie; aunque en 2007 ese primer colectivo de familiares de las víctimas reclamaba a las autoridades soviéticas el pago de una indemnización simbólica de un euro, posteriormente se sumaron más familiares que no querían renunciar al cobro de una indemnización acorde con el sufrimiento que habían padecido. Así pues, es difícil que Rusia acceda a reabrir un caso que podría acarrearle el pago de compensaciones millonarias. Esas reticencias demuestran que Katyn, a pesar del tiempo transcurrido, es una herida que aún no se ha cerrado del todo. No obstante, lo importante es que, gracias al esfuerzo y la perseverancia de tantas personas, se impidió que prevaleciese la versión de los hechos creada por el estalinismo para ocultar su culpabilidad. Si al lector ha podido parecerle prolijo, y seguramente aburrido, el relato pormenorizado de esa lucha en defensa de la verdad, puede imaginar la fatiga y el abatimiento que padecieron quienes la llevaron a cabo viendo pasar las hojas del calendario con cada vez menos esperanzas de que un día la justicia histórica pudiera

resplandecer, con el añadido de que muchos de ellos no vivirían lo bastante para ver conseguida esa meta.

En 2010 se dio un paso importante para ayudar a cicatrizar esa herida. El prestigioso director de cine polaco Andrej Wajda llevó a la gran pantalla su versión de la masacre, con un tono realista, casi documental. Para Wajda, hijo de un capitán asesinado en Katyn, dirigir la cinta debió tener efectos terapeúticos, lo mismo que para la sociedad polaca. Se consideró que la película saldaba una cuenta con la historia, además de ayudar a que este negro episodio histórico fuera divulgado en todo el mundo.

A pesar de las reticencias rusas a asumir la completa responsabilidad de los hechos, las relaciones entre los gobiernos de Varsovia y Moscú no se ven mediatizadas por este contencioso. Los gestos de reconocimiento a las víctimas y de reconciliación que se han venido realizando han conseguido que Katyn no sea ya un obstáculo para el entendimiento entre los dos pueblos. Sin embargo, como si de una maldición se tratase, en la mañana del 10 de abril de 2010 se produjo un trágico accidente aéreo cerca de Smolensk que acabó con la vida del entonces presidente polaco Lech Kaczynski y decenas de altas personalidades políticas del país. El suceso tuvo lugar al estrellarse el aparato en medio de una densa niebla cuando los mandatarios polacos regresaban precisamente de un homenaje a las víctimas de Katyn con motivo del 70º aniversario de la masacre.

Pero lo que lleva a pensar que el drama de Katyn está cerca de quedar superado es que los jóvenes polacos contemplan aquel dramático capítulo como una más de las historias de la Segunda Guerra Mundial. Al contrario de la generación de sus padres, Katyn no posee un significado especial para ellos; nacidos en una Polonia libre, en una sociedad de consumo, apenas representa, junto con la etapa comunista o la lucha por la libertad en los años ochenta, una lección más que hay que aprender para superar algún examen en la escuela. Katyn ya es historia… aunque todavía hay familias en las que el recuerdo de aquellos dramáticos hechos continúa presente.

El capitán Bychowiec

Como se apuntaba en el capítulo dedicado a la deportación de polacos a Siberia, una de esas familias marcadas por el crimen de Katyn es la de Andrzej (o Andrés) Chowanczak, nacido en 1965 en Buenos Aires, en el seno de una familia de inmigrantes polacos. Su padre fue un héroe de la resistencia polaca, condecorado *post mortem* en 2011 por el entonces presidente polaco Bronislaw Komorowski. De niño, Andrés quedó fascinado por las historias que escuchaba sobre la resistencia, lo que le llevaría de mayor a realizar una encomiable labor de investigación y divulgación de la historia polaca durante la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en un especialista de referencia en la materia.



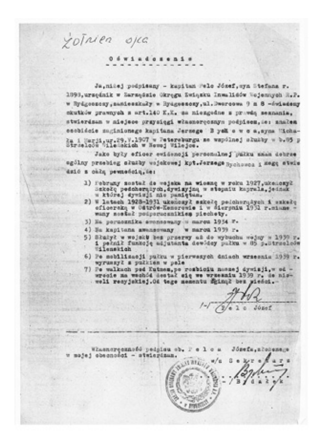
Retrato del capitán Jerzy Bychowiec, cuya vida se vería truncada por aquel crimen perpetrado por los soviéticos. *Foto cortesía Andrés Chowanczak*.

Pero en su pasado familiar no solo hay historias de heroísmo, sino también trágicas. Su abuelo materno, el capitán Mikolaj Bychowiec, fue hecho prisionero por los soviéticos, aunque sobrevivió a su cautiverio para formar parte del Segundo Cuerpo polaco, que luchó junto a los aliados occidentales. Quien no tuvo esa suerte fue su tío abuelo, el capitán Jerzy Bychowiec, a quien los soviéticos pondrían prematuramente fin a su vida en el bosque de Katyn.

Según el testimonio de un compañero superviviente, Bychowiec, que era a la sazón jefe de la Primera Compañía del 85º Regimiento de Fusileros de Vilna, se encontraba confinado en el campo de Kozielsk. El primer transporte con destino a Katyn salió el 3 de abril de 1940, y el primer oficial a quien se llevaron fue a Bychowiec. A partir de ahí, su destino fue el mismo de los otros oficiales que serían asesinados por el NKVD.

Chowanczak refiere a este autor que «el tema del asesinato de mi tío abuelo siempre fue un tema inconcluso en mi familia, recuerdo cuando era niño y a veces se hablaba de él. En esa época mis abuelos tampoco podían

intercambiar mucha información con la familia en Polonia por ser este un tema tabú».


Żołnierz ojca

Oświadczenie

Ja, niżej podpisany – kapitan Pelo Józef, syn Stefana r. 1898, urzędnik w Zarządzie Okręgu Związku Inwalidów Wojennych R.P. w Bydgoszczy, zamieszkały w Bydgoszczy, ul. Dworcowa 9 m 8 – świadomy skutków prawnych z art. 140 K.K. za niezgodne z prawdą zeznania, stwierdzam w miejsce przysięgi własnoręcznym podpisem, że: znałem osobiście zaginionego kapitana Jerzego B y c h o w c a, syna Michała i Marji, ur. 29.V.1907 w Petersburgu ze wspólnej służby w b. 85 p. Strzelców Wileńskich w Nowej Wilejce.

Jako były oficer ewidencji personalnej pułku znam dobrze ogólny przebieg służby wojskowej kpt. Jerzego Bychowca i mogę stwierdzić z całą pewnością, że:

1) Pobrany został do wojska na wiosnę w roku 1927, ukończył Szkołę podchorążych, dywizyjną w stopniu kaprala, jednak w której dywizji nie pamiętam.
2) W latach 1928-1931 ukończył szkołę podchorążych i szkołę oficerską w Ostrów-Komorowie i w sierpniu 1931 r. mianowany został podporucznikiem piechoty.
3) Na porucznika awansowany w marcu 1934 r.
4) Na kapitana awansowany w marcu 1939 r.
5) Służył w wojsku bez przerwy aż do wybuchu wojny w 1939 r. i pełnił funkcję adjutanta dowódcy pułku w 85 p. Strzelców Wileńskich
6) Po mobilizacji pułku w pierwszych dniach września 1939 r. wyruszył z pułkiem w pole
7) Po walkach pod Kutnem, po rozbiciu naszej dywizji, w odwrocie na wschód dostał się we wrześniu 1939 r. do niewoli rosyjskiej. Od tego momentu zginął bez wieści.–

/-/ Pelo Józef

Własnoręczność podpisu ob. P e l o a Józefa, złożonego w mojej obecności – stwierdzam.

w/z S e k r e t a r z
/-/ B y d a ł e k

Declaración firmada por uno de los compañeros del capitán Bychowiec, en la que certifica su brillantez como oficial. *Foto cortesía Andrés Chowancza*k.

Su interés por conocer lo que ocurrió con él le llevaría a encontrar testimonios escritos de antiguos compañeros suyos, que le ayudarían a trazar su retrato. Así, uno de ellos aseguraba que «fue el mejor capitán de su regimiento». Como ejemplo de su valía, en una ocasión uno de los oficiales recibió instrucciones de su comandante y este le dijo: «No se preocupe por el lado norte, ahí se encuentra el capitán Bychowiec». Su valentía quedaba certificada con esta observación: «Las misiones más arriesgadas eran asignadas al capitán Bychowiec y a su compañía». Por último, de otro párrafo se deduce que poseía una gran humanidad: «El capitán Bychowiec pide a su jefe que ordene que los prisioneros alemanes heridos que se rindieron ante él reciban la mejor atención médica posible».

Gracias a la mediación de Chowanczak, pude entrevistar en 2013 al hijo del malogrado capitán Bychowiec, también llamado Jerzy. Ambos se conocieron en 2005, dando la casualidad de que los dos eran ingenieros, y enseguida se hicieron amigos.

Jerzy le explicó que, de pequeño, cuando llegaba algún hombre a su casa, él gritaba «¡papá, papá!», pensando que era su padre que regresaba por fin de su cautiverio. Durante muchos años su padre estaba oficialmente desaparecido, por lo que tenía la esperanza de que se hubiera salvado, una ilusión que el tiempo acabaría de demostrar vana.

Pregunta. ¿Qué edad tenía cuando vio por última vez a su padre? ¿Qué recuerdos tiene de él?

Respuesta. Tenía tres años y hoy solo tengo recuerdos vagos, tal vez influenciados por lo que me contó mi madre.

P. ¿Cómo se enteraron del descubrimiento de las fosas de Katyn?

R. Cuando acabó la guerra, mi madre quería asegurarse qué fue lo que sucedió con su esposo y le dijeron que fue asesinado por los alemanes en Katyn. Recibió una pequeña pensión.

P. ¿Estaban convencidos de que habían sido los soviéticos o tuvieron dudas de que pudieran haber sido los alemanes?

R. Las dudas surgieron después de la contienda, por lo que decían las radios extranjeras y por rumores. Además, la última carta fue escrita en 1939.

P. ¿Qué trato recibieron de las autoridades polacas comunistas?

R. El trato que recibí fue normal hasta que quise cursar la carrera de Arquitectura. Allí un joven delegado comunista me dijo que la carrera de Arquitectura era para los hijos de obreros y campesinos, no para los hijos de oficiales de la Sanación de la Segunda República Polaca[11]. Al final creo que me hizo un favor, estudié Ingeniería y pude hacer una buena carrera como ingeniero sanitario. Quién sabe cómo me hubiera ido como arquitecto.

P. ¿Estaban en contacto con familiares de otras víctimas?

R. No.

P. ¿Vio la película de Wajda? ¿Le gustó?

R. Sí, es muy fidedigna.

P. ¿Cómo le ha afectado en su vida personal ser hijo de una víctima de Katyn?

R. Fui huérfano y echaba de menos a mi padre. El presidente Lech Kaczynski lo ascendió *post mortem* al grado inmediato superior, fue una satisfacción personal.

P. ¿Considera que la herida abierta por la masacre de Katyn ha cicatrizado definitivamente?

R. Para mí personalmente nunca se cerrará. Ahora, a esta edad, a veces sueño que no está tan lejos el día en que conoceré a mi padre.



SIŁY ZBROJNE
RZECZYPOSPOLITEJ POLSKIEJ

MINISTER OBRONY NARODOWEJ

Decyzją
z dnia 5 października 2007 r.

mianowałem
pośmiertnie

kapitana Jerzego Bychowca s. Michała

na stopień

majora
Wojska Polskiego

Bogdan Klich

Warszawa, [illegible] stycznia 2008 r.

Ascenso *post mortem* del capitán Bychowiec a mayor general en 2007, firmado por el ministro de Defensa polaco. *Foto cortesía Andrés Chowanczak*.

Según refiere Chowanczak, Jerzy Bychowiec «tardó muchísimos años en elaborar su duelo y no estoy seguro de lo haya logrado jamás». Su última respuesta parece confirmar esa impresión.

El 5 de octubre de 2007, el capitán Bychowiec había sido premiado por su valor con un ascenso *post mortem* a mayor general, una orden firmada por el entonces ministro de Defensa polaco. Aunque ese merecido reconocimiento a su figura seguramente llenó de orgullo a su hijo Jerzy, así como a todos sus familiares, también es cierto que difícilmente pudo compensarle por aquella temprana y sentida pérdida.

Aunque no hay ningún registro de que Stalin pronunciase alguna vez la frase «La muerte de un hombre es una tragedia, la muerte de millones es una estadística», a él se le atribuye esta sentencia que no está muy alejada de la realidad. Podemos ver la matanza de Katyn desde las frías cifras, pero no hay que olvidar que tras cada uno de esos nombres hubo una familia que sufrió la ausencia de su ser querido, como en el caso del hijo del valeroso capitán Bychowiec, dejando una profunda huella personal que el paso del tiempo no ha podido borrar.



El capitán Bychowiec y su esposa. Su hijo, también llamado Jerzy, nunca superaría la pérdida tan temprana de su padre. *Foto cortesía Andrés Chowanczak.*

7 La Organización Todt (Organisation Todt, OT), creada en 1934, fue la encargada de construir las infraestructuras militares, y algunas civiles —como las famosas autopistas—, del Tercer Reich. También dependían de ella fábricas de armamento, de las que saldría un tercio de la producción bélica total. Llamada así en honor a su fundador, Fritz Todt, fallecido en accidente de avión en 1942, integraba a más de millón y medio de trabajadores esclavos, la mayoría prisioneros de guerra y judíos deportados. A partir de entonces y hasta 1945, la organización estuvo dirigida por el ministro de Armamento, el eficiente Albert Speer.

8 Krivozertsev, temiendo las represalias que, sin duda, iba a sufrir por haber colaborado con la comisión auspiciada por los nazis, al final de la guerra acabó huyendo al sector de Alemania ocupado por los aliados occidentales, siendo acogido en un campo de refugiados cercano a Bremen. El 31 de mayo de 1945 fue interrogado por las autoridades aliadas en el mismo campo, reafirmándose en lo manifestado ante los alemanes.

9 Uno de estos casos fue la masacre de Bloody Gulch («barranco sangriento»), ocurrida el 12 de agosto de 1950, cuando las tropas norcoreanas ametrallaron a 55 soldados norteamericanos que acababan de capturar durante la batalla del perímetro de Pusan. Otros 22 fueron ejecutados de un tiro en la cabeza. Los cuerpos serían recuperados por el Ejército estadounidense cinco semanas más tarde.

10 Testimonio extraído de: KACZOROWSKA, Teresa, *Children of the Katyn Massacre: Accounts of life after the 1940 soviet murder of polish POW's,* McFarland & Company, Jefferson, 2006.

11 Sanacja («sanación» en español) fue un movimiento creado en 1926 que preconizaba la «sanación moral» de Polonia, al considerar que el país era víctima de la corrupción y que los partidos políticos no defendían el interés público. Aunque sus principios ideológicos eran un tanto vagos, defendía una política autoritaria, nacionalista y antiliberal, y tenía una fuerte implantación entre los oficiales del Ejército. La Sanacja serviría de base al régimen autocrático y cada vez más conservador que gobernaría Polonia entre 1926 y 1939. Tras la guerra, el Gobierno comunista polaco perseguiría a sus antiguos miembros, acusándolos de «enemigos del Estado».

Capítulo 10:
Khaibakh, el Oradour soviético

Uno de los ejemplos de la brutalidad nazi más conocido es la matanza de Oradour-sur-Glane. En esta pequeña población del Limousin francés, una unidad de la 2ª División SS Das Reich, en su camino hacia Normandía para hacer frente al avance aliado después del desembarco en sus playas, perpetró el 10 de junio de 1944 una masacre a sangre fría que tuvo como víctima la población civil indefensa.

Los alemanes, que se encontraban acantonados en Montauban, debían desplazarse hacia el norte lo más rápido posible, pero tropezaban continuamente con los obstáculos que les iba poniendo la Resistencia, cuyos guerrilleros tenían la misión de retrasar al máximo la llegada a Normandía de esa temible unidad, bregada en el frente oriental. Los integrantes de la columna germana, sometida a sucesivas emboscadas que iban provocando un goteo de soldados muertos, fueron acrecentando su odio hacia los partisanos galos, a la vez que su frustración por no poder acudir prestos a rechazar la invasión que estaba teniendo en las costas normadas.

La fatalidad quiso que la apacible localidad de Oradour fuera escogida por los alemanes para desahogar su rabia. Al parecer, la muerte de un capitán cuando su vehículo fue atacado por los guerrilleros con una granada fue el detonante para una operación de represalia. Creyendo que el pueblo servía de depósito de armas para la Resistencia, los alemanes se presentaron al mediodía y reunieron en la plaza a todos sus habitantes, incluyendo ancianos y enfermos. Una vez allí, separaron a las mujeres y los niños y los condujeron a la iglesia. Con ellos dentro del edificio, los alemanes colocaron una gran carga explosiva en el interior y la hicieron estallar. La explosión, que supuestamente debía derrumbar el edificio con aquella gente dentro, no causó el efecto buscado y solo produjo fuego y humo, lo que provocó el pánico de los allí encerrados. Los alemanes comenzaron a disparar con sus fusiles ametralladores a los que trataban de escapar y arrojaron paja, leña y sillas para alimentar el incendio. Tan solo sobrevivió una mujer, que logró escapar por una ventana. Los hombres, que habían sido llevados a las afueras del pueblo, también cayeron bajo el

fuego de las ametralladoras. En total, fueron asesinadas 642 personas, de ellas 245 mujeres y 207 niños. Después, los alemanes se dedicaron durante tres días a quemar las casas del pueblo una por una.

Tras la guerra, Oradour se conservó tal y como quedó tras la destrucción, como testimonio mudo de aquel horrendo crimen. La matanza que tuvo lugar entre aquellas piedras sigue presente y no corre el riesgo de ser olvidada. Pero lejos de allí, en el Cáucaso, unos meses atrás había tenido lugar una escena tan terrible como la que ocurriría en Oradour. Sin embargo, esta otra masacre ha sido prácticamente ignorada.

Deportaciones masivas

Antes de conocer en detalle la tragedia que tendría lugar en el Cáucaso, es necesario entender cómo se llegó a aquella situación que, a diferencia de lo ocurrido en Oradour, fue fruto de una vasta operación fríamente planificada y con un enorme despliegue de medios.

Aprovechando el río revuelto de la Segunda Guerra Mundial, Stalin pondría en práctica una política de redistribución étnica de la Unión Soviética, sin reparar en los enormes costes humanos que iba a suponer. Stalin siempre había desconfiado de los grupos étnicos no rusos, y la vorágine de la guerra le dio la oportunidad de oprimir a aquellas nacionalidades de cuya lealtad desconfiaba.

La situación no representaba una novedad en la breve historia soviética. Stalin encontró el modelo a seguir en el genocidio emprendido por Lenin contra el pueblo cosaco, otra tragedia apenas conocida. Sus tres millones de integrantes, imbuidos de su proverbial espíritu independiente, mostraron su rechazo a la Revolución bolchevique, alineándose con los ejércitos blancos. En enero de 1919, cuando la guerra civil ya se había decantado hacia el bando rojo, y los cosacos no representaban una amenaza seria para el nuevo régimen, el Comité Central del Partido Bolchevique dictó una resolución secreta por la que se reconocía «como única medida correcta una lucha sin piedad, un terror masivo, contra los ricos cosacos, que deberán ser exterminados y físicamente liquidados hasta el último». Los valientes cosacos, que por tradición contaban todos ellos con un arma, no aceptaron su condena sin rebelarse, y el plan genocida se extendería a lo largo de más de dos años. Durante este tiempo,

para desmoralizar a los cosacos sublevados, se tomaron mujeres, niños y ancianos como rehenes, siendo reunidos en campos, en donde sobrevivían en condiciones espantosas y, según describía un informe de la Checa, «morían como moscas».

Otra orden secreta de octubre de 1920 enumeraba las aldeas cosacas de una región que debían ser «limpiadas», con instrucciones de vaciarlas de habitantes, incendiarlas y «embarcar a toda la población masculina, entre 18 y 50 años, en convoyes y deportarla, con escolta, hacia el norte, para cumplir trabajos forzados de categoría pesada». También se ordenaba «expulsar mujeres, niños y viejos, dándoles autorización para reinstalarse en otras aldeas más al norte», además de «requisar todos los enseres y bienes de los habitantes de las aldeas mencionadas». Para dar idea del volumen de la operación, el documento, además de concretar el número de deportados de cada aldea —la mayoría de ellas entre 1500 y 3000 aproximadamente— señalaba la expedición de 154 vagones de mercancías en los que se transportaban los expulsados con destino a Grozni, y reclamaba urgentemente 306 vagones suplementarios para poder terminar las deportaciones. Una frase muy significativa era la siguiente: «Entre los que aún no han sido deportados figuran simpatizantes del régimen soviético, familias del Ejército Rojo, funcionarios y comunistas». Es decir, a esos cosacos de nada les iba a servir su alineamiento, sincero o no, con los bolcheviques; como cosacos que eran, su destino estaba igualmente sellado, lo que demostraba el carácter étnico y no político de esa represión.

Esa misma orden estipulaba que «las casas y las tierras de sus habitantes sean distribuidas a los campesinos pobres y en particular a los chechenos, que siempre han mostrado un profundo apoyo al poder soviético». Paradójicamente, apenas dos décadas más tarde, serían los chechenos los que padecerían un genocidio similar, tal como se verá en el presente capítulo. Así pues, la represión de grupos étnicos mediante el exterminio físico y las deportaciones masivas formaría parte del ADN de la Unión Soviética desde su mismo nacimiento. Pero hay que tener presente que esa represión étnica no era más que otra expresión de la ofensiva que lanzó Lenin contra todos los que podían suponer un obstáculo a la implantación de su sistema totalitario, una campaña plasmada en el exterminio por razón de clase (burgueses, *kulaks*) o ideología (socialistas, anarquistas, mencheviques, kadetes, eseristas y, posteriormente,

trotskistas). Stalin, como un niño que de adulto actúa según lo que ha visto en su casa de pequeño, no haría otra cosa que copiar el comportamiento de su padre político, Lenin.

Los primeros en sufrir las deportaciones promovidas por Stalin, tal como hemos visto en el segundo capítulo, fueron los polacos, que comenzaron a ser enviados a Siberia y otras regiones de la URSS en febrero de 1940. Luego le tocaría el turno a los habitantes de los estados bálticos, en los que había entrado el Ejército Rojo en octubre de 1939. En agosto de 1940, Estonia, Letonia y Lituania fueron anexionadas a la Unión Soviética. Stalin tomó entonces la decisión de eliminar o deportar a los «elementos peligrosos». Durante ese primer año de ocupación soviética, unas 124.000 personas se vieron afectadas por esta política represiva. El proceso de deportación masiva se llevó a cabo en cuatro oleadas que culminaron entre el 13 y el 14 de junio de 1941 con el envío de 15.000 personas a Siberia en condiciones infrahumanas. En este contingente había 2400 niños menores de diez años.

A continuación le tocaría el turno a los rusos descendientes de alemanes que se habían instalado en las orillas del Volga, invitados por la zarina Catalina la Grande. Aunque ya ni siquiera hablaban alemán, perdido con el paso de las sucesivas generaciones, Stalin temía que formasen una quinta columna ante el avance germano, por lo que ordenó la deportación de todos ellos. 1.500.000 ciudadanos de etnia alemana fueron expulsados de sus tierras en agosto de 1941 y enviados a Kirguistán. Miles morirían allí de hambre, frío y enfermedades.

La expulsión de los alemanes del Volga sería el aperitivo de lo que vendría después en el Cáucaso. El pueblo que sería el triste protagonista de la matanza con similitudes con la acaecida en Oradour sería el checheno, que ya llevada a sus espaldas un largo historial de represión a manos de Rusia. A finales del siglo XVIII, Rusia había emprendido una política de expansión por el Cáucaso. Aunque los rusos ocuparon buena parte de la región, no lograron conquistar Chechenia, que se convertiría en un foco de resistencia, bajo el liderazgo de un jeque musulmán sufí. En 1814, el gobernador ruso del Cáucaso advirtió al zar Alejandro que los chechenos, «con su ejemplo de independencia, pueden contagiar su espíritu rebelde incluso a los más leales pueblos del imperio». Por tanto, el gobernador concluyó que «no tendremos paz mientras un solo checheno siga con vida».

En 1818, las tropas rusas penetraron en Chechenia y establecieron un fuerte en Grozni. En las décadas siguientes, el espíritu combativo checheno no sería sofocado por los rusos, despertando incluso la admiración del escritor León Tolstoi, que estuvo destinado allí dos años como soldado. Durante ese tiempo se asentaría la identidad musulmana de los chechenos, como signo de resistencia ante el expansionismo ruso. La conquista completa de Chechenia y su incorporación al Imperio ruso como provincia no culminaría hasta 1864. Los recursos petroleros convirtieron a Chechenia en una pieza de gran valor estratégico, por lo que los rusos se mostraron decididos a mantenerla bajo su control.

Como se ha apuntado, los chechenos apoyaron la Revolución de 1917 y optaron por los bolcheviques en la guerra civil que les enfrentó a los blancos, lo que les hizo ganarse las simpatías del régimen comunista. Pero, a partir de 1929, las colectivizaciones forzosas llevadas a cabo por Stalin fueron respondidas con centenares de levantamientos campesinos. El espíritu levantisco checheno se plasmó en una ola de rebeliones antisoviéticas que tomaría la forma de una guerra de guerrillas, lo que a su vez provocó un incremento de la represión. En 1934, el Gobierno soviético forzó la fusión de las regiones de Chechenia e Ingusetia en una única república autónoma. Para hacer frente a la invasión germana, Stalin no dudó en recurrir a los chechenos para nutrir al Ejército Rojo; unos 50.000 serían enviados al frente.

Operación Lentil

A comienzos de 1943, una vez conjurado el peligro del avance alemán por el Cáucaso tras la decisiva victoria de las tropas soviéticas en Stalingrado, Stalin pudo respirar tranquilo, confiado en que a partir de entonces ya era solo cuestión de tiempo derrotar al invasor germano. Pero, aprovechando ese respiro, el dictador soviético vio llegado el momento de saldar cuentas con los indómitos chechenos, en el marco de una gigantesca operación de limpieza étnica en la región. Parecía que en su mente resonaban todavía aquellas belicosas palabras que el gobernador del Cáucaso había dirigido al zar.

Así pues, el 11 de febrero de 1943, el Politburó acordó la futura deportación de los chechenos e ingusetios de la república autónoma que

llevaba el nombre de estos dos pueblos, además de los restantes grupos étnicos: los karachai, los calmucos y los balkarios. Aunque eran cinco los pueblos condenados al destierro, los chechenos supondrían dos tercios del total de deportados. Se decidió también que la expulsión debía ejecutarse en tan solo unos días, para impedir que pudiera organizarse alguna resistencia que dificultase la deportación masiva. La operación recibiría oficialmente el nombre de Lentil, mientras que los chechenos la conocerían como *Aardakh* («éxodo»).

El encargado de poner en práctica el plan sería Lavrenti Beria, el citado jefe del NKVD, que había sido el responsable operativo de la matanza de Katyn. Beria, además de con el personal de su siniestra organización, contaría con la colaboración del Ejército Rojo, indispensable para coordinar semejante movimiento de población en tan cortísimo espacio de tiempo. Se calculó que la ejecución de la orden iba a costar unos 150 millones de rublos, lo mismo que la fabricación de unos 700 tanques T-34, e iba a requerir unos 120.000 soldados, un material y unas tropas que podían resultar vitales en algún sector del frente y que, sin embargo, se iban a utilizar para reprimir a la propia población soviética. Este despliegue de recursos da idea de la férrea y despiadada voluntad de Stalin de acabar con esos colectivos considerados antisoviéticos en un momento en el que el principal y más temible enemigo era Alemania.

Pese a estar aprobada, la operación tardaría un tiempo en ponerse en marcha, quizás debido a las urgencias militares que iban surgiendo, como sería la preparación de la respuesta a la habitual campaña de verano de los alemanes, que en esta ocasión iba a tener como escenario Kursk. Superada esa prueba, Stalin ya podía disponer de las unidades del Ejército Rojo que requería la Operación Lentil. El plan se pondría finalmente en marcha en octubre de 1943, cuando el contingente de tropas escogido para la misión comenzó a desplegarse en territorio checheno, supuestamente para reparar puentes y descansar en la retaguardia después de los duros combates que habían mantenido contra los alemanes. Los soldados fueron acogidos por los confiados —y podemos decir que ingenuos— chechenos en sus propios hogares, proporcionándoles lo necesario para recuperar las fuerzas antes de regresar al frente. Al mismo tiempo, un oficial del NKVD, Bogdan Kobulov, se encargaba de redactar sobre el terreno un informe con el que se pretendía justificar la operación proyectada. En sus conclusiones se aseguraba que unos 20.000 chechenos «habían realizado actividades

antisoviéticas, habían colaborado con los saboteadores alemanes y habían intentado crear una resistencia armada al poder soviético».

El 23 de febrero de 1944 se celebraba el Día del Ejército Rojo. Para participar de los actos festivos, todos los hombres chechenos fueron convocados a las sedes del soviet local de sus respectivas poblaciones. El llamamiento no levantó ninguna sospecha, por lo que acudieron voluntariamente. Pero, una vez concentrados en las sedes, se les comunicó, mediante la lectura de un decreto del Presidium del Soviet Supremo, que estaban acusados de traición y colaboracionismo con los alemanes, y que serían deportados.

Los chechenos allí agrupados se quedaron de piedra, sin entender el porqué de esa arbitraria condena, tan sorpresiva como injusta. Desde que había estallado la guerra, los chechenos se habían mostrado leales a la Unión Soviética, e incluso varios militares de esa etnia habían recibido la distinción de Héroe de la Unión Soviética por su brillante desempeño. A lo largo de la contienda, unos 2300 chechenos perderían la vida combatiendo en el Ejército Rojo, el mismo que iba a proceder ahora a su expulsión y deportación.

Resistencia chechena

A pesar del claro compromiso del pueblo checheno con la defensa de la Unión Soviética frente al invasor germano, era cierto que existía un grupo de guerrilleros que luchaba por sacudirse el dominio soviético. Su líder era el periodista y poeta Hassan Israilov.

Nacido en 1910, Israilov destacó en su juventud como militante del Partido Comunista. Fue enviado a Moscú, a la Universidad Comunista del Este, una escuela de formación para los cuadros del partido. Israilov comenzó allí su carrera periodística, pero sus artículos criticaban la política soviética en Chechenia, lo que le valdría un arresto por «calumnias contrarrevolucionarias». Dos años después fue rehabilitado pero, junto a su hermano Hassan y otros estudiantes chechenos, se mostró decidido a seguir denunciando el trato injusto que, según él, recibía su pueblo. Esta vez fue detenido y enviado cuatro años a Siberia. Tras su paso por el gulag ya no regresó a Moscú, sino que volvió a Chechenia, en donde ejerció de abogado.

A finales de 1939, inspirados en la valerosa resistencia finlandesa a la invasión soviética, Israilov y su hermano decidieron asumir la peligrosa responsabilidad de organizar y liderar una guerrilla independentista chechena. El grupo iniciaría sus acciones en febrero de 1940, con la toma de varias aldeas de montaña en las que establecerían la sede del Gobierno rebelde. Las fuerzas del NKVD se mostraron incapaces de sofocar la rebelión, ya que los guerrilleros de Israilov se movían en ese terreno, que conocían palmo a palmo, como pez en el agua. En el verano de 1941, la guerrilla chechena contaría ya con unos 5000 hombres. Gracias a los éxitos alcanzados en sus escaramuzas contra los hombres del NKVD habían conseguido apoderarse de armamento moderno, por lo que ya representaban una fuerza insurgente de cierta relevancia. A partir de enero de 1942, Israilov intentó extender el levantamiento a otros pueblos del Cáucaso. Por tanto, los chechenos se habían convertido en un elemento muy perjudicial para el dominio soviético en la región.

Cuando los alemanes penetraron en el Cáucaso en agosto de 1942, estos trataron de establecer una colaboración con los guerrilleros para facilitar su avance por la región, pero el grupo de Israilov desconfió de ellos, temiendo librarse del yugo soviético para caer en el germano. La primera exigencia de Israilov era que los alemanes reconociesen la independencia chechena, algo que estos no estaban dispuestos a aceptar. La influencia que tenía un clan judío entre los resistentes chechenos, así como la rivalidad histórica entre los chechenos y los cosacos, aliados de los alemanes, contribuyó a que no pudiera establecerse una unidad de acción contra los soviéticos. Aunque no era judío pese a lo que parece indicar su apellido, Israilov sentía antipatía personal por Hitler. De todos modos, se dio alguna colaboración esporádica; cuarenta agentes alemanes fueron lanzados en paracaídas sobre territorio checheno con la misión de proteger la refinería de petróleo de Grozni para que los soviéticos no la destruyesen en su retirada. Estos agentes obtendrían la colaboración de un centenar de chechenos. Aun así, la alianza entre alemanes y chechenos no fructificó y cada uno siguió haciendo la guerra contra los soviéticos por su cuenta.

La Ruta de la Muerte

Stalin utilizaría esa supuesta colaboración, reflejada en el informe de Kobulov, como pretexto para poner en marcha la deportación masiva de los chechenos y otros pueblos del Cáucaso. Mientras los hombres se encontraban detenidos en las sedes de los soviets, los soldados soviéticos iban casa por casa expulsando a las mujeres, niños y ancianos. Apenas se les permitieron unos minutos para coger ropa y comida para el viaje que, según se les dijo, iba a durar solo un par de días. Aquellos que, a juicio de los soldados, ralentizaban el proceso, ya fuera por su deteriorado estado físico o porque pedían alguna explicación, eran asesinados en el mismo lugar. Tampoco se salvarían de la expulsión los pacientes de los hospitales.

Todos los detenidos en esas redadas fueron conducidos a la estación de ferrocarril más cercana para proceder a su deportación inmediata. Ese desplazamiento lo harían a pie o en camiones militares norteamericanos Studebaker, entregados masivamente por Estados Unidos en el marco de la Ley de Préstamo y Arriendo para ayudar a los soviéticos en su lucha contra Alemania. El robusto camión, conocido popularmente como *Studer* por las tropas soviéticas, había sido diseñado con vistas al escenario ruso, es decir para rodar por caminos difíciles y funcionar con combustible que no siempre era de buena calidad. Lo que no podían imaginar los norteamericanos es que sus camiones iban a ser empleados para deportar civiles inocentes.

Para el traslado a las lejanas regiones de destino se utilizaron vagones de ganado, que se convertirían en auténticas neveras en el trayecto que les esperaba a través de la gélidas estepas de Asia central. Ni los soldados chechenos que estaban combatiendo a los alemanes fueron perdonados; se les sacó de sus unidades y se les envió también a esas regiones remotas.

Cerca de medio millón de chechenos se vieron obligados a dejar sus hogares y dirigirse a un destino incierto, en Siberia, Kazajistán, Uzbekistán y Kirguistán. En total se emplearon 180 trenes especiales en la operación. Obviamente, el viaje no duraría dos días, sino que se prolongaría entre dos semanas y un mes. No se les proporcionaría comida ni agua, por lo que tuvieron que sobrevivir con los víveres que habían podido recoger apresuradamente antes de salir de casa. A los pocos días, ya no les quedaba nada de comer. Cuando el tren hacía una parada, se les permitía bajar a recoger nieve y así poder beber.

El trágico trayecto, que se cobraría decenas de miles de víctimas, quedaría en la memoria del pueblo checheno como la Ruta de la Muerte.

Los que iban muriendo por el camino ni siquiera pudieron ser enterrados por sus familiares; para no perder tiempo, los soldados arrojaban los cadáveres al lado de las vías del tren. Con el fin de evitar ese denigrante final, muchos familiares preferían disimular dentro del vagón los cuerpos sin vida de sus seres queridos, escapando así de las inspecciones regulares de los soldados, para poder proporcionarles un entierro digno al llegar al destino.

En una de las estaciones, un maestro abjasio fue testigo del paso de uno de estos trenes: «Era una escena increíble: un tren extremadamente largo, lleno de gente apiñada. Estaban siendo trasladados a algún lugar del este. Mujeres, niños, ancianos… Parecían terriblemente tristes y abatidos. Eran chechenos e ingusetios y estaba claro que no estaban viajando por deseo propio. Estaban siendo deportados. Habían cometido "crímenes muy graves contra la Patria"…».

Masacre en Khaibakh

Aquel 23 de febrero de 1944 se puso en marcha la deportación de la mayoría de chechenos. No obstante, la expulsión de aquellos que vivían en las regiones montañosas de difícil acceso tendría que esperar unos días más. Al ser pleno invierno, la nieve obstaculizaba los caminos, por lo que no resultaría fácil a los soviéticos desplazarse hasta allí.

La operación en la región de Galanchozh había quedado bajo el mando del general Mijail Maksimovich Gvishiani. El 27 de febrero, las tropas soviéticas llegaron a la aldea de Khaibakh y obligaron a todos sus habitantes a salir de sus casas y reunirse en la plaza. A los que eran capaces de caminar varios kilómetros se les ordenó que se pusieran en marcha para dirigirse hacia la localidad de Galashki, en donde estaba la estación de ferrocarril más próxima.

El problema para el general Gvishiani era trasladar al resto, un total de 702 personas, entre las que había mujeres con niños pequeños —incluyendo dos gemelos recién nacidos—, enfermos, inválidos y ancianos. Era impensable poner a caminar decenas de kilómetros a ese contingente humano. Pero las órdenes recibidas desde Moscú eran precisas y tajantes; había que vaciar la región de chechenos, y de manera inmediata. Según una consigna verbal de Beria, los chechenos «no transportables» debían

ser liquidados en el mismo lugar. Seguramente, el temor a quedar en el punto de mira de Moscú en el caso de fracasar en su misión llevó al obediente general a apostar por la opción más radical, y execrable, posible.

Una vez que los habitantes que podían caminar abandonaron el pueblo, entre las diez y las once de la mañana, Gvishiani ordenó llevar a aquellas otras personas a un establo, en donde se había de amontonar heno seco, según se dijo, para que pudieran tenderse allí y descansar. En realidad, la función del heno era muy diferente. Una vez que estuvieron todos dentro, el general ordenó rodear también las paredes del establo con heno seco y empaparlo con gasolina.

Uno de los soldados presentes ese funesto día en Khaibakh, Dziyaudin Malsagov, de 31 años, recordaría años más tarde lo que ocurrió a continuación:

> Cerramos el establo y luego le pegamos fuego. Se escuchaban gritos desesperados de mujeres y niños. La gente consiguió echar la puerta abajo. Entonces recibimos la orden de disparar con ametralladoras a los que intentaban salir, de manera que la puerta se quedó bloqueada por sus cadáveres y los demás murieron quemados vivos»[12].

En ese momento, los habitantes de Oradour, en el otro extremo del continente, difícilmente podían pensar que menos de cuatro meses después iban a sufrir el mismo destino que aquellos desgraciados.

La noticia del horrendo crimen comenzó a correr por los pueblos de los alrededores. Un vecino de otra aldea, Magomed Gayev, de 21 años, pudo contemplar la escena desde la lejanía. Gayev explicaría que «una columna de humo subía hacia el cielo… Incluso desde una gran distancia pudimos comprender que algo terrible estaba sucediendo en el pueblo. Cientos de voces formaban un horrible, inhumano grito. Era el grito de las víctimas que se estaban quemando vivas».

Salambek Zakriyev, un hombre que, junto a unos amigos, se ocultaba en una cueva cuya entrada estaba orientada hacia Khaibakh, relató que «vimos humo saliendo del pueblo. Cerca del puente de Byati, no lejos de allí, cuatro soldados perseguían a un hombre. Al final, lo alcanzaron y lo mataron. Después lo tiraron al río».

De las aldeas que todavía no habían recibido la visita de los soldados soviéticos partieron grupos de lugareños para comprobar si era cierto. Uno de los hombres que acudió a Khaibakh fue Saydkhasan Ampukayev, cuyo testimonio nos acerca el horror que se vivió allí:

Escuché que habían quemado gente viva en Khaibakh. Aunque estaba un poco lejos de nuestra aldea, al otro lado de la montaña, fui hacia allí con varios vecinos. En el pueblo no quedaba nadie con vida. Cuando llegamos allí, vi algo que no puede describirse con palabras. Había visto muchas cosas a lo largo de mi vida, pero aquello era increíble. La gente estaba totalmente quemada. El techo del establo se había desplomado sobre aquellos cuerpos. Podías ver cráneos quemados y rotos, trozos de cuerpos… Al principio no queríamos moverlos, pero pronto decidimos que había que sacar los cadáveres. Improvisamos una camilla y comenzamos a sacarlos de allí. Recogimos fragmentos de piernas, cabezas y otras partes, no había ningún cuerpo completo. Reconocimos a un hombre llamado Tutu Gayev; su cara y su barba eran reconocibles, pero su cuerpo estaba totalmente quemado. Sacamos todos los restos y los llevamos hasta un riachuelo cercano. Allí cavamos una zanja y comenzamos a enterrarlos. Tuvimos que abrir tres zanjas más. Nos llevó tres días enterrar todos los cadáveres[13].

En la matanza fueron asesinadas familias enteras. Por ejemplo, entre las víctimas figuraba Zano Gazoyeva junto a sus hijos Mokhdan, de 17 años, Berdan de 15, Mahmad de 13, Berdash de 12 y su hija Zharadat, de 14. También pereció una anciana de 81 años, Minegaz Chibirgova, junto a su nuera Zalimat y sus nietos Abdulmazhed, de 8 años, Laila de 7 y Marem de 5. Zuripat Bersanukayeva fue quemada viva en aquel establo junto a su hija Hanpat, de 19 años, Bakuo de 17, Baluza de 14, su hijo Mohmad de 11 y sus otras hijas Baissari de 9 y Bazuka de 7. Los gemelos recién nacidos se llamaban Hassan y Hussein Gayev.

Los signos del horror siguieron apareciendo. Según el referido Salambek Zakriyev, «dos o tres días después de la deportación, descubrimos el cuerpo de una persona muerta; era una mujer embarazada, que había sido asesinada por los soldados. La enterramos».

Unos 7000 chechenos murieron durante la operación llevada a cabo en la región de Galanchozh. El éxito de Gvishiani en su misión le llevó a ser felicitado personalmente por Beria. A su vez, Beria recibiría los correspondientes parabienes de Stalin cuando presentó su informe el 29 de febrero, en el que le comunicaba que la totalidad del pueblo checheno había sido deportado en apenas una semana.

Pero Khaibakh no sería un caso aislado. En las regiones montañosas de Chechenia se produjeron muchos otros asesinatos masivos de personas que no podían ser evacuadas. En Yalkharoy, los soldados rusos mataron a 86 personas, en Khakhilge a 32, en Peshkha a 80… En un barranco cercano a Peshkhoy se encontraron los cadáveres de una docena de personas, con signos de haber sido asesinados a bayonetazos, incluyendo una mujer y una niña pequeña. En otros lugares se desconoce el número de víctimas.

Por ejemplo, en el distrito de Cheberloyevsky parte de la población fue masacrada, en Itum-Kalinsky los soldados se dedicaron a arrojar granadas y cócteles molotov dentro de las casas por «diversión». En Malkhista, los rusos llevaron a los chechenos a unas cuevas para matarlos allí. En Nozhai-Yurt, quemaron a un grupo de personas en un granero. En Tierloy, acabaron con un grupo de chechenos imposibilitados para caminar. En Valerik, los soldados rusos jugaron al fútbol con la cabeza de un hombre llamado Vissita Anzorov; cuando su hijo vio la horrenda escena, trató de arrebatarles la cabeza de su padre para impedir semejante ultraje, pero los rusos acabaron matándolo también a él. En la ciudad de Urus-Martan, ante la imposibilidad de evacuar a 62 pacientes de un hospital, estos fueron también asesinados, arrojados a un vertedero y cubiertos con basura.

No obstante, los soviéticos no consiguieron deportar a todos los habitantes de las zonas montañosas más remotas. Hubo quienes consiguieron ocultarse en cuevas y cabañas aisladas, pero su existencia se volvió muy precaria. Los soviéticos se dedicaron a quemar cultivos, matar el ganado y envenenar la comida para que no fuera posible sobrevivir allí.

Entre esos fugitivos se encontraba el referido líder guerrillero Hassan Israilov, cuya familia había sido deportada o ejecutada. Israilov conseguiría ocultarse de cueva en cueva, escapando de las patrullas que trataban de capturarle. En diciembre de 1944, Israilov murió en un encontronazo con las tropas rusas y su cuerpo fue fotografiado para el correspondiente informe secreto que fue remitido a Moscú. Las fuerzas soviéticas proseguirían con la caza de los restos de la guerrilla chechena hasta 1953.

Regreso a Chechenia

En total, la Operación Lentil supuso la deportación de 479.478 chechenos, 104.146 calmucos, 96.327 ingusetios, 71.869 karachais y 29.407 balkarios. Tras la expulsión, los soviéticos borraron todo rastro de la identidad de estos grupos étnicos. La República Autónoma Socialista Soviética de Chechenia-Ingusetia oficialmente dejó de existir. En su lugar se creó el oblast de Grozni. Partes de la antigua república autónoma fueron desgajadas y agregadas a la de Osetia del Norte, Georgia y Daguestán.

Los soviéticos emprendieron un plan sistemático de destrucción de los signos de la historia y cultura chechenas. Se quemaron manuscritos en las lenguas locales, así como tratados religiosos y filosóficos. Se arrancaron las lápidas de los cementerios para emplearlas en la construcción de carreteras y se demolieron las mezquitas. Se destruyeron torres de vigía de la Edad Media, avanzadas para su época, ya que eran capaces de soportar los seísmos que solían afectar a la región, y contaban además con un sistema de ventilación y calefacción. Las torres que se salvaron lo hicieron debido a que no figuraban en los atlas históricos rusos, por lo que no pudieron ser localizadas. Otras construcciones chechenas antiguas eran tan sólidas que resistieron los métodos de demolición. Los nombres chechenos fueron expurgados de libros, enciclopedias y mapas oficiales. La región sería repoblada con rusos, ucranianos, osetios y georgianos, que ocuparon las casas que habían dejado vacías sus moradores.

Los chechenos, forzados a vivir ahora en aquellas tierras lejanas y extrañas a las que habían sido deportados, sufrían desorientación al haber quedado arrancados de su sociedad tradicional. Muchas familias quedaron separadas para siempre, ya que las unidades familiares se establecieron en función de la casa en la que estaba cada uno en el momento justo de la expulsión. Se confeccionaron tarjetas en las que figuraban todos los miembros de la familia, para que las autoridades locales del NKVD pudieran controlarles en todo momento. Cualquier desplazamiento debía contar con el permiso de las autoridades. Tratar de reunirse con los miembros de la misma familia que habían sido enviados a otras regiones era impensable. Los asentamientos de los deportados, aunque no tenían las características del gulag, en la práctica no eran más que grandes colonias penales. La mayoría se vio incapaz de acostumbrarse a la nueva situación. Además, las autoridades comunistas prohibieron a las poblaciones locales que les prestasen ayuda, quienes les veían todavía como colaboradores del invasor nazi.

Durante los primeros años de la deportación, como mínimo hasta 1949, las autoridades soviéticas pudieron haber intentado envenenar a la población chechena[14]. En los documentos secretos que hacían referencia a ese plan, los diferentes venenos con los que eran contaminados los alimentos destinados a su consumo eran denominados «comidas sorpresa». Según esos documentos, se desarrollaron numerosas «recetas» con ese diabólico fin. Por ejemplo, para envenenar un kilo de harina se requería

tan solo un gramo de arsénico blanco. Para emponzoñar 10 kilos de sal, debían emplearse 10 gramos. Otro veneno, la sal de arsénico-sodio, era recomendado para añadirla al azúcar, en una proporción de 10 gramos por cada kilo de azúcar. Un gramo de esa sustancia era suficiente para envenenar un litro de agua.



La familia Gadzievy, de origen ingusetio, vela el cuerpo de su hija, fallecida en el exilio en Kazajistán, en uno de los escasos testimonios gráficos de la deportación que padecieron junto a los chechenos.

La tesis de que los chechenos fueron metódicamente envenenados por las autoridades soviéticas durante su deportación se vería apoyada por el testimonio de los integrantes de otros grupos étnicos que también sufrieron el exilio en aquellas remotas regiones. Todos ellos se sorprendían que individuos chechenos aparentemente fuertes y sanos cayesen enfermos de la noche a la mañana y murieran rápidamente. Según esos testimonios, pudieron ser miles los chechenos que fallecieron de esa manera fulminante.

Pese a su desesperada situación, el deseo de los chechenos de sobrevivir como pueblo no se extinguiría. El escritor y disidente ruso Alexander Solzhenitsyn, en su conocida obra *Archipiélago Gulag*, mostraba su admiración por el orgullo que mantuvieron los chechenos bajo esas condiciones tan terribles:

> Hubo una nación que no se entregó, que no asimiló los esquemas mentales de sumisión a un hombre, y no fueron solo unos pocos rebeldes de entre ellos, sino una nación entera. Fueron los chechenos. De todos los colonos especiales, solo los chechenos mostraban intacto su espíritu. Fueron arrebatados de su hogar a traición, y desde aquel día no se creyeron nada más. Los chechenos nunca intentaron agradar ni caer en gracia ante sus jefes; su actitud fue siempre altiva y, de hecho, abiertamente hostil. Y he aquí un hecho extraordinario: todos les tenían miedo. Nadie podía hacerles cambiar su modo de vida. El régimen que llevaba rigiendo el país durante treinta años no les pudo obligar a respetar sus leyes.

Según las cifras manejadas entonces por los soviéticos, entre 1944 y 1948 murieron 144.704 personas entre todos los grupos étnicos. Sin embargo, la mayoría de historiadores coinciden en que esas cifras no reflejan la realidad; según cálculos más fiables, solo entre los chechenos habría que contar una cifra de muertos de entre 170.000 y 200.000 en ese mismo período de tiempo, lo que representa entre un tercio y la mitad de los deportados.

Pero no solo los chechenos y demás pueblos del Cáucaso sufrirían el exilio. Stalin ordenó también la deportación de los tártaros de Crimea, acusados igualmente de colaboración con los alemanes y de ser «traidores a la madre patria». En febrero de 1945 ya no quedaba en Crimea ni uno solo de estos habitantes autóctonos de la península. De los más de 400.000 tártaros que fueron deportados, la mitad había fallecido en menos de dieciocho meses.

Tras la muerte de Stalin en 1953, los chechenos enviaron representaciones oficiales a Moscú para conseguir un permiso de retorno a su patria. Pero el éxodo checheno se prolongaría hasta febrero de 1956, cuando el entonces primer secretario del PCUS Nikita Kruschev criticó durante una sesión del 20º Congreso del partido la draconiana medida tomada en su día por Stalin, aunque fuera mediante el típico eufemismo oficial soviético. Su afirmación de que «la deportación de todos los chechenos e ingusetios no había contribuido a reforzar la unidad del Partido» preparó el terreno para que, al año siguiente, se les permitiese volver a casa. Una discreta investigación sobre los terribles hechos sucedidos en Khaibakh confirmó a Kruschev en su intención de reparar en lo posible el mal causado. En el curso de esa investigación surgió el nombre de Sergei Kruglov, que en el momento de los hechos era oficial de segundo rango del NKVD. Él había firmado la orden de liquidar a los «no transportables», pese a que la responsabilidad última era de Beria, aunque este no podía responder de nada porque ya había sido ejecutado en 1953. Kruglov, viendo que quedaba en primera línea ante cualquier responsabilidad, se suicidó.

Tras la rectificación emprendida por Kruschev en el marco de la desestalinización, los chechenos pudieron emprender así el ansiado regreso. Muchos se llevaron con ellos los huesos de sus seres queridos para inhumarlos en su tierra. Pero, como es de imaginar, el regreso del exilio no fue el que largamente habían soñado, ya que los deportados se

encontraron sus casas ocupadas por los colonos. Los nuevos habitantes se mostraron lógicamente contrarios al regreso de los chechenos, por temor a que reclamasen sus antiguas propiedades. Por su parte, los recién llegados se vieron obligados a gastar sus escasos ahorros en comprarse una casa, y algunos consiguieron adquirir a sus nuevos propietarios el que había sido su hogar, para recuperar su vida anterior a la deportación. Pero hubo otros chechenos que no estaban dispuestos a renunciar a su casa ni a tener que pagar por ella, por lo que lograron recuperarla amenazando a sus ocupantes con emplear la fuerza. La llegada masiva de pobladores autóctonos acabaría provocando disturbios en Grozni. La población foránea incluso bloquearía la estación para que no llegasen más trenes cargados de chechenos.

Además, muchas de las aldeas de montaña habían sido arrasadas, por lo que sus antiguos habitantes tuvieron que adaptarse a la llanura, un medio de vida ajeno a su tradición. Igualmente, la pérdida de vidas entre los ancianos, ya fuera asesinados durante la expulsión o más tarde debido a las duras condiciones del exilio, rompió una rica tradición oral que se había mantenido viva durante siglos, causando un daño irreparable a la cultura e identidad chechena.

Algunos, incapaces de reconocer la región en la que habían vivido doce años atrás, y profundamente dolidos por ese recibimiento hostil en su propia tierra, emprendieron el camino de vuelta a los lugares en donde habían estado exiliados. No sería hasta 1991 cuando el Gobierno de Moscú rehabilitó oficialmente al pueblo checheno, reconociendo que las acusaciones que habían llevado a su deportación eran falsas.

El 23 de febrero de 1994, el entonces presidente de la autoproclamada República de Chechenia, Johar Dudayev, inauguró un monumento en la capital, Grozni, de homenaje a los miles de chechenos deportados. En su construcción se emplearon lápidas de las que los soviéticos se llevaron en su día de los cementerios. Significativamente, el monumento fue destruido por las fuerzas rusas en 1995, fue reconstruido en 1997 y destruido de nuevo en 1999, lo que mejor simboliza el destino de los chechenos y su martirizado país.

En 2004, el Parlamento Europeo, de acuerdo con las Convenciones de La Haya de 1899 y 1907, y la Convención sobre la Prevención y el Castigo del Crimen de Genocidio de la Asamblea General de las Naciones Unidas,

aprobada en 1948, clasificó la deportación sufrida por el pueblo checheno como un acto de genocidio.

De este modo, aunque hubieran tenido que pasar seis décadas, se condenaba aquel crimen masivo que tenía como objetivo el exterminio de todo un pueblo. Aun así, la memoria de aquellas 702 personas quemadas vivas, y de muchas otras que fueron asesinadas a sangre fría por los soldados soviéticos, ha quedado diluida entre los innumerables hechos que tuvieron lugar durante la Segunda Guerra Mundial. A diferencia de la matanza que tuvo lugar en Oradour, de la tragedia vivida aquel 27 de febrero de 1944 en Khaibakh difícilmente se puede encontrar alguna referencia en la extensa bibliografía la Segunda Guerra Mundial.

12 Fuente: Worldchechnyaday.org

13 Diario digital *Open Caucasus Media*, 23 febrero 2017.

14 Esta tesis fue defendida por el profesor Ivan Bilas en el encuentro International Law and the Chechen Republic, celebrado en Cracovia entre el 8-11 de diciembre de 1995. Bilas se basaba en los documentos encontrados en un archivo soviético.

Capítulo 11:
La matanza de Biscari

Hasta ahora hemos visto que la mayoría de atrocidades aquí relatadas han tenido como escenario la Europa Oriental. Sin duda, fue en esta parte del continente donde tuvo lugar el mayor número de matanzas de la guerra, debido a los odios seculares y una larga tradición de enconados enfrentamientos entre las diferentes etnias. Si a ello añadimos la irrupción de los nazis y su brutalidad organizada, basada en motivos ideológicos y raciales, y el totalitarismo estalinista dispuesto a aplastar cualquier oposición, real o imaginaria, tenemos los ingredientes perfectos para convertir esa vasta región en un muestrario del horror, como así fue.

Pero la Europa Occidental no se mantuvo totalmente al margen de sucesos de ese tipo. Al inicio del anterior capítulo se hacía una referencia a la matanza que llevaron a cabo las Waffen-SS en la población francesa de Oradour. Aunque fuera en mucha menor medida, las tropas aliadas también cometieron acciones detestables, como una que tuvo lugar en Sicilia, cuatro días después de que estas desembarcaran allí.

A media mañana del miércoles 14 de julio de 1943, el sargento norteamericano Horace T. West conducía un grupo de 48 prisioneros a la retaguardia, por un polvoriento camino y bajo un sol abrasador. Los soldados capturados, todos ellos italianos excepto tres alemanes, caminaban con dificultad, ya que les habían quitado los zapatos para que no intentaran escapar. También les habían confiscado las camisas.

En el aire se percibía el olor a pólvora de los duros combates que acababan de producirse allí. La escena tenía lugar cerca de Biscari, un pueblo remoto y pobre, como tantos otros desperdigados por la abrupta geografía siciliana. Después de caminar unos diez minutos, el sargento West ordenó a la columna de prisioneros que se detuviese. Ni los siete soldados norteamericanos que acompañaban a West, ni tampoco los prisioneros, podían imaginar que estaba a punto de ocurrir un terrible episodio.

Desembarco en Sicilia

Tras expulsar a las tropas del Eje del continente africano en mayo de 1943, norteamericanos y británicos habían iniciado en Sicilia su asalto al continente europeo, tal como habían acordado Roosevelt y Churchill en enero de ese año en la conferencia de Casablanca. El 10 de julio de 1943 se llevó a cabo el desembarco en las playas sicilianas, tras una tormenta que había dejado un fuerte viento. Durante la madrugada se habían lanzado paracaidistas para despejar el camino por el que debían avanzar las tropas, entablando los primeros combates contra soldados alemanes.

Las tropas terrestres estaban compuestas por los británicos del Octavo Ejército del general Bernard Montgomery y el Séptimo Ejército norteamericano del general George Patton. Siguiendo el plan previsto, Montgomery había desembarcado en el sudeste de la isla para avanzar hacia el norte, en dirección a Messina, frente a la punta de la bota italiana, para cerrar la vía de escape de las tropas del Eje. Por su parte, a Patton le había correspondido la tarea menos brillante y más sacrificada; sus tropas habían desembarcado en la región sudoccidental y tenían que desplazarse hacia el norte cubriendo en todo momento el flanco del avance de Montgomery. Por lo tanto, los norteamericanos tendrían la misión de contener a las fuerzas enemigas, lo que significaba tener que mantener duros combates, mientras los británicos podrían avanzar con relativa comodidad.

Eso fue lo que ocurrió el domingo 11 de julio, cuando los hombres del 180º Regimiento de Infantería, compuesto por hombres de la Guardia Nacional en Oklahoma que nunca antes habían entrado en combate, atacaron en el citado pueblo de Biscari a los veteranos soldados de la División Hermann Göring, obligándoles a replegarse después de un duro enfrentamiento en el recinto del cementerio.



Un soldado norteamericano herido durante los combates en Sicilia es atendido por un sanitario ante la compungida mirada de unos civiles. *National Archives*.

Ese éxito momentáneo les resarcía del pésimo estreno que había tenido su unidad en la operación; el oficial al mando del regimiento, el coronel Forrest E. Cookson, se había equivocado de playa y había tardado un día en reunirse con sus hombres, que sí habían desembarcado en la correcta. Ese imperdonable error, así como el estado de nerviosismo en el que se hallaba el coronel, había llevado a Patton a decidir su destitución, pero solo el hecho de no encontrar el sustituto adecuado permitió a Cookson seguir al frente del 180º.

El aeródromo de Biscari

Los alemanes, dispuestos a obstaculizar el avance norteamericano, se hicieron fuertes en los terrenos del aeródromo de Santo Pietro, situado a 8 kilómetros al norte de Biscari. La instalación consistía apenas en una pista de tierra, que había sido construida para facilitar los ataques de la aviación del Eje a la isla de Malta.

Para defender el campo de aviación, los germanos contaron con la ayuda poco entusiasta de efectivos italianos. Los soldados transalpinos, cansados de la guerra, se estaban rindiendo en masa desde que había comenzado la invasión. No dudaban en entregarse a los Aliados, muchas veces en un ambiente casi festivo, en medio de risas y canciones porque para ellos la guerra había terminado. Algunas unidades norteamericanas, viendo saturada su capacidad para hacerse cargo de ellos, llegarían a poner carteles en italiano avisando de que «No se admiten prisioneros», o dirían a los soldados que querían entregarse que volviesen otro día. De hecho, durante la primera semana de la campaña de Sicilia, los estadounidenses harían tantos prisioneros como los que habían capturado durante la Primera Guerra Mundial. Los alemanes, por su parte, trataban de impedir la defección masiva de sus veleidosos aliados, ya fuera propagando falsos rumores sobre las atrocidades que los norteamericanos cometían con los prisioneros o enfrentándose violentamente a ellos. Ese temor a la respuesta germana hizo que los italianos colaborasen en la defensa del

aeródromo de Biscari, hasta que este cayó a las diez de la mañana de aquel miércoles 14 de julio.

El Regimiento 180º había conseguido su objetivo. El aeródromo ya había caído en manos norteamericanas, aunque la pista estaba agujereada por dos centenares de cráteres de bombas. El precio no había sido barato; medio centenar de hombres del 180º estaban heridos o muertos, parte de ellos a consecuencia de la acción de francotiradores ocultos en las cabinas de los aviones en tierra. Fue necesario que varios tanques Sherman acudiesen al lugar para ir acabando con ellos, fuselaje por fuselaje.

Las tropas del Eje, una vez perdido el control del aeródromo, se replegaron de nuevo, aunque varias decenas de soldados, la gran mayoría italianos, no tuvieron tiempo de escapar y quedaron rezagados, siendo capturados. Del referido grupo de 48 prisioneros, un comandante escogió 9 de entre los más jóvenes para ser interrogados, ya que solían ser los más propensos a hablar. Luego los entregó, junto al resto, al sargento West para que se encargase de conducirlos a la retaguardia, asignándole otro sargento, 1 cabo y 5 soldados para que le ayudasen a vigilarlos durante el traslado.

El incidente West

El protagonista del suceso que estaba a punto de ocurrir, Horace T. West, tenía 33 años y dos hijos pequeños. Nacido en Oklahoma, formaba parte de la Guardia Nacional, haciendo la instrucción los fines de semana, mientras los días laborables trabajaba de cocinero. La guerra le había llevado a aquel caluroso campo de batalla, en el que había visto ya caer a algunos compañeros con los que había compartido aquellos fines de semana a lo largo de varios años.

Aunque, para uno de sus superiores, West era «el suboficial más completo que he visto en el Ejército», vivir la realidad de los combates le había llevado a acumular grandes dosis de odio y resentimiento. Tal como declararía el propio West después, «había algo que se estaba cociendo en mi interior, sencillamente tenía ganas de matar y destruir, y ver como los enemigos se desangraban hasta morir».

Patton podía estar orgulloso de esa actitud, ya que era exactamente la que había promovido y alentado entre sus tropas. Los oficiales de la

unidad a la que pertenecía el regimiento, la 45ª División, habían recibido en Orán, de boca del propio Patton, la consigna de «matar de manera devastadora» y no tener piedad con los enemigos que se rendían solo cuando estaban a punto de ser vencidos. En este caso, el general les conminó textualmente a «matar a esos hijos de puta». En su arenga, Patton les dijo que la 45ª debía ser conocida como la «división asesina».

Los oficiales se encargarían de trasladar esas consignas a sus hombres. Quizás resonaban esas palabras en la cabeza de West cuando, tal como se relataba al inicio del capítulo, después de caminar aproximadamente un kilómetro y medio hacia la retaguardia, este mandó parar a los prisioneros que tenía a su cargo y separó a los nueve hombres escogidos por el comandante para ser interrogados.

West se volvió hacia el sargento primero de la compañía, Haskell Brown, y le pidió que le prestara su metralleta Thompson «para fusilar a esos hijos de puta». Brown no solo le entregó el arma, sino que le dio unas palmadas en señal de aprobación.



Soldados italianos rindiéndose ante las tropas aliadas.
La moral de las tropas transalpinas era muy baja, al contrario de la de sus aliados germanos.
Bundesarchiv.

«Date la vuelta si no lo quieres ver», le aconsejó West. Inmediatamente comenzó a disparar a sangre fría contra los prisioneros, que caían al suelo retorciéndose de dolor. Algunos, horrorizados, gritaban «¡no, no!». Los heridos que lograban ponerse de rodillas imploraban clemencia, pero eran tiroteados de nuevo. Tres prisioneros que no quedaron paralizados por el miedo trataron de escapar corriendo, de los que dos lo conseguirían. Los únicos que no eran blanco de las balas eran los prisioneros que habían sido apartados para ser interrogados.

Cuando todos los prisioneros estaban ya en el suelo, West se detuvo a cargar de nuevo la metralleta. Después caminó entre sus víctimas, disparando al corazón al que aún se movía. Cuando comprobó que todos

estaban muertos, devolvió la Thompson al sargento Brown. «Son órdenes», se limitó a decir West.

Los prisioneros que iban a ser interrogados, tras asistir impotentes a la terrorífica escena, temblaban de miedo. West les ordenó que se pusieran en marcha y abandonaron el lugar, en el que quedaron 35 cadáveres, 2 de ellos alemanes.

El incidente Compton

Aquella matanza parecía poner un trágico colofón a las operaciones que habían tenido lugar en torno al aeródromo de Biscari, pero no sería así. Cinco horas más tarde, los alemanes contraatacaron con un grupo de vehículos blindados, y lograrían retomarlo. Los hombres del 180º se vieron obligados a retirarse por un barranco que había al sur de la pista. Pero los norteamericanos no estaban dispuestos a entregar el aeródromo a los alemanes, por lo que contraatacaron a su vez, hasta que consiguieron expulsarlos definitivamente.

Durante esa operación, la Compañía C del 1º Batallón, con el capitán John Travers Compton al mando, tuvo que descender por una profunda hondonada, en donde sus tropas sufrieron la puntería de los francotiradores italianos; de los 34 hombres que componían el segundo pelotón, 12 resultaron heridos o muertos por aquellos tiradores emboscados. Pero más duro fue ver cómo los francotiradores disparaban también contra los sanitarios que trataban de acercarse a los heridos para socorrerlos.

Para localizar la posición de los francotiradores, un soldado raso, Raymond Marlow, fue arrastrándose por la hondonada hasta que consiguió ver a uno de ellos. Le apuntó con su rifle y le disparó, pero no le acertó y el italiano echó a correr. Marlow lo siguió, para ver cómo el francotirador entraba en un refugio excavado en la ladera. Al cabo de unos minutos, para sorpresa del soldado norteamericano, del agujero salieron una treintena de italianos, cinco de ellos vestidos de civil, con las manos en alto y ondeando una improvisada bandera blanca. En el refugio quedaron cajas de municiones, sábanas sucias y maletas.

Una vez que los prisioneros italianos fueron reunidos por un sargento, un soldado estadounidense de origen italiano, John Gazzetti, les preguntó si ellos eran los francotiradores que les habían estado disparando, pero no

obtuvo ninguna respuesta. El sargento, sin saber qué hacer con aquellos hombres, acudió a un teniente, Richard Blanks, para recibir órdenes. El oficial prefirió poner la decisión en manos de su superior, el capitán Compton.

Al igual que el sargento West, Compton poseía unas inmejorables referencias. Las calificaciones en su expediente militar solían ser de sobresaliente. Tenía 25 años, estaba casado y tenía un hijo. Aunque no había dormido prácticamente nada en tres días, apenas una hora y media antes del ataque, y había visto caer a una docena de sus hombres por las balas de los francotiradores, nada hacía pensar que fuera a adoptar la terrible decisión que estaba a punto de tomar.

Compton preguntó al teniente si aquellos hombres eran los francotiradores que les habían estado disparando. Blanks contestó que sí. Compton le ordenó entonces que formase un pelotón de ejecución y que «fusilara a aquellos francotiradores». El pelotón de once hombres quedó formado de inmediato, ya que hubo varios soldados que se ofrecieron voluntarios. Los italianos comenzaron a gritar suplicando clemencia. El soldado Gazzetti se dirigió a Compton para saber si quería que preguntase algo a los prisioneros antes de la ejecución, pero el capitán le contestó que no hacía falta. Lo único que dijo Compton, dirigiéndose a sus hombres, fue: «¡Que no quede ninguno en pie!».

El capitán dio la orden: «¡Preparados, apunten, fuego!». Los subfusiles Thompson y los fusiles automáticos Browning escupieron fuego contra aquellos desgraciados. Algunos trataron de huir, pero fue inútil. Los 36 cadáveres, todos ellos de soldados italianos, fueron abandonados en el mismo lugar en el que cayeron.

Se descubre la matanza

Aquel 14 de julio acabó con el aeródromo de Biscari en manos aliadas. El objetivo se había cumplido, pero esa infausta jornada no sería recordada precisamente por el éxito militar. Es posible que la muerte de aquellos prisioneros hubiera sido considerada una acción de guerra más, con la consiguiente impunidad de los que la ejecutaron, pero el destino recurrió a un hombre providencial, el teniente coronel William E. King, para que la matanza no quedase relegada al olvido y la impunidad.

King era el capellán de la 45º División. Al igual que le había ocurrido a Hitler, quedó temporalmente ciego durante la Primera Guerra Mundial. Al contrario que el dictador germano, a quien ese traumático episodio le radicalizó en sus ideas extremistas, a King le llevó a abrazar la religión y hacerse predicador baptista. Sus hombres admiraban su generosidad, y agradecían la brevedad de sus sermones.

A las diez y media de la mañana del día siguiente, jueves 15 de julio, el capellán se dirigía al aeródromo de Biscari en un *jeep*. Al pasar junto a un olivar, advirtió lo que parecían ser cuerpos humanos. Detuvo su vehículo y se aproximó al lugar, para comprobar que, en efecto, allí había tendidos en el suelo decenas de cadáveres, muchos de ellos boca abajo.

En lo que había sido el día anterior un campo de batalla era normal encontrar muertos, pero lo que sorprendía en aquel caso era que los cuerpos que habían quedado boca arriba tuvieran un agujero de bala en la zona del corazón. También había cadáveres con heridas en la cabeza. Las quemaduras de pólvora llevaban a pensar que los disparos mortales se habían efectuado a muy corta distancia. Aquello no era el producto de un enfrentamiento armado, sino de una ejecución en toda regla.

Un grupo de soldados que pasaba por el lugar se acercó a donde se encontraba el capellán y de inmediato captaron el horror que se desprendía de la atroz escena que tenían ante sus ojos. Incluso para ellos, que estaban luchando contra las tropas del Eje, contemplar los cuerpos de aquellos soldados indefensos, descalzos y sin camisa, asesinados a sangre fría no podía dejar de conmoverlos, así como de indignarlos contra los compañeros que habían perpetrado aquel crimen. Uno de ellos dijo que «habían venido a la guerra a luchar precisamente contra ese tipo de cosas».

El capellán King regresó rápidamente al puesto de mando de la división para informar de lo que había visto en aquel olivar. De ahí, la información fue enviada al general Omar Bradley, a quien habían llegado ya algunos rumores, tanto de lo que había sucedido allí como de la ejecución posterior ordenada por el capitán Compton.

Tapar el asunto

Bradley fue a ver a Patton para decirle que entre cincuenta y setenta prisioneros habían sido asesinados «a sangre fría y además en masa».

Patton dejó anotado en su diario cómo encajó la noticia: «Dije a Bradley que lo más probable es que fuera una exageración, pero que en cualquier caso dijera al oficial que certificara que los muertos eran francotiradores o que habían intentado escapar o lo que fuera. Si se descubría la verdad, la prensa armaría un escándalo y además los civiles se pondrían como locos». Patton concluía su apunte asegurando que «al fin y al cabo, están muertos y no hay nada que se pueda hacer».

Sin embargo, la prensa ya había descubierto las matanzas. Dos corresponsales de guerra se habían presentado en ambos lugares para comprobar la iniquidad que habían desplegado sus compatriotas. Afortunadamente para Patton, los periodistas, en lugar de transmitir la noticia, acudieron a su cuartel general para protestar por lo que habían visto. Patton consiguió convencer a los periodistas para que no diesen a conocer los asesinatos, comprometiéndose a poner fin a esas atrocidades. Los corresponsales debieron quedar bien convencidos, puesto que no publicaron ni una palabra del negro episodio.

No obstante, Patton era consciente de que, tarde o temprano, el asunto podía írsele de las manos, así que trató torpemente de eludir cualquier responsabilidad. El 18 de julio escribió una carta a su superior, el general George Marshall, diciendo que los soldados muertos habían caído en una bomba trampa que ellos mismos habían tendido. Esa explicación se combinaba torpemente con la afirmación de que el enemigo «había recurrido a la acción de francotiradores detrás de las líneas» y que esos «actos execrables» habían causado «la muerte de unos pocos italianos más». En opinión de Patton, dichas muertes estaban «totalmente justificadas», lo que se contradecía con su afirmación inicial sobre la supuesta bomba trampa.

Si Patton estaba decidido a echar tierra sobre tan embarazoso asunto, Bradley no compartía esa opinión, por lo que le expuso su propósito de juzgar a los dos hombres responsables de la ejecución de los prisioneros. El general inspector de la 45º División había efectuado una discreta investigación, que había arrojado la conclusión de que no había habido provocación alguna por parte de los prisioneros.

Después de leer eso, Bradley no quería ser cómplice en el ocultamiento de aquellos crímenes, por lo que dijo a Patton que estaba dispuesto a llegar hasta el final. Fracasada su estrategia, Patton no tuvo otra opción que dar

su brazo a torcer y admitir que los culpables fueran castigados: «Esta bien, que juzguen a esos bastardos», sentenció.

El proceso

El sargento West y el capitán Compton fueron detenidos. Con el proceso que estaba a punto de abrirse a los presuntos culpables, Bradley podría mantener su conciencia tranquila, pero los hechos se seguirían manteniendo fuera del conocimiento público para que no interfirieran de forma negativa en el curso de la guerra.

Los acusados fueron examinados por un equipo de psiquiatras, que declararon que estaban en su sano juicio. Ambos basarían de forma inteligente su defensa en que la arenga de Patton en Orán había supuesto poco menos que «una orden de exterminio». Compton, que se declaró no culpable, declaró ante el tribunal: «Ordené que los fusilaran porque pensé que respondía directamente a las instrucciones del general, me lo tomé al pie de la letra». Es significativo el hecho de que el fiscal militar no le hiciese ni una sola pregunta cuando le tocó volver a interrogarlo.

El 23 de octubre de 1943 Compton fue absuelto y regresó a la 45º División, pero no disfrutaría mucho tiempo de su libertad; el 8 de noviembre de ese mismo año murió en acción en Italia. Sin duda, fue un desenlace muy oportuno para los que preferían que el asunto de Biscari se mantuviera oculto bajo un manto de silencio. Por entonces, las tropas aliadas se encontraban atascadas en su avance hacia Roma; la tenaz defensa germana, así como la llegada del mal tiempo, estaba minando la moral de los soldados norteamericanos. El que aquello saliese a la luz no iba a ayudar en nada al alicaído ánimo de las tropas.

Cadena perpetua

El capitán Compton había salido indemne del juicio, pero no sucedería lo mismo con el sargento West, cuyo juicio había comenzado el 2 de septiembre de 1943. West admitió que había matado a las víctimas, pero se declaró no culpable. Alegó en su defensa que en esos momentos se encontraba «fatigado y bajo una extrema angustia emocional» y que actuó

en un estado de enajenación mental. Sin embargo, el sargento Brown, a quien West le había pedido prestada su metralleta y un cargador adicional con treinta balas, declaró que en ese momento el acusado no parecía un enajenado, ya que actuó a sangre fría.

La segunda línea de defensa de West fue que las duras consignas de Patton le habían incitado a apretar aquel día el gatillo contra los prisioneros. No obstante, aunque era cierto que Patton exhortaba a no aceptar la rendición del enemigo si este resistía, en el caso juzgado ya se había aceptado la rendición de los prisioneros. West, viendo cómo se quedaba sin argumentos, admitió que su conducta se situaba «lejos de mi concepto de decencia humana».

El tribunal no se mostraría tan comprensivo como en el caso de Compton y dictaminó que el acusado había actuado «con premeditación, de forma voluntaria y deliberada, y con alevosía, y había matado ilegalmente y a sangre fría a 37 prisioneros de guerra, ninguno de cuyos nombres se conocen, pero todos ellos seres humanos».

El consejo de guerra se saldó con la condena de West a cadena perpetua, que debía cumplirse en la penitenciaría de Lewisburg, Pensilvania. Sin embargo, antes de que fuera enviado a América para cumplir allí su pena, el caso fue revisado por el general Dwight Eisenhower. Si West era enviado a una cárcel federal en Estados Unidos, el feo asunto de Biscari no tardaría en salir a la luz y la prensa saltaría sobre la carnaza como una manada de lobos, así que Eisenhower decidió que el condenado quedase confinado en el norte de África. Además, la cadena perpetua se adulteró de forma inaudita abriendo la puerta a un indulto inmediato; Eisenhower dictaminó que el confinamiento durase «un período suficiente para determinar si puede volver al servicio o no», lo que permitía que pudiera ser puesto en libertad en cualquier momento. Igualmente, en uno de los tratamientos más benévolos que nunca tuvo un asesino convicto y confeso, West ni siquiera fue expulsado del Ejército e incluso siguió recibiendo su paga de 101 dólares, así como varios subsidios familiares.

El propósito de esa mano blanda con el condenado era mantener todo el asunto en secreto, no tan solo por la repercusión que pudiera tener en la opinión pública norteamericana, sino en el enemigo. Si trascendía la noticia de las matanzas que habían tenido lugar aquel maldito día, era de esperar que se tomasen represalias contra los prisioneros aliados. Así que lo mejor para todos era seguir la estrategia apuntada en su día por Patton.

Como en otros casos que hemos visto, la *realpolitik* se imponía una vez más a los principios irrenunciables.

Con el capitán Compton muerto en combate y el sargento West a buen recaudo y alejado de la prensa, parecía que todo estaba bajo control. Sin embargo, no se contó con que la esposa de West se mostrase preocupada por la suerte de su marido y dispuesta a hacer todo lo posible para que recuperase la libertad. Para ello contó con la ayuda de un congresista, que comenzó a pedir explicaciones al Departamento de Guerra, refiriéndose a West como el «suboficial más completo» del Ejército norteamericano.

Para evitar que acabase trascendiendo todo, el 23 de noviembre de 1944, después de que la cadena perpetua hubiera encogido a apenas un año, a West se le concedió el perdón, aduciendo que cometió el crimen en un estado de locura transitoria. Fue reintegrado al servicio activo, perdiendo el grado de sargento, pero acabó la guerra licenciándose con honor. West, que no tuvo que rendir cuentas nunca más por aquellos hechos, murió en Oklahoma en 1974.

Ante las referencias coincidentes de los dos acusados a las consignas de Patton, la oficina del inspector general del Departamento de Guerra llevó a cabo una discreta investigación. A Patton se le pidieron explicaciones al respecto, pero el general se defendió asegurando que sus exhortaciones se habían malinterpretado, y que de ningún modo podía desprenderse de ellas una orden de matar prisioneros de guerra. Como era de esperar, la investigación concluyó que Patton no tenía ninguna responsabilidad sobre lo sucedido.

Incógnitas

Las actas del consejo de guerra al que habían sido sometidos Compton y West, clasificadas como alto secreto, permanecerían guardadas en una caja fuerte de la Secretaría del Ejército hasta 1958. La razón esgrimida para que las actas permaneciesen fuera del acceso público fue que esa documentación podía «dar alas a un sector de nuestra ciudadanía que vive tan lejos del combate que no entiende la brutalidad que comporta la guerra», según una nota que el jefe de Relaciones Públicas del Departamento de Guerra remitió al cuartel general norteamericano en Italia en febrero de 1944.

De todos modos, aunque se conocen los pormenores del juicio y de lo que ocurrió aquel día, todavía queda por resolver alguna incógnita, como es la identificación de los prisioneros asesinados. Increíblemente, tampoco se conoce el paradero de los cuerpos. En los lugares en donde sucedieron las matanzas no ha aparecido ningún cadáver, y tampoco hay indicios de que fueran enterrados en cementerios locales, por lo que lo más probable es que fueran trasladados por los norteamericanos a algún otro lugar. Se cree que pudieron ser llevados al cementerio militar estadounidense de Gela, en la propia isla de Sicilia. No obstante, ese camposanto se desmanteló en 1950 y los restos mortales de los soldados fueron trasladados a Estados Unidos. Si estaban allí también enterrados los prisioneros, se desconoce el destino final de los cuerpos. La historia de las matanzas de Biscari todavía está esperando su epílogo.

Nada en Sicilia, siquiera un monumento, placa o memorial, recuerda a aquellos prisioneros ejecutados. Ni siquiera existe ya el nombre de Biscari, que se cambió por el de Acate. Si Patton creía que lo mejor era que aquellos trágicos sucesos fueran olvidados, el tiempo parece haberle dado la razón.

Matanza en Canicattí

Aquel 14 de julio de 1943, en el que tuvo lugar la referida matanza de Biscari, fue una auténtica jornada negra para los Aliados. El pueblo de Canicattí sería el escenario de un trágico incidente en el que los norteamericanos escribirían otra infame página de la campaña siciliana.

Las tropas estadounidenses habían hecho su entrada en Canicattí el 10 de julio, después de someter a la localidad al fuego de su artillería. Cuatro días después, al tiempo que ocurrían los acontecimientos de Biscari, los lugareños, la mayoría mujeres y niños, entraron en la fábrica de jabón Narbone-Garilli a través de un agujero en la pared que había abierto el bombardeo. La gente acudía pertrechada de latas y cubos para llenarlos de jabón líquido, un bien muy preciado, ya que había una gran escasez de artículos de higiene a consecuencia de la guerra.

El propietario de la fábrica acudió rápidamente al edificio del ayuntamiento, en donde se encontraban las autoridades militares norteamericanas, con el teniente coronel George H. McCaffrey como

máximo responsable. Una vez allí, el atribulado italiano suplicó ayuda para detener el saqueo. Los policías militares y tres soldados italianos de origen siciliano que hacían labores de intérprete gracias a su dominio del dialecto local se dirigieron entonces a la fábrica, con McCaffrey al mando, para poner fin a ese desorden. Eran las seis de la tarde.

Cuando McCaffrey y sus hombres llegaron a la fábrica, el saqueo había sido frenado. Un grupo de soldados norteamericanos había intervenido ya, arrestando a entre treinta y cuarenta civiles. En ese punto, McCaffrey se dirigió al joven suboficial que estaba al frente de los policías militares, ordenándole que mandara a sus hombres disparar contra los civiles detenidos. El suboficial, estupefacto ante ese sorprendente requerimiento, se quedó paralizado, por lo que el teniente coronel se dirigió directamente a los policías militares, conminándoles a que disparasen de una vez. Pero estos, horrorizados, también se negaron a obedecer.

El teniente coronel, furioso, se dirigió a los tres soldados de origen siciliano, ordenándoles sucesivamente, uno por uno, que dispararan contra aquellos saqueadores. Los tres hombres reaccionaron de igual modo, quedándose quietos. Nadie estaba dispuesto a disparar contra civiles desarmados.

McCraffrey sacó entonces su revólver Colt del calibre 45 y comenzó a disparar a sangre fría contra la multitud, que tenía a apenas 3 metros de distancia. Llegó a recargar su arma en dos ocasiones. Ese revólver es un arma potente; a esa distancia de 3 metros, el proyectil puede atravesar tres y hasta cuatro cuerpos.



El pueblo siciliano de Canicattí fue el escenario de una matanza de civiles. Los norteamericanos extendieron un manto de silencio sobre ese abominable suceso. *Centro di Documentazione Città de Canicattí.*

Se desconoce la cifra total de civiles asesinados. Posteriormente se estableció una cifra mínima de ocho, incluyendo una niña de 10 años, pero pudieron llegar a ser dieciocho o incluso veintiuno. McCaffrey era un tirador experto, tanto con el revólver como con el fusil, y había llegado a formar parte del equipo olímpico norteamericano de tiro en los años veinte.

Tras la matanza, fueron llegando vecinos con carretillas y comenzaron a llevarse los cuerpos, tanto de los muertos como de los heridos. Los llevaron a una posada próxima. McCaffrey regresó al edificio del ayuntamiento acompañado de los soldados que hacían labores de traducción. En un momento del trayecto les dijo: «Dios me perdone, pero eran saqueadores».

Las autoridades militares abrieron una discreta investigación sobre el incidente, pero McCaffrey, que aseguró que tan solo «seis saqueadores resultaron lesionados mientras huían», salió indemne de ella. McCaffrey murió en 1954. Curiosamente, su hija, Anne McCaffrey, llegaría a ser una famosa escritora.

Los hechos permanecerían en secreto hasta 1998, cuando los dio a conocer públicamente un investigador de la Universidad de Nueva York, Joseph S. Salemi, hijo de uno de los tres soldados de origen siciliano que fueron testigos de la matanza, Salvatore Salemi. Su relato de los hechos transmite el horror que se vivió entonces. Salemi recordaba perfectamente, por ejemplo, que un niño de unos 12 o 13 años recibió un disparo en el vientre y, llorando, repetía en dialecto siciliano: «¡Tengo una bala en el estómago». Al cabo de unos minutos de agonía, el *bambino* falleció.

El soldado Salemi, asqueado por lo que había contemplado, solicitó discretamente un traslado para no permanecer por más tiempo como asistente de McCraffrey. Pero no fue necesario esperar el traslado; el rápido avance norteamericano hizo que los servicios de Salemi fueran requeridos en el frente y así perdió de vista para siempre al oficial que había disparado contra aquella gente inocente.

Acabada la guerra, Salemi regresó a la vida civil, en Nueva York. A finales de los años cuarenta, cuando una gestión le llevó hasta el rascacielos Woolworth en Manhattan, todos esos trágicos recuerdos volvieron a su mente al ver en una placa el nombre de aquel teniente coronel en el directorio del edificio. La siguiente vez que vio escrito su nombre sería en las necrológicas del *New YorkTimes*.

Afortunadamente, el soldado Salemi no quiso que el aborrecible crimen del que había sido testigo quedase enterrado para siempre. Gracias a él y a su hijo conocemos ahora esta masacre que las autoridades militares norteamericanas trataron de mantener en secreto, como las otras dos que ocurrieron esa funesta jornada en Sicilia.

Capítulo 12:
Los «campos de la muerte» de Eisenhower

Denunciar el trato que recibieron los soldados alemanes por parte de los Aliados occidentales al acabar la guerra resulta, sin duda, poco pertinente, teniendo en cuenta las terribles condiciones que tuvieron que padecer los internos de los campos de concentración nazis. Los norteamericanos, después de contemplar los horrores de Buchenwald o Dachau tras liberar estos campos, o los británicos cuando llegaron a Neuengamme o Bergen-Belsen, difícilmente podían mostrarse benevolentes con cualquiera que llevase el uniforme germano.

Si las condiciones que soportaron los prisioneros de guerra alemanes durante su cautiverio no fueron las más adecuadas, estas nunca podrían compararse con las que se habían dado antes, por ejemplo, en el infierno de Auschwitz. Quizás por este motivo, la suerte que corrieron los soldados germanos en manos de sus captores ha sido orillada por los historiadores, sin tener en cuenta que la gran mayoría de esos prisioneros nada tenían que ver con los crímenes cometidos en aquellos campos de la muerte, ni con los abominables excesos cometidos por algunas unidades contra la población civil, como las matanzas anteriormente descritas de Babi Yar u Oradour. No habían tenido otra opción que vestir el uniforme de la Wehrmacht y tratar de cumplir sus obligaciones militares con más o menos arrojo y valentía, dependiendo del compromiso personal con la causa que debían defender. La derrota de Alemania les situaría en un escenario en el que deberían seguir luchando, en este caso por la mera supervivencia.

Temor a los soviéticos

En el transcurso de la conflagración, los Aliados tomaron aproximadamente unos 11 millones de prisioneros. Aunque más de dos tercios de las tropas germanas estaban luchando en el frente oriental, los soviéticos capturaron menos de un tercio del total de prisioneros, unos 3.155.000. La razón hay que buscarla en el miedo cerval que tenían los

alemanes a caer en manos de los rusos. Teniendo en cuenta los excesos que el ejército germano había cometido allí, y el terrible destino que habían sufrido los prisioneros de guerra rusos —a los que se les empleó como mano de obra esclava, se les utilizó para experimentos de todo tipo o simplemente se les dejó morir de hambre— los alemanes eran conscientes de que no podían esperar de los soviéticos ninguna compasión. Por tanto, se entiende que hicieran todo lo posible para evitar que el Ejército Rojo les hiciera prisioneros. Sus temores no eran infundados; más de un tercio de los prisioneros fallecería durante su cautiverio.

Muchos alemanes tuvieron que emprender marchas de la muerte en las que se les negaba la comida y el agua. La vida de un soldado germano no tenía ningún valor; de vez en cuando, los soldados rusos disparaban al azar contra las columnas de prisioneros para divertirse. Después de arrebatarles todas sus pertenencias, eran enviados al gulag, en donde permanecerían varios años, trabajando en minas, bosques, granjas y fábricas, y padeciendo hambre, frío y enfermedades.

En el libro autobiográfico de Esther Hautzig referido en el capítulo dedicado a los polacos deportados a Siberia se relata la llegada de los prisioneros alemanes a la remota localidad en la que se hallaba confinada. Según Esther, en la primavera de 1945 llegaron en una sucesión interminable de vagones de ganado y, en contraste con la antigua arrogancia con que desfilaban al paso de la oca, «ahora formaban una masa desaliñada, hambrienta y enferma». Pero el deplorable estado que ofrecían no despertó ningún sentimiento de lástima en la entonces niña de 14 años: «Los aborrecíamos y para nosotros seguían siendo verdaderos monstruos, tanto para los deportados como para los rusos. Todos teníamos motivos: las historias de sus atrocidades eran bien conocidas».

Esther explica en su libro que los prisioneros germanos eran:

> Hacinados en los mismos barracones en que habíamos vivido al llegar a Siberia, pero pronto hubo que improvisar barracones nuevos para los miles y miles que seguían llegando. La disentería, el cólera y Dios sabe qué otras enfermedades los diezmaban como moscas. Y, como si fueran moscas, a nosotros nos daba igual. No teníamos compasión.

Puede sorprender esa falta de empatía con el sufrimiento de los prisioneros, y más en una niña, pero Esther refleja el sentimiento que la población rusa albergaba hacia los que habían invadido su país: «Casi sin excepción, todos los niños del pueblo habían perdido a un padre, un tío, un

hermano o un primo; a veces, no había quedado vivo ningún pariente varón».

Ese resentimiento estallaría al paso de los prisioneros por el pueblo cuando iban o venían de trabajar. «Mientras desfilaban —relata Esther—, la gente se desahogaba volcando sobre ellos todas las variantes del odio. Hasta el aire parecía cargarse de violencia. Les arrojaban basura; los niños gritaban histéricos y les tiraban piedras. Un niño pequeño le dio una pedrada a un alemán que le abrió un profundo corte en la cara y la gente se puso a vitorearlo. El niño no paraba de gritar: "¡Habéis matado a mi padre!"».

No obstante, el paso de los alemanes también provocaba otro tipo de reacciones. Había quien se ocultaba, como si aún los creyeran capaces de cometer atrocidades, mientras que otros, como la propia Esther, su madre y su abuela, «permanecían mudos, mirándolos con odio y con los puños apretados».

En 1947, algunos prisioneros alemanes en Rusia pudieron regresar a casa, famélicos y demacrados. Los últimos no lo harían hasta 1957, tras doce años de indescriptibles penurias.

Así pues, un soldado germano tendría noventa veces más posibilidades de morir en manos de los soviéticos que en las de los Aliados occidentales. Los alemanes, vislumbrando ese negro destino, prefirieron entregarse a norteamericanos y británicos, de los que esperaban, sin duda, un mejor trato; así, los primeros hicieron 3,8 millones de prisioneros, por 3,7 millones de los segundos. Los franceses, pese a lo reducido de sus fuerzas, capturaron unos 250.000 alemanes.

Prisioneros en América

Hasta esa fase final de la contienda, los norteamericanos habían realizado un innegable esfuerzo por tratar a los prisioneros de guerra de acuerdo con la convención de Ginebra. Más de 370.000 soldados alemanes, además de 50.000 italianos y 5000 japoneses, habían acabado confinados en campos de Estados Unidos.

En 1945 había en territorio estadounidense el diabólico número de 666 campos de prisioneros. Es significativo el hecho de que más de la mitad de ellos fueran construidos a partir de junio de 1944, cuando el flujo de

soldados alemanes capturados comenzó a ascender a un fuerte ritmo debido a las sucesivas derrotas germanas. En Canadá, el número de campos de prisioneros llegó a 21[15].

Fue a mediados de 1942 cuando el Departamento de Guerra estadounidense decidió trasladar a territorio norteamericano a todos sus prisioneros de guerra. De este modo, no se complicaría aún más el suministro de alimentos a las tropas en el teatro de operaciones, se podrían destinar todos los efectivos enviados al frente a las zonas de combate, y se podría supervisar mejor el trato a los prisioneros, además de dificultar los intentos de fuga.

Durante la guerra, a pesar de los férreos controles gubernamentales, las noticias solían correr rápido. Así, los soldados alemanes que todavía estaban combatiendo sabían de sobras que las condiciones de cautiverio en Estados Unidos eran óptimas. Como los prisioneros podían escribir a sus familias en Alemania, les describían los barracones limpios, los cuidados médicos y el buen trato recibido. La comida era tan abundante que los prisioneros pedían a sus familias que no se molestasen en enviarles paquetes a través de la Cruz Roja, ya que tenían todo lo que podían necesitar.

Un soldado escribió a su casa diciendo que comía mejor allí que cuando estaba en el Ejército: «Aquí comemos más en un solo día que allí durante toda una semana». Además, los norteamericanos permitieron a los cocineros alemanes preparar platos típicos germanos, por lo que no faltó el codillo de cerdo, los embutidos o contundentes sopas y potajes. Otro soldado pensó que sus captores querían reírse de ellos cuando la primera noche en el campo de prisioneros les ofrecieron una suculenta cena consistente en sopa, verdura, pescado, carne, leche, uvas, café y, de postre, helado. Luego comprobaría, sorprendido, que se trataba del menú habitual.

Los prisioneros disponían en los economatos de artículos de consumo que era difícil conseguir en Europa debido a la escasez y el racionamiento. Podían comprar productos de aseo, caramelos, cigarrillos, chocolate, la omnipresente Coca-Cola y hasta cámaras fotográficas. El jefe de campo podía permitir también la compra de cerveza y vino. Los precios eran los mismos que pagaban los soldados estadounidenses. Los comentarios epistolares que daban fe de ese excelente trato acabarían difundiéndose entre las tropas germanas destinadas en el frente, lo que hacía que se disipase el temor a ser hecho prisionero por los norteamericanos, al

contrario de lo que sucedía con los que combatían contra los soviéticos, que ya sabían que el menú que esperaba a los prisioneros no incluía helado de postre.

Las espléndidas condiciones de vida de que disfrutaban los enemigos capturados llegaron a ser criticadas en la prensa norteamericana e incluso en el Congreso. Aun así, el Departamento de Guerra no varió su política, ya que estaba convencido de que ese buen trato a los prisioneros redundaría en que, llegada la ocasión, las tropas germanas fueran más proclives a rendirse. Aunque la propaganda alemana intentaba convencer a los soldados de que les esperaba un terrible confinamiento si eran hechos prisioneros, un informe norteamericano de octubre de 1944 reveló que 9 de cada 10 soldados alemanes estaban convencidos de que les iban a tratar bien. Por otra parte, con ese trato adecuado los norteamericanos esperaban que los alemanes hicieran lo mismo con sus prisioneros en manos germanas, que al final de la contienda llegarían a una cifra de 90.000.

El Ejército norteamericano se encargó de construir los campos de prisioneros. Los principales materiales eran cemento, madera de pino y papel alquitranado para impermeabilizar los tejados de los barracones. Con el fin de ahorrar los costes de calefacción se eligieron emplazamientos en los estados del sur, tal como hemos visto que se había hecho con los civiles de origen japonés. Los prisioneros contaban con comodidades de las que no habían disfrutado en el frente cuando estaban combatiendo, como una moderna fontanería que les permitía mantener los hábitos higiénicos, cantinas en las que podían tomar una Coca-Cola helada o los referidos bien provistos economatos. Dormían en camas proporcionadas por los militares. El clima en esas regiones sureñas, a menudo desérticas, resultaba demasiado caluroso para un alemán, aunque esa era una incomodidad asumible teniendo en cuenta las condiciones generales del cautiverio.

Resulta sorprendente saber que, a lo largo de toda la guerra, los estadounidenses concedieron a los alemanes el privilegio de saludar cada mañana a la bandera del Tercer Reich, haciendo el saludo nazi. También estaba permitido ese saludo entre los internos y sus guardianes, después de que fuera adoptado por el Ejército alemán en julio de 1944. La convención de Ginebra estipulaba que los captores debían ser saludados de la manera prescrita por su ejército, una directriz que los norteamericanos respetaron ingenuamente, a diferencia de los británicos, que se mostrarían más

estrictos con sus prisioneros. Como ejemplo de esa actitud escrupulosamente garantista, en algunos campos se permitiría celebrar el cumpleaños del Führer.

Los prisioneros podían también construir, para su propio disfrute, jardines, pistas de tenis, boleras o campos de fútbol. Era precisamente esta actividad la que tenía más éxito, ya que incluso atraía a civiles que seguían los encuentros desde el otro lado de la alambrada. En un campo de Misuri se llegó a crear un parque zoológico, que contaba con papagayos, cocodrilos o monos.



Escenas del trabajo de los prisioneros de guerra alemanes en una granja de Nislan, *Dakota del Sur. National Archives*.

Los prisioneros también podían trabajar, lo que les permitía salir de los campos y ganar un sueldo de 80 centavos al día. Según la convención de Ginebra, se podía exigir a los prisioneros sin graduación que trabajasen, siempre que su labor no estuviera directamente relacionada con el combate. Así, los alemanes trabajaron en granjas, explotaciones forestales o minas.

El contacto de los prisioneros con la población civil fue positivo; los norteamericanos que trabajaban con ellos aseguraban que los alemanes eran educados, inteligentes y afables. También fueron destinados a las instalaciones militares, en tareas que normalmente realizaban los soldados rasos, en comedores, lavanderías, parques móviles, hospitales, talleres de mantenimiento e incluso en oficinas, si el prisionero hablaba y escribía inglés con suficiente fluidez. El trabajo de los prisioneros de guerra resultaría esencial para la economía norteamericana, ya que la escasez de mano de obra era crítica, al haberse movilizado a la mayoría de hombres en edad militar. Por tanto, el buen trato de esos prisioneros tenía también como objetivo mantener un grupo de trabajadores sanos para desempeñar esas tareas.

Pero, contrariamente a lo que pudiera parecer, no todo era idílico para los prisioneros alemanes. Aunque estuvieran a miles de kilómetros del Reich, sentían en todo momento el aliento de su propio aparato represivo. En muchos campos funcionó la conocida como *Lagergestapo*, una especie de policía secreta formada por los prisioneros nazis más recalcitrantes. El hacerse sospechoso de insuficiente fidelidad a Hitler podía suponer un severo castigo, habitualmente una paliza. Se denunciaron agresiones físicas por lo menos en dos centenares de campos. Se contaron 7 muertes presumiblemente a manos de esa policía clandestina, y hubo 72 casos de suicidio que pudieron estar motivados por intimidaciones, normalmente en forma de amenazas contra la familia de la víctima en Alemania.

Los norteamericanos no demostrarían excesivo celo en neutralizar a la *Lagergestapo*, como lo demuestra el control que los nazis llegaron a adquirir del sistema postal que comunicaba los diferentes los campos. Infiltrándose entre los prisioneros que trabajaban en ese servicio, lograron acceder a los listados de internos, confeccionando listas negras con los hombres que habían mostrado inclinaciones comunistas o subversivas antes de la guerra. Una vez identificados, sus nombres eran comunicados por vía postal, camuflados en cartas que ya habían pasado la censura, a los agentes de la *Lagergestapo* del campo correspondiente para que tomasen las medidas oportunas.

El caso más espeluznante de castigo infligido por esos nazis fanáticos fue el de un soldado que sería sometido secretamente a un remedo de juicio en un campo de Oklahoma, el 4 de noviembre de 1943. Se le acusaba de haber revelado información a los norteamericanos sobre el

puerto de Hamburgo, para ser utilizada en las incursiones aéreas. El acusado fue declarado culpable; sentenciado a muerte, no hubo lugar para apelaciones o recursos. Allí mismo fue golpeado con porras y botellas de leche rotas hasta causarle la muerte. Tras este caso, ante el temor de que la *justicia nazi* se les fuera de las manos, los norteamericanos se decidieron por fin a tomar cartas en el asunto, arrestando a cinco sargentos que participaron en el juicio y acusándoles de asesinato. Fueron sentenciados a morir en la horca, pero la ejecución no tendría lugar hasta una vez acabada la guerra. A lo largo de la contienda, se condenó a muerte a catorce prisioneros de guerra, siendo todos ellos ejecutados después de la rendición de Alemania, para evitar represalias con los prisioneros aliados.

Otro aspecto controvertido sería el del programa de *reeducación* al que fueron sometidos los prisioneros germanos para extraer de sus mentes los principios de la ideología nazi, en el grado en que estos les hubieran sido inoculados. Aunque la intención de las autoridades norteamericanas era en cierto modo loable, ya que trataban de inculcar los principios democráticos a unos hombres cuya mentalidad era el producto de un sistema totalitario, la convención de Ginebra prohibía expresamente el adoctrinamiento de prisioneros. Esa circunstancia llevó a que un primer plan de este tipo, elaborado en la primavera de 1943, quedase archivado en un cajón, temiendo que los alemanes tratasen igualmente de adoctrinar a sus prisioneros.

Pero un año después se retomó el proyecto, aunque maquillado convenientemente. Con la inocua denominación de Programa de Diversión Intelectual, e incluyendo la práctica de deportes típicos estadounidenses como el béisbol o el baloncesto para diluir la carga ideológica, en el otoño de 1944 se puso en marcha ese proyecto. Mediante libros, películas, periódicos y clases, a los prisioneros se les iba revelando los aspectos más aborrecibles del régimen nazi y se les enseñaba la cara más atractiva del *american way of life*.

Curiosamente, la implantación del plan supuso un cambio en la selección de películas que los internos podían ver cada noche, eliminando de la cartelera el género de gánsteres y todos aquellos filmes que mostraban el crimen organizado, la corrupción, los bajos fondos y, en general, el lado oscuro de la vida en Norteamérica. Esas cintas fueron sustituidas por otras consideradas más «sanas», que, según las directrices

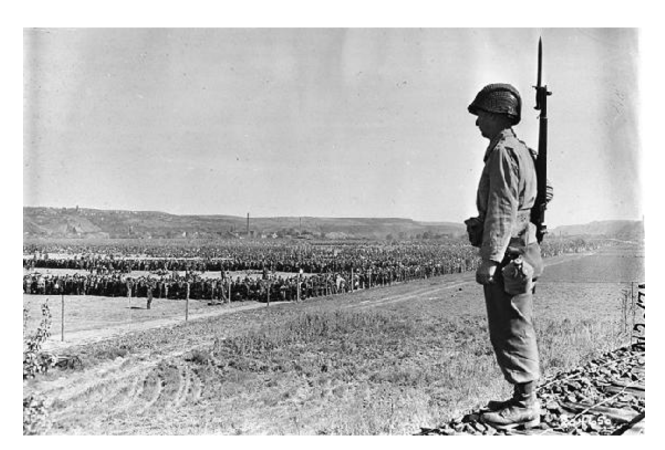
del programa, tenían que «reflejar la vida estadounidense sin distorsión y alentar el respeto por nuestras instituciones democráticas».

Tras la rendición de Alemania, el programa de reeducación ya podría desarrollarse sin cortapisas. Los prisioneros debían asistir a proyecciones de documentales filmados en los campos de concentración y exterminio. Aunque solo un tercio de los internos creyeron que Alemania había cometido semejantes atrocidades, una parte de estos se mostraron realmente indignados por haber defendido una causa que había provocado esas abominaciones. Hubo incluso prisioneros que se ofrecieron voluntarios para combatir en la guerra contra Japón, una idea que las autoridades militares llegaron a considerar seriamente pero que finalmente desecharon.

Los «campos de las praderas del Rin»

Los numerosos soldados germanos que se rindieron a los Aliados occidentales en las últimas semanas de la guerra no tendrían la misma suerte de sus compatriotas que habían disfrutado de la hospitalidad norteamericana al otro lado del Atlántico. Esos cientos de miles de hombres derrotados supusieron una inesperada avalancha humana a sus captores, quienes parecía que no habían contado con que esa circunstancia, perfectamente previsible ante el inminente hundimiento germano, que iba a producirse.

Como medida provisional, los estadounidenses confinaron a estos prisioneros en 16 recintos habilitados a toda prisa en territorio alemán. Estos campos serían conocidos con el bucólico nombre de *Rheinwiesenlager*, o «campos de las praderas del Rin». El aluvión de prisioneros hizo que las previsiones de capacidad se sobrepasasen rápidamente. Los campos más grandes debían alojar a un máximo de 100.000 prisioneros, pero en el de Sinzig se llegó enseguida a 118.000 y en el de Remagen —próximo al mítico puente— se sobrepasaron los 180.000. En uno más pequeño, el de Böhl, con capacidad para 10.000 prisioneros, se triplicó esta cantidad.



Un soldado norteamericano vigilando prisioneros de guerra germanos en una imagen tomada el 21 de abril de 1945. *National Archives*.

Aunque sobre el papel eran campos de prisioneros, en realidad no eran más que enormes explanadas rodeadas de alambre de espino, sin ninguna construcción para cobijar a los confinados y ni tan siquiera instalaciones sanitarias. Los internos tenían que malvivir en agujeros practicados en el suelo, expuestos en todo momento a las inclemencias del tiempo. Las casas de los alrededores fueron habilitadas como edificios administrativos, cocinas o enfermerías.

A aquellos campos iban a parar cinco tipos de prisioneros:

• Soldados alemanes que habían sido capturados antes de la rendición, el 8 de mayo de 1945.

• Soldados alemanes que se habían entregado al conocerse la rendición, a los que no se les concedió la condición de prisioneros de guerra.

• Miembros de las Waffen-SS, que fueron concentrados mayoritariamente en el campo de Bretzenheim, cerca de Bad Kreuznach, en Renania-Palatinado.

• Los miembros del *Volkssturm*, la milicia nacional creada en octubre de 1944 en la que debían alistarse los hombres entre 16 y 60 años para defender el Reich.

• Civiles sospechosos, incluyendo mujeres, jóvenes o veteranos de guerra, que serían liberados en poco tiempo.



Esta fotografía tomada el 3 de marzo de 1945 en el campo de Rheinberg muestra las terribles condiciones que padecían los prisioneros alemanes, quienes se veían obligados a cavar agujeros para protegerse de las inclemencias del tiempo. *National Archives*.

Las condiciones de vida que tuvieron que padecer todos ellos fueron deplorables. Un prisionero internado en el recinto de Rheinberg utilizó papel higiénico para escribir un diario, en el que esas condiciones quedarían dramáticamente plasmadas. En ese testimonio escrito se lamentaba amargamente de su situación:

Cuando hacía calor me metía dentro de un hoyo en el suelo. Vestía abrigo y botas, y mi gorro de campaña calado hasta las orejas; mi macuto me servía de almohada. Durante una tormenta me cayó encima una pared de mi hoyo. El abrigo y los calcetines están empapados… ¿Cuánto tiempo tendremos que estar sin alojamiento, sin mantas ni tiendas? Hasta un perro tiene una caseta para meterse dentro cuando llueve. Después de seis semanas, nuestro único deseo es tener un techo sobre nuestras cabezas. Incluso un salvaje tiene un alojamiento mejor.

Los internos solo contaban con la ropa que vestían en el momento de ser capturados. El prisionero que escribía el diario había conservado sus piezas de ropa, pero la mayoría no eran tan afortunados, ya que les habían separado de su equipo reglamentario. Se dio el caso de chicos de apenas 14 años que fueron detenidos de noche en sus casas, sospechosos de formar parte del *Werwolf*[16], y que tuvieron que pasar todo su cautiverio con el pijama que tenían en el momento del arresto.

La higiene en los campos era muy precaria. En algunos campos se cavaron fosos para ser usados como letrinas, pero en otros no había ni eso, por lo que los prisioneros hacían sus necesidades en el mismo lugar en el que se encontraban. Un interno de Rheinberg aseguró que el campo «no era más que una cloaca inmensa». Partes del campo del citado campo de Bretzenheim, conocido como el «campo de la miseria» (*Feld des*

Jammers), eran «literalmente un mar de orina», en el que los soldados se veían obligados a dormir. La escasez de papel higiénico llevó a muchos a utilizar para ese menester billetes alemanes, al rumorearse que la moneda germana iba a quedar fuera de circulación. Las posibilidades de lavarse en los campos eran remotas, ya que podía haber un grifo para miles de internos —en Bretzenheim, uno solo para más de 56.000 hombres—, que era utilizado prioritariamente para beber.

A la ausencia de medios para mantener un mínimo de higiene se sumaba la falta de comida. Al principio, los norteamericanos repartían una rebanada de pan para cada veinticinco hombres y luego para cada diez. Dependiendo del campo, los prisioneros podían recibir hortalizas, pescado, mermelada o galletas, pero siempre en cantidades muy insuficientes, por lo que era habitual alimentarse de hierbas y algún tubérculo encontrado al excavar la tierra. La deshidratación, la desnutrición y las enfermedades como la disentería estaban muy extendidas. Como se ha apuntado, la falta de agua era un problema grave, lo que llevaba a algunos internos a beber su propia orina o, en los momentos de mayor desesperación, a lamer el suelo para obtener algo de humedad.



Prisioneros alemanes dormitando bajo una tienda de campaña improvisada en el campo de Ortschaften, el 28 de mayo de 1945. *National Archives*.

Mejoras en los campos

Ese imprevisto aluvión de prisioneros tenía que ocasionar, por fuerza, graves problemas en la manutención de semejante contingente humano, pero los norteamericanos, al contrario de lo que habían venido haciendo

con los que estaban confinados en su país, parecieron querer agravar su ya precaria situación.

En Büderich, los cinco grifos que daban servicio a más de 75.000 prisioneros solo se abrían por las tardes durante una hora, sin nada que justificase esa restricción. Cuando preguntaron al comandante americano del campo por qué los prisioneros tenían que padecer esas condiciones inhumanas sin ninguna necesidad, este respondió que «para que pierdan la alegría de ser soldados de una vez por todas». En otros campos, los prisioneros padecían una sed acuciante mientras contemplaban el caudaloso Rin justo al otro lado de la alambrada. En una decisión incomprensible, el general Eisenhower dio órdenes de que la población civil no diese un solo gramo de comida a los prisioneros. Los que se acercaban a entregar algún alimento se arriesgaban a ser disparados por los guardias.



En una decisión de difícil justificación, el general Eisenhower prohibió a la población civil que proporcionase alimentos a los prisioneros. *Eisenhower Presidential Library and Museum, National Archives*.

Ese ensañamiento contravenía claramente los derechos de los prisioneros de guerra. La Tercera Convención de Ginebra, acordada en 1929, no solo prohibía el trato violento y humillante de los prisioneros, sino que estipulaba las condiciones en las que estos debían ser alojados, alimentados y atendidos. Tal como se ha apuntado, según los Aliados, los prisioneros germanos capturados tras la rendición no podían invocarla porque su Estado había dejado de existir. Así pues, a ellos no se les concedió la calificación de prisioneros de guerra; eran simplemente «fuerzas enemigas desarmadas» (*Desarmed Enemy Forces*, DEF), aunque

en 1946 esa calificación sería abolida y todos serían oficialmente prisioneros de guerra.

Los norteamericanos no querían testigos incómodos en sus campos de prisioneros, conscientes de que estaban vulnerando adrede las normas relativas al trato que debían dispensarles. Así pues, bloquearon todos los intentos de la Cruz Roja internacional para inspeccionarlos; no se les permitiría el acceso hasta que los campos comenzaron a ser desmantelados, en septiembre de 1945.

Algunos recintos siguieron en funcionamiento más tiempo, como el de Bretzenheim, que sería utilizado como campo de tránsito. A partir de noviembre de 1945 se mejoraron apreciablemente las condiciones de vida de los internos de este campo, con la construcción de barracones, cocinas e incluso una capilla y un pequeño teatro, equiparando las instalaciones a las de un campo de prisioneros estándar. Para ocupar el tiempo de los internos, se impartieron cursos de matemáticas, contabilidad, taquigrafía, idiomas y dibujo. Los prisioneros también podían trabajar en unos huertos en los que se cultivaban patatas, judías, tomates, repollo y lechugas.

En el otoño de 1946, los internos de Bretzenheim pudieron vender sus obras artesanales a los civiles que acudieron a visitar el recinto. A finales de ese año se extendió un ramal de ferrocarril hasta el campo para facilitar el transporte de mercancías, así como el de los prisioneros enfermos o con problemas de movilidad. En mayo de 1948, un depósito de agua sería transformado en piscina; para la inauguración oficial, a la que se invitó a autoridades civiles alemanas, se instaló un tiovivo y casetas de tiro. El que había sido conocido como «campo de la miseria» fue cerrado y desmantelado el 31 de diciembre de 1948, y dos años más tarde todo el recinto fue convertido en tierras de cultivo. En 1966 se levantó allí un monumento conmemorativo.



Prisioneros alemanes lavándose en un canal que discurre por el campo de Büderich, el 3 de marzo de 1945. Por contra, el acceso al agua potable estaba muy limitado en ese recinto. *National Archives*.

Polémico estudio

La encomiable transformación de Bretzenheim de un «mar de orina» a un campo de prisioneros con unas condiciones de vida aceptables no podía ocultar los padecimientos que los internos habían tenido que soportar durante meses en aquel mismo recinto y en los demás «campos de las praderas del Rin».

El trato recibido por los prisioneros alemanes en los *Rheinwiesenlager* sería pasado por alto durante décadas por los historiadores, hasta que en 1989 un autor canadiense, James Bacque, publicó el libro *Other Losses*. En él defendía la disparatada tesis de que los norteamericanos habían provocado deliberadamente la muerte de unos 800.000 prisioneros germanos, pudiendo llegar incluso a 1 millón. En su estudio acusaba a los dirigentes norteamericanos de ejercer una política de venganza sistemática contra los soldados alemanes y luego ocultar ese asesinato masivo con trucos de contabilidad.

Bacque afirmaba que aquel maltrato masivo a los prisioneros cumplía los requisitos para ser considerado un crimen contra la humanidad, colocándolo al mismo nivel que los perpetrados por los nazis. Las revelaciones de Bacque fueron presentadas de inmediato por la prensa de forma sensacionalista, refiriéndose a ellas como el «último sucio secreto de la Segunda Guerra Mundial» y calificando a aquellos recintos como los «campos de la muerte» de Eisenhower, una expresión que haría fortuna, figurando en más de un llamativo titular.



Un oficial germano escribiendo un diario durante su cautiverio en el campo de Ludwigshafen, el 28 de mayo de 1945. *National Archives*.

No se ha podido establecer cuántos prisioneros murieron a consecuencia de las condiciones del cautiverio, debido al caos propio del final de la guerra, pero lo que parece claro es que las cifras manejadas por Bacque son absurdamente altas. Según una comisión gubernamental alemana de 1972, en aquellos campos murieron 4537 prisioneros, aunque se admitía que el número total podía haber sido algo mayor. Investigadores de varios países han concluido que las muertes pudieron llegar a 10.000, haciendo una extrapolación de los pocos datos de que se disponen. La horquilla máxima podría situarse en unos 40.000 o, a lo sumo, en 50.000.

En todo caso, los cálculos más generosos nunca llegarían ni a la décima parte de la fantástica cifra defendida por Bacque. Al parecer, el autor canadiense contabilizaba como muertos a todos aquellos soldados que dejaban de formar parte de los registros de prisioneros de los campos, normalmente soldados jóvenes o mayores que, al poco tiempo, fueron liberados.

Ensañamiento norteamericano

El controvertido trabajo de Bacque, aunque no puede ser objeto de consideración en un estudio serio sobre el tema, sí sirvió para que saliesen a la luz informaciones y testimonios que revelaban las pésimas condiciones que tuvieron que soportar los prisioneros alemanes, y que hasta ese momento habían permanecido en la sombra, con riesgo de quedar olvidados para siempre.

Ese inesperado aldabonazo consiguió atraer la atención de los historiadores, y del público en general, sobre la actitud negligente, en el mejor de los casos, de las autoridades militares norteamericanas. Hasta los detractores de Bacque tuvieron que admitir que en los *Rheinwiesenlager* se dio ese comportamiento tan reprobable como injustificado, ya que se crearon unas dificultades innecesarias a unos prisioneros que ya estaban exhaustos por la derrota y que, excepto en los casos de los criminales de guerra, se habían limitado a luchar por su país, tal como habían hecho sus captores.

Un dato que parece demostrar ese ensañamiento norteamericano es que el índice de víctimas en sus campos fue cuatro veces superior al de los recintos administrados por los británicos, sin que exista una razón lógica para que se dé esa enorme diferencia. El ejército estadounidense destinado en Europa se encontraba magníficamente abastecido gracias a la eficiente red de transporte y distribución instaurada con ese fin[17], por lo que no debía entrañar demasiada dificultad proporcionar a esa masa de prisioneros unas condiciones de vida dignas durante su cautiverio. Aun peores fueron los campos controlados por los franceses, en los que se registró un índice de mortalidad veinte veces mayor, aunque en este caso podría achacarse a la crisis alimentaria que sufría Francia, lo que obligó a pedir suministros a los norteamericanos.

Es posible que ese comportamiento reprobable de las autoridades militares norteamericanas con los prisioneros alemanes no respondiese a una política de venganza deliberada, sino que se hubiera visto influida, más o menos conscientemente, por la severa actitud mostrada por el Gobierno de Washington hacia el enemigo germano en su conjunto, pese al buen trato dispensado a los prisioneros trasladados a Norteamérica.

Así, durante la conferencia de Teherán, celebrada en noviembre de 1943, Stalin propuso fusilar a 50.000 oficiales alemanes; mientras que Churchill protestó horrorizado, Roosevelt trató de rebajar la tensión aceptando «fusilar una cantidad menor, digamos 49.000». Aunque el presidente norteamericano pretendía supuestamente hacer una broma, parece ser que le atraía la idea de ejecutar a esa cantidad de prisioneros, puesto que fue lo primero que mencionó cuando los tres dirigentes volvieron a reunirse de nuevo en Yalta, en febrero de 1945. Al menos, los norteamericanos no cumplieron finalmente con uno de los compromisos alcanzados en aquella conferencia, como era la entrega a los soviéticos de 5 millones de

prisioneros germanos para ser utilizados como trabajadores forzosos, lo que hubiera incrementado con toda seguridad el número de víctimas.

La idea de aplastar Alemania para que no pudiera volver a levantarse, una idea que se abría paso conforme se acercaba el final de la guerra, había tenido un precedente en marzo de 1941, con la publicación en Estados Unidos de un extravagante libro titulado *Germany must perish!* (*Alemania debe perecer*). En él, su autor, un judío neoyorquino llamado Theodore Newman Kaufman, abogaba por el reparto de Alemania y Austria entre los países vecinos y, lo que resultaba más estrafalario, además de abominable: un plan para esterilizar a los varones alemanes menores de 60 años y las mujeres de menos de 45. El objetivo declarado era conseguir la extinción completa de los alemanes.

Para esterilizar a tal volumen de población, Kaufman había realizado unos escalofriantes cálculos. La campaña de esterilización masiva requería de unos 20.000 cirujanos; cada uno realizaría 25 intervenciones diarias. Según él, los hombres podrían quedar esterilizados en tres meses, pero esterilizar a todas las mujeres iba a llevar cerca de tres años. Lo que Kaufman no especificaba era cómo iba a conseguir que millones de personas aguardasen pacientemente su turno para ser esterilizados, sin oponer una previsible resistencia. El resultado de esa campaña sería que la población germana iría disminuyendo a razón de un millón y medio cada año, hasta llegar a la deseada extinción en unas décadas. Goebbels, al frente de su aparato de propaganda, y otros líderes nazis, como el director del periódico antisemita *Der Stürmer*, Julius Streicher, se harían eco de esta execrable propuesta para justificar así la persecución a los judíos, obviando que los propios nazis habían estudiado seriamente la posibilidad de esterilizar a toda la población judía —lo que incluiría aberrantes experimentos con seres humanos—, y que esta idea se desechó en favor del exterminio masivo.

El libro de Kaufman, pese a ser autopublicado, recibiría una atención considerable; la revista *Time* o el diario *New York Times* le dedicarían sendos artículos, en los que se reconocía no saber si el autor hablaba en serio cuando preconizaba la esterilización de la población germana. Aunque nadie llegó a apoyar sus radicales propuestas, la obra contribuyó a cimentar la idea de que había que castigar duramente a Alemania para evitar que pudiera seguir siendo una amenaza para la paz mundial.

Esa idea del escarmiento definitivo cristalizaría —sin llegar a los extremos defendidos por Kaufman—, en el llamado plan Morgenthau, así denominado por el secretario del Tesoro Henry Morgenthau. Este plan, puesto sobre la mesa en 1944, proponía reducir a Alemania a un país agrícola y pastoril, despojándola por completo de cualquier industria. El presidente Roosevelt se mostró entusiasta con el plan, convencido de que Alemania debía ser tratada con dureza para «demostrarle quien había perdido la guerra», tal como dejo escrito en agosto de 1944 en una carta dirigida a la reina Guillermina de Holanda. En una reunión con sus colaboradores, Roosevelt también dejó claro su deseo de que Alemania recibiese una lección: «Hay que enseñar al pueblo alemán su responsabilidad por la guerra, y durante mucho tiempo deberían tener solo sopa para desayunar, sopa para comer y sopa para cenar».

Afortunadamente, las draconianas medidas planteadas por Morgenthau y apoyadas por Roosevelt serían finalmente descartadas, no por compasión con un enemigo derrotado, sino por temor a que una Alemania débil y desindustrializada se convirtiera en una presa fácil para un envalentonado Stalin. Alemania estaba destinada a ser el muro de contención ante el expansionismo soviético rampante, que amenazaba con desparramarse por toda la Europa continental, por lo que debía recibir todo el apoyo de las potencias occidentales, lo que plasmaría en el plan Marshall, la antítesis del plan Morgenthau. Sin embargo, recién acabada la guerra, todavía no era evidente ese papel crucial que debía jugar Alemania en el futuro, por lo que aún estaba vigente la idea de que debía ser sometida a un castigo ejemplar.

Por lo tanto, cabe la posibilidad de que el trato recibido por los soldados alemanes en cautividad respondiese a la interpretación que hacían los encargados de su custodia de esa actitud oficial de mano dura con Alemania. De hecho, mientras que para que el otoño de 1945 los británicos habían liberado a más del 80 %de sus prisioneros, los norteamericanos retuvieron a los suyos durante todo el invierno. El Gobierno de Washington había insistido en procesar a los soldados alemanes por crímenes de guerra, por lo que tuvieron que quedarse más tiempo en los campos para que pudieran investigarse los antecedentes de todos ellos. Aun así, fueron muchos los criminales nazis que pasaron por los campos de prisioneros y que lograron salir sin que se descubriese su identidad, por lo que no parece que esa fuera la razón para prolongar el cautiverio.

El tono vengativo que se filtraba desde las altas esferas tenía su efecto sobre los niveles inferiores, por lo que parecía que la crueldad hacia los prisioneros no solo se toleraba sino que, hasta cierto punto, se estimulaba. Solo así se entiende ese maltrato generalizado de los prisioneros alemanes, un capítulo incómodo de la historia de la Segunda Guerra Mundial que todavía está por escribirse.

Significativamente, el final de la guerra supuso un empeoramiento de las condiciones de los prisioneros alemanes en los campos de Estados Unidos. Ya no había necesidad de alentar las rendiciones del enemigo mediante la perspectiva de una placentera cautividad, y había acabado la amenaza constante de maltrato que pendía sobre los prisioneros aliados en Alemania. Por lo tanto, el Departamento de Guerra ya no se preocupó más por los prisioneros germanos que se hallaban en territorio estadounidense. Las autoridades redujeron de forma apreciable la calidad de la comida en los campos y se suprimieron algunos privilegios en los economatos. En cierto modo, las represalias de que fueron objeto los prisioneros germanos en los campos europeos llegarían, aunque fuera bastante atenuadas, hasta el otro lado del Atlántico.

Las excelentes condiciones de vida que los alemanes habían disfrutado durante su cautiverio en Estados Unidos les habían hecho pensar siempre en una rápida liberación en cuanto Alemania se rindiese, pero no sería así. La economía norteamericana no podía desprenderse de la noche a la mañana de esa importante fuerza de trabajo, por lo que el vaciado de los campos se produciría a cuentagotas. Tuvo que pasar más de un año desde el final de la guerra para que el último prisionero de guerra alemán dejara suelo norteamericano.

Pero la llegada a Europa no supondría la liberación definitiva. Muchos fueron enviados a trabajar a países europeos que habían quedado asolados por el conflicto, como Francia o Bélgica. Por su parte, los británicos se apropiaron de 123.000 de esos prisioneros germanos procedentes de Estados Unidos para emplearlos también en la reconstrucción del país. No los liberarían hasta dos años después.

15 Los británicos tenían 86 campos de prisioneros. En la Unión Soviética solo se han podido documentar de modo preciso 150 campos, pero como el sistema de campos del gulag fue utilizado también para confinar prisioneros de guerra, la cifra final podría ascender a unos 3000.

Por su parte, los alemanes establecieron 90 campos para alojar a los prisioneros aliados, incluyendo 15 en territorio polaco, y los italianos 21. Después de 1943, los alemanes se hicieron con el control de los campos italianos, incluyendo los dos que estaban en Grecia. En territorio japonés había 176 campos, pero en las posesiones niponas en el resto de Asia, de Manchuria a Java, pasando por China o Birmania, llegó a haber medio millar.

16 El *Werwolf* («hombre lobo») era una guerrilla formada por miembros de las SS y las Juventudes Hitlerianas que tenía como objetivo atacar a los ejércitos aliados que avanzaban sobre suelo alemán, incluso tras la ocupación. Aunque contó con unos 5000 miembros, sus actuaciones no pasarían de ser testimoniales.

17 Para dar una idea del volumen de material que llegaba a diario para abastecer a las tropas norteamericanas, basta apuntar que en todo momento había unos 250 barcos atravesando el Atlántico rumbo a Europa. La avalancha de material era tal que a veces los barcos debían aguardar semanas en los puertos a ser descargados, pese a que se trabajaba a destajo en los muelles. Para satisfacer las necesidades de carne de las tropas norteamericanas, cada día se sacrificaban unas 4000 reses de vacuno, que de inmediato eran enviadas a Europa en buques frigorífico. También en un solo día, los soldados estadounidenses consumían unos 6 millones de huevos deshidratados y se fumaban más de 1 millón de cigarrillos.

Epílogo

Llegados al final de la presente obra, seguramente el lector se preguntará cómo fueron posibles semejantes comportamientos, que dieron lugar a las espantosas atrocidades aquí descritas. Plantear una interpretación de esos abominables hechos con el objetivo de trazar alguna explicación queda fuera del alcance de este trabajo, pero no está de más presentar algunas reflexiones que puedan ayudar a entender, nunca justificar, lo que hicieron aquellos seres, al fin y al cabo tan humanos como nosotros.

Lo primero que hemos de tener en cuenta es que la mayoría de las personas que perpetraron esos bárbaros actos no se enfrentaron a esas situaciones por decisión propia, sino que habían sido las circunstancias las que les habían llevado hasta allí. Por tanto, su perfil no era muy distinto al del resto de la población, tal como pude comprobar en mis investigaciones para el libro *Bestias nazis. Los verdugos de las SS*. Aunque pueda sorprender, es difícil encontrar entre los guardianes de los campos de concentración que más destacaron por su crueldad y sadismo alguno que presentase algún tipo de antecedente en su personalidad que llevase a pensar que pudiera acabar convirtiéndose en un torturador y un asesino. Antes de ingresar en las SS, la mayoría de ellos tenían una vida gris y alejada de grandes expectativas. También es significativo que, después de la guerra, muchos de ellos reingresaran en la sociedad sin ningún problema de adaptación, siendo numerosos los ejemplos de historias de éxito personal, como si aquel negro período de sus vidas no hubiera sido más que una noche de borrachera de la que apenas quedaba un borroso recuerdo. Pero no es necesario llegar al caso extremo de los guardianes de los campos de concentración, un ámbito que quizás podía servir de imán a individuos proclives, consciente o inconscientemente, a actuar de ese modo; hubo muchos casos de soldados alemanes que, arrastrados por las corrientes de la guerra, acabaron participando en matanzas como la aquí relatada del barranco de Babi Yar, venciendo las iniciales reticencias a disparar a sangre fría contra inocentes.

Sobre las tendencias violentas que permanecen latentes en las personas consideradas normales es un clásico acudir al célebre experimento de Milgram, seguramente conocido por el lector, pero que aun así no está de más recordar. En 1963 el psicólogo norteamericano Stanley Milgram

demostró que un individuo normal puede infligir dolor a una víctima cuando la obediencia a la autoridad se impone a sus imperativos morales. El voluntario debía aplicar lo que él creía que eran descargas eléctricas a otro supuesto participante, que en realidad formaba parte del equipo y simulaba estar siendo electrocutado. Pese a los gritos de la *víctima*, ningún voluntario se negó a obedecer las órdenes e incluso dos tercios de los voluntarios llegarían a aplicar el voltaje máximo.

No obstante, teniendo en cuenta que aquellos inquietantes datos fueron obtenidos en la asepsia de un laboratorio, más útil para nuestro propósito de entender cómo fueron posibles las atrocidades aquí descritas es acudir directamente al testimonio de las personas que durante la Segunda Guerra Mundial cometieron asesinatos, violaciones y crímenes de guerra. El historiador británico Laurence Rees, intrigado también por esa cuestión, entrevistó a mediados de los años noventa a centenares de esas personas, tratando de encontrar las respuestas. Él esperaba encontrarse con seres intrínsecamente malvados, distintos del resto de la sociedad, inadaptados, con rasgos peculiares que denotasen sus viles tendencias, pero se sorprendió al comprobar su aparente normalidad. Incluso no eran pocos los casos en los que su círculo familiar desconocía por completo ese terrible pasado, sin que nunca hubiera podido ni tan siquiera sospecharlo.

Otra conclusión destacable del estudio de Rees es que aquellos hombres con las manos manchadas de sangre no se sentían en absoluto torturados por un sentimiento de culpa. No solo eso, sino que además no lamentaban haber cometido aquellos crímenes porque, sencillamente, no eran conscientes de haber perpetrado ninguno. En su fuero interno se habían limitado a cumplir órdenes en unas circunstancias especialmente difíciles, ante las que ninguno de los que trataban de juzgar su actuación se había enfrentado nunca. En otros estudios llevados a cabo con antiguos soldados de la Wehrmacht, los entrevistados tampoco daban apenas importancia a los sucesos de los que habían sido protagonistas activos, por terribles que pudieran haber sido.

Aunque sea difícil determinar los factores que podían desencadenar esos atropellos contra la población civil, entre ellos podemos anotar la presión por las órdenes de los superiores, la solidaridad de grupo o el estallido provocado por sentimientos de hastío, rabia o decepción. Ese tipo de violencia se ha explicado en función de los denominados *marcos de referencia*, en los que el individuo actúa en función de lo que interpreta

que es el comportamiento socialmente aceptado en ese momento y lugar. A un nivel más prosaico, todos tenemos en mente expresiones y comportamientos que eran moneda común hace apenas una década, y que hoy, por mor de la corrección política, resultan socialmente inaceptables. Por tanto, el contraste entre la escala de valores actual y la que regía en los años en los que discurrió la Segunda Guerra Mundial resulta extremo; tratar de entender los comportamientos de entonces bajo los parámetros actuales no tiene sentido, por lo que hay que intentar situarse en las circunstancias en las que aquellos individuos tuvieron que tomar sus decisiones. Como ejemplo, solo debemos comparar la heroica consideración que merecían entonces las tripulaciones de los bombarderos que llevaban a cabo misiones sobre Alemania con la que merecerían en la actualidad las que participasen en un hipotético bombardeo sobre alguna ciudad de Oriente Medio que causase decenas de miles de muertos al provocar una apocalíptica tormenta de fuego. Siendo el hecho exactamente el mismo, el corrimiento de la escala de valores convertiría al héroe de antaño en el villano más despreciable.

Aunque sea arriesgado, y sin duda injusto, que en esta obra se hayan comparado los aberrantes excesos cometidos por los soldados japoneses en Nanking con las operaciones de bombardeo sobre las ciudades alemanas, o poner en la misma balanza el asesinato masivo en Katyn y la insensibilidad con los padecimientos de los prisioneros de guerra germanos, en todos estos casos sus protagonistas estaban convencidos de estar haciendo lo que se esperaba de ellos en ese momento, y no se les pasaba por la cabeza actuar de otro modo. Un caso paradigmático sería el de Paul Tibbets, el comandante del *Enola Gay*, el cuatrimotor que arrojó la bomba atómica sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Nunca tuvo la más pequeña duda de que actuó correctamente y siempre afirmó, sin asomo de remordimiento, que volvería a lanzarla de nuevo si así se le ordenase. En 1999 Tibbets declaró en una entrevista: «Hoy tomaría de nuevo la misma decisión. No lo dudaría ni un segundo. Era lo que había que hacer para salvar la vida de tantos otros». El conocimiento posterior de todo el horror que desató el cumplimiento de su misión no había hecho mella en él. No se puede decir lo mismo de dos de los tripulantes de los aviones meteorológicos que precedieron al *Enola Gay* en su mortífera misión sobre Hiroshima y que, en cierto modo, condenaron a la ciudad por sus informes favorables. Uno de ellos sufriría posteriormente trastornos

mentales que le llevarían a provocar altercados públicos, mientras que otro combatió su sentimiento de culpabilidad creando una fundación para asistir a enfermos graves.

De todos modos, no resulta pertinente trazar líneas de comportamiento comunes. Como vemos, muchos de los que participaron en esos crímenes asumieron los hechos con aparente normalidad, mientras que una minoría terminó siendo víctima de los remordimientos. Por ejemplo, tal como se ha referido en el capítulo dedicado a la masacre de Babi Yar, uno de sus máximos responsables cayó en el alcoholismo mientras que otro acusó una rápida degeneración física. En el caso de los verdugos del NKVD, dedicados a ejecutar decenas de prisioneros a diario de un disparo en la nuca, la mayoría acabaron también alcoholizados, falleciendo casi todos ellos a edades tempranas por esa causa o quizás por suicidio. Un ejemplo de arrepentimiento tardío sería el de Shiro Ishii, considerado el *Mengele nipón* al estar al frente de una unidad destinada a la experimentación con humanos, conocida como la Unidad 731; después de la guerra, Ishii abrió una clínica en la que atendía gratuitamente a sus pacientes y se convirtió al cristianismo. En todo caso, el efecto de la comisión de crímenes de guerra en la posterior trayectoria vital de sus protagonistas apenas ha sido estudiado, por lo que será difícil llegar a cualquier conclusión al respecto.

No quiero dar por cerrado este epílogo sin una reflexión que abona el optimismo. Aunque de lo anteriormente expresado puede deducirse que atrocidades similares podrían ocurrir de nuevo si las circunstancias volviesen a ser parecidas, no creo que sea pecar de ingenuo pensar que difícilmente eso puede llegar a ocurrir. En contraste con las sociedades de entonces, en las que la intransigencia y la imposición eran moneda común, se exaltaba el poderío militar y la violencia estaba imbricada de forma natural en el ámbito familiar y escolar, en estos tiempos se apela al entendimiento y la tolerancia, desaprobándose el recurso a la violencia, lo que hace difícil pensar que las acciones aquí descritas pudieran ser ni siquiera planteadas.

Aun así, tragedias como la de la antigua Yugoslavia, en la que tuvieron lugar, a las puertas del siglo XXI, escenas que parecían formar parte de ese horrible pasado del Viejo Continente que parecía superado para siempre, nos recuerdan que no podemos bajar la guardia. Pese a la evolución positiva que ha experimentado nuestra sociedad en estas últimas décadas, afirmándose los derechos humanos como uno de sus pilares

fundamentales, los aspectos más profundos de la naturaleza humana, aquellos de los que surgieron entonces aquellas ominosas actuaciones, difícilmente habrán mutado en apenas tres generaciones. El que todavía hoy haya personas dispuestas a cometer masacres de personas inocentes llevadas por el fanatismo demuestra que aún es pronto para asegurar que aquellos aborrecibles comportamientos han sido superados. Por desgracia, siguen vigentes las inquietudes expresadas en su día por Dostoievski, cuando se preguntaba por «los múltiples y variados motivos por los que incluso personas purísimas de corazón y cándidas de ánimo pueden verse envueltas en actuaciones de una locura monstruosa».

Bibliografía

ADDISON, Paul, *Firestorm: The Bombing of Dresden 1945*. New Amsterdam Books, Nueva York, 2006.

ALLEN, Paul, *Katyn: Stalin´s Massacre and the Triumph of Truth*, Northern Illinois University Press, DeKalb, 2010.

ATKINSON, Rick, *The Day of Battle: The War in Sicily and Italy 1943-44*, Abacus, Londres, 2013. Edición en español: *El día de la batalla,* Crítica, Barcelona, 2014.

BACQUE, James, *Crimes and Mercies: The Fate of German Civilians under Allied Occupation, 1944-1950*, Talon Books, Vancouver, 2013. Edición en español: *Crimen y perdón: El trágico destino de la población alemana bajo la ocupación aliada (1944-1950)*, Antonio Machado Libros, Madrid, 2013.

BACQUE, James, *Other Losses: An Investigation into the Mass Deaths of German Prisoners at the Hands of the French and Americans after World War II*. Talon Books, Vancouver, 2011.

BÁEZ, Fernando, *Nueva historia universal de la destrucción de libros: De las tablillas sumerias a la era digital*, Destino, Barcelona, 2004.

CZAPSKI, Józef, *Souvenirs de Starobielsk,* Les Editions Noir sur Blanc, París, 1987.

CHANG, Iris, *The Rape of Nanking: The Forgotten Holocaust of World War II*, Basic Books, Nueva York, 2012. Edición en español: *La violación de Nanking: El holocausto olvidado de la Segunda Guerra Mundial*, Capitán Swing Libros, Madrid, 2017.

FARMER, Sarah, *Martyred Village. Commemorating the 1944 Massacre at Oradour-sur-Glane*, University of California Press, Berkeley, 1999.

FRIEDRICH, Jörg, *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Ullstein Taschenbuch Verlag, Berlín, 2002. Edición en español: *El incendio*, Taurus, Madrid, 2003.

GROSS, Jan T., *Neighbours: The destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland*. Cornerstone, Nueva York, 2003. Edición en español: *Vecinos: El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Crítica, Barcelona, 2016.

COURTOIS, Stéphane et al., *Le livre noir du comunisme. Crimes, terreur, répression*. Fixot, París 1997. Edición en español: *El libro negro del comunismo*, Ediciones B, Barcelona, 2010.

HAUTZIG, Esther, *The Endless Steppe*, Peacock Books, Londres, 1973. Edición en español: *La estepa infinita*, Salamandra, Barcelona, 2012.

HOWARD, John, *Concentration Camps on the Home Front: Japanese Americans in the House of Jim Crow*, University of Chicago Press, Chicago, 2008.

KACZOROWSKA, Teresa, *Children of the Katyn Massacre: Accounts of Life after the 1940 Soviet Murder of Polish POW's*, McFarland & Company, Jefferson, 2006.

KUZNETSOV, Anatoly, *Babi Yar*, Penguin Books, Harmondsworth, 1982. Edición en español: *Babi Yar: El vértigo del terror*, Dima Ediciones, Barcelona, 1967.

NOSSACK, Hans Erich, *Der Untergang, Suhrkamp, Fráncfort, 1963.* Edición en español: *El hundimiento. Hamburgo, 1943,* La uña rota, Segovia, 2010.

LITTELL, Jonathan, *Les Bienveillantes,* Éditions Gallimard, París, 2006. Edición en español: *Las benévolas,* RBA, Barcelona 2013.

LOWE, Keith, *Savage Continent: Europe in the Aftermath of World War II*, Penguin, Nueva York, 2013. Edición en español: *Continente salvaje*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012.

LOWE, Keith, *Inferno: The Devastation of Hamburg 1943*, Penguin, Nueva York, 2012.

MANNING, Molly Guptill, *When Books went to War. The Stories that Helped us Win World War II*, Mariner Books, Boston, 2014.

MILAN, Polianna, *Campos de concentração brasileiros,* artículo en la *Gazeta do Povo* (1 de mayo de 2010) de Curitiba.

MILNE, Ira Mark (editor), *A Study Guide for Yevgeny Yevtushenko's "Babii Yar"*, Gale Cengage Learning, Farmington Hills, 2016.

RABE, John, *The Good German Of Nanking: The Diaries of John Rabe by John Rabe*, Abacus, Nueva York, 2000.

REES, Laurence, *Horror in the East*, BBC Books, Londres, 2001. Edición en español: *El holocausto asiático: Los crímenes japoneses en la Segunda Guerra Mundial*, Crítica, Barcelona, 2009.

REES, Laurence, *War of the Century: When Hitler Fought Stalin*, The New Press, Nueva York, 2000. Edición en español: *Una guerra de exterminio: Hitler contra Stalin*, Crítica, Barcelona, 2006.

ROSSOLINSKI-LIEBE, Grzegorz, *Stepan Bandera: The Life and Afterlife of a Ukrainian Nationalist. Fascism, Genocide, and Cult*, Ibidem Press, Stuttgart, 2014.

SEBALD, W. G., *Luftkrieg und Literatur: Mit einem Essay zu Alfred Andersch*, Fischer Taschenbuch, Fráncfort, 1999. Edición en español: *Sobre la historia natural de la destrucción*, Anagrama, Barcelona, 2003.

TRUBAKOV, Ziama, *The Riddle of Babi Yar: The True Story Told by a Survivor of the Mass Murders in Kiev, 1941-1943*, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2013.

TSAROIEVA, Mariel, *La déportation des ingouches et des tchétchènes: Purges ethniques en URSS*, Editions du Cygne, París, 2016.